GATOS GUERREROS

LOS CUATRO CLANES

EN TERRITORIO SALVAJE

ERIN HUNTER

Durante generaciones, cuatro clanes de gatos salvajes se han dividido el territorio del bosque seg·n las leyes de sus belicosos antecesores. Ahora, sin embargo, los gatos del Clan del Trueno se ven amenazados por el creciente poder del Clan de la Sombra, y cuando algunos de sus nobles guerreros mueren en extra±as circunstancias, la supervivencia del grupo corre peligro. Pero todo cambia el døa que aparece Colorado, un gato de compa±øa criado entre los Dos Patas que busca refugio en el Clan del Trueno. Superada la desconfianza inicial, puede que Colorado acabe siendo uno de los guerreros mßs valientes y eficaces del clanà

Título original: *Warriors* - *Into the Wild* Erin Hunter, 2003
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Kars ePub base r1.1



Para Billy, que abandonó nuestra casa de Dos Patas para convertirse en un guerrero. Seguimos echándote mucho de menos.

Y para Benjamín, su hermano, que ahora está con él en el Clan Estelar. Gracias en especial a Kate Cary.

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

- Líder

— ESTRELLA AZUL: gata gris azulada con tonos plateados alrededor del hocico.

- Lugarteniente

— COLA ROJA: pequeño gato leonado con una distintiva cola rojiza.
— Aprendiz: POLVOROSO.

- Curandera

— JASPEADA: hermosa gata parda oscura con un característico manto moteado.

- Aprendices

— POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.
— ZARPA: gato de pelaje largo y color gris uniforme.
— CUERVO: pequeño y flaco gato negro, con una pizca de blanco en el pecho y la punta de la cola.
— ARENISCA: gata de color miel claro.
— ZARPA DE FUEGO: hermoso gato rojizo.

CLAN DE LA SOMBRA

- Líder

— ESTRELLA ROTA: gato atigrado marrón oscuro, de pelaje largo.

- Lugarteniente

— PATAS NEGRAS: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

- Curandero

— NARIZ INQUIETA: pequeño gato blanco y gris.

- Guerreros

— RABÓN: gato atigrado marrón.
— Aprendiz: MANTO PARDO.
— GUIJARRO: gato atigrado plateado.
— Aprendiz: ZARPA MOJADA.
— CARA CORTADA: gato marrón con numerosas cicatrices de lucha.
— Aprendiz: ZARPA MENUDA. — NOCTURNO: gato negro.

- Reinas

— NUEVE DEL ALBA: atigrada y pequeña. — FLOR RADIANTE: blanca y negra.

- Veteranos

— CENIZO: flaco gato gris.

CLAN DEL VIENTO

- Líder

— ESTRELLA ALTA: gato blanco y negro de cola muy larga.

CLAN DEL RÍO

- Líder

— ESTRELLA DOBLADA: enorme gato atigrado de color claro, con la mandíbula torcida.

- Lugarteniente

— CORAZÓN DE ROBLE: gato marrón rojizo.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES
— FAUCES AMARILLAS: vieja gata gris oscuro, de cara ancha y chata.
— TIZNADO: rollizo y afable gato blanco y negro; adora vivir en una casa junto al bosque.
— CENTENO: gato blanco y negro; vive en una granja cercana al bosque.

Prólogo

Una media luna relucía sobre las lisas rocas de granito, volviéndolas de plata. El silencio sólo era quebrado por el murmullo del rápido y oscuro río y por el susurro de los árboles del bosque que había más allá.

Algo se movió entre las sombras y, por todas partes, ágiles figuras oscuras se arrastraron sigilosamente sobre las rocas. Garras brillaron al claro de luna. Ojos vigilantes llamearon como el ámbar. Y entonces, como a una señal silenciosa, las criaturas saltaron unas contra otras y de repente las rocas parecieron cobrar vida con una feroz lucha entre gatos.

En el centro de aquel frenesí de pelo, zarpas y maullidos espeluznantes, un enorme atigrado de color oscuro inmovilizó a un gato marrón rojizo contra una roca y alzó la cabeza de modo triunfal. —¡Corazón de Roble! —gruñó—. ¿Cómo te atreves a cazar en nuestro territorio? ¡Las Rocas Soleadas pertenecen al Clan del Trueno!

—A partir de esta noche, Garra de Tigre, ¡ésta será una zona más de caza del Clan del Río! — replicó el gato marrón rojizo.

Desde la ribera llegó un maullido de advertencia, estridente y apremiante:

—¡Cuidado! ¡Vienen más guerreros del Clan del Río!

Garra de Tigre giró la cabeza: unos cuerpos brillantes empezaban a salir del agua que corría junto a las rocas. Los empapados guerreros del Clan del Río saltaron silenciosamente a la orilla y se unieron a la batalla sin siquiera sacudirse el agua.

El atigrado oscuro miró con ferocidad a Corazón de Roble.

—Podéis nadar como nutrias, pero tus guerreros y tú no pertenecéis a este bosque. —Y le enseñó los colmillos mientras el otro se debatía debajo de él.

El desesperado aullido de una gata del Clan del Trueno se elevó por encima del estruendo. Un nervudo gato del Clan del Río la inmovilizaba contra el suelo, panza arriba, y en ese momento se disponía a lanzarse sobre su cuello, aún chorreando agua.

Garra de Tigre oyó el aullido y soltó a Corazón de Roble. Con un potente salto, derribó al guerrero enemigo y lo apartó de la gata.

—¡Deprisa, Musaraña, corre! —ordenó, antes de volverse hacia el agresivo macho del Clan del Río.

Musaraña se levantó trastabillando y, estremeciéndose por un profundo corte en el omóplato, salió corriendo.

Garra de Tigre bufó de rabia cuando su contrincante lo alcanzó con un zarpazo en la nariz. La sangre lo cegó un instante, pero aun así saltó y hundió los colmillos en una pata trasera de su enemigo. Éste chilló y consiguió zafarse.

—¡Garra de Tigre! —La llamada procedía de un guerrero con la cola tan roja como el pelaje de un zorro—. ¡Es inútil! ¡Son demasiados!

—No, Cola Roja. ¡El Clan del Trueno jamás será vencido! —contestó, y saltó para caer a su lado—. ¡Éste es nuestro territorio!

La sangre empapaba su ancho y negro hocico. Sacudió la cabeza impaciente y salpicó las rocas con gotas escarlata.

—El clan honrará tu valor, Garra de Tigre, pero no podemos permitirnos perder más guerreros —insistió Cola Roja—. Estrella Azul nunca esperaría que sus guerreros lucharan con tan escasas posibilidades. Tendremos la oportunidad de vengar esta derrota.

Por un momento, sostuvo la mirada ambarina de Garra de Tigre sin pestañear y luego saltó sobre una roca al borde de los árboles. —¡Retirada, Clan del Trueno! —bramó.

Todos sus guerreros se revolvieron a la vez para librarse de sus oponentes. Bufando y gruñendo, se reunieron con Cola Roja. Durante un segundo, el Clan del Río pareció desconcertado. ¿Iban a salir victoriosos con tanta facilidad? Entonces, Corazón de Roble lanzó un maullido de júbilo. En cuanto lo oyeron, sus guerreros elevaron las voces y se unieron a su lugarteniente para maullar su victoria.

Cola Roja miró a sus abatidos guerreros. Les dio la señal con un movimiento de la cola y, acto seguido, los gatos del Clan del Trueno bajaron por el extremo más alejado de las Rocas Soleadas y desaparecieron en el bosque.

Garra de Tigre fue el último en seguirlos. Vaciló en la linde del bosque y se volvió para mirar el ensangrentado campo de batalla. Su cara estaba

ceñuda y sus ojos eran dos rendijas de furia. Luego, fue tras su clan por el bosque silencioso.

En un claro vacío se hallaba una vieja gata gris mirando el despejado cielo nocturno. A su alrededor, entre las sombras, oía la respiración y los movimientos de los gatos durmientes.

Una pequeña gata parda emergió de un rincón oscuro, con pasos rápidos y silenciosos.

La gata gris bajó la cabeza a modo de saludo.

—¿Cómo se encuentra Musaraña? —maulló.

—Sus heridas son profundas, Estrella Azul — contestó la recién llegada, sentándose en la fresca hierba—. Pero es joven y fuerte; sanará deprisa.

—¿Y los otros?

—También se recuperarán.

Estrella Azul suspiró.

—Hemos tenido suerte de no haber perdido ningún guerrero esta vez. Eres una curandera de gran talento, Jaspeada. —Volvió a alzar la cabeza hacia las estrellas—. Estoy muy preocupada por la derrota de esta noche. Nadie había vencido al Clan del Trueno en su propio territorio desde que soy líder —murmuró—. Éstos son tiempos difíciles para nuestro clan. La estación de la hoja nueva se retrasa y han nacido menos crías. El Clan del Trueno necesita más guerreros para sobrevivir.

—Pero el año acaba de empezar —señaló Jaspeada con calma—. Habrá más crías cuando llegue la estación de la hoja verde.

La gata gris se encogió de hombros.

—Quizá. Pero entrenar a los jóvenes para que se conviertan en guerreros requiere tiempo. Si el Clan del Trueno quiere defender su territorio, debe tener nuevos guerreros lo más pronto posible.

—¿Estás pidiendo respuestas al Clan Estelar? —preguntó Jaspeada con delicadeza, siguiendo la mirada de Estrella Azul, fija en la ristra de estrellas que refulgían en el cielo oscuro.

—Es en ocasiones como ésta cuando necesitamos las palabras de los antiguos guerreros, para que nos ayuden. ¿El Clan Estelar te ha hablado?

—No desde hace varias lunas.

De pronto, una estrella fugaz resplandeció sobre la copa de los árboles. La cola de Jaspeada dio una sacudida, y el lomo se le erizó.

Estrella Azul sintió un hormigueo en las orejas, pero permaneció en silencio mientras Jaspeada miraba a lo alto. Tras unos momentos, la curandera bajó la cabeza y se volvió hacia la líder.

—Era un mensaje del Clan Estelar —murmuró. Y con mirada abstraída añadió—: Sólo el fuego puede salvar a nuestro clan.

—¿El fuego? —repitió Estrella Azul—. Pero ¡si todos los clanes temen al fuego! ¿Cómo podría salvarnos?

Jaspeada negó con la cabeza.

—No lo sé —admitió—. Pero ése es el mensaje que el Clan Estelar ha decidido enviarme.

La líder del Clan del Trueno clavó sus ojos azules en la curandera.

—Nunca te has equivocado, Jaspeada — maulló—. Si el Clan Estelar ha hablado, entonces debe ser así. El fuego salvará a nuestro clan.

1

Estaba muy oscuro. Colorado percibió que había algo cerca. Al joven gato se le dilataron las pupilas mientras escudriñaba la espesa maleza. Aquel lugar era desconocido para él, pero los extraños aromas lo atraían hacia las sombras, cada vez más. Le rugieron las tripas, recordándole que tenía hambre. Abrió un poco la boca para que las cálidas fragancias del bosque alcanzaran su paladar. El olor mohoso del mantillo de hojas se entremezclaba con el tentador aroma de una pequeña criatura peluda.

De repente, un relámpago gris pasó corriendo ante él. Colorado se quedó quieto, escuchando. La criatura se había escondido entre las hojas, a menos de dos colas de distancia. Colorado sabía que era un ratón: en el vello interno de sus orejas percibía el rápido latido de un corazón diminuto.

Tragó saliva, acallando el ruido de su estómago. Pronto saciaría su hambre.

Bajó el cuerpo lentamente, agazapándose para el ataque. Estaba situado a favor del viento, así que el ratón ignoraba su presencia. Tras comprobar por última vez la situación de su presa, Colorado echó hacia atrás las ancas y saltó, levantando hojas del suelo al alzarse.

El ratón huyó hacia un agujero, pero Colorado ya estaba sobre él. Lo alzó por el aire, sujetando al indefenso roedor con sus afiladas garras, haciéndolo describir un elevado arco hasta el suelo cubierto de hojas. El ratón aterrizó aturdido pero vivo. Intentó correr, pero Colorado volvió a atraparlo. Lo lanzó de nuevo por los aires, un poco más lejos esta vez. El ratón logró dar unos pasos tambaleantes antes de que Colorado lo alcanzase.

De pronto, se oyó un sonoro ruido cerca de allí. Colorado miró alrededor, y entonces el ratón pudo librarse de sus zarpas. Al volverse de nuevo, el gato vio cómo desaparecía en la oscuridad, entre las enredadas raíces de un árbol.

Rabioso, Colorado abandonó la cacería. Giró sobre sí mismo, con sus ojos verdes llameando, tratando de localizar el ruido que le había costado su presa. El tamborileo continuaba, y cada vez le resultaba más familiar.

De repente abrió los ojos y el bosque había desaparecido. Estaba en una cocina caldeada y poco ventilada, ovillado en su cama. La luna se filtraba a través de la ventana, proyectando sombras sobre el liso y duro suelo. El ruido era el repiqueteo de las bolitas de comida seca con que estaban llenándole el cuenco. Colorado había estado soñando.

Levantó la cabeza y apoyó la barbilla en el borde de su cama. El collar le molestaba alrededor del cuello. En su sueño, había sentido cómo el aire fresco le alborotaba el suave pelo que solía picarle a causa del collar. Se puso panza arriba, saboreando el sueño unos momentos más. Aún percibía el olor del ratón. Era la tercera vez que tenía ese sueño desde la luna llena, y en todas las ocasiones el ratón escapaba de sus garras.

Se relamió. Desde la cama notaba el olor insulso de su comida. Sus dueños siempre le rellenaban el cuenco antes de irse a dormir. Aquel olor polvoriento disipó los cálidos aromas de su sueño. Pero el estómago le rugía de hambre, de modo que se desperezó, estiró las patas y cruzó la cocina hasta su cuenco. La comida le pareció seca e insípida. Tragó otro bocado de mala gana. Luego salió por la gatera, con la esperanza de que el olor del jardín le devolviera las sensaciones de su sueño.

Fuera, la luna brillaba y llovía ligeramente. Colorado recorrió el pequeño jardín, siguiendo el sendero de grava iluminado por las estrellas, notando las frías y puntiagudas piedrecitas bajo las zarpas. Hizo sus necesidades debajo de un gran arbusto de relucientes hojas verdes y enormes flores púrpura, cuya dulzona fragancia empalagaba el aire. Colorado apretó la boca para bloquear el paso del aroma a su nariz.

Al cabo, se acomodó en lo alto de uno de los postes de la valla que marcaba el límite de su jardín. Era uno de sus sitios preferidos, pues desde allí podía ver tanto los jardines vecinos como el frondoso bosque verde que había al otro lado del vallado.

La lluvia había cesado. Detrás de él, el cortísimo césped estaba bañado por el claro de luna, pero más allá de la valla el bosque estaba lleno de sombras. Colorado estiró el cuello para olfatear el aire húmedo. Debajo de su espeso manto, tenía la piel seca y caliente, pero notaba el peso de las gotas de lluvia que centelleaban sobre su pelaje rojizo.

Oyó que sus dueños lo llamaban por última vez desde la puerta trasera. Si iba con ellos, lo recibirían con palabras agradables y lo invitarían a su cama, donde podría enroscarse, ronroneando y calentito, en el hueco de una pierna doblada.
Pero esta vez Colorado no hizo caso de la voz de sus dueños y miró hacia el bosque. El vigorizante aroma del monte se había vuelto más fresco tras la lluvia.
De repente sintió un hormigueo en el lomo. ¿Había algo moviéndose allí fuera? ¿Algo observándolo? Miró fijamente, pero era imposible ver u oler nada en aquel ambiente oscuro y cargado del aroma de los árboles. Alzó la barbilla con audacia, se levantó y se desperezó, aferrado con las cuatro zarpas a los bordes del poste, estirando las patas y arqueando el lomo. Cerró los ojos y aspiró la fragancia del bosque una vez más. Parecía prometerle algo, tentarlo hacia las susurrantes sombras. Tensando los músculos, se agachó. Luego saltó ágilmente a la áspera hierba que había al otro lado de la valla. Al tocar el suelo, el cascabel de su collar tintineó en el sereno aire nocturno.
—¿Adónde vas, Colorado? —maulló una voz familiar a sus espaldas.
Levantó la mirada. Un joven gato blanco y negro se hallaba patosamente sobre la valla, en precario equilibrio.
—Hola, Tiznado —saludó.
—No pensarás ir al bosque, ¿verdad? — preguntó Tiznado, sus ojos ambarinos como platos.
—Sólo a echar un vistazo —dijo Colorado, incómodo.
—Pues yo no iría allí. ¡Es peligroso! — Tiznado arrugó su negra nariz—. Henry dice que una vez estuvo en el bosque. —Levantó la cabeza y señaló con el hocico la hilera de vallas, en dirección al jardín en que vivía Henry.
—Pero ¡si ese atigrado viejo y gordo jamás ha estado en el bosque! —se burló Colorado—. Apenas ha salido de su propio jardín desde su visita al veterinario. Lo único que quiere es comer y dormir.
—No, en serio. ¡Si cazó un petirrojo y todo! — insistió Tiznado.
—Bueno, si lo hizo, seguro que fue antes de visitar al veterinario. Ahora se queja de que los pájaros perturban sus siestas.

—Vale, da igual —respondió Tiznado—. El hecho es que Henry me contó que ahí fuera hay toda clase de animales peligrosos. Gatos salvajes gigantescos que comen conejos vivos para desayunar y se afilan las garras en huesos viejos.
—Sólo voy a echar una ojeada —maulló Colorado—. No tardaré mucho.
—Bueno, ¡luego no digas que no te he advertido! —ronroneó Tiznado.
El gato blanco y negro dio media vuelta y saltó de la valla a su propio jardín.
Colorado se sentó en la áspera hierba junto a la verja. Se dio un lametón nervioso en el omóplato, preguntándose cuántos de los chismes de Tiznado serían reales.
De pronto, el movimiento de una pequeña criatura atrajo su atención. Vio cómo se escabullía debajo de unas zarzas.
El instinto lo hizo agazaparse. Avanzó entre la maleza paso a paso, con suma cautela. Sintiendo un cosquilleo en las orejas, las ventanas de la nariz dilatadas y sin pestañear, se movió hacia el animal. Ya podía verlo con claridad entre las ramas espinosas, mordisqueando una larga semilla que sujetaba entre las patas. Era un ratón.
Colorado balanceó las ancas, preparándose para saltar, y contuvo la respiración para que el cascabel no volviera a sonar. Lo invadió una gran emoción y el corazón le latió con fuerza. ¡Aquello era incluso mejor que sus sueños! Pero entonces un ruido repentino de ramitas quebradas y hojas aplastadas le hizo dar un salto. El cascabel repicó traicioneramente y el ratón salió disparado hacia la parte más enmarañada y densa del zarzal.
Colorado se quedó inmóvil y miró alrededor. Vislumbró la punta blanca de una cola rojiza y peluda; atravesaba una mata de altos helechos. Percibió un olor fuerte y extraño; desde luego, pertenecía a un carnívoro, pero no era perro ni gato. Se olvidó del ratón y observó la cola roja con curiosidad. Quería verla mejor.
Todos sus sentidos se pusieron en tensión mientras avanzaba. Pero entonces detectó otro ruido. Procedía de detrás de él, aunque sonaba apagado y distante. Giró las orejas hacia atrás para escuchar mejor.

«¿Pasos de un animal?», se preguntó, con los ojos clavados en el extraño pelaje rojo que veía más adelante, y siguió avanzando. Sólo cuando el leve susurro se transformó en algo muy sonoro, un veloz acercamiento que rompía ramitas a su paso, Colorado comprendió que estaba en peligro.

La criatura lo alcanzó como una explosión, y el gato cayó de lado en una mata de ortigas. Retorciéndose y aullando, trató de librarse de su atacante, que se había pegado a su lomo. Lo aferraba con unas garras increíblemente afiladas. Sintió el pinchazo de unos puntiagudos dientes en el cuello. Se revolvió de la cabeza a la cola, pero no logró zafarse. Por un instante se sintió impotente y se quedó quieto. Pensando rápido, se colocó boca arriba. Instintivamente, sabía lo peligroso que era exponer su blanda panza, pero era su única posibilidad.

Tuvo suerte: el truco pareció funcionar. Oyó un resoplido debajo de él cuando su contrincante se quedó sin aire. Debatiéndose con fiereza, Colorado consiguió liberarse. Sin mirar atrás, salió corriendo hacia su casa.

A sus espaldas, un sonido de pisadas le dijo que su atacante estaba persiguiéndolo. Pese a que los arañazos le dolían y escocían, Colorado decidió darse la vuelta y pelear. No quería dejar que volvieran a saltarle encima.

Se detuvo con un patinazo, se volvió y se enfrentó a su perseguidor.

Era un gato joven, con un espeso y lanudo pelaje gris, patas fuertes y cara ancha. En una fracción de segundo, Colorado captó que era un macho y percibió el poder de sus vigorosos omóplatos. Entonces, el gato chocó contra él a todo correr. El giro de Colorado lo había pillado por sorpresa, y cayó hacia atrás con un salto aturdido.

El impacto dejó a Colorado sin aliento y tambaleante. Enseguida recuperó el equilibrio y arqueó el lomo, erizando su pelaje rojizo, listo para abalanzarse sobre el desconocido. Pero su atacante se sentó sin más y empezó a lamerse una pata delantera; toda su agresividad había desaparecido.

Colorado se sintió extrañamente decepcionado. Todo su cuerpo estaba tenso, preparado para el combate.

—¡Eh, tú, minino casero! —maulló el gato gris alegremente—. ¡Aguantas bien una persecución para ser una mascota domesticada!

Colorado continuó en tensión un segundo, preguntándose si atacar a pesar de todo. Luego recordó la fuerza que había notado en las zarpas de aquel gato cuando lo inmovilizó contra el suelo. Se apoyó en las almohadillas, distendió los músculos y relajó la columna vertebral.

—¡Y volveré a pelear contigo si es necesario! —gruñó.

—Por cierto, soy Zarpa Gris —se presentó el gato, que en efecto era gris, sin inmutarse por la amenaza de Colorado—. Estoy entrenando para convertirme en un guerrero del Clan del Trueno.

Colorado guardó silencio. No entendía a qué se refería el tal Zarpa Gris, pero notó que el peligro había pasado. Ocultó su confusión lamiéndose el alborotado pecho.

—¿Qué hace un minino doméstico como tú en el bosque? ¿No sabes que es peligroso? — preguntó Zarpa Gris.

—Si tú eres lo más peligroso que hay en el bosque, entonces creo que no tendré problemas — fanfarroneó Colorado.

Zarpa Gris lo miró un momento, entornando sus grandes ojos amarillos.

—Oh, yo estoy muy lejos de ser lo más peligroso. Si fuera sólo medio guerrero, le habría dejado a un intruso como tú unas cuantas marcas para que se lo pensara.

Colorado sintió un escalofrío ante aquellas siniestras palabras. ¿A qué se refería aquel gato con «intruso»?

—En cualquier caso —maulló Zarpa Gris, arrancando una mata de hierba con sus afilados dientes—, no he creído que valiera la pena hacerte daño. Es obvio que no perteneces a ningún clan.

—¿Clanes? —preguntó Colorado, confuso.

Zarpa Gris soltó un resoplido de impaciencia.

—¡Seguro que has oído hablar de los cuatro clanes guerreros que cazan por aquí! Yo

pertenezco al del Trueno. Los otros siempre están intentando robar presas de nuestro territorio, especialmente el Clan de la Sombra. Son tan feroces que te habrían hecho pedazos sin la menor pregunta. —Bufó y prosiguió—: Vienen a llevarse presas que nos corresponden por derecho. La misión de los guerreros del Clan del Trueno consiste en mantenerlos fuera de nuestro territorio. Cuando acabe el entrenamiento, seré tan peligroso que, con sólo verme, los demás clanes se estremecerán en sus piojosos pellejos. ¡Te aseguro que no se atreverán a acercarse a nosotros!

Colorado entornó los ojos. ¡Aquél debía de ser uno de los gatos salvajes mencionados por Tiznado! Vivían en el bosque sin comodidades, cazando y luchando entre ellos por cada pedacito de alimento. Aun así, no sintió miedo. En realidad, resultaba difícil no admirar la confianza de aquel joven gato.

—Entonces, ¿todavía no eres guerrero? — preguntó.

—¿Por qué? ¿Has creído que lo era? —Zarpa Gris ronroneó de orgullo, y luego sacudió su ancha y peluda cabeza—. Aún me falta mucho para ser un auténtico guerrero. Primero tengo que superar el entrenamiento. Antes de empezar a entrenarse, los gatos deben tener seis lunas de edad. Ésta es mi primera noche fuera como aprendiz.

—En vez de eso, ¿por qué no te buscas un dueño con una casa bonita y confortable? Tu vida sería más fácil —maulló Colorado—. Hay mucha gente que acogería a un joven gato como tú. Lo único que tienes que hacer es sentarte un par de días donde puedan verte y poner cara de hambre…

—¡Y ellos me alimentarían con esas bolitas que parecen cagarrutas de conejo y una bazofia pastosa! —lo cortó Zarpa Gris—. ¡No, gracias! ¡No se me ocurre nada peor que ser un minino casero! ¡No son más que juguetes de los Dos Patas! Comen cosas que no parecen comida, hacen sus necesidades en una caja de arena, se asoman al exterior sólo cuando los Dos Patas se lo permiten. ¡Eso no es vida! Aquí fuera la existencia es libre y salvaje. Vamos y venimos a nuestro antojo. —Acabó su discurso con un bufido de orgullo, y luego maulló

maliciosamente—: Hasta que hayas probado un ratón recién cazado, no habrás vivido. ¿Ya has probado alguno?
—No —admitió Colorado, un poco a la defensiva—. Todavía no.
—Bah, nunca lo entenderás —suspiró Zarpa Gris—. Tú no naciste en libertad. Eso marca la diferencia. Hay que nacer con sangre guerrera en las venas, o con la sensación del viento en los bigotes. Los mininos nacidos en hogares de Dos Patas nunca podrían sentir lo mismo.
Colorado recordó cómo se había sentido en sus sueños.
—¡Eso no es verdad! —exclamó con indignación.
Zarpa Gris no contestó. De repente dejó de lamerse y se quedó inmóvil, con una pata levantada, y olfateó el aire.
—Huelo a gatos de mi clan —siseó—. Deberías irte. ¡No les gustará encontrarte cazando en nuestro territorio!
Colorado miró alrededor, preguntándose cómo sabía Zarpa Gris que se acercaban otros gatos. Él no percibía nada diferente en la brisa con olor a vegetación. Pero se le erizó el pelo ante el tono apremiante del aprendiz.
—¡Deprisa! —siseó éste—. ¡Huye!
Colorado se preparó para saltar entre los arbustos, sin saber qué dirección era segura.
Demasiado tarde. Una voz maulló a sus espaldas, firme y amenazadora:
—¿Qué está ocurriendo aquí?
Al volverse, Colorado vio una gran gata gris surgir majestuosamente entre la maleza. Era magnífica. Tenía el hocico veteado de pelo blanco y una fea cicatriz entre los omóplatos, pero su suave manto gris relucía como la plata al claro de luna.
—¡Estrella Azul! —Zarpa Gris se inclinó y entornó los ojos. Y todavía se inclinó más cuando un segundo gato, un precioso atigrado dorado, siguió a la gata gris hasta el claro.
—¡Zarpa Gris, no deberías estar tan cerca de las casas de los Dos Patas! —gruñó el atigrado, entornando los ojos.

—Ya lo sé, Corazón de León. Lo siento. —El aprendiz bajó la vista hasta sus patas.

Colorado lo imitó y se agachó casi hasta el suelo, con un temblor nervioso en las orejas. Aquellos gatos irradiaban una sensación de fuerza que jamás había visto en ninguno de sus amigos de jardín. Quizá la alarma de Tiznado estaba bien fundada.

—¿Quién es éste? —preguntó la gata.

Colorado se estremeció y los penetrantes ojos azules de la gata lo hicieron sentir aún más vulnerable.

—No supone ninguna amenaza —maulló Zarpa Gris—. No es un guerrero de ningún clan; sólo es una mascota de Dos Patas que vive más allá de nuestro territorio.

«¡Sólo una mascota de Dos Patas!». Esas palabras encendieron a Colorado, pero se mordió la lengua. En la mirada de advertencia de Estrella Azul vio que ella había percibido la rabia en sus ojos, así que apartó la vista.

—Ésta es Estrella Azul, la líder de mi clan — le susurró Zarpa Gris—. Y el otro es Corazón de León. Es mi mentor, lo que significa que está entrenándome para ser guerrero.

—Gracias por la presentación, Zarpa Gris — maulló Corazón de León fríamente.

Estrella Azul seguía mirando a Colorado.

—Luchas bien para ser una mascota de Dos Patas —dijo.

Colorado y Zarpa Gris intercambiaron una mirada confundida. ¿Cómo podía saberlo la gata?

—Hemos estado observando —continuó Estrella Azul, como si les hubiera leído el pensamiento—. Nos preguntábamos cómo te las arreglarías con un intruso, Zarpa Gris. Lo has atacado con valentía.

El joven gato pareció complacido por el elogio de su líder.

—Ahora incorporaos los dos. —Estrella Azul miró a Colorado—. Tú también, minino casero.

Él se incorporó y sostuvo la mirada de la gata mientras ésta le hablaba.

—Has reaccionado bien al ataque, minino casero. Zarpa Gris es mucho más fuerte que tú, pero has utilizado el ingenio para defenderte. Y te has vuelto para encararte a él cuando te perseguía.
Nunca había visto a una mascota hacer algo así.
Sorprendido por una alabanza tan inesperada, Colorado logró dar las gracias con un movimiento de la cabeza.
—Me he preguntado a veces cómo te comportarías aquí fuera, lejos de las casas de Dos Patas. Patrullamos esta frontera frecuentemente, así que te he visto a menudo sentado en tu lindero, mirando el bosque. Y ahora, por fin, te has atrevido a poner las patas aquí. —Estrella Azul lo miró pensativa—. Pareces tener una habilidad cazadora innata. Y una vista penetrante. Habrías atrapado a ese ratón si no hubieras dudado tanto.
—¿En… en serio? —tartamudeó Colorado.
Entonces habló Corazón de León. Su grave maullido fue respetuoso pero vehemente.
—Estrella Azul, éste es un minino doméstico. No debería estar cazando en el territorio del Clan del Trueno. ¡Mándalo de vuelta a su casa de Dos Patas!
A Colorado le dolieron las palabras desdeñosas de Corazón de León.
—¿Qué me mande de vuelta a casa? —replicó impaciente. Las palabras de Estrella Azul lo habían llenado de orgullo. La gata se había fijado en él, estaba impresionada con él—. Si sólo he venido a cazar un ratón o dos. Seguro que hay bastante para todos.
Estrella Azul había girado la cabeza en dirección a Corazón de León, pero volvió la vista de golpe hacia Colorado. Sus ojos azules llameaban de furia.
—Nunca hay bastante para todos —bufó—. ¡Lo sabrías si no tuvieras una vida tan cómoda y sobrealimentada!
Colorado se quedó confuso ante la repentina rabia de Estrella Azul, pero al ver la expresión horrorizada de Zarpa Gris comprendió que había hablado demasiado a la ligera. Corazón de León se situó junto a su líder.

Ambos guerreros se alzaron sobre Colorado. Éste percibió la mirada amenazadora de Estrella Azul, y todo su orgullo se esfumó. No se enfrentaba a comodones gatos de salón: aquéllos eran gatos malvados y hambrientos, y probablemente iban a acabar lo que Zarpa Gris había empezado.

2

—¿Y bien? —siseó Estrella Azul, con la cara a sólo un ratón de distancia de Colorado.

Corazón de León guardó silencio mientras se erguía sobre él.

Colorado bajó las orejas y se agachó bajo la fría mirada del guerrero atigrado. Notó un molesto picor en la piel.

—No soy ninguna amenaza para vuestro clan —maulló, mirándose las temblorosas patas.

—¡Amenazas a nuestro clan cuando nos arrebatas la comida! —aulló Estrella Azul—. Tú ya tienes alimento suficiente en tu hogar de Dos Patas. Has venido aquí a cazar sólo por diversión. Pero nosotros cazamos para sobrevivir.

La verdad de las palabras de la reina guerrera traspasó a Colorado como las espinas de un endrino, y de repente comprendió su furia. Dejó de temblar, se incorporó y alzó las orejas. La miró a los ojos.

—No había pensado en eso. Lo lamento — maulló solemnemente—. No volveré a cazar aquí nunca más.

La ira de Estrella Azul se desvaneció, y le hizo una señal a Corazón de León para que retrocediera.

—Eres un gato doméstico fuera de lo común —dijo.

Las orejas de Colorado se agitaron al oír el suspiro de alivio de Zarpa Gris. Percibió aprobación en la voz de Estrella Azul, y reparó en que la gata intercambiaba una mirada significativa con Corazón de León. Eso le picó la curiosidad. ¿Qué estaban compartiendo los dos guerreros?

—¿Realmente es tan duro sobrevivir aquí? — preguntó en voz baja.

—Nuestro territorio sólo cubre parte del bosque —respondió Estrella Azul—. Competimos con los otros clanes por lo que tenemos. Y este año, el retraso de la estación de la hoja nueva implica que escasee la caza.

—¿Es muy grande vuestro clan? —maulló Colorado con los ojos muy abiertos.

—Bastante. Nuestro territorio puede alimentarnos, pero no sobran presas.

—Entonces, ¿sois todos guerreros? —quiso saber Colorado. Las respuestas cautas de Estrella Azul sólo aumentaban su curiosidad.
—Algunos son guerreros —contestó Corazón de León—. Otros son demasiado jóvenes o viejos, o están demasiado ocupados cuidando de los pequeños.
—Y ¿todos vivís juntos y compartís las piezas? —murmuró Colorado con asombro, pensando con cierta culpabilidad en su propia existencia, tan regalada y egoísta.
Estrella Azul volvió a mirar a Corazón de León. El atigrado le sostuvo la mirada con firmeza.
Por fin ella se volvió de nuevo hacia Colorado y maulló:
—Quizá deberías averiguarlo por ti mismo. ¿Te gustaría unirte al Clan del Trueno?
Colorado se quedó tan sorprendido que no pudo hablar.
—Si aceptas —continuó Estrella Azul—, entrenarías con Zarpa Gris para convertirte en guerrero del clan.
—Pero ¡los gatos de compañía no pueden ser guerreros! —exclamó Zarpa Gris impulsivamente —. ¡No tienen sangre guerrera!
Los ojos de Estrella Azul se empañaron de tristeza.
—Sangre guerrera —repitió con un suspiro—. Últimamente ya se ha derramado demasiada.
La gata guardó silencio, y Corazón de León dijo:
—Estrella Azul sólo te está ofreciendo entrenamiento, joven gato. No hay ninguna garantía de que llegues a convertirte en un auténtico guerrero. Quizá resulte demasiado difícil para ti. Después de todo, estás acostumbrado a una vida cómoda.
A Colorado le hirieron las palabras de Corazón de León. Giró la cabeza para encararse al atigrado.
—Entonces, ¿por qué me ofrece esta oportunidad?
Fue Estrella Azul quien respondió:
—Tienes razón al cuestionarte nuestros motivos. La verdad es que el Clan del Trueno necesita más guerreros.

—Debes comprender que Estrella Azul no te hace esta propuesta a la ligera —le advirtió Corazón de León—. Si deseas entrenar con nosotros, te acogeremos en nuestro clan. Pero una de dos: tienes que vivir con nosotros y respetar nuestras costumbres, o volver a tu hogar de Dos Patas y no regresar jamás. No puedes vivir con una pata en cada mundo.
Una brisa fresca agitó la maleza, alborotando el pelaje de Colorado. El gato se estremeció, no de frío, sino de emoción por las increíbles posibilidades que se desplegaban ante él.
—Quizá te estés preguntando si vale la pena abandonar tu confortable vida de mascota —dijo Estrella Azul con dulzura—. Pero ¿eres consciente del precio que tendrás que pagar por el calor y la comida?
Colorado la miró perplejo. Sin duda, su encuentro con aquellos gatos le había mostrado lo fácil y abundante que era su vida.
—Puedo notar que sigues siendo un macho — continuó Estrella Azul—, pese al hedor de Dos Patas que llevas pegado a la piel.
—¿Qué quieres decir con que… sigo siendo un macho?
—Los Dos Patas todavía no te han llevado a ver al Rebanador —respondió Estrella Azul con seriedad—. Después de eso serás muy diferente. Sospecho que ya no tendrás muchas ganas de pelear con un gato de un clan.
Colorado estaba confuso. De repente pensó en Henry, que se había vuelto gordo y perezoso después de su visita al veterinario. ¿A eso se refería Estrella Azul con lo del Rebanador?
—Tal vez el clan no pueda ofrecerte comida tan fácil ni calor —continuó la gata—. En la estación sin hojas, las noches en el bosque pueden ser crueles. El clan te exigirá una gran lealtad y trabajo duro. Esperará de ti que lo protejas con tu vida si es necesario. Y hay muchas bocas que alimentar. Pero las recompensas son enormes. Seguirás siendo un macho. Serás adiestrado en las costumbres de la vida salvaje. Aprenderás qué significa ser un verdadero gato. La fuerza y el compañerismo del clan siempre estarán contigo, incluso cuando caces solo.

A Colorado le daba vueltas la cabeza. Estrella Azul parecía estar ofreciéndole la tentadora vida que él había vivido tantas veces en sus sueños, pero ¿realmente sería capaz de vivir así?

Corazón de León interrumpió sus pensamientos:

—Venga, Estrella Azul, no desperdiciemos más tiempo aquí. Debemos reunirnos con la otra patrulla cuando la luna esté alta. Garra de Tigre se preguntará qué nos ha ocurrido. —Se puso en pie y agitó la cola, expectante.

—Espera —maulló Colorado—. ¿Puedo pensar en vuestra propuesta?

Estrella Azul lo miró largo rato y al cabo asintió.

—Corazón de León estará aquí mañana cuando el sol se encuentre en lo alto —dijo—. Dale tu respuesta entonces.

Luego murmuró una señal, y con un solo movimiento los tres gatos se volvieron y desaparecieron en el sotobosque.

Colorado parpadeó. Se quedó mirando — ilusionado, vacilante— por encima de los helechos que lo rodeaban, a través del dosel de hojas, las estrellas que resplandecían en el cielo despejado. El olor de los gatos del clan aún impregnaba el aire nocturno. Cuando se volvió para dirigirse hacia su casa, notó una extraña sensación, algo que tiraba de él hacia las profundidades del bosque. Sintió un delicioso hormigueo en el pelo bajo el leve viento, y las susurrantes hojas parecieron musitar su nombre entre las sombras.

3

Por la mañana, mientras se recuperaba de sus andanzas nocturnas, Colorado volvió a tener el sueño del ratón, aún más vívido que antes. Libre de su collar, a la luz de la luna, acechaba a la asustadiza criatura. Pero en esa ocasión era consciente de que lo estaban vigilando. Reluciendo entre las sombras del bosque, vio docenas de ojos amarillos. Los gatos del clan habían entrado en su mundo soñado.

Colorado despertó, parpadeando por la brillante luz que se derramaba sobre el suelo de la cocina. Sintió el pelo pesado y pegajoso de calor. Tenía el comedero lleno hasta arriba, y el bebedero limpio y rellenado con el agua de sabor amargo de los Dos Patas. Él prefería beber en los charcos de fuera, pero cuando hacía calor o tenía mucha sed, debía admitir que era mucho más sencillo ir a su recipiente. ¿De verdad sería capaz de abandonar aquella vida tan cómoda?

Comió y luego salió al jardín por la gatera. El día prometía ser cálido, y el aire del jardín estaba cargado con el aroma de las primeras flores.

—Hola, Colorado —maulló alguien desde una valla. Era Tiznado—. Deberías haberte levantado hace una hora. Los polluelos de gorrión han salido a estirar las alas.

—¿Has cazado alguno?

Tiznado bostezó y se relamió la nariz.

—No tenía ganas de tomarme esa molestia. Ya he comido bastante en casa. De todos modos, ¿por qué no has salido antes? Ayer te quejabas de que Henry se pasa el tiempo durmiendo, pero hoy no eres mejor que él.

Colorado se sentó en la fresca tierra, junto a la valla, y enroscó pulcramente la cola alrededor de sus patas delanteras.

—Anoche estuve en el bosque —le recordó a su amigo, y al momento sintió cómo la sangre se agitaba en sus venas y se le esponjaba el pelaje.

Tiznado bajó la vista hacia él con los ojos como platos.

—¡Oh, sí! Lo había olvidado. ¿Cómo fue? ¿Atrapaste algo? ¿O algo te atrapó a ti?

Colorado hizo una pausa, no muy seguro de cómo contarle a su viejo amigo qué había sucedido.

—Tropecé con unos gatos salvajes —empezó.

—Vaya —se asombró Tiznado—. ¿Te metiste en una pelea?

—Más o menos. —Colorado volvió a sentir una corriente de energía al recordar la fuerza y el poder de los gatos del clan.

—¿Te hirieron? ¿Qué ocurrió? —quiso saber Tiznado, ansioso.

—Eran tres. Más grandes y fuertes que ninguno de nosotros.

—¿Y tú peleaste con los tres? —lo interrumpió Tiznado, agitando la cola de emoción.

—¡No! —se apresuró a aclarar Colorado—. Sólo con el más joven; los otros dos aparecieron más tarde.

—¿Y cómo es que no te hicieron trizas?

—Sólo me dijeron que abandonara su territorio. Pero luego… —Colorado vaciló.

—¿Qué? —maulló Tiznado con impaciencia.

—Me propusieron que me uniera a su clan.

Los bigotes de Tiznado se estremecieron de incredulidad.

—¡En serio! —aseguró Colorado.

—¿Por qué iban a hacer algo así?

—No lo sé. Creo que necesitan patas extra en el clan.

—A mí me suena un poco raro —maulló Tiznado dubitativo—. En tu lugar, yo no confiaría en ellos.

Colorado lo miró. Su amigo blanco y negro jamás había mostrado interés por aventurarse en el bosque. Estaba completamente satisfecho viviendo con sus dueños. Nunca comprendería el turbulento anhelo que le provocaban sus sueños una noche tras otra.

—Pues yo sí que confío en ellos —ronroneó suavemente—. Y he tomado una decisión. Voy a unirme a su clan.

Tiznado saltó de la valla y se encaró con su amigo.

—Por favor, no te vayas —maulló alarmado —. Me quedaré solo.

Colorado le dio un golpecito afectuoso con la cabeza.

—No te preocupes. Mis dueños se buscarán otro gato. Harás buenas migas con él. ¡Tú haces buenas migas con todo el mundo!

—Pero ¡no será lo mismo! —gimió Tiznado.

Colorado agitó la cola con impaciencia.

—Ésa es la cuestión. Si me quedo aquí hasta que me lleven al Rebanador, yo tampoco seré el mismo.

Tiznado se mostró perplejo.

—¿El Rebanador? —repitió.

—El veterinario. Para que me castren, como le hicieron a Henry.

Tiznado se encogió de hombros y se miró las patas.

—Pero Henry está bien —repuso entre dientes —. Vale, es verdad que ahora es un poco más perezoso, pero no es infeliz. Aún podríamos divertirnos.

A Colorado se le encogía el corazón de pena ante la idea de dejar a su amigo.

—Lo lamento, Tiznado. Te echaré de menos, pero tengo que irme.

Tiznado no contestó, pero avanzó un paso y tocó afectuosamente la nariz de su amigo con la suya.

—Muy bien. Ya veo que no puedo detenerte, pero al menos podemos pasar una última mañana juntos.

Colorado acabó disfrutando de la mañana incluso más de lo habitual, visitando sus antiguos lugares preferidos con Tiznado y charlando con los gatos con los que había crecido. Todos sus sentidos parecían sobrecargados, como si estuviera preparándose para dar un gran salto. Conforme se acercaba la hora en que el sol estaría más alto, empezó a impacientarse por ver si Corazón de León estaría esperándolo de verdad. El runrún perezoso de sus viejos amigos parecía un débil sonido de fondo; todos sus sentidos estaban puestos en el bosque.

Colorado bajó de la valla de su jardín por última vez y se dirigió al bosque. Ya se había despedido de Tiznado. Ahora todos sus pensamientos estaban centrados en el monte y los gatos que lo habitaban.

Al llegar al lugar en que se había tropezado con los del Clan del Trueno la noche anterior, se sentó y saboreó el aire. Altos árboles resguardaban el

suelo del sol de mediodía, por lo que estaba confortablemente fresco. Aquí y allá, algunos rayos solares se colaban entre las hojas e iluminaban el suelo. Colorado percibía el mismo olor a gatos de la noche anterior, pero no tenía ni idea de si era viejo o reciente. Alzó la cabeza y olfateó, indeciso.

—Tienes mucho que aprender —maulló una voz profunda—. Incluso el más pequeñín de los cachorros del clan sabe cuándo hay otro gato cerca.

Colorado vio un par de ojos verdes relucientes debajo de un zarzal. Entonces reconoció el olor: Corazón de León.

—¿Podrías decirme si estoy solo? —preguntó el atigrado rubio, saliendo a la luz.

Colorado se apresuró a olisquear de nuevo el aire. El olor de Estrella Azul y Zarpa Gris aún seguía allí, pero no tan fuerte como por la noche.

Dubitativo, maulló:

—Estrella Azul y Zarpa Gris no están contigo esta vez.

—Verdad —respondió Corazón de León—. Pero hay alguien más.

Colorado se puso tenso cuando un segundo gato del clan entró en el claro.

—Éste es Tormenta Blanca —ronroneó Corazón de León—. Uno de nuestros guerreros más veteranos.

Colorado miró al recién llegado y sintió un hormigueo de miedo en la columna. ¿Aquello era una trampa? De cuerpo largo y musculoso, Tormenta Blanca se situó frente a él y lo miró desde arriba. Tenía un pelaje blanco muy espeso y sin marcas, y sus ojos eran amarillos como la arena tostada por el sol. Colorado agachó las orejas con cautela y tensó los músculos, preparándose para una pelea.

—Relájate, antes de que tu olor a miedo atraiga una atención indeseada —gruñó Corazón de León—. Sólo estamos aquí para llevarte a nuestro campamento.

Colorado se quedó muy quieto, sin atreverse apenas a respirar, mientras Tormenta Blanca acercaba la nariz para olisquearlo con curiosidad.

—Hola, joven —murmuró el guerrero blanco —. He oído hablar mucho de ti.

Colorado bajó la cabeza a modo de saludo.

—Vamos, podremos hablar más cuando estemos en el campamento —ordenó Corazón de León y, sin ninguna pausa, él y Tormenta Blanca se internaron a saltos en la maleza.

Colorado se puso en pie de un brinco y los siguió tan rápido como pudo. Los dos guerreros no le hicieron concesiones mientras atravesaban el bosque a toda velocidad, y al poco Colorado estaba luchando por seguir su paso. El ritmo de los guerreros apenas disminuyó mientras lo conducían por encima de árboles caídos; ellos los salvaban con un solo salto, pero Colorado tenía que trepar y bajar por el otro lado. Cruzaron una zona de pinos de penetrante fragancia, donde tuvieron que sortear profundos surcos producidos por el comedor de árboles de los Dos Patas. Desde la seguridad de la valla de su jardín, Colorado lo había oído rugir y gruñir en la distancia a menudo. Una de las zanjas era demasiado ancha para saltarla, y estaba medio llena de un agua fangosa y pestilente. Los gatos del clan la vadearon sin titubeos.

Colorado jamás había puesto una pata en el agua. Pero estaba decidido a no mostrar signos de debilidad, de modo que entornó los ojos y siguió adelante, procurando no pensar en la desagradable humedad que le empapaba la barriga.

Corazón de León y Tormenta Blanca se detuvieron por fin. Colorado frenó con un patinazo tras ellos, y se quedó jadeando mientras los dos guerreros subían a una roca en el borde de un barranco.

—Ya estamos muy cerca de nuestro campamento —maulló Corazón de León.

Colorado hizo un esfuerzo por ver señales de vida —movimiento de hojas, destellos de pelaje entre los arbustos de abajo—, pero sus ojos no vieron nada, excepto la misma vegetación que cubría el resto del bosque.

—Utiliza tu nariz. Debes acostumbrarte a olerlo —siseó Tormenta Blanca con impaciencia.

Colorado cerró los ojos y olfateó. Tormenta Blanca tenía razón. Allí los aromas eran muy diferentes del olor a gatos al que estaba acostumbrado. El aire olía más fuerte, lo que hablaba de muchos gatos distintos.

Asintió muy serio y anunció:

—Huelo a gatos.

Corazón de León y Tormenta Blanca intercambiaron una mirada divertida.

—Llegará un tiempo, si eres aceptado en el clan, en que conocerás el olor de cada gato por su propio nombre —maulló Corazón de León—. ¡Sígueme!

Bajó ágilmente por las piedras hasta el fondo del barranco y se abrió paso entre una densa extensión de aulagas. Lo seguía Colorado, y Tormenta Blanca cerraba la comitiva. Mientras la espinosa aulaga le rozaba los flancos, Colorado bajó la vista y advirtió que la hierba que pisaba estaba aplastada: era un sendero amplio y muy oloroso. Debía de ser la entrada principal del campamento.

Más allá de las aulagas se abría un claro. El suelo del centro estaba pelado; sólo era tierra dura, modelada por muchas generaciones de pisadas. Aquel campamento llevaba mucho tiempo allí. El claro, salpicado de sol, estaba cálido y sereno.

Colorado miró alrededor con los ojos muy abiertos. Había gatos por todas partes, sentados solos o en grupos, compartiendo comida o ronroneando mientras se lamían unos a otros.

—Justo después de que el sol llegue a lo más alto, el momento del día en que hace más calor, es la hora de compartir lenguas —explicó Corazón de León.

—¿Compartir lenguas? —repitió Colorado.

—Los gatos del clan siempre pasan un tiempo lavándose unos a otros e intercambiando las novedades del día —dijo Tormenta Blanca—. A eso lo llamamos compartir lenguas. Es una costumbre que mantiene unidos a los miembros del clan.

Era evidente que los gatos habían percibido el olor forastero de Colorado, pues empezaron a volver la cabeza en su dirección y a mirarlo con curiosidad.

De repente, Colorado sintió vergüenza de cruzar la mirada con cualquier gato, de modo que echó un vistazo al claro. Estaba bordeado de hierba espesa, con tocones de árbol esparcidos y un tronco caído. Una gruesa cortina de helechos y aulagas protegía el campamento del resto del bosque.

—Ahí se encuentra la maternidad —maulló Corazón de León, señalando con la cola una maraña de zarzas de aspecto impenetrable—. Es donde se cuida a los cachorros.

Colorado dirigió las orejas hacia los arbustos. No podía ver a través de las enredadas ramas espinosas, pero oyó el maullido de varios gatitos en algún punto del interior. Mientras observaba, una gata leonada salió retorciéndose por un pequeño hueco de la parte delantera. «Ésta debe de ser una de las reinas», pensó Colorado.

Una reina atigrada con manchas negras apareció por detrás del zarzal. Las dos gatas intercambiaron un lametazo amistoso entre las orejas antes de que la atigrada se metiera en la maternidad, murmurando a los llorosos cachorros. —Todas las reinas comparten el cuidado de nuestras crías —maulló Corazón de León—.

Todos los gatos sirven al clan. La lealtad al clan es la primera ley de nuestro código guerrero, una lección que debes aprender rápidamente si deseas quedarte con nosotros.

—Aquí llega Estrella Azul —anunció
Tormenta Blanca olfateando el aire.

Colorado también olfateó el aire, y lo alegró ser capaz de reconocer el olor de la gata gris un momento antes de que emergiera desde la sombra de una gran roca que había junto a ellos, a la entrada del campamento.

—Ha venido —ronroneó Estrella Azul, dirigiéndose a los guerreros.

—Corazón de León creía que no vendría — replicó Tormenta Blanca.

Colorado notó que la punta de la cola de la líder se agitaba de impaciencia.

—Y bien, ¿qué pensáis de él? —preguntó Estrella Azul.
—Ha aguantado el ritmo del trayecto de vuelta, pese a ser algo canijo —admitió Tormenta Blanca —. La verdad es que parece fuerte para ser un minino doméstico.
—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —Estrella Azul miró a Corazón de León y a Tormenta Blanca.
Ambos gatos asintieron.
—En ese caso anunciaré su llegada al clan. — La líder saltó a la roca y aulló—. Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo la Peña Alta, para una reunión del clan.
Su nítida llamada atrajo a todos los gatos, que acudieron surgiendo como sombras líquidas desde los extremos del claro. Colorado permaneció donde estaba, flanqueado por Corazón de León y Tormenta Blanca. Los demás se acomodaron bajo la Peña Alta y miraron expectantes a su líder.
Colorado sintió una oleada de alivio al reconocer entre los gatos el grueso pelaje ceniciento de Zarpa Gris. Junto a él se hallaba una joven reina moteada, con la cola de punta negra perfectamente enroscada sobre sus pequeñas patas blancas. Detrás de ellos había un enorme atigrado de color gris oscuro, cuyas rayas negras semejaban sombras sobre un suelo de bosque iluminado por la luna.
Cuando todos los gatos guardaron silencio, Estrella Azul habló.
—El Clan del Trueno necesita más guerreros —empezó—. Hasta ahora, nunca habíamos tenido tan pocos aprendices entrenando. Se ha decidido que el Clan del Trueno acepte a un forastero para entrenarlo como guerrero…
Colorado oyó murmullos de indignación entre los gatos del clan, pero Estrella Azul los silenció con un firme aullido.
—He encontrado a un gato dispuesto a convertirse en aprendiz del Clan del Trueno.
—¡Qué afortunado es de convertirse en aprendiz! —bramó una fuerte voz por encima de los susurros conmocionados que se extendían entre los presentes.

Colorado ladeó la cabeza y vio que un atigrado claro se había puesto en pie y miraba desafiante a su líder.
Estrella Azul no hizo ningún caso al atigrado y se dirigió a todo su clan:
—Corazón de León y Tormenta Blanca ya han conocido a este joven gato, y ambos coinciden conmigo en que deberíamos entrenarlo junto con los otros aprendices.
Colorado miró a Corazón de León y luego al clan, y descubrió que todos los ojos estaban clavados en él. Sintió un hormigueo y tragó saliva nerviosamente. Hubo un momento de silencio. Colorado estaba seguro de que todos podían oír los latidos de su corazón y percibir el olor de su miedo.
Al cabo, un crescendo de maullidos se elevó entre los reunidos.
—¿De dónde viene?
—¿A qué clan pertenece?
—¡Qué olor tan raro tiene! ¡No es el olor de ningún clan que yo conozca!
Y luego un aullido en particular sonó por encima de los demás:
—¡Mirad su collar! ¡Es un minino de compañía! —El atigrado claro de nuevo—. Una mascota siempre es una mascota. Para defenderse, este clan necesita guerreros nacidos en libertad, no otra boca delicada que alimentar.
Corazón de León se agachó y le susurró a Colorado al oído:
—Ese atigrado es Rabo Largo. Huele tu miedo. Igual que todos los demás. Debes demostrarle a él y a los otros que tu miedo no te frenará.
Pero Colorado no podía moverse. ¿Cómo iba a demostrarles a aquellos fieros gatos que no era sólo un minino casero?
El atigrado continuó mofándose de él.
—Tu collar es una marca de los Dos Patas, y ese ruidoso campanilleo hará de ti, en el mejor de los casos, un mal cazador. Y en el peor, atraerá a los Dos Patas a nuestro territorio, en busca de su pobrecita mascota perdida que inunda el bosque con su penoso tintineo.
Todos los gatos coincidieron entre resoplidos.
Rabo Largo prosiguió, consciente de que contaba con el apoyo de la audiencia:

—El sonido de tu cascabel traidor alertará a nuestros enemigos, ¡eso si no lo hace tu hedor a Dos Patas!

Corazón de León volvió a susurrar al oído de Colorado:

—¿Te amilanas ante un desafío?

Colorado seguía sin moverse. Pero ahora estaba intentando averiguar la posición de Rabo Largo. Allí estaba, justo detrás de una reina marrón oscuro. Colorado agachó las orejas, entornó los ojos y, bufando, saltó entre los sorprendidos gatos para abalanzarse sobre su torturador.

El ataque de Colorado pilló desprevenido a Rabo Largo, que trastabilló de lado, perdiendo pie en la seca y dura tierra. Rabioso y desesperado por demostrar su valor, Colorado le clavó uñas y dientes al atigrado. No hubo sutiles rituales de golpes y empujones antes del enfrentamiento. Debatiéndose y chillando, ambos se enzarzaron en una pelea que fue dando vueltas enloquecidas por el claro, en el corazón del campamento. Los otros gatos tenían que apartarse corriendo de su camino para evitar aquel aullante remolino de pelo.

Mientras arañaba y luchaba, Colorado advirtió que no sentía miedo, sólo euforia. Entre el fragor de la sangre en sus oídos, percibió los gritos de entusiasmo de los gatos que lo rodeaban.

De pronto, notó que el collar le apretaba el cuello. Rabo Largo se lo había atrapado entre los dientes y estaba tirando y tirando con fuerza. Colorado sintió una espantosa presión en la garganta. Incapaz de respirar, fue presa del pánico. Se retorció y revolcó, pero cada movimiento sólo conseguía aumentar la presión. Con arcadas y boqueando en busca de aire, hizo acopio de toda su energía para librarse del cepo de Rabo Largo. Y de repente, con un sonoro chasquido, quedó libre.

Rabo Largo cayó lejos de él. Colorado se puso en pie a trompicones y miró alrededor. Rabo Largo estaba agazapado a tres colas de distancia, y, colgando de su boca, vio su collar destrozado.

De inmediato, Estrella Azul saltó de la Peña Alta y silenció a la ruidosa multitud con un resonante maullido. Colorado y Rabo Largo se quedaron inmóviles donde estaban, respirando entre jadeos. Matas de pelo

colgaban de sus mantos alborotados. Colorado notó el escozor de un corte sobre el ojo. Rabo Largo tenía la oreja derecha desgarrada, y la sangre manaba por su flaco omóplato hasta el suelo polvoriento. Se miraron fijamente; su hostilidad no se había consumido.

Estrella Azul dio unos pasos y recuperó el collar que sujetaba Rabo Largo. Luego lo depositó en el suelo ante sí y maulló:

—El recién llegado ha perdido su collar de Dos Patas en una batalla por su honor. El Clan Estelar ha dado su aprobación: este gato ha sido liberado del dominio de sus dueños Dos Patas, y es libre para unirse al Clan del Trueno como aprendiz.

Colorado miró a la líder y aceptó solemnemente con un movimiento de la cabeza. Luego se levantó para colocarse debajo de un rayo de sol, agradeciendo el calor en sus músculos doloridos. El charco de luz brillaba sobre su pelaje anaranjado, haciendo relucir su pelo. Alzó la cabeza con orgullo y miró a los gatos que lo rodeaban. Esa vez ninguno discutió ni se burló. Había demostrado que era un digno oponente en un combate.

Estrella Azul se le acercó y dejó el maltrecho collar delante de él. Luego le tocó delicadamente una oreja con la nariz.

—A la luz del sol pareces una antorcha encendida —murmuró. Sus ojos destellaron brevemente, como si sus palabras tuvieran más significado para ella que para Colorado—. Has luchado bien. —Entonces se volvió hacia el clan y anunció—: De hoy en adelante, hasta que se gane su nombre de guerrero, este aprendiz se llamará Zarpa de Fuego, en honor a su pelaje del color de las llamas.

Luego retrocedió y, junto con los otros gatos, esperó en silencio el siguiente movimiento de Colorado. Sin dudarlo, éste se dio la vuelta y empezó a lanzar tierra y hierba sobre el collar, como si estuviera enterrando sus deposiciones.

Rabo Largo gruñó y se fue cojeando hacia un rincón sombreado por los helechos. Los demás gatos se dividieron en grupos, murmurando animadamente.

—Hola, Zarpa de Fuego.

Colorado oyó la amigable voz de Zarpa Gris a sus espaldas. ¡Zarpa de Fuego! Un escalofrío de orgullo lo recorrió al oír su nuevo nombre. Se volvió para saludar al aprendiz con un cordial husmeo.

—¡Magnífica pelea! —maulló Zarpa Gris—. ¡Sobre todo para ser un minino doméstico! Rabo Largo es un guerrero, aunque acabó su entrenamiento hace sólo dos lunas. El corte que le has hecho en la oreja no dejará que te olvide enseguida. Desde luego, has arruinado su atractivo.

—Gracias, Zarpa Gris. Pero Rabo Largo ha presentado batalla muy bien.

Se lamió la pata delantera y empezó a limpiarse el profundo arañazo que le escocía sobre el ojo. Mientras se lavaba, volvió a oír su nombre, resonando entre los maullidos de los gatos.

—¡Zarpa de Fuego!

—¡Hola, Zarpa de Fuego!

—¡Bienvenido, joven Zarpa de Fuego!

Cerró los ojos un momento y dejó que las voces lo envolvieran.

—¡Y el nombre también es bueno! —exclamó Zarpa Gris con aprobación, devolviéndolo a la realidad.

Zarpa de Fuego miró alrededor.

—¿Adónde ha ido Rabo Largo?

—Creo que se dirigía a la guarida de Jaspeada. —Zarpa Gris señaló con la cabeza el rincón de densos helechos por donde había desaparecido el guerrero—. Es nuestra curandera.

Y no tiene precisamente mal aspecto. Es más joven y bonita que la mayoría…

Un maullido grave sonó cerca de ellos y lo interrumpió en mitad de la frase. Los dos jóvenes se volvieron, y Zarpa de Fuego reconoció al fornido atigrado gris que estaba sentado en la reunión detrás de Zarpa Gris.

—Cebrado —saludó Zarpa Gris, bajando la cabeza respetuosamente.

El lustroso macho miró a Zarpa de Fuego un instante.

—Has tenido suerte de que el collar se rompiera. Rabo Largo es un guerrero joven, pero no concibo que sea vencido por una mascota. —Pronunció «mascota» con un bufido despectivo, y luego se alejó.

—Y Cebrado —siseó Zarpa Gris en voz baja — no es ni joven ni bonito…
Zarpa de Fuego estaba a punto de darle la razón a su amigo cuando oyeron un aullido de advertencia de un viejo gato gris, sentado en un extremo del claro.
—¡Orejitas huele problemas! —maulló Zarpa Gris, poniéndose alerta.
Zarpa de Fuego apenas había tenido tiempo de mirar alrededor cuando un joven gato irrumpió en el claro por entre los arbustos. Estaba muy flaco y, aparte de la punta blanca de su larga y fina cola, era completamente negro de patas a cabeza.
Zarpa Gris sofocó un grito.
—¡Ése es Cuervo! ¿Por qué está solo? ¿Dónde está Garra de Tigre?
Zarpa de Fuego miró a Cuervo, que cruzó el claro trastabillando. Jadeaba pesadamente. Su pelaje estaba alborotado y lleno de polvo, y tenía los ojos enloquecidos de miedo.
—¿Quiénes son Cuervo y Garra de Tigre? —le susurró Zarpa de Fuego a su amigo, mientras otros gatos pasaban junto a ellos para recibir al recién llegado.
—Cuervo es un aprendiz. Garra de Tigre es su mentor. Cuervo, esa afortunada bola de pelo, ha salido al amanecer con Garra de Tigre y Cola Roja en una misión contra el Clan del Río.
—¿Cola Roja? —repitió Zarpa de Fuego, confundido con todos aquellos nombres.
—El lugarteniente de Estrella Azul. Pero ¿por qué diablos Cuervo ha vuelto solo? —añadió para sí mismo. Levantó la cabeza para escuchar cuando apareció la líder.
—¿Cuervo? —preguntó la gata con calma, aunque la inquietud empañaba sus ojos azules.
Los otros gatos retrocedieron.
—¿Qué ha ocurrido? —Estrella Azul saltó a la Peña Alta y miró al tembloroso aprendiz—. Habla, Cuervo.
A Cuervo aún le costaba respirar, sus costados palpitaban espasmódicamente y goteaban sangre, pero logró trepar a la Peña Alta y

situarse junto a Estrella Azul. Se volvió hacia la multitud de gatos ansiosos y consiguió reunir el suficiente aire para declarar:
—¡Cola Roja ha muerto!

4

Conmocionados, los gatos del clan lanzaron maullidos que resonaron en el bosque.

Cuervo se tambaleó un poco. Su pata derecha brillaba con la sangre que manaba de un profundo tajo en el omóplato.

—Nos en… encontramos con cinco guerreros del Clan del Río junto al arroyo, no lejos de las Rocas Soleadas —contó agitado—. Corazón de Roble estaba entre ellos.

—¡Corazón de Roble! —exclamó Zarpa Gris en voz baja—. Es el lugarteniente del Clan de Río. Uno de los mejores guerreros del bosque. ¡Qué suerte tiene Cuervo! Ojalá hubiera estado yo. Habría…

Lo hizo callar una feroz mirada del viejo macho gris que había advertido el regreso de Cuervo.

Zarpa de Fuego devolvió su atención a la Peña Alta.

—Cola Roja instó a Corazón de Roble a que mantuviese sus partidas de caza lejos de nuestro territorio. Le dijo que el próximo guerrero del Clan del Río que sorprendiera en terreno del Clan del Trueno sería aniquilado, pero Corazón… Corazón de Roble no se echó atrás. Replicó que su cl… clan necesitaba alimentarse, por mucho que lo amenazáramos.

Cuervo hizo una pausa para tomar aire resollando. El corte seguía sangrándole profusamente. Mantenía una postura incómoda para no descargar el peso sobre la pata herida.

—Entonces fue cuando los gatos del Clan de Río atacaron. Costaba ver lo que ocurría. La lucha fue atroz. Corazón de Roble inmovilizó contra el suelo a Cola Roja, pero entonces éste…

De repente, Cuervo puso los ojos en blanco y perdió el equilibrio. Medio trastabillando y medio cayendo, se deslizó por la Peña Alta y acabó desplomándose en el suelo.

Una reina melada saltó hacia él, le dio un lametón en la mejilla y llamó:

—¡Jaspeada!

Del rincón sombreado por los helechos apareció la bonita gata parda que Zarpa de Fuego había visto sentada junto a Zarpa Gris en la reunión. Corrió hacia Cuervo y lanzó un maullido para que la reina se apartara.

Entonces usó su pequeño hocico rosa para girar al aprendiz y poder examinar la herida. Luego alzó la mirada y maulló:
—No pasa nada, Flor Dorada. Sus heridas no son mortales, pero necesito recoger algunas telarañas para detener la hemorragia.
Mientras Jaspeada salía disparada hacia su guarida, el profundo silencio del claro quedó roto por un alarido lastimero. Todos los ojos se volvieron. Un enorme atigrado marrón oscuro atravesó a duras penas el túnel de aulagas. Entre sus afilados colmillos, el guerrero no llevaba ninguna presa, sino el cuerpo sin vida de otro gato. Arrastró a la destrozada criatura hasta el centro del claro.
Zarpa de Fuego estiró el cuello, y alcanzó a vislumbrar una cola de un rojizo intenso que colgaba inerte sobre el polvo.
El espanto recorrió el clan como una brisa helada. Junto a Zarpa de Fuego, Zarpa Gris se acurrucó, embargado por la pena.
—¡Cola Roja!
—¿Cómo ha sucedido esto, Garra de Tigre? — quiso saber Estrella Azul desde la Peña Alta.
El atigrado soltó el pescuezo de Cola Roja y miró fijamente a su líder.
—Murió con honor, a manos de Corazón de Roble. No pude salvarlo, pero logré quitarle la vida a Corazón de Roble mientras se regodeaba con su victoria. —La voz de Garra de Tigre era sonora y profunda—. La muerte de Cola Roja no ha sido en vano, pues dudo que volvamos a ver cazadores del Clan del Río en nuestro territorio.
Zarpa de Fuego miró a su amigo. Los ojos del aprendiz estaban ensombrecidos de tristeza.
Tras una pausa, varios gatos se acercaron a lamer el manchado pelaje de Cola Roja. Mientras lo lavaban, iban susurrándole cosas al guerrero muerto.
Zarpa de Fuego le preguntó a su amigo al oído:
—¿Qué están haciendo?
Zarpa Gris contestó sin despegar la vista del malogrado lugarteniente:
—Aunque su espíritu haya ido a reunirse con el Clan Estelar, el clan compartirá lenguas con Cola Roja una última vez.

—¿El Clan Estelar?
—Es la tribu de guerreros celestiales que cuida de todos los clanes. Puedes verlos en el Manto de Plata.
Zarpa de Fuego parecía confuso, de modo que su amigo le explicó:
—El Manto de Plata es ésa densa banda de estrellas que cada noche se despliega en el cielo.
Cada punto de luz es un guerrero del Clan Estelar. Esta noche, Cola Roja estará entre ellos.
Zarpa de Fuego asintió, y Zarpa Gris se fue a compartir lenguas con su lugarteniente muerto.
Estrella Azul había guardado silencio desde que los primeros gatos fueron a presentarle sus respetos a Cola Roja. Pero entonces saltó de la Peña Alta y se acercó despacio al cuerpo sin vida. Los demás retrocedieron, observando cómo su líder se agachaba para compartir lenguas con su viejo camarada por última vez.
Cuando hubo acabado, Estrella Azul levantó la cabeza y habló en voz baja y afligida, y el clan la escuchó en silencio.
—Cola Roja era un guerrero valiente. Jamás podrá ponerse en duda su lealtad al clan. Yo siempre confié en su criterio, pues se guiaba por las necesidades del clan y nunca se movía por interés propio ni por soberbia. Habría sido un buen líder.
Luego se tumbó en el suelo, con la cabeza gacha y las patas estiradas ante sí, y lloró en silencio por su amigo perdido. Otros gatos se acercaron a tumbarse junto a ella, con la cabeza baja y el lomo encorvado, imitando su doliente postura.
Zarpa de Fuego se quedó mirándolos. Él no había conocido a Cola Roja, pero no pudo evitar sentirse conmovido ante el duelo del clan.
Zarpa Gris regresó junto a él.
—Polvoroso estará triste —señaló.
—¿Polvoroso?
—El aprendiz de Cola Roja. Ese atigrado de rayas marrones de ahí. Me pregunto quién será ahora su mentor.

Zarpa de Fuego se fijó en un pequeño macho acurrucado cerca del cuerpo de Cola Roja, mirando al suelo con la vista perdida. Luego miró a la líder del clan.

—¿Cuánto tiempo pasará Estrella Azul junto a Cola Roja? —preguntó.

—Probablemente toda la noche —contestó Zarpa Gris—. Era su lugarteniente desde hacía muchísimas lunas. No querrá dejarlo marchar demasiado pronto. Era uno de los mejores guerreros. No tan grande y poderoso como Garra de Tigre o Corazón de León, pero rápido y listo.

Zarpa de Fuego miró a Garra de Tigre, admirando la fuerza que irradiaban sus potentes músculos y su ancha cabeza. Su enorme cuerpo mostraba signos de su vida guerrera; una de sus orejas estaba partida en una profunda «V», y una gruesa cicatriz le dividía el puente de la nariz.

De pronto, Garra de Tigre se levantó y fue hacia Cuervo. Jaspeada se hallaba junto al aprendiz herido, usando los dientes y las patas para aplicarle bolas de telaraña en el corte del omóplato.

Zarpa de Fuego se inclinó hacia su amigo y le preguntó:

—¿Qué está haciendo Jaspeada?

—Detener la hemorragia. Parecía un tajo muy feo. Y Cuervo parecía realmente conmocionado. Siempre está un poco nervioso, pero nunca lo había visto tan mal. Vayamos a ver si ya se ha despertado.

Se abrieron paso entre los llorosos gatos hasta donde yacía Cuervo, y se detuvieron a una distancia respetuosa, esperando a que Garra de Tigre acabara de hablar.

—Bueno, Jaspeada —le dijo el guerrero a la curandera con un maullido confiado—, ¿cómo está Cuervo? ¿Crees que podrás salvarlo? He empleado mucho tiempo entrenándolo, y no quisiera que mis esfuerzos se desperdiciaran en la primera batalla.

Jaspeada respondió sin levantar la vista de su paciente.

—Sí, sería una lástima que, después de tu valioso entrenamiento, Cuervo muriera en su primera pelea, ¿eh?

Zarpa de Fuego percibió la ironía en la suave voz de la gata.

—¿Vivirá? —insistió Garra de Tigre.

—Por supuesto. Sólo necesita descansar.

El guerrero resopló y miró el inmóvil cuerpo negro. Lo pinchó con una de sus uñas delanteras.
—¡Pues venga! ¡Levántate!
Cuervo no se movió.
—¡Fíjate en la longitud de esa uña! —susurró Zarpa de Fuego.
—¡Madre mía! —se admiró Zarpa Gris—. ¡Tengo clarísimo que no querría verme metido en una pelea con él!
—¡No tan deprisa, Garra de Tigre! —Jaspeada puso una pata sobre las afiladas zarpas del guerrero y lo apartó con delicadeza—. Este aprendiz debe moverse lo menos posible hasta que se le cure la herida. No queremos que se le reabra por ponerse a saltar para intentar complacerte. Déjalo tranquilo.
Zarpa de Fuego contuvo la respiración mientras esperaba la reacción de Garra de Tigre. Supuso que muy pocos gatos se atrevían a darle órdenes de esa manera. El gran atigrado se quedó parado, y parecía que iba a replicar cuando Jaspeada añadió burlona:
—Incluso tú sabes de sobra que no hay que discutir con los curanderos, Garra de Tigre.
Los ojos del atigrado destellaron ante las palabras de la gata.
—Yo jamás osaría discutir contigo, querida Jaspeada —ronroneó. Se volvió para marcharse y reparó en los jóvenes amigos—. ¿Quién es éste? —le preguntó a Zarpa Gris.
—Es el nuevo aprendiz.
—¡Pues huele a minino de compañía! —bufó Garra de Tigre.
—Antes era un gato doméstico —terció Zarpa de Fuego con osadía—. Pero voy a entrenar para convertirme en guerrero.
El atigrado lo miró con repentino interés.
—Ah, sí. Ahora recuerdo que Estrella Azul mencionó que había tropezado con un minino descarriado. ¿Así que realmente va a darte una oportunidad?
Zarpa de Fuego se puso rígido, ansioso por impresionar a aquel distinguido guerrero del clan.
—En efecto —maulló respetuosamente.

Garra de Tigre lo miró muy serio.
—Entonces seguiré tus progresos con interés.
Zarpa de Fuego hinchó el pecho orgullosamente mientras el guerrero se alejaba.
—¿Crees que le he gustado? —le preguntó a su amigo.
—No creo que a Garra de Tigre le guste ningún aprendiz.
Justo entonces, Cuervo se movió y agitó las orejas.
—¿Se ha ido? —musitó.
—¿Quién? ¿Garra de Tigre? —inquirió Zarpa Gris, yendo hacia él—. Sí, se ha ido.
—Eh, hola —dijo Zarpa de Fuego, dispuesto a presentarse.
—¡Marchaos, vosotros dos! —protestó Jaspeada—. ¿Cómo se supone que voy a ayudar a este gato con tantas interrupciones? —Agitó la cola con impaciencia y se interpuso entre ellos y su paciente.
Zarpa de Fuego percibió que no hablaba en broma, pese al animado brillo de sus cálidos ojos ambarinos.
—Anda, ven, Zarpa de Fuego —maulló Zarpa Gris—. Te enseñaré esto. Te veremos más tarde, Cuervo.
Los dos jóvenes dejaron a Jaspeada con el aprendiz herido y echaron a andar por el claro.
Zarpa Gris se mostró solícito. Era obvio que se tomaba muy en serio su labor de guía.
—Ya conoces la Peña Alta —empezó, señalando con la cola la gran roca lisa—. Estrella Azul siempre se dirige al clan desde ahí. Su guarida está debajo. —Indicó con la nariz un hueco en un lateral de la Peña—. Su guarida fue labrada hace muchas lunas por un antiguo arroyo. —Una cortina de liquen colgaba sobre la entrada, resguardando la estancia de la líder del viento y la lluvia—. Los guerreros duermen allí —añadió.
Zarpa de Fuego lo siguió hasta un gran arbusto, a unos pocos pasos de la Peña Alta. Desde allí se veía claramente el acceso de aulagas al campamento. Las ramas del arbusto eran muy bajas, pero Zarpa de

Fuego logró ver un espacio protegido en el interior, donde los guerreros tenían sus lechos.

—Los guerreros de más edad duermen cerca del centro, donde se está más calentito —explicó Zarpa Gris—. Y suelen compartir su caza junto a esa mata de ortigas. Los más jóvenes comen cerca. En ocasiones, los mayores los invitan a unirse a ellos durante la comida, lo cual es un gran honor.

—Y ¿qué hay de los otros gatos del clan? — preguntó Zarpa de Fuego fascinado, aunque sintiéndose algo abrumado por todas las tradiciones y rituales de la vida del clan.

—Bueno, las reinas viven en el alojamiento guerrero cuando ejercen como guerreras, pero cuando están embarazadas o cuidando de sus crías, se quedan en una guarida próxima a la maternidad. Los veteranos tienen su propia zona al otro lado del claro. Ven, te lo mostraré.

Zarpa de Fuego saltó tras de su amigo para cruzar el claro, dejando atrás el rincón sombreado en que Jaspeada tenía su guarida. Se detuvieron junto a un árbol caído que resguardaba una extensión de exuberante hierba. Agachados entre la mullida vegetación, cuatro gatos viejos estaban zampándose un rollizo conejito.

—Seguro que es una cortesía de Polvoroso y Arenisca —susurró Zarpa Gris—. Una de las obligaciones de los aprendices es cazar para los veteranos.

—Hola, jovencito —saludó uno de los ancianos a Zarpa Gris.

—Hola, Orejitas —saludó el joven, bajando la cabeza respetuosamente.

—Éste debe de ser nuestro nuevo aprendiz. Zarpa de Fuego, ¿no es eso? —maulló un segundo macho. Su pelaje atigrado era marrón oscuro, y sólo había un muñón donde debería estar su cola.

—Así es —contestó Zarpa de Fuego, imitando el educado gesto de su amigo.

—Yo soy Medio Rabo. Bienvenido al clan.

—¿Ya habéis comido? —preguntó Orejitas.

Los dos jóvenes negaron con la cabeza.

—Bueno, aquí hay de sobra. Polvoroso y Arenisca se están convirtiendo en grandes cazadores. ¿Te importaría que estos jovencitos compartieran un ratón, Tuerta?

La reina de color gris claro que estaba junto a él negó con la cabeza. Zarpa de Fuego reparó en que tenía un ojo vidrioso y ciego.

—¿Y a ti, Cola Moteada?

Cola Moteada, una gata parda con el hocico gris, maulló con una voz cascada por la edad:

—Por supuesto que no.

—Gracias —dijo Zarpa Gris con ansia. Se adelantó y tomó un ratón del montón de carne fresca. Lo dejó a los pies de Zarpa de Fuego—.

¿Todavía no has probado el ratón? —preguntó.

—No —admitió. Y de repente le gustó el cálido aroma de aquella pieza recién cazada. Se estremeció con la idea de compartir su primera comida como miembro del clan.

—En ese caso, toma tú el primer bocado. Pero guárdame un poco. —Zarpa Gris bajó la cabeza y retrocedió para dejarle sitio a su amigo.

Éste se agachó y le dio un mordisco al ratón. Era jugoso y tierno, y rebosaba de los sabores del bosque.

—¿Qué te parece?

—¡Fantástico! —contestó Zarpa de Fuego con la boca llena.

—Pues entonces apártate un poco —maulló el otro, adelantándose para tomar un pedazo.

Mientras los dos aprendices compartían el ratón, escucharon la conversación de los mayores.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que Estrella Azul nombre un nuevo lugarteniente? —preguntó Orejitas.

—¿Qué has dicho? —maulló Tuerta.

—Tu oído se ha vuelto tan malo como tu vista —le espetó Orejitas—. He dicho que cuánto tiempo pasará hasta que Estrella Azul nombre un nuevo lugarteniente.

Tuerta, sin inmutarse por la réplica irritada de Orejitas, se dirigió a la reina de color carey:

—Cola Moteada, ¿recuerdas el día de hace ya muchas lunas en que se nombró líder a Estrella Azul?

—¡Oh, sí! —maulló muy seria—. Fue poco después de que Estrella Azul perdiera a sus cachorros.

—Le será duro nombrar un nuevo lugarteniente —observó Orejitas—. Cola Roja le prestó muy buenos servicios durante mucho tiempo. Pero tendrá que tomar una decisión pronto. Según la costumbre del clan, tendrá que elegir a alguien antes de que la luna esté en lo alto tras la muerte del antiguo lugarteniente.

—Por lo menos esta vez la elección es obvia —señaló Medio Rabo.

Zarpa de Fuego alzó la cabeza y echó un vistazo al claro. ¿A quién se referiría Medio Rabo? Para él, todos los guerreros parecían merecedores de convertirse en lugarteniente. Quizá el anciano estaba hablando de Garra de Tigre; después de todo, éste había vengado la muerte de Cola Roja.

Garra de Tigre estaba sentado no muy lejos de allí, con las orejas dirigidas hacia la conversación de los veteranos.

Mientras Zarpa de Fuego se estiraba, lamiéndose los últimos restos de ratón del hocico, la voz de Estrella Azul llamó al clan desde la Peña Alta. El cuerpo de Cola Roja seguía en el claro, de un gris pálido en la decreciente luz.

—Hay que nombrar un nuevo lugarteniente — anunció la líder—. Pero primero démosle las gracias al Clan Estelar por la vida de Cola Roja. Esta noche se sentará con sus camaradas guerreros entre las estrellas.

Se produjo un silencio mientras todos miraban al cielo, que empezaba a oscurecerse conforme el crepúsculo caía sobre el bosque.

—Y ahora nombraré al nuevo lugarteniente del Clan del Trueno —continuó Estrella Azul—.

Pronuncio estas palabras ante el cuerpo de Cola Roja, para que su espíritu pueda oír y aprobar mi decisión.

Zarpa de Fuego miró a Garra de Tigre. No pudo evitar percibir el ansia en los grandes ojos ambarinos del guerrero, clavados en la Peña Alta.

—Corazón de León será el nuevo lugarteniente del Clan del Trueno —decretó Estrella Azul.

Zarpa de Fuego sentía curiosidad por ver la reacción de Garra de Tigre, pero el oscuro rostro del guerrero no expresó nada; felicitó a Corazón de León con un empujoncito tan brioso que el nuevo lugarteniente casi perdió pie.

—¿Por qué no ha nombrado a Garra de Tigre? —susurró Zarpa de Fuego a su amigo.

—Probablemente porque Corazón de León es guerrero desde hace más tiempo, con lo que tiene más experiencia —respondió Zarpa Gris, sin dejar de mirar a Estrella Azul.

La líder volvió a hablar:

—Cola Roja también era el mentor de Polvoroso. Como no debe haber retrasos en el entrenamiento de nuestros aprendices, designaré ahora mismo el nuevo mentor de Polvoroso.

Cebrado, estás listo para tener tu primer aprendiz, de modo que continuarás con el entrenamiento de Polvoroso. Tuviste un buen mentor en Garra de Tigre, y espero que sepas transmitir algunas de las excelentes habilidades que él te enseñó.

Henchido de orgullo, el guerrero atigrado aceptó el nombramiento con un gesto solemne. Fue hacia Polvoroso, bajó la cabeza y, con cierta torpeza, tocó con la nariz la de su primer alumno. Polvoroso agitó la cola respetuosamente, pero sus ojos seguían rebosantes de pena por su mentor perdido.

Estrella Azul levantó la voz:

—Esta noche velaré el cuerpo de Cola Roja, antes de que lo enterremos al amanecer.

Bajó de un salto de la roca y fue a tumbarse de nuevo junto al cadáver de Cola Roja. Muchos gatos se le unieron, entre ellos, Orejitas y Polvoroso.

—¿Debemos quedarnos con ellos? —preguntó Zarpa de Fuego. La verdad era que la idea no lo atraía demasiado. Había sido un día muy ajetreado y empezaba a sentirse cansado. Lo único que quería era buscar un sitio caliente y seco donde ovillarse para dormir.

Zarpa Gris negó con la cabeza.
—No; sólo los más cercanos a Cola Roja comparten su última noche. Te enseñaré dónde dormimos. La guarida de los aprendices está por aquí.
Zarpa de Fuego lo siguió hasta una espesa mata de helechos detrás de un musgoso tocón de árbol.
—Todos los aprendices comparten su caza junto a este tocón —explicó Zarpa Gris.
—¿Cuántos hay?
—No tantos como habitualmente... sólo tú y yo, Cuervo, Polvoroso y Arenisca.
Se acomodaron junto al tocón, y entonces salió una joven gata de entre los helechos. Su pelaje era rojizo, como el de Zarpa de Fuego, pero mucho más claro; las rayas más oscuras eran apenas visibles.
—¡Así que aquí tenemos al nuevo aprendiz! — maulló, entornando los ojos.
—¡Hola! —saludó Zarpa de Fuego.
La joven gata sorbió por la nariz groseramente.
—¡Huele como un minino de compañía! ¡No me digas que voy a tener que compartir mi cama con ese hedor asqueroso!
Zarpa de Fuego se quedó algo desconcertado. Desde su pelea con Rabo Largo, todos los gatos habían sido bastante amables. Quizá sólo era que las noticias de Cuervo los habían inquietado.
—Tendrás que perdonar a Arenisca —se disculpó Zarpa Gris—. Debe de tener una bola de pelo atascada en algún lugar. Normalmente no tiene tan mal genio.
—¡Pfff! —resopló Arenisca malhumorada.
—Un momento, jóvenes. —La profunda voz de Tormenta Blanca sonó detrás de ellos—. ¡Arenisca! Como aprendiza mía, espero que seas más cordial con este recién llegado.
Arenisca alzó la cabeza.
—Lo siento, Tormenta Blanca —ronroneó, aunque sonó como si no lo sintiera en absoluto—. Pero no esperaba entrenar con una mascota, eso es todo.

—Te acostumbrarás, descuida —maulló Tormenta Blanca con calma—. Ahora se está haciendo tarde, y el entrenamiento empieza a primera hora de la mañana. Deberíais iros a dormir los tres.

Le lanzó una severa mirada a Arenisca, que asintió obediente. Cuando el guerrero se marchó, ella se dio media vuelta y desapareció en la mata de helechos, sorbiendo de nuevo por la nariz al pasar ante Zarpa de Fuego.

Con una sacudida de la cola, Zarpa Gris invitó a su amigo a seguirlo y entró detrás de Arenisca. El interior estaba tapizado de suave musgo, y la clara luz de la luna lo volvía todo de un delicado tono verdoso. El aire era fragante con el olor de los helechos, y más cálido que en el exterior.

—¿Dónde duermo? —preguntó Zarpa de Fuego.

—¡En cualquier sitio mientras no sea cerca de mí! —gruñó Arenisca mientras amontonaba algo de musgo con la pata.

Ambos amigos intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada. Zarpa de Fuego rastrilló un montoncito de musgo con las uñas. Cuando hubo conseguido un lecho acogedor, dio unas cuantas vueltas hasta dejarlo cómodo y se enroscó. Todo su cuerpo estaba amodorrado de contento. Aquél era su hogar ahora. Era miembro del Clan del Trueno.

5

—¡Eh, Zarpa de Fuego, despierta!

El maullido de Zarpa Gris se coló en el sueño del nuevo aprendiz. Estaba persiguiendo a una ardilla, cada vez más arriba, hasta las ramas más elevadas de un alto roble.

—El entrenamiento empieza al amanecer. Polvoroso y Arenisca ya se han levantado —lo apremió su amigo.

Zarpa de Fuego se desperezó adormilado, y luego lo recordó: aquél iba a ser su primer día de entrenamiento. Se puso en pie de un salto. La somnolencia se evaporó, sustituida por una creciente euforia.

Zarpa Gris estaba aseándose deprisa. Entre lametazos, maulló:

—Acabo de hablar con Corazón de León. Cuervo no entrenará hasta que su herida mejore.

Probablemente se quede en la guarida de Jaspeada un día o dos. Polvoroso y Arenisca tienen que ir a cazar. De modo que Corazón de León ha pensado que tú y yo podríamos entrenar con él y con Garra de Tigre esta mañana. Pero será mejor que nos apresuremos —agregó—. ¡Estarán esperándonos!

Guió rápidamente a Zarpa de Fuego a través de la entrada de aulagas y hasta la ladera rocosa del valle. Cuando treparon a la cima del barranco, un frío viento les alborotó el pelaje. Gruesas nubes blancas cruzaban el cielo azul. Zarpa de Fuego sintió una alegría salvaje mientras seguía a su amigo por una pendiente sombreada por árboles, hasta una hondonada arenosa.

Garra de Tigre y Corazón de León, en efecto, estaban esperándolos, sentados a unas colas de distancia sobre la arena caldeada por el sol.

—En el futuro, espero de vosotros que seáis puntuales —gruñó Garra de Tigre.

—No seas demasiado severo —respondió Corazón de León—. La de ayer fue una noche muy ajetreada. Esperaba que estuvieran cansados. Aún no te han asignado un mentor, Zarpa de Fuego. De momento, Garra de Tigre y yo compartiremos tu entrenamiento.

Zarpa de Fuego asintió entusiasmado, con la cola muy tiesa, incapaz de disimular su placer por tener a tan grandes guerreros como mentores.
—Vamos —maulló Garra de Tigre con impaciencia—. Hoy vamos a mostrarte los límites de nuestro territorio, para que sepas dónde vas a cazar y qué fronteras debes proteger. Zarpa Gris, a ti no te perjudicará repasar el territorio del clan.
Sin una palabra más, Garra de Tigre dio un salto y salió de la hondonada arenosa. Corazón de León le hizo un gesto a Zarpa Gris, y ambos se pusieron en marcha a la misma velocidad. Zarpa de Fuego trastabilló tras ellos, pues las patas le resbalaban en la blanda arena.
Los árboles eran muy frondosos en aquella parte del bosque: abedules y fresnos, ensombrecidos por gigantescos robles. El suelo estaba alfombrado con quebradizas hojas muertas que crujían bajo sus patas. Garra de Tigre se detuvo para esparcir su esencia en una densa mata de helechos. Los otros se detuvieron junto a él.
—Aquí hay un sendero de Dos Patas — murmuró Corazón de León—. Utiliza la nariz, Zarpa de Fuego. ¿Puedes oler algo?
El joven gato olfateó. Percibió el leve aroma de un Dos Patas, y el olor más fuerte de un perro, familiar para él por su antigua vida.
—Un Dos Patas ha paseado por aquí con su perro, pero ya se han ido.
—Bien —maulló Corazón de León—. ¿Crees que es seguro cruzar?
Zarpa de Fuego volvió a olfatear. Los olores eran débiles y parecían solapados por aromas del bosque más recientes.
—Sí —contestó.
Garra de Tigre asintió y los cuatro salieron de entre los helechos y atravesaron las cortantes piedras del camino de Dos Patas.
Los árboles del otro lado eran pinos. Crecían altos y rectos, en hileras. Era fácil caminar en silencio por allí. El suelo estaba cubierto de gruesas capas de agujas de pino, que pinchaban las almohadillas de Zarpa de Fuego pero resultaban esponjosas por debajo. Allí no había maleza en la que esconderse, y Zarpa de Fuego percibió la tensión de los otros gatos mientras avanzaban desprotegidos entre los troncos.

—Los Dos Patas ponen estos árboles aquí — maulló Garra de Tigre—. Luego los talan con esas criaturas apestosas, que vomitan suficientes gases para dejar ciego a un gato. Después se llevan los árboles caídos al Cortatroncos que hay cerca de aquí.

Zarpa de Fuego se detuvo, tratando de captar el rugido del comedor de árboles, que ya había oído antes.

—El Cortatroncos estará en silencio durante unas lunas más, hasta que llegue la estación de la hoja verde —explicó Zarpa Gris al verlo parado.

Los gatos atravesaron el pinar.

—Las viviendas de los Dos Patas quedan en esa dirección —maulló Garra de Tigre, agitando la cola hacia allí—. Sin duda puedes olerlo, Zarpa de Fuego. Sin embargo, hoy tomaremos el otro camino.

Finalmente, llegaron a otro sendero de Dos Patas que marcaba el extremo más alejado del pinar. Lo cruzaron deprisa y se internaron en la seguridad de un robledal. Pero Zarpa de Fuego seguía percibiendo la ansiedad de sus compañeros.

—Nos estamos acercando al territorio del Clan del Río —susurró Zarpa Gris—. Las Rocas Soleadas están por ahí. —Señaló con el hocico un montón de piedras peladas.

A Zarpa de Fuego se le erizó la punta del pelo. Allí era donde habían asesinado a Cola Roja.

Corazón de León se detuvo junto a una roca plana y gris.

—Éste es el límite entre el territorio del Clan del Trueno y el del Río. Éste domina el terreno de caza que hay junto al gran río. Respira hondo, Zarpa de Fuego.

El olor acre de gatos desconocidos le impactó en el paladar. Lo sorprendió lo diferente que resultaba del cálido aroma de su campamento. Y también lo sorprendió darse cuenta de lo familiares y reconfortantes que le parecían ya las esencias del Clan del Trueno.

—Ése es el olor del Clan del Río —gruñó Garra de Tigre—. Recuérdalo bien. Será más intenso en la frontera, porque sus guerreros habrán marcado los árboles que la bordean. —Dicho esto, el atigrado oscuro levantó la cola y dejó su propia marca sobre la roca plana.

—Seguiremos esta línea fronteriza, pues lleva directamente a los Cuatro Árboles —dispuso Corazón de León.
Reanudó la marcha deprisa, seguido por Garra de Tigre, alejándose de las Rocas Soleadas. Los dos aprendices fueron tras ellos.
—¿Qué son los Cuatro Árboles? —preguntó Zarpa de Fuego jadeando.
—Es donde se tocan los territorios de los cuatro clanes. Allí hay cuatro magníficos robles, tan viejos como los clanes…
—¡Callaos! —ordenó Garra de Tigre—. ¡No olvidéis que estamos muy cerca de territorio enemigo!
Los dos aprendices enmudecieron, y Zarpa de Fuego se concentró en avanzar en silencio. Cruzaron un arroyo poco profundo sin mojarse las patas; saltaron de piedra en piedra por encima del lecho cubierto de guijarros.
Cuando llegaron a los Cuatro Árboles, Zarpa de Fuego estaba sin resuello y le dolían las patas. No estaba acostumbrado a desplazarse tan lejos y tan rápido. Se sintió bastante aliviado cuando Corazón de León y Garra de Tigre los condujeron fuera del bosque, al borde de una pendiente cubierta de arbustos.
El sol estaba en su cénit. Las nubes habían desaparecido y el viento había amainado. Abajo, a la deslumbrante luz del sol, había cuatro robles enormes; sus copas de verde oscuro llegaban casi hasta lo alto de la pronunciada ladera.
—Como te ha contado Zarpa Gris —le dijo Corazón de León al nuevo aprendiz—, esto es los Cuatro Árboles, donde se tocan los territorios de los cuatro clanes. El Clan del Viento gobierna el terreno alto que hay ante nosotros, donde se pone el sol. Hoy no podrás captar su olor; el viento sopla en su dirección. Pero lo conocerás pronto.
—Y el Clan de la Sombra domina la parte más oscura del bosque —añadió Zarpa Gris, ladeando la cabeza—. Los veteranos dicen que los fríos vientos del norte soplan sobre los gatos del Clan de la Sombra y les hielan el corazón.

—¡Cuántos clanes! —exclamó Zarpa de Fuego. «Y qué bien organizados», agregó para sí mismo, recordando las fantasiosas historias de Tiznado sobre gatos salvajes que causaban el terror en el bosque.
—Ahora ya ves por qué las presas son tan valiosas —maulló Corazón de León—. Por qué debemos luchar para proteger lo poco que tenemos.
—Pero ¡eso me parece absurdo! ¿Por qué no pueden los clanes cazar juntos y compartir los terrenos de caza, en vez de pelear entre sí? —sugirió con atrevimiento.
Un silencio escandalizado siguió a sus palabras.
Garra de Tigre fue el primero en responder.
—Esas ideas son traicioneras, minino doméstico —le espetó.
—No seas tan feroz, Garra de Tigre — respondió Corazón de León—. Las costumbres de los clanes son nuevas para este aprendiz. —Miró a Zarpa de Fuego—. Hablas con el corazón, joven gato. Algún día, eso hará de ti un guerrero más fuerte.
Garra de Tigre gruñó.
—O quizá haga que ceda a la debilidad de minino doméstico en el preciso momento de atacar.
Corazón de León le lanzó una dura mirada antes de continuar.
—Cada luna, los cuatro clanes se reúnen pacíficamente en una Asamblea. Aquí —señaló hacia los enormes robles de abajo— es donde nos juntamos. La tregua dura mientras hay luna llena.
—Entonces habrá una reunión pronto, ¿no? — dijo Zarpa de Fuego, recordando lo brillante que estaba la luna la noche anterior.
—Así es, en efecto —respondió Corazón de León; parecía impresionado—. De hecho, es esta misma noche. Las Asambleas son muy importantes, porque permiten a los clanes reunirse en paz durante una noche. Pero debes entender que las alianzas más prolongadas supondrían más problemas que ventajas.
—Lo que nos hace fuertes es la lealtad a nuestro clan —coincidió Garra de Tigre—. Si debilitas esa lealtad, debilitas nuestras posibilidades de supervivencia.

Zarpa de Fuego asintió.

—Comprendo.

—Vamos —maulló Corazón de León, levantándose—. Pongámonos en marcha.

Avanzaron a lo largo de la cresta del valle en que se hallaban los Cuatro Árboles. Ahora iban en dirección contraria al sol, que empezaba a descender en el cielo de la tarde. Cruzaron el arroyo por una parte lo bastante estrecha para salvarla de un salto.

Zarpa de Fuego olfateó el aire. Un nuevo olor gatuno inundó su boca.

—¿Qué clan es ése? —preguntó.

—El de la Sombra —respondió Garra de Tigre muy serio—. Estamos yendo a lo largo de su frontera. Mantente alerta, Zarpa de Fuego. Los olores más recientes significan que hay una patrulla del Clan de la Sombra por la zona.

Mientras asentía, Zarpa de Fuego oyó un nuevo sonido. Se quedó quieto, pero los demás continuaron adelante, dirigiéndose justo hacia aquel siniestro ruido.

—¿Qué es eso? —quiso saber, corriendo para alcanzarlos.

—Enseguida lo verás —respondió Corazón de León.

Zarpa de Fuego miró a través de los árboles que tenían delante. Parecían disminuir, y dejaban pasar una ancha banda de luz solar.

—¿Estamos en el lindero del bosque? — preguntó.

Se detuvo y respiró hondo. Los verdes aromas del bosque parecían ahogados por olores extraños y oscuros. Esa vez no se trataba de esencias gatunas, sino de algo que le recordaba a su antiguo hogar de Dos Patas. Y el ruido se estaba volviendo ensordecedor, un rugido incesante que estremecía el suelo y dañaba los oídos.

—Éste es el Sendero Atronador —maulló Garra de Tigre.

Zarpa de Fuego siguió a Corazón de León, que los condujo hasta el extremo del bosque. Luego los cuatro gatos se sentaron a observar.

Zarpa de Fuego vio un camino gris, como un río, que se abría paso a través del bosque. Frente a él, la dura piedra gris se extendía tanto que

los árboles del otro lado parecían borrosos y diminutos. El joven gato se estremeció con el amargo olor que emanaba del sendero.

Un segundo después dio un salto hacia atrás, con el pelo erizado, cuando un monstruo gigantesco pasó ante él rugiendo. Las ramas de los árboles de ambos lados se agitaron por el viento que siguió al veloz monstruo. Zarpa de Fuego miró a sus compañeros con los ojos desorbitados, incapaz de hablar. Había visto caminos como aquél cerca de su antiguo hogar de Dos Patas, pero nunca tan anchos, no con monstruos tan rápidos y feroces.

—A mí también me asustó la primera vez — recordó Zarpa Gris—. Pero al menos ayuda, pues evita que los guerreros del Clan de la Sombra crucen fácilmente hasta nuestro territorio. El Sendero Atronador recorre una buena parte de nuestra frontera. Y no te preocupes: por lo visto, esos monstruos jamás abandonan el Sendero Atronador. Estarás bien siempre que no te acerques demasiado.

—Es hora de regresar al campamento — maulló Corazón de León—. Hoy habéis visto nuestras fronteras. Pero evitaremos las Rocas de las Serpientes, aunque la ruta para rodearlas sea más larga. Un aprendiz inexperto sería una presa fácil para una víbora, y supongo que estarás algo cansado, Zarpa de Fuego.

El joven se sintió aliviado ante la idea de volver al campamento. La cabeza le daba vueltas con todos aquellos nuevos olores e imágenes, y el lugarteniente tenía razón: estaba cansado, y hambriento. Se colocó detrás de Zarpa Gris cuando se alejaron del Sendero Atronador para dirigirse al campamento.

Los húmedos aromas de la tarde impregnaban el aire cuando Zarpa de Fuego accedió al campamento del Clan del Trueno por el túnel de aulagas. Los esperaba carne recién cazada. Los dos aprendices tomaron su parte del montón que había en una parte umbrosa del claro, y se la llevaron al tocón de árbol situado junto a su guarida.

Polvoroso y Arenisca ya estaban allí, masticando con hambre.

—Hola, minino doméstico —saludó

Polvoroso, entornando los ojos burlonamente—. Disfruta de la comida que nosotros hemos cazado para ti.
—Quién sabe, quizá algún día incluso aprendas a cazar tus propias piezas —se mofó Arenisca.
—¿Todavía estáis encargados de cazar? — preguntó Zarpa Gris inocentemente—. No importa. Nosotros hemos estado patrullando las fronteras de nuestro territorio. Os alegrará saber que todo está en orden.
—¡Seguro que los otros gatos se han aterrorizado al oler que os acercabais! —aulló Polvoroso.
—Ni siquiera se han atrevido a asomar la cabeza —replicó Zarpa Gris, incapaz de ocultar su rabia.
—Bueno, se lo preguntaremos esta noche, cuando los veamos en la Asamblea de los clanes —maulló Arenisca.
—¿Vais a ir? —inquirió Zarpa de Fuego, impresionado, pese a la hostilidad de los dos aprendices.
—Por supuesto que sí —respondió Polvoroso con arrogancia—. Como ya sabéis, es un gran honor. Pero no os preocupéis; os lo contaremos todo por la mañana.

Zarpa Gris pasó por alto la malicia de Polvoroso y empezó a comerse su pieza. Zarpa de Fuego también tenía hambre, y se dispuso a comer.
No pudo evitar una punzada de envidia porque Polvoroso y Arenisca fueran a conocer a los otros clanes esa noche.
Una llamada de Estrella Azul lo hizo levantar la vista. Vio que varios guerreros y veteranos se reunían en el claro. Era la hora de que la delegación del clan partiera hacia la Asamblea. Polvoroso y Arenisca se pusieron en pie de un salto y corrieron a unirse a los demás.
—Adiós a los dos —se despidió Arenisca por encima del hombro—. Que paséis una velada tranquila.
El grupo de gatos salió del campamento en fila india, con Estrella Azul a la cabeza. Su pelaje relucía como la plata al claro de luna, y parecía tranquila y confiada mientras guiaba a su clan a la breve tregua entre viejos enemigos.

—¿Has estado en alguna Asamblea? —le preguntó Zarpa de Fuego a su amigo.

—Todavía no —respondió éste, y partió sonoramente un hueso de ratón—. Pero ya no falta mucho; sólo tienes que esperar. Todos los aprendices acaban yendo.

Los dos se acabaron la cena en silencio. Luego Zarpa Gris se acercó a él para lamerle la cabeza.

Se lavaron juntos, compartiendo lenguas, como Zarpa de Fuego había visto hacer a los otros gatos. Después, cansados tras la larga caminata, se metieron en la guarida, se acomodaron en sus lechos y pronto cayeron dormidos.

A la mañana siguiente, los dos amigos llegaron temprano a la hondonada arenosa. Habían salido sigilosamente antes de que Polvoroso y Arenisca se despertaran. Zarpa de Fuego estaba deseando saber cosas de la Asamblea, pero su amigo se lo llevó a rastras.

—Lo sabrás todo más tarde; conozco a esos dos.

Prometía ser otro día cálido, y esa vez Cuervo se reunió con ellos. Gracias a Jaspeada, su herida estaba sanando bien.

Zarpa Gris se puso a juguetear, lanzando hojas al aire y saltando tras ellas. Zarpa de Fuego lo miraba, sacudiendo la cola de risa. Cuervo permaneció en silencio en un lado de la hondonada, con aspecto tenso y desdichado.

—¡Anímate, Cuervo! —exclamó Zarpa Gris—. Ya sé que no te gusta entrenar, pero normalmente no estás tan tristón.

El olor de Corazón de León y Garra de Tigre los alertó de su proximidad. Cuervo respondió:

—Creo que me preocupa que vuelva a dolerme el omóplato.

En ese momento, Garra de Tigre salió entre los arbustos, seguido de cerca por Corazón de León.

—Los guerreros deberían sufrir el dolor en silencio —gruñó. Miró a Cuervo a los ojos—. Has de aprender a mantener la boca cerrada.

Cuervo se encogió y bajó la vista al suelo.

—Garra de Tigre está un poco gruñón hoy — susurró Zarpa Gris al oído de Zarpa de Fuego.

Corazón de León lanzó una mirada severa a su aprendiz, y luego anunció:
—Hoy vamos a practicar el acecho. Hay una gran diferencia entre acercarse a hurtadillas a un ratón o a un conejo. ¿Alguno de vosotros podría explicarme por qué?
Zarpa de Fuego no tenía ni idea, y Cuervo parecía haberse tomado a pecho el comentario de Garra de Tigre, pues no dijo ni mu.
—¡Vamos! —resopló Garra de Tigre con impaciencia.
Fue Zarpa Gris quien contestó:
—Porque un conejo te olerá antes de verte, pero un ratón sentirá tus pisadas a través del suelo incluso antes de olerte.
—¡Exacto! Entonces, ¿qué hay que tener presente al cazar ratones?
—¿Pisar suavemente? —sugirió Zarpa de Fuego.
Corazón de León le dirigió una mirada aprobatoria.
—Bastante bien, Zarpa de Fuego. Debes descansar todo tu peso en las ancas, para que las zarpas causen el mínimo impacto sobre el suelo. ¡Vamos a probar!
Zarpa de Fuego observó mientras los otros aprendices se agachaban para adoptar la postura de acecho.
—¡Bien hecho, Zarpa Gris! —maulló Corazón de León, cuando los dos comenzaron a avanzar sigilosamente.
—¡Mantén el trasero agachado, Cuervo, que pareces un pato! —bufó Garra de Tigre—. Ahora prueba tú, Zarpa de Fuego.
Zarpa de Fuego se agazapó y comenzó a andar. Sintió que había adoptado la postura correcta de forma instintiva, y mientras avanzaba, tan silenciosa y levemente como podía, lo enorgulleció que sus músculos respondieran con tanta facilidad.
—¡Bueno, es obvio que no has conocido otra cosa que la blandura! —gruñó Garra de Tigre—. Acechas con la torpeza de un minino de compañía. ¿Acaso crees que el alimento va a ir a meterse en tus fauces, a esperar que te lo comas?
Zarpa de Fuego se irguió rápidamente mientras Garra de Tigre hablaba, algo confuso por sus duras palabras. Escuchó al guerrero con atención, decidido a hacerlo todo lo mejor posible.

—Su forma de andar y avanzar vendrá después, pero su postura está perfectamente equilibrada —señaló Corazón de León con calma.

—Lo cual, supongo, es mejor que lo de Cuervo —se lamentó Garra de Tigre. Lanzó una mirada desdeñosa al joven gato negro—. Incluso al cabo de dos meses de entrenamiento, sigues descansando todo tu peso en el lado izquierdo.

Cuervo pareció todavía más abatido; Zarpa de Fuego no pudo reprimirse y replicó:

—Le molesta la herida, eso es todo.

Garra de Tigre giró la cabeza de golpe y lo fulminó con la mirada.

—Las heridas son parte de la vida. Cuervo debería ser capaz de adaptarse. Incluso tú, Zarpa de Fuego, has aprendido algo esta mañana. Si Cuervo asimilara las cosas tan deprisa como tú, sería para mí un motivo de orgullo, en vez de un motivo de bochorno. Imagínate, ¡avergonzado por una mascota! —le bufó furioso a su aprendiz.

Zarpa de Fuego sintió un incómodo hormigueo. No podía mirar a Cuervo a los ojos, de modo que se miró las patas.

—Bueno, yo tengo menos equilibrio que un tejón cojo —maulló Zarpa Gris, abandonando su cuidadosa postura y empezando a tambalearse por el claro—. Creo que habré de acostumbrarme a cazar ratones estúpidos. No tendrán la mínima oportunidad. Me acercaré y me sentaré encima de ellos hasta que se rindan.

—Concéntrate, Zarpa Gris. ¡Éste no es momento para tus bromas! —maulló Corazón de León con severidad—. Quizá logréis concentraros mejor si ponéis realmente a prueba vuestras dotes de acecho.

Los tres aprendices levantaron la vista, animados.

—Quiero que cada uno de vosotros intente cazar una presa real —continuó el lugarteniente—. Cuervo, tú busca junto al Árbol de la Lechuza. Zarpa Gris, quizá haya algo en ese gran zarzal de ahí. Y tú, Zarpa de Fuego, sigue el sendero de conejos de esa cuesta; llegarás al lecho seco de un arroyo invernal. Podrías encontrar algo por allí.

Los tres aprendices se alejaron saltando, incluso Cuervo, con energía extra por aquel desafío.

Con la sangre latiéndole en los oídos, Zarpa de Fuego subió lentamente la cuesta. Y sí, entre los árboles de delante había un lecho fluvial. Supuso que, en la estación de la caída de la hoja, canalizaría el agua de la lluvia hasta el gran río que corría por el territorio del Clan del Río. Ahora estaba seco.

Descendió por la ribera sigilosamente y se agazapó en el suelo arenoso. Todos sus sentidos ardían de tensión. En silencio, examinó el arroyo vacío, buscando señales de vida. Rastreó cualquier pequeño movimiento, con la boca abierta para captar hasta el menor de los olores y con las orejas dirigidas al frente.

Entonces olió a ratón. Reconoció el aroma al instante, recordando su primer mordisco del día anterior. Lo recorrió una energía salvaje, pero permaneció inmóvil, intentando desesperadamente localizar a su presa.

Tendió las orejas hacia delante, hasta que percibió el rápido latido de un corazón minúsculo. Luego vislumbró un destello marrón. La criatura se movía entre la hierba alta que cubría los bordes del arroyo. Zarpa de Fuego se acercó un poco más, recordando descargar su peso en las ancas hasta que estuviera a una distancia apropiada para atacar. Luego se echó hacia atrás con fuerza y dio un salto, levantando arena mientras se elevaba.

El ratón salió corriendo, pero Zarpa de Fuego era más veloz. Lo lanzó al aire con una pata, lo tiró al arenoso lecho del arroyo y se abalanzó sobre él. Lo mató rápidamente, con un mordisco preciso.

Después tomó cuidadosamente el cálido cuerpo entre los dientes y regresó con la cola muy tiesa a donde aguardaban Corazón de León y Garra de Tigre. Había hecho su primera caza. Ahora era un verdadero aprendiz del Clan del Trueno.

6

El sol de primera hora de la mañana se derramaba sobre el suelo del bosque mientras Zarpa de Fuego deambulaba en busca de presas. Habían transcurrido dos lunas desde el inicio de su entrenamiento. Ya se sentía a gusto en aquel entorno. Sus sentidos habían despertado y se habían educado en las costumbres del bosque.

Se detuvo a olfatear la tierra y los seres fríos y ciegos que se movían en su interior. Captó el aroma de un Dos Patas que había paseado por el monte recientemente. Ahora que la estación de la hoja verde estaba en su apogeo, el follaje de las ramas era muy denso y había criaturas diminutas muy atareadas debajo de la alfombra de hojarasca.

Zarpa de Fuego era una figura fibrosa y fuerte que se movía silenciosamente entre los árboles, con todos los sentidos alerta en busca del rastro oloroso que acabaría en una muerte rápida. Ese día le habían encomendado su primera tarea a solas. Estaba decidido a hacerla bien, aunque la tarea sólo consistiese en llevar carne fresca al clan.

Se encaminó al arroyo que había cruzado en su primera caminata por los territorios de caza del clan. Borboteando y salpicando, el arroyo bajaba por la colina sobre los guijarros lisos y redondos. Se paró a beber agua, fría y cristalina, y luego alzó la cabeza y volvió a olisquear en busca de presas.

El hedor de un zorro impregnaba el aire. No era un olor fresco; el zorro habría bebido allí esa misma mañana, pero mucho antes. Zarpa de Fuego reconoció el olor, pues lo había captado en su primera visita al bosque. Corazón de León le había enseñado después que pertenecía a un zorro, pero aparte del pelaje que entrevió apenas en su primera salida, el joven gato aún no había visto debidamente a un zorro.

Se esforzó en desechar la pestilencia zorruna y concentrarse en el olor a presas. Sintió un hormigueo en el hocico al localizar el cálido latido de la sangre de una: un ratón de agua.

Lo vio un momento después. El gordo roedor iba y venía a lo largo de la ribera, recogiendo briznas de hierba. A Zarpa de Fuego se le hizo la boca agua. Habían pasado muchas horas desde su última comida, pero no se

atrevía a cazar para sí mismo hasta que el clan estuviese alimentado. Recordó las palabras que de vez en cuando repetían Corazón de León y Garra de Tigre: «El clan debe ser el primero en alimentarse».

Tras agazaparse, Zarpa de Fuego empezó a acechar al pequeño roedor. Su panza rojiza rozó la hierba húmeda. Se acercó agachado, sin apartar los ojos de su presa. Ya casi estaba. Un instante más y se hallaría lo bastante cerca para saltar…

De repente, se oyó un sonoro crujido entre los helechos que había detrás de él. El ratón de agua agitó las orejas y desapareció en un agujero de la orilla.

Zarpa de Fuego sintió que se le erizaba el lomo. Quienquiera que hubiese estropeado su primera oportunidad de cazar pagaría por ello.

Olfateó el aire. Supo que era un gato, pero no podía identificar el clan al que pertenecía; el hedor del zorro seguía confundiendo su olfato.

Le brotó un gruñido de la garganta mientras volvía sobre sus pasos describiendo un amplio círculo. Movió las orejas y abrió bien los ojos para percibir cualquier movimiento. Oyó que la maleza crujía de nuevo. Ahora el sonido era más fuerte, y procedía de un lado. Zarpa de Fuego se aproximó. Vio que los helechos se movían, pero la fronda seguía ocultando al enemigo. Un tallo se partió con un chasquido seco. «Por el ruido que hace, debe de ser grande», pensó el aprendiz, preparándose para una feroz pelea.

Saltó al tronco de un fresno y trepó veloz y silenciosamente a una rama que sobresalía. Debajo de él, el guerrero invisible iba aproximándose cada vez más. Zarpa de Fuego contuvo la respiración, y vio su oportunidad cuando los helechos se apartaron y surgió una larga figura gris.

—¡Graaarrr!

El grito de guerra retumbó en la garganta de Zarpa de Fuego. Se abalanzó contra el enemigo y aterrizó de lleno sobre unos omóplatos musculosos y peludos. Lo atacó con fuerza, aferrándolo con las garras, afiladas como espinas, preparado para darle un potente mordisco de advertencia.

—¿Qué demonios…? —El gato que tenía debajo se revolvió dando un brinco.

—¡Oh! ¿Zarpa Gris? —Reconoció la sorprendida voz y captó el aroma familiar de su amigo, pero estaba demasiado enardecido para aflojar la presión.

—¡Emboscada! ¡Murr-auu! —bufó Zarpa Gris, sin advertir que el gato agarrado a su lomo era Zarpa de Fuego. Rodó sobre sí mismo una y otra vez para librarse de su atacante.

—¡Ufff-ff! —Zarpa de Fuego rodó con él, aplastado y chafado bajo el fornido cuerpo—. Soy yo… ¡Zarpa de Fuego! —aulló, luchando por zafarse y envainar las uñas. Tras apartarse rodando, se puso en pie de un salto y se sacudió de arriba abajo, desde la cabeza a la punta de la cola —. ¡Zarpa Gris! Soy yo —repitió—. ¡Pensaba que eras un guerrero enemigo!

Zarpa Gris se levantó y se sacudió con una mueca.

—¡Ya me he dado cuenta! —refunfuñó, girando la cabeza para lamerse los omóplatos doloridos—. ¡Me has hecho trizas!

—Lo siento. Pero ¿qué iba a pensar, si te has acercado reptando?

—¡Reptando! —A Zarpa Gris se le dilataron los ojos de indignación—. Ésa era mi mejor técnica de acecho sigiloso.

—¿Sigiloso? ¡Sigues acechando como un tejón cojo! —bromeó Zarpa de Fuego.

Zarpa Gris resopló.

—¿Cojo? ¡Ya te enseñaré yo a ti!

Los dos saltaron el uno contra el otro y empezaron a pelear juguetonamente. Zarpa Gris le asestó un golpe con una fornida pata, y el joven aprendiz vio las estrellas.

—¡Ufff-ff! —Zarpa de Fuego agitó la cabeza para recuperar la visión y lanzó un contraataque.

Consiguió propinar un par de zarpazos antes de que su amigo lo dominara y lo inmovilizase contra el suelo. Zarpa de Fuego dejó de resistirse.

—¡Te rindes demasiado deprisa! —maulló

Zarpa Gris, aflojando la presión.
Entonces, Zarpa de Fuego se levantó de un brinco y lo derribó de espaldas sobre la maleza.
Luego saltó tras él y lo inmovilizó contra el suelo.
—La mejor arma del guerrero es la sorpresa —declaró, citando una de las frases favoritas de Corazón de León.
Se separó de Zarpa Gris con un ágil salto y empezó a revolcarse sobre el mantillo de hojas, disfrutando de la fácil victoria y de la calidez de la tierra.
Zarpa Gris no pareció afectado por la segunda derrota de la mañana. Hacía un día demasiado bueno para el mal genio.
—Y ¿cómo te va con tu tarea? —preguntó.
Zarpa de Fuego se incorporó.
—Lo estaba haciendo bastante bien hasta tu llegada. Estaba a punto de atrapar un ratón de agua cuando tus ruidosas pisadas lo han asustado.
—Oh, lo siento.
Zarpa de Fuego miró a su cabizbajo amigo.
—No pasa nada. Tú no lo sabías —ronroneó —. En cualquier caso, ¿no tenías que reunirte con la patrulla en la frontera con el Clan del Viento?
Creía que debías entregarles un mensaje de Estrella Azul.
—Sí, pero tengo tiempo de sobra. Primero iba a cazar un poco. ¡Estoy muerto de hambre!
—Yo también. Pero he de cazar para el clan antes de cazar para mí mismo.
—Seguro que Polvoroso y Arenisca acostumbran a zamparse una musaraña o dos cuando les toca cazar —resopló Zarpa Gris.
—No me extrañaría, pero éste es mi primer cometido en serio…
—Y quieres hacerlo correctamente, lo sé.
—Por cierto, ¿cuál es el mensaje de Estrella Azul? —preguntó Zarpa de Fuego para cambiar de tema.
—Quiere que la patrulla la espere en el Gran Sicomoro hasta que se reúna con ellos, cuando el sol esté en lo alto. Al parecer, algunos gatos del Clan de la Sombra han estado merodeando.

Estrella Azul quiere verificarlo.

—Pues entonces será mejor que te marches.

—El terreno de caza del Clan del Viento no está lejos de aquí. Hay mucho tiempo —respondió Zarpa Gris confiado—. Y supongo que debería ayudarte, después de haberte hecho perder ese ratón de agua.

—No importa. Encontraré otro. Hace un día tan cálido que habrá unos cuantos dando vueltas por aquí.

—Cierto, pero aún tienes que atraparlos. — Pensativo, Zarpa Gris se mordisqueó una uña delantera, arrancándose un trozo de la funda externa—. ¿Sabes?, eso podría llevarte hasta mucho después de que el sol esté en lo alto, quizá incluso hasta la puesta de sol.

Zarpa de Fuego asintió desanimado mientras su estómago rugía de hambre. Probablemente tendría que hacer tres o cuatro batidas de caza para conseguir bastantes presas. El Manto de Plata brillaría en el cielo antes de que tuviera la oportunidad de comer algo.

Zarpa Gris se acarició los bigotes.

—Venga. Te ayudaré a empezar. Te debo eso como mínimo. Deberíamos atrapar un par de ratones de agua antes de que tenga que irme.

Zarpa de Fuego siguió a su amigo arroyo arriba, contento por la compañía y la ayuda. El hedor a zorro continuaba en el aire, pero de repente se tornó más intenso.

Zarpa de Fuego se detuvo.

—¿Hueles eso? —preguntó.

Zarpa Gris se paró y olfateó el aire también.

—Zorro. Sí, lo he captado antes.

—Pero ¿ahora no lo notas más reciente?

Zarpa Gris volvió a olisquear, abriendo levemente la boca.

—Tienes razón —respondió, bajando la voz. Giró la cabeza para escudriñar al otro lado del arroyo, hacia los arbustos del bosque que había más allá—. ¡Mira! —susurró.

Zarpa de Fuego miró. Vio algo rojizo y de denso pelaje que se movía entre los arbustos. Luego salió a un claro, y el gato contempló un cuerpo de

patas cortas que despedía destellos rojo a la luz moteada del sol. Tenía una cola muy peluda y voluminosa, y un hocico largo y fino.

—¿Así que eso es un zorro? —susurró Zarpa de Fuego—. ¡Pues qué morro tan feo!

—¡Y que lo digas! —coincidió Zarpa Gris.

—Estaba siguiendo a uno de ésos la primera vez que tú y yo… nos encontramos.

—¡Lo más probable es que él estuviera siguiéndote a ti, idiota! —siseó Zarpa Gris—. Jamás confíes en un zorro. Parece un perro y se comporta como un gato. Debemos advertir a las reinas de que hay uno deambulando por nuestro territorio. Los zorros son tan malos como los tejones en lo de matar crías de gato. Me alegro de que no alcanzaras al que viste la primera vez.

Habría hecho picadillo a un renacuajo como tú.

Zarpa de Fuego pareció algo ofendido, y su amigo añadió:

—Aunque ahora tendrías más posibilidades. En cualquier caso, lo más probable es que Estrella Azul mande una patrulla de guerreros para ahuyentarlo. Eso tranquilizará a las reinas.

El zorro no había reparado en ellos, de modo que los dos aprendices prosiguieron a lo largo del arroyo.

—¿Qué aspecto tiene un tejón? —preguntó Zarpa de Fuego mientras avanzaban, olfateando a un lado y otro.

—Es blanco y negro, y paticorto. Lo reconocerás cuando lo tengas delante. Son animales torpes y malhumorados. Es menos capaz de asaltar la maternidad que un zorro, pero sus dentelladas son atroces. ¿Cómo crees que el viejo Medio Rabo se ganó su nombre? ¡Ha sido incapaz de trepar a un árbol desde que un tejón le arrancó la cola!

—¿Por qué?

—Tiene miedo de caerse. Un gato necesita su cola si quiere aterrizar de pie. Lo ayuda a girar en el aire.

Zarpa de Fuego asintió comprensivo.

Como había predicho, aquel día la caza fue buena. No pasó mucho antes de que Zarpa Gris saltara sobre un pequeño ratón y Zarpa de Fuego

atrapase un tordo. Le quitó la vida deprisa. Aquel día no había tiempo para practicar técnicas de matar; había demasiadas bocas hambrientas esperando en el campamento. Zarpa de Fuego lanzó tierra sobre la presa para que estuviera a salvo de depredadores hasta que volviese por ella.

De repente apareció una ardilla.

Zarpa de Fuego se puso en acción.

—¡A por ella! —gritó, corriendo por el mullido suelo del bosque, con Zarpa Gris a la zaga.

Frenaron con un patinazo cuando la ardilla subió como una flecha a un abedul.

—¡Jo, la hemos perdido! —gruñó Zarpa Gris.

Jadeando, los dos gatos se pararon a recuperar el aliento. Los sorprendió un olor acre que les llenó la nariz y la boca.

—El Sendero Atronador —maulló Zarpa de Fuego—. No sabía que habíamos llegado tan lejos.

Los dos gatos fueron al linde del bosque para asomarse al gran camino oscuro. Era la primera vez que estaban allí solos. Una ristra de criaturas ruidosas rugían sobre la dura superficie, mirando al frente con sus ojos muertos.

—¡Puaj! —bufó Zarpa Gris—. ¡Esos monstruos apestan de verdad!

Zarpa de Fuego coincidió sacudiendo las orejas. Le escocía la garganta con aquellos asfixiantes olores.

—¿Alguna vez has ido al otro lado del Sendero Atronador? —maulló.

Zarpa Gris negó con la cabeza.

Zarpa de Fuego dio un paso adelante, abandonando la protección del bosque. Una frontera de hierba aceitosa se extendía entre los árboles y el Sendero Atronador. El joven gato avanzó sigilosamente por ella, pero retrocedió encogiéndose cuando un apestoso monstruo pasó ante él a toda velocidad.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —exclamó Zarpa Gris.

Zarpa de Fuego no contestó. Aguardó hasta que no hubo monstruos a la vista. Luego continuó adelante, cruzando la hierba, justo hasta el borde del camino. Con cautela, alargó una pata para tocarlo. Estaba tibio, casi

pegajoso, calentado por el sol. Zarpa de Fuego alzó la cabeza, mirando por encima del Sendero Atronador. ¿Aquello que brillaba en el bosque del lado opuesto era un par de ojos? Olfateó el aire, pero no captó nada excepto la pestilencia del gran camino gris. Los ojos del otro lado seguían reluciendo entre las sombras. Y luego parpadearon, despacio.

Ahora Zarpa de Fuego estaba seguro. Era un guerrero del Clan de la Sombra, y estaba mirándolo fijamente.

—¡Zarpa de Fuego!

La voz de Zarpa Gris le hizo dar un salto, justo cuando un monstruo gigantesco, más alto que un árbol, pasó rugiendo ante sus narices. El viento que levantó casi lo derribó. Zarpa de Fuego dio media vuelta y corrió tanto como pudo hacia la seguridad del bosque.

—¡Eres un estúpido con cerebro de ratón! — bufó Zarpa Gris. Los bigotes le temblaban de miedo y furia—. ¿Qué estabas haciendo?

—Sólo me preguntaba qué tacto tendría el Sendero Atronador —musitó Zarpa de Fuego. También a él le temblaban los bigotes.

—Vamos —siseó Zarpa Gris, nervioso—.

¡Salgamos de aquí!

Zarpa de Fuego siguió a su amigo, que regresó saltando al interior del bosque. En cuanto estuvieron a una distancia segura del Sendero Atronador, Zarpa Gris se detuvo para recobrar el aliento.

Zarpa de Fuego se sentó y empezó a lamerse el alborotado pelaje.

—Creo que he visto a un guerrero del Clan de la Sombra —maulló entre lametazos—. En el bosque que hay al otro lado del Sendero Atronador.

—¡Un guerrero del Clan de la Sombra! — repitió Zarpa Gris con los ojos como platos—.

¿En serio?

—Estoy casi seguro.

—Bueno, pues es una suerte que ese monstruo haya pasado en ese momento. Donde hay un guerrero del Clan de la Sombra, hay más, y nosotros todavía no podemos competir con ellos. Lo mejor será que nos vayamos de aquí. —Miró al sol, que ya estaba casi sobre su cabeza—. Será mejor que me ponga en marcha si quiero alcanzar a la patrulla a

tiempo. Nos vemos luego. —Se internó a toda prisa en la maleza, diciendo a gritos —: ¡Nunca se sabe; puede que Corazón de León me deje venir a ayudarte con la caza cuando le haya entregado el mensaje!

Zarpa de Fuego lo observó irse. Envidió a su amigo, y deseó ser él quien tuviera que reunirse con la patrulla. Pero al menos tenía algo que contarles a Polvoroso y Arenisca cuando regresara al campamento. Ese día había visto a su primer guerrero del Clan de la Sombra.

7

Zarpa de Fuego volvió sobre sus pasos y se encaminó de nuevo hacia el arroyo. Pensaba en aquellos ojos que ardían en la oscuridad del territorio del Clan de la Sombra.

De pronto captó un débil aroma en la brisa.

¡Un extraño! Quizá aquel guerrero del Clan de la Sombra…

De inmediato, brotó un gruñido en su garganta. El mensaje oloroso le decía muchas cosas. El extraño era una gata, que no era joven y desde luego no pertenecía al Clan del Trueno. No tenía la esencia distintiva de ninguno de los otros clanes, pero Zarpa de Fuego percibió que estaba agotada, hambrienta y enferma, y de muy malas pulgas.

Avanzó agazapado, dirigiéndose al olor. Luego se detuvo, perplejo. Ahora el olor era más débil.

Volvió a olfatear.

De repente, con la velocidad de un relámpago, una gruñidora bola de pelo emergió de los arbustos que había tras él.

Zarpa de Fuego chilló de la impresión cuando la gata chocó contra él y lo derribó. Dos fuertes patas lo inmovilizaron por los omóplatos, y unas mandíbulas de acero se cerraron alrededor de su pescuezo.

—¡Murr-ouu! —gruñó, pensando deprisa. Si su atacante le clavaba los colmillos demasiado, estaría acabado.

Se obligó a aflojar la tensión, relajando los músculos como si se sometiera, y soltó un maullido de fingido temor.

La gata abrió la boca para lanzar un maullido triunfal.

—Ah, un insignificante aprendiz. Una presa fácil para Fauces Amarillas —resopló.

Al oír el insulto, el gato sintió una oleada de furia. ¡Le enseñaría a aquella bola de pelo qué clase de guerrero era! «Pero todavía no —se dijo —. Espera hasta que vuelvas a notar sus dientes».

Fauces Amarillas mordió de nuevo. Entonces, Zarpa de Fuego se impulsó hacia arriba con toda la fuerza de su potente y joven cuerpo. La gata soltó un gruñido de sorpresa y cayó de espaldas en un arbusto de tojo.

Zarpa de Fuego se sacudió.

—No soy una presa tan fácil, ¿eh?

Fauces Amarillas bufó desafiante mientras se desprendía de las espinosas ramas.
—No está mal, joven aprendiz —resopló—. Pero ¡tendrás que hacerlo mucho mejor!
El gato parpadeó al ver bien a su oponente por primera vez. Tenía una cara amplia, casi plana, y ojos anaranjados. Su largo y oscuro pelaje gris estaba enmarañado en nudos malolientes. Tenía las orejas desgarradas e irregulares, y el hocico marcado con cicatrices de viejas batallas.
Zarpa de Fuego se mantuvo firme. Hinchó el pecho y lanzó una mirada retadora a la intrusa.
—Estás en un territorio de caza del Clan del Trueno. ¡Márchate!
—¿Quién me obligará a hacerlo? — Desafiante, la gata le enseñó los dientes, manchados y rotos—. Voy a cazar. Y luego me marcharé. O quizá me quede un rato…
—Ya basta de cháchara. ¡Largo! —replicó Zarpa de Fuego, sintiendo que el espíritu de antiguos gatos se agitaba en su interior. En él ya no quedaba ni rastro del gato doméstico. Su sangre guerrera bullía. Estaba deseando pelear, defender su territorio y defender a su clan.
Fauces Amarillas pareció percibir el cambio. Sus feroces ojos naranja brillaron con un nuevo respeto. Bajando la cabeza para romper el contacto visual, empezó a retroceder.
—No hay por qué precipitarse —ronroneó con tono aterciopelado.
A Zarpa de Fuego no lo engañaron sus tretas.
Con las uñas expuestas y el pelo erizado, saltó lanzando su grito de guerra:
—¡Grr-aaarrr!
Fauces Amarillas respondió con un bufido de rabia. Gruñendo y resoplando, ambos gatos se enzarzaron. Rodaron y rodaron, entre garras y dientes. Con las orejas pegadas a la cabeza, Zarpa de Fuego luchó por agarrar a su contrincante, pero el apelmazado pelaje de la gata le impedía cogerla con firmeza.
Entonces, la gata se irguió sobre las patas traseras. Con la mugrienta cola erizada, parecía todavía más grande.

Zarpa de Fuego percibió que las fauces de su adversaria se abalanzaban sobre él y se inclinó hacia atrás justo a tiempo. ¡Clac! Las mandíbulas se cerraron en el aire, cerca de su oreja.

Instintivamente, Zarpa de Fuego le lanzó una coz y la alcanzó en un lado de la cabeza.

Sorprendida, Fauces Amarillas cayó al suelo y sacudió la cabeza para recuperarse.

Zarpa de Fuego vio su oportunidad en el segundo que la gata necesitaba para recobrarse. Se lanzó hacia delante y clavó los colmillos en la pata trasera de Fauces Amarillas.

—¡Murr-aj!

El sabor del pelaje apelmazado era horrible, pero mordió con fuerza.

—¡Au-au-auu! —aulló la gata de dolor, y se volvió para morder la cola del aprendiz.

Sus dientes se cerraron y Zarpa de Fuego sintió que el dolor le recorría el lomo, pero eso sólo consiguió enfurecerlo más. Liberó la cola de un tirón y la sacudió rabiosamente.

La gata se agachó, lista para un nuevo ataque. Su aliento hediondo surgía entrecortadamente. Aquel olor invadió la nariz de Zarpa de Fuego. A tan poca distancia, el mensaje de desesperación y debilidad de la famélica gata resultaba casi angustioso.

Algo se agitó dentro del joven aprendiz, un sentimiento que no deseaba sentir, pues era impropio de un guerrero: compasión. Intentó sofocarlo —sabía que su fidelidad debía ser para el clan—, en vano. «Hablas con el corazón, joven Zarpa de Fuego —resonaron de nuevo en su cabeza las palabras de Corazón de León—. Algún día, eso hará de ti un guerrero más fuerte». Y a continuación la advertencia de Garra de Tigre: «O quizá haga que ceda a la debilidad de minino doméstico en el preciso momento de atacar».

La gata embistió de nuevo y él regresó instintivamente a la lucha. La vieja felina intentó alcanzar uno de sus omóplatos para atraparlo de forma definitiva, pero esta vez se lo impidió su pata herida.

—¡Gar-uff! —exclamó Zarpa de Fuego arqueando el lomo.

Fauces Amarillas logró clavarle las uñas y tirar con fuerza. El peso de la gata lo derribó.
Zarpa de Fuego mordió el polvo y escupió tierra.
—¡Puaj!
Se retorció ágilmente para esquivar las tremendas patas traseras de la gata y sus afiladísimas uñas, que intentaban arañar su tierna panza. Rodaron a un lado y otro, mordiendo y golpeando.
Al cabo de un momento se separaron. Zarpa de Fuego estaba sin resuello, pero Fauces Amarillas se hallaba cada vez más débil. Estaba malherida, y sus patas traseras apenas podían con su escuálido cuerpo.
—¿Ya has tenido bastante? —gruñó Zarpa de Fuego. Si la intrusa se rendía, la dejaría marchar con sólo un mordisco de advertencia para que no se olvidase de él.
—¡Jamás! —bufó la gata. Pero su pata herida cedió y ella se derrumbó en el suelo. Intentó ponerse en pie y no lo logró. Al final dijo con mirada sombría—: Si no estuviese tan hambrienta y cansada, te habría reducido a polvo de ratón. — Luego torció la boca en una mueca de dolor y desafío—. Acaba conmigo. No te lo impediré.
Zarpa de Fuego dudó. Nunca había matado a otro gato. Quizá pudiera hacerlo en el fragor de la batalla, pero ¿una muerte piadosa a sangre fría? Eso era algo muy distinto.
—¿A qué estás esperando? ¡Vacilas como un minino casero!
Zarpa de Fuego se sobresaltó al oír esas palabras. ¿Acaso la gata captaba el olor de Dos Patas, incluso ahora, después de tanto tiempo?
—¡Soy un aprendiz de guerrero del Clan del Trueno! —espetó.
Fauces Amarillas entornó los ojos. Había visto cómo el joven se estremecía con sus palabras, y supo que había tocado una fibra sensible.
—¡Ja! —resopló—. No me digas que el Clan del Trueno está tan desesperado que ahora tiene que reclutar mascotas.
—¡El Clan del Trueno no está desesperado! — exclamó Zarpa de Fuego.
—¡Pues entonces demuéstralo! Compórtate como un guerrero y acaba conmigo. Me harás un favor.

Él se quedó mirándola fijamente. No lo convencería de que la matara; no era más que una desgraciada criatura. Picado por la curiosidad, se le relajaron los músculos. ¿Cómo habría llegado a tal estado un miembro de un clan gatuno? ¡Los veteranos del Clan del Trueno estaban mejor atendidos que los cachorros!

—Pareces tener mucha prisa por morir — maulló.

—¿Ah, sí? Bueno, eso es asunto mío, forraje de ratón. ¿Qué problema tienes, minino? ¿Intentas matarme hablando?

Sus palabras eran valientes, pero Zarpa de Fuego podía oler el hambre y la enfermedad que brotaban a oleadas de la gata. Si no comía pronto, acabaría muriendo. Y como difícilmente podría cazar por sí misma, quizá debería matarla ya. Los dos felinos se miraron con incertidumbre en los ojos.

—Espera aquí —ordenó Zarpa de Fuego al fin.

Fauces Amarillas pareció desinflarse. Su pelaje se alisó y su cola perdió su aspecto de tojo.

—¿Estás de broma, minino? No voy a ir a ninguna parte —gruñó, cojeando penosamente hasta una extensión de suave brezo. Se dejó caer allí y empezó a lamerse la pata herida.

Zarpa de Fuego le lanzó una breve mirada y resopló de exasperación antes de irse hacia los árboles.

Mientras avanzaba en silencio entre los helechos, se le llenó la nariz con olores caldeados por el sol. Percibió el acre hedor de una rata muerta hacía tiempo. Oyó los insectos que escarbaban bajo la corteza de los árboles, y el susurro de criaturas peludas que se movían sobre las hojas. Su primera idea fue ir a desenterrar el tordo que había matado antes, pero eso le llevaría demasiado tiempo.

Quizá debería optar por el cadáver de la rata. Era una comida fácil, pero un gato hambriento necesitaba carne fresca. Un guerrero sólo comía carroña en momentos realmente duros.

De pronto, captó el aroma de un joven conejo y se detuvo en seco. Olfateó. Unos pasos más y lo vio. Pegándose al suelo, se arrastró sigilosamente hacia la criatura. Estaba apenas a un ratón de distancia

cuando el conejo lo detectó. Demasiado tarde. La blanca cola se agitó y Zarpa de Fuego sintió la emoción de la caza. Una veloz acometida, un destello de garras, y lo atrapó.

El conejo se retorcía, pero lo aferró con fuerza y acabó rápidamente con su vida.

Poco después, Fauces Amarillas abrió unos ojos como platos cuando Zarpa de Fuego dejó el conejo junto a ella. Se quedó boquiabierta.

—¡Vaya, minino! Pensaba que habías ido en busca de tus amiguitos guerreros.

—¿Ah, sí? Bueno, todavía puedo hacerlo. Y no me llames minino —gruñó el joven, acercándole más el conejo con el hocico. Se sentía avergonzado de su propia amabilidad—. Oye, si no lo quieres…

—Claro que sí —contestó Fauces Amarillas de inmediato—. Por supuesto que lo quiero.

Zarpa de Fuego observó cómo la gata abría en canal la presa y empezaba a engullir. Su hambre se agudizó y se le hizo la boca agua. Sabía que ni siquiera debería estar pensando en comer. Aún debía llevar varias piezas al clan, pero la carne fresca tenía un aroma delicioso.

—Mmm-mm. —Minutos después, Fauces
Amarillas soltó un gran suspiro y se tumbó de lado —. La primera carne fresca que como desde hace días.

Se relamió y se puso cómoda para limpiarse de arriba abajo.

«Como si un solo lavado fuera a servir de algo», pensó Zarpa de Fuego, arrugando la nariz. Fauces Amarillas era la archigata de la pestilencia.

Sus ojos se posaron en los restos del conejo. No quedaba mucho con que llenar la barriga de un joven gato, pero la pelea había aumentado su apetito todavía más. Cedió al hambre y se zampó las sobras. Estaban exquisitas. Se relamió, saboreando hasta el último trocito, estremeciéndose de pies a cabeza.

Fauces Amarillas lo observó con atención, mostrando sus dientes manchados.

—Está mejor que la bazofia con que los Dos Patas alimentan a algunos de nuestros hermanos, ¿eh? —maulló ladinamente. Sabedora de haberle encontrado las cosquillas al joven, estaba intentando provocarlo.

Zarpa de Fuego no le hizo caso y empezó a lavarse.

—Es veneno —continuó la gata—. ¡Cagarrutas de rata! Sólo un saco de pelo sin carácter aceptaría esas repugnantes huevas de rana… —De repente, se puso tensa—. Chist… Se acercan guerreros.

El aprendiz también había percibido la proximidad de gatos. Oía sus suaves pisadas sobre el mantillo de hojas, y el pelo al rozar las ramas. Olió el viento que acariciaba su pelaje. Aromas familiares. Eran guerreros del Clan del Trueno, lo bastante seguros en su propio territorio como para no preocuparse por el ruido que hacían.

Lleno de remordimientos, Zarpa de Fuego se lamió el hocico para eliminar todo rastro de las sobras que acababa de comerse. Luego miró a Fauces Amarillas y al montón de huesos de conejo que había a su lado. «El clan debe ser el primero en alimentarse», volvió a resonar en su cabeza la voz de Corazón de León. Pero seguro que el lugarteniente entendería por qué había dado de comer a aquella desdichada criatura. No obstante, sintió un miedo repentino por lo que podría sucederle. ¡Ya en su primera misión como aprendiz había quebrantado el código guerrero!

8

Fauces Amarillas gruñó desafiante al oír los pasos que se acercaban, pero Zarpa de Fuego percibió su pánico. La gata se levantó a duras penas.
—Hasta luego. Gracias por la comida. —Trató de alejarse a tres patas, pero esbozó una mueca de dolor—. ¡Uf! Esta pata se me ha agarrotado mientras descansaba.
Era demasiado tarde para huir. Unas sombras silenciosas salieron de entre los árboles, y en un segundo la patrulla del Clan del Trueno los había rodeado. El joven aprendiz los reconoció: Garra de Tigre, Cebrado, Sauce y Estrella Azul, todos esbeltos y de fuertes músculos. Zarpa de Fuego captó el miedo de la gata al verlos.
Zarpa Gris los seguía de cerca. Salió de los arbustos saltando y se detuvo junto a la patrulla.
Zarpa de Fuego se apresuró a saludar a su clan, pero sólo Zarpa Gris le devolvió el saludo.

—¡Hola, Zarpa de Fuego!
—¡Silencio! —ordenó Garra de Tigre.
Zarpa de Fuego miró a Fauces Amarillas y gimió para sus adentros: aún podía oler el miedo de la gata, pero en vez de encogerse con sumisión, la maltrecha criatura echaba fuego por los ojos con insolencia.
—¿Zarpa de Fuego? —Estrella Azul habló con voz fría y mesurada—. ¿Qué tenemos aquí? Una guerrera enemiga… recientemente alimentada, por el olor que desprendéis ambos. —Los ojos de la líder ardían, y el joven bajó la cabeza.

—Ella estaba débil y hambrienta… —empezó.
—¿Y tú? ¿Tu hambre era tan grande que tenías que comer antes de haber conseguido presas para tu clan? Supongo que habrás tenido una razón muy sólida para quebrantar el código guerrero, ¿verdad?
Al gato no lo engañó el dulce tono de su líder.
Estrella Azul estaba furiosa… y con razón. El joven se agachó más todavía.
Antes de que pudiera hablar, Garra de Tigre soltó un sonoro bufido:

—¡Una mascota siempre es una mascota!

Estrella Azul hizo caso omiso del guerrero y se volvió hacia Fauces Amarillas. De pronto, pareció sorprendida.

—¡Bueno, bueno, Zarpa de Fuego! Por lo visto, has capturado a un miembro del Clan de la Sombra. Y uno que conozco bien. Tú eres la curandera del Clan de la Sombra, ¿no es así? —le preguntó—. ¿Qué estás haciendo tan dentro de nuestro territorio?

—Yo era la curandera del Clan de la Sombra —la corrigió la gata—. Ahora he decidido viajar sola.

Zarpa de Fuego escuchó atónito. ¿Había oído bien? ¿Fauces Amarillas era una guerrera del Clan de la Sombra? Su lamentable condición debía de haber enmascarado su olor territorial. De haberlo sabido, habría disfrutado más enfrentándose a ella.

—¡Fauces Amarillas! —maulló Garra de Tigre con sorna—. Parece que estás en baja forma si un aprendiz puede vencerte.

—Esta vieja gata no nos sirve para nada — intervino Cebrado—. Matémosla ahora. Y respecto al minino doméstico, ha quebrantado el código guerrero. Debería ser castigado.

—Esconde las uñas, Cebrado —ronroneó Estrella Azul con calma—. Todos los clanes hablan del valor y la sabiduría de Fauces Amarillas. Podría sernos de ayuda oír lo que tenga que decir. Venga, nos la llevaremos al campamento. Luego decidiremos qué hacer con ella… y con Zarpa de Fuego. ¿Puedes andar o necesitas ayuda? —le preguntó a la gata.

—Aún conservo tres patas buenas —espetó la gata canosa, cojeando.

Los ojos de la vieja curandera estaban vidriosos de dolor, pero parecía decidida a no mostrar ninguna debilidad. Un destello de respeto cruzó la cara de Estrella Azul antes de volverse para encabezar la marcha a través de los árboles.

Los otros guerreros flanquearon a Fauces Amarillas y la patrulla echó a andar, manteniendo el ritmo de su renqueante prisionera.

Zarpa de Fuego y Zarpa Gris se colocaron juntos al final del grupo.

—¿Tú habías oído hablar de Fauces Amarillas?
—Un poco —respondió Zarpa Gris—. Al parecer, fue guerrera antes de convertirse en curandera, lo cual es insólito. Pero no puedo imaginármela como una solitaria. Ha pasado toda su vida con el Clan de la Sombra.
—¿Qué hace un solitario?
Zarpa Gris le lanzó una ojeada.
—Un solitario es un gato que no forma parte de ningún clan y al que no cuida ningún Dos Patas.
Garra de Tigre dice que son poco de fiar y egoístas. A menudo viven cerca de las casas de Dos Patas, pero no pertenecen a nadie y cazan su propia comida.
—Quizá yo me convierta en un solitario cuando Estrella Azul haya terminado conmigo — maulló Zarpa de Fuego.
—Nuestra líder Azul es muy justa —lo tranquilizó Zarpa Gris—. No te expulsará. Lo cierto es que parece contenta de tener como prisionera a una gata tan importante del Clan de la Sombra. Estoy seguro de que no armará jaleo porque hayas alimentado a ese pobre y viejo saco sarnoso.
—Pero ¡siguen lamentándose de que la caza es escasa! Oh, ¿por qué me comería ese conejo? — Zarpa de Fuego sintió que le ardía la piel de vergüenza.
—Ya, ya. —Zarpa Gris le dio un empujoncito amistoso—. Eso ha sido propio de un ratón descerebrado. La verdad es que ahí has quebrantado el código guerrero, pero ningún gato es perfecto.
Zarpa de Fuego no contestó; siguió adelante con un gran peso en el corazón. Aquél no era el desenlace que se había imaginado para su primera misión a solas.
Cuando la patrulla pasó ante los centinelas que guardaban la entrada del campamento, el resto del clan corrió a recibir a sus guerreros.
Reinas, cachorros y veteranos se agolparon a ambos lados. Observaron con curiosidad a Fauces Amarillas mientras la conducían al interior del campamento. Algunos veteranos reconocieron a la vieja gata. Enseguida

se corrió la voz de que era la curandera del Clan de la Sombra y empezaron a abuchearla.
Ella parecía sorda a las provocaciones. Zarpa de Fuego no pudo sino admirar el modo en que la gata cojeaba dignamente a través de un pasillo de malas miradas e insultos. El joven sabía que sufría un gran dolor, y que estaba hambrienta pese al conejo que él había cazado para ella.
Cuando la patrulla llegó a la Peña Alta, Estrella Azul indicó con la cabeza el suelo polvoriento que había ante ella. Fauces Amarillas obedeció la silenciosa orden y se tumbó agradecida. Sin inmutarse por las miradas hostiles que la rodeaban, empezó a lamerse la pata herida.
Zarpa de Fuego vio que Jaspeada salía de su rincón. Debía de haber percibido la presencia de un gato herido en el campamento. La multitud se separó para dejar paso a la gata parda.
Fauces Amarillas la miró ceñuda y bufó:
—Sé cómo cuidar mis propias heridas. No necesito tu ayuda.
Sin responder, Jaspeada asintió y volvió sobre sus pasos.
Algunos gatos habían estado cazando y llevaron carne fresca a los guerreros recién llegados. Cada uno tomó algo y se apartó para comer. Luego acudió el resto de los miembros del clan para recoger su parte.
Zarpa de Fuego se paseó hambriento por el claro, viendo cómo los gatos formaban los grupos habituales, masticando y tragando. Se moría de ganas de un bocado, pero no se atrevía a tomar nada. Había quebrantado el código guerrero. Suponía que eso implicaba que su parte de comida le estaba vedada.
Se detuvo junto a la Peña Alta, donde estaban conversando Estrella Azul y Garra de Tigre. Indeciso, miró a su líder buscando una señal de que le permitía comer. Pero la gata gris y el gran guerrero estaban enfrascados murmurando en voz baja. El joven se preguntó si estarían hablando de él. Ansioso por conocer su destino, aguzó el oído.
Garra de Tigre sonaba impaciente.
—Es que resulta demasiado peligroso traer a una guerrera enemiga al corazón del Clan del Trueno. Ahora que ella conoce el campamento,

incluso los cachorros del Clan de la Sombra sabrán de él. Tendremos que trasladarnos.

—Cálmate, Garra de Tigre. ¿Por qué habríamos de trasladarnos? Fauces Amarillas dice que ahora vive por su cuenta. No hay razones para que el Clan de la Sombra conozca este sitio.

—¿Y tú te lo crees? —resopló el guerrero—. Desde luego, ese minino de compañía es un cabeza de chorlito.

—Piensa un momento, Garra de Tigre. ¿Por qué la curandera del Clan de la Sombra decidiría abandonar su clan? Pareces temer que Fauces Amarillas comparta nuestros secretos con su clan, pero ¿has pensado en cuántos secretos del Clan de la Sombra podría compartir ella con nosotros?

Por el modo en que el pelaje de Garra de Tigre empezó a alisarse, Zarpa de Fuego comprendió que las palabras de Estrella Azul lo convencían. El guerrero asintió con la cabeza y luego se marchó por su ración de carne fresca.

Estrella Azul se quedó allí. Miró al extremo opuesto del claro, donde algunos cachorros peleaban y rodaban juguetonamente. Luego se levantó y se dirigió hacia Zarpa de Fuego. Al aprendiz le dio un vuelco el corazón. ¿Qué iría a decirle?

Pero la gata pasó de largo. Ni siquiera lo miró; sus ojos estaban absortos en pensamientos distantes.

—¡Escarcha! —llamó la líder al acercarse a la maternidad.

Una gata blanquísima con ojos azul oscuro salió de entre las zarzas. En el interior, los maullidos se volvieron más estridentes.

—Silencio, pequeños —ronroneó tranquilizadora—. No tardaré. ¿Sí, Estrella Azul? ¿Qué sucede?

—Un aprendiz ha visto un zorro por la zona. Avisa a las otras reinas para que vigilen bien la maternidad. Y asegúrate de que los cachorros de menos de seis lunas permanecen en el campamento hasta que nuestros guerreros hayan ahuyentado al intruso.

Escarcha asintió.

—Les pasaré el aviso.

Luego se volvió y regresó a la maternidad para acallar a los llorosos gatitos.
Finalmente, Estrella Azul fue hasta el montón de caza y recogió su parte. Le habían guardado una gruesa paloma torcaz. Zarpa de Fuego la miró con ansia mientras ella se llevaba la pieza para comerla en compañía de los guerreros veteranos.
Al final, el joven cedió al hambre. Zarpa Gris estaba con Cuervo, devorando un pequeño pinzón junto al tocón de árbol. Vio que Zarpa de Fuego se acercaba al montón de carne fresca y lo animó con un gesto de la cabeza. Zarpa de Fuego estiró el cuello para tomar un pequeño ratón de campo entre los dientes.
—Tú no puedes comer —gruñó Garra de Tigre, colocándose tras él—. No has traído ninguna presa. Los veteranos se adjudicarán tu parte. Llévasela a ellos.
Zarpa de Fuego miró a Estrella Azul.
Ella asintió con la cabeza.
—Haz lo que dice.
Obediente, el aprendiz recogió el ratón para llevárselo a Orejitas. El delicioso aroma que desprendía le anegó la nariz. No había nada que deseara más que triturarlo entre sus fauces. Casi sentía la energía vital del roedor corriendo por su joven cuerpo.
Con un gran autodominio, depositó la presa delante del macho gris y retrocedió educadamente. No esperaba que le dieran las gracias, y no se las dieron.
Al menos había engullido los restos del conejo que había atrapado para Fauces Amarillas. Para él no habría nada más hasta que volviese a cazar al día siguiente.
Fue hacia Zarpa Gris. Su amigo, que había comido hasta hartarse, estaba tumbado con Cuervo delante de la guarida de los aprendices. Estirado, se lavaba rítmicamente la pata delantera. Vio que Zarpa de Fuego se acercaba y paró de lamerse.
—¿Estrella Azul ya ha mencionado tu castigo?
—Todavía no —respondió Zarpa de Fuego sombríamente.

Su amigo entornó los ojos compasivamente y no dijo nada.
De pronto, la voz de Estrella Azul resonó en todo el claro:
—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan para una reunión del clan!
La mayor parte de los guerreros habían acabado de comer y, como Zarpa Gris, estaban ocupados lavándose. Se pusieron en pie ágilmente y fueron hacia la Peña Alta, donde Estrella Azul aguardaba para hablar.
—Vamos —maulló Zarpa Gris.
Se levantó de un salto. Cuervo y Zarpa de Fuego lo siguieron mientras se abría paso a empujones para encontrar un buen sitio.
—Estoy segura de que sabréis lo de la prisionera que hoy hemos traído —empezó Estrella Azul—. Pero hay algo más que debéis saber. —Miró a la demacrada gata que yacía junto a la Peña Alta—. ¿Me oyes desde ahí? —preguntó.
—Quizá sea vieja, pero ¡todavía no estoy sorda!
Sin inmutarse por el tono hostil de la prisionera, Estrella Azul continuó:
—Me temo que tengo algunas malas noticias.
Hoy he entrado con una patrulla en el territorio del
Clan del Viento. El aire estaba saturado de olor al Clan de la Sombra. Casi todos los árboles habían sido marcados por guerreros de ese clan. Y no hemos encontrado a ningún gato del Clan del Viento, aunque nos hemos internado hasta el centro de su territorio.
Sus palabras fueron recibidas en silencio. Zarpa de Fuego vio confusión en la cara de los demás gatos.
—¿Quieres decir que el Clan de la Sombra los ha echado? —inquirió Orejitas, vacilante.
—No podemos estar seguros. Desde luego, la esencia del Clan de la Sombra estaba por todas partes. También hemos visto sangre y pelo. Debió de haber una batalla, pero no hemos encontrado cadáveres de ningún clan.
Un maullido de conmoción brotó de la multitud como una sola voz. Zarpa de Fuego vio que los gatos se ponían tensos, horrorizados y furiosos.
Nunca un clan había expulsado a otro de sus terrenos de caza.

—¿Cómo pueden haber echado al Clan del Viento? —terció Tuerta con voz ronca—. El Clan de la Sombra es feroz, pero el Clan del Viento es muy numeroso. Lleva viviendo en las tierras altas desde hace generaciones. ¿Por qué lo han expulsado ahora? —Sacudió la cabeza nerviosa, con los bigotes temblando.
—No tengo respuestas para vuestras preguntas —respondió Estrella Azul—. Es bien sabido que el Clan de la Sombra ha nombrado un nuevo líder recientemente, tras la muerte de Estrella Mellada. Su nuevo líder, Estrella Rota, no dio ninguna muestra de amenaza cuando lo conocimos en la última Asamblea.
—Tal vez Fauces Amarillas tenga respuestas —gruñó Cebrado—. Después de todo, ¡pertenece al Clan de la Sombra!
—¡No soy una traidora! ¡Nada en el mundo haría que compartiera los secretos del Clan de la Sombra con un bruto como tú! —espetó la cautiva, mirándolo con agresividad.
Los guerreros del Clan del Trueno se adelantaron amenazadoramente, las orejas pegadas a la cabeza y los ojos convertidos en rendijas.
—¡Deteneos! —ordenó Estrella Azul.
Cebrado se paró en seco, incluso aunque Fauces Amarillas lo incitaba con sus ojos llameantes y sus feroces bufidos.
—¡Ya basta! —bramó la líder—. Esta situación es demasiado grave para que nos peleemos entre nosotros. El Clan del Trueno debe prepararse. A partir de hoy, los guerreros se moverán en grupos más numerosos. Los otros miembros del clan se mantendrán cerca del campamento. Las patrullas recorrerán nuestras fronteras más a menudo, y todos los cachorros permanecerán en la maternidad.
Los gatos asintieron.
—Nuestra escasez de guerreros es nuestro mayor hándicap. Solucionaremos el problema acelerando el entrenamiento de los aprendices. Deberán estar listos antes de lo esperado para luchar por nuestro clan.
Zarpa de Fuego vio que Polvoroso intercambiaba una mirada de ilusión con Arenisca. Zarpa Gris contempló a la líder con los ojos dilatados por la

emoción. Cuervo se limitó a mover las patas nerviosamente. Los grandes ojos del aprendiz negro mostraban más inquietud que entusiasmo.

—Un joven gato ha estado recibiendo instrucción de los mentores de Zarpa Gris y Polvoroso. Así que, para acelerar el entrenamiento de los tres, he decidido que —miró a su clan— tomaré a Zarpa de Fuego como mi propio aprendiz.

Al joven gato se le pusieron los ojos como platos. ¿Estrella Azul iba a ser su mentora?

Junto a él, Zarpa Gris soltó un maullido ahogado, incapaz de ocultar su sorpresa.

—¡Qué honor! Han pasado muchísimas lunas desde que Estrella Azul tuvo un aprendiz. ¡Normalmente, sólo entrena a los hijos de los lugartenientes!

Entonces surgió una voz familiar entre la multitud. Era Garra de Tigre.

—De modo que Zarpa de Fuego va a ser recompensado en vez de penalizado, por alimentar a una guerrera enemiga cuando debería estar alimentando a su propio clan, ¿no?

—Ahora Zarpa de Fuego es mi aprendiz. Yo me ocuparé de él —contestó Estrella Azul. Se quedó mirando al feroz Garra de Tigre un momento, y luego levantó la cabeza para dirigirse a todo el clan una vez más—. Fauces Amarillas podrá quedarse aquí hasta que haya recuperado fuerzas. Somos guerreros, no salvajes. Hay que tratarla con respeto y cortesía.

—Pero el clan no puede mantenerla —protestó Cebrado—. Ya tenemos demasiadas bocas que alimentar.

—¡Sí! —susurró Zarpa Gris al oído de Zarpa de Fuego—. ¡Y algunas son más grandes que otras! —¡No necesito que nadie cuide de mí! — resopló Fauces Amarillas—. ¡Rajaré a cualquiera que lo intente!

—Qué simpática, ¿eh? —murmuró Zarpa Gris.

Zarpa de Fuego sacudió la punta de la cola, coincidiendo en silencio. Hubo maullidos apagados de otros guerreros; reconocían a su pesar el espíritu luchador de la prisionera.

Estrella Azul pasó por alto los murmullos.

—Mataremos dos pájaros de un tiro. Zarpa de Fuego, como castigo por quebrantar el código guerrero, será responsabilidad tuya ocuparte de Fauces Amarillas. Cazarás para ella y cuidarás sus heridas. Le llevarás lo necesario para renovar su lecho y retirarás sus excrementos.

—Sí, Estrella Azul —maulló el joven sumisamente, con la cabeza gacha. Y pensó: «¡Retirar sus excrementos! ¡Puaj!».

Polvoroso y Arenisca soltaron maullidos burlones.

—¡Buena idea! —susurró Polvoroso—. ¡Más le vale a Zarpa de Fuego ser bueno en aplastar pulgas!

—¡Y en cazar! —añadió Arenisca—. ¡Ese saco de huesos necesita que la ceben!

—¡Basta! —los interrumpió Estrella Azul—. Espero que Zarpa de Fuego no considere vergonzoso ocuparse de Fauces Amarillas. Ella es curandera y mayor que él. Sólo por esas razones ya debería respetarla. —Lanzó una dura mirada a Arenisca y Polvoroso—. Y no tiene nada de humillante cuidar de otro gato cuando éste es incapaz de cuidarse por sí solo. La reunión ha terminado. Ahora me gustaría hablar a solas con mis guerreros más veteranos.

Dicho eso, la líder saltó de la Peña Alta y se dirigió a su guarida.

Corazón de León la siguió. Los demás gatos empezaron a dispersarse. Uno o dos felicitaron a Zarpa de Fuego por haberse convertido en aprendiz de Estrella Azul; otros, con sorna, le desearon suerte con el cuidado de Fauces Amarillas. Él se sentía tan aturdido por el anuncio de Estrella Azul que se limitó a asentir mecánicamente.

Rabo Largo se le acercó. Aún era visible el corte en forma de «V» que Zarpa de Fuego le había hecho en la oreja. El joven guerrero le enseñó los dientes con un feo gruñido.

—Bueno, espero que la próxima vez te lo pienses antes de traernos gatos descarriados al campamento —dijo con desprecio—. Los forasteros siempre traen problemas.

9

—Yo iría a ver a Fauces Amarillas —susurró Zarpa Gris cuando Rabo Largo se alejó—. No parece muy contenta.

Zarpa de Fuego echó un vistazo a la vieja gata. Estaba inmóvil, tumbada junto a la Peña Alta. Zarpa Gris tenía razón; Fauces Amarillas estaba mirándolo con mala cara.
—Bien, pues voy —maulló—. Deséame suerte.
—Necesitarás a todo el Clan Estelar de tu parte. Llama si hay que echarte una manita. Si veo que esa gata te martiriza demasiado, iré por detrás y le atizaré en la cabeza con un conejo muerto.
Zarpa de Fuego ronroneó divertido y se dirigió a Fauces Amarillas. Su regocijo se esfumó de inmediato al acercarse a la curandera herida. Era evidente que la vieja gata estaba de un humor de perros. Bufó a modo de advertencia y le enseñó los dientes.
—Detente ahí mismo, minino.
El aprendiz suspiró. Parecía que se avecinaba una pelea. Aún tenía hambre y empezaba a sentirse agotado. Estaba deseando ovillarse en su lecho para dormir la siesta. Lo último que quería era discutir con aquel lamentable revoltijo de pelo y dientes.
—Puedes llamarme como quieras —maulló cansado—. Sólo estoy cumpliendo las órdenes de Estrella Azul.
—Pero tú eres un minino doméstico, ¿verdad? —resopló Fauces Amarillas.
«Ella también está cansada», pensó él. Había menos ímpetu en la voz de la gata, aunque su malevolencia era tan acusada como siempre.
—De pequeño vivía con Dos Patas —admitió tranquilamente.
—¿Tus padres eran mascotas?
—Sí, lo eran.
Zarpa de Fuego miró al suelo, sintiendo que en su interior crecía la rabia. Ya era bastante malo que algunos miembros de su clan siguieran viéndolo como un forastero. Desde luego, no tenía por qué contestar a aquella prisionera cascarrabias.
Fauces Amarillas pareció tomar su silencio como una invitación a continuar.

—La sangre de mascota no es igual que la sangre guerrera. ¿Por qué no huyes a tu casa de Dos Patas en vez de cuidar de mí? ¡Resulta humillante ser atendida por un gato de baja estofa como tú!
A Zarpa de Fuego se le agotó la paciencia. Gruñó.
—Tú te sentirías humillada aunque yo tuviera sangre guerrera. Te sentirías avergonzada si yo fuese una preciosa gata de tu propio clan, o un desgraciado Dos Patas que te recogiera del suelo. —Sacudió la cola—. ¡Lo que tú encuentras tan humillante es tener que confiar en algún gato!
Fauces Amarillas se quedó mirándolo con los ojos naranja bien abiertos.

Zarpa de Fuego prosiguió acaloradamente:
—Pues tendrás que acostumbrarte a que te cuiden hasta que estés lo bastante bien para cuidar de ti misma, ¡penoso saco de huesos viejos!
Se detuvo al ver que la gata empezaba a emitir un siseo bajo y áspero. Alarmado, Zarpa de Fuego se acercó más y comprobó que estaba temblando de pies a cabeza y sus ojos se habían reducido a dos pequeñas rendijas.
—Perdona, yo no pretendía… —empezó, pero de pronto se dio cuenta de que la gata… ¡se estaba riendo!
—Mr-au-au-au —rió la vieja curandera, con un ronroneo que resonaba desde lo más profundo de su pecho.
Zarpa de Fuego no sabía qué hacer.
—Tienes coraje, minino —graznó Fauces Amarillas, deteniéndose al fin—. A ver, estoy cansada y me duele la pata. Necesito dormir y algo que poner en esta herida. Ve en busca de esa bonita curandera vuestra y pídele algunas hierbas. Creo que una cataplasma de vara de oro servirá. Y, ya que vas, no me vendrían mal unas semillas de adormidera para mascar. ¡El dolor me está matando!
Sorprendido por ese cambio de humor, Zarpa de Fuego corrió hacia la guarida de Jaspeada.
Nunca había estado en esa parte del campamento. Con un hormigueo en las orejas, cruzó un verde túnel de helechos hasta un pequeño claro herboso. A un lado había una gran roca, partida en el centro por una

grieta lo bastante grande para que un gato hiciera su refugio en el interior. Por allí apareció Jaspeada. Como siempre, sus ojos brillaban cordialmente, y su pelaje moteado relucía con tonos de ámbar y marrón. Zarpa de Fuego saludó tímidamente y recitó las hierbas y semillas que necesitaba Fauces Amarillas.

—Tengo de casi todo en mi guarida —dijo Jaspeada—. Añadiré algunas hojas de caléndula. Si se envuelve la herida con ellas, evitará que se le infecte. Espera aquí.

—Gracias —maulló Zarpa de Fuego mientras la curandera desaparecía en su cueva.

Aguzó la vista, intentando vislumbrar a Jaspeada en el interior, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. Sólo logró captar unos leves sonidos y olor a hierbas desconocidas.

Jaspeada salió de la oscuridad y dejó un fardo envuelto en hojas a los pies de Zarpa de Fuego.

—Dile a Fauces Amarillas que se modere con la adormidera. No quiero que le alivie el dolor por completo. Un poco de dolor puede ser útil, pues me servirá para juzgar si está sanando bien.

Zarpa de Fuego asintió y tomó el paquete entre los dientes.

—¡Gracias, Jaspeada! —graznó.

Y de nuevo cruzó el túnel de helechos hasta el claro principal.

Garra de Tigre estaba delante de la guarida de los guerreros, observándolo con atención. Cuando el aprendiz pasó con las hierbas en la boca, sintió que los ojos de ámbar del guerrero le quemaban el lomo. Giró la cabeza y lo miró. Garra de Tigre entornó los ojos y apartó la vista.

Zarpa de Fuego dejó el bulto junto a Fauces Amarillas.

—¡Bien! —maulló ella—. Ahora, antes de dejar de incordiarme, tráeme algo de comer. ¡Estoy muerta de hambre!

El sol había salido tres veces desde la llegada de Fauces Amarillas al campamento. Zarpa de Fuego despertó temprano y le dio un empujoncito a Zarpa Gris, que dormía junto a él con la nariz bajo su gruesa cola.

—Despierta —maulló—. O llegarás tarde al entrenamiento.

Zarpa Gris levantó la cabeza soñoliento y asintió de mala gana.
Zarpa de Fuego le dio un pinchazo a Cuervo.
El aprendiz negro abrió los ojos al instante y se levantó de un salto.
—¿Qué ocurre? —preguntó, mirando alrededor.
—Cálmate, Cuervo. Pronto será la hora del entrenamiento, sólo eso —lo tranquilizó Zarpa de Fuego.
Polvoroso y Arenisca también empezaron a moverse en sus musgosos lechos del extremo más alejado de la guarida. Zarpa de Fuego se levantó y salió de los helechos.
La mañana era cálida. A través de las ramas y hojas que pendían sobre el campamento, Zarpa de Fuego vio un cielo de un azul profundo. Sin embargo, un abundante rocío relucía en las matas de helechos y centelleaba sobre la hierba. Olfateó el aire. La estación de la hoja verde estaba llegando a su fin, pronto empezaría a hacer más frío.
Se tumbó para revolcarse junto al tocón, estirando las patas y frotando la cabeza contra el fresco suelo. Luego se sentó de costado y miró al otro extremo del claro para ver si Fauces Amarillas se había despertado.
A la vieja gata le habían proporcionado un lugar de descanso al otro lado del árbol caído junto al que comían los veteranos. Su lecho estaba pegado al musgoso tronco, sus oídos lejos de los mayores, pero bien a la vista de la guarida de los guerreros, justo enfrente. Zarpa de Fuego vio un pelaje gris claro, subiendo y bajando al compás del sueño.
Zarpa Gris salió de la guarida, seguido por Polvoroso y Arenisca. Cuervo fue el último en aparecer; echó una mirada nerviosa alrededor antes de salir del todo.
—Otro día más cuidando de ese sarnoso saco de pulgas, ¿eh, aprendiz? —maulló Polvoroso—. Seguro que desearías salir a entrenar con nosotros.
Zarpa de Fuego se incorporó para sacudirse la tierra adherida. No iba a permitir que las burlas de Polvoroso lo molestaran.
—No te preocupes —le murmuró Zarpa Gris —. Estrella Azul te mandará entrenar de nuevo dentro de poco.

—Quizá ella crea que lo mejor para un minino doméstico es que se quede en el campamento atendiendo a los enfermos —soltó Arenisca groseramente, moviendo su lustrosa cabeza rojiza y lanzándole una mirada desdeñosa.
Zarpa de Fuego decidió pasar por alto sus mordaces comentarios.
—¿Qué va a enseñarte hoy Tormenta Blanca, Arenisca? —preguntó.
—Hoy vamos a hacer prácticas de combate. Va a enseñarme cómo lucha un auténtico guerrero —contestó orgullosa.
—A mí Corazón de León va a llevarme al Gran Sicomoro —dijo Zarpa Gris—, para que practique maneras de trepar. Será mejor que me vaya. Estará esperándome.
—Iré contigo hasta lo alto del barranco — maulló Zarpa de Fuego—. Tengo que cazar el desayuno de Fauces Amarillas. ¿Vienes, Cuervo?
Garra de Tigre tendrá algo planeado para ti.
Cuervo asintió suspirando, y los tres se encaminaron fuera del campamento. Aunque su herida había sanado completamente, aún parecía poco entusiasmado con el entrenamiento guerrero.
—Toma —maulló Zarpa de Fuego, dejando junto a Fauces Amarillas un gran ratón y un pinzón. —Ya era hora —gruñó la gata.
Aún estaba dormida cuando Zarpa de Fuego había regresado al campamento tras su batida de caza, pero el aroma de carne fresca la había despertado y ahora estaba erguida.
Fauces Amarillas bajó la cabeza y engulló ávidamente. Conforme recuperaba las fuerzas, había desarrollado un apetito descomunal. La herida le estaba sanando bien, pero su genio seguía tan fiero e impredecible como siempre.
Al acabar de comer, se lamentó:
—La base de la cola me pica horrorosamente, pero no la alcanzo. Lávamela, ¿quieres?
Con un escalofrío, Zarpa de Fuego se agachó y puso manos a la obra.
Mientras reventaba gruesas pulgas con los dientes, reparó en una pandilla de gatitos que retozaban en la tierra polvorienta cerca de allí. Se atacaban unos a otros jugando a las peleas, a veces con bastante

violencia. Fauces Amarillas, que había cerrado los ojos mientras él la limpiaba, abrió a medias un ojo para observar a los pequeños. Para su sorpresa, Zarpa de Fuego notó que el espinazo de la gata se tensaba.
Escuchó un momento los gañidos y chillidos de los cachorros.
—¡Prueba mis colmillos, Estrella Rota! — maulló un pequeño atigrado.
Saltó a la espalda de un gatito blanco y gris, que fingía ser el líder del Clan de la Sombra. Los dos rodaron juntos hacia la Peña Alta. De repente, el blanco y gris se revolvió con fuerza y se libró del atigrado lanzándolo por los aires. Con un maullido de sorpresa, el atigrado chocó contra el flanco de Fauces Amarillas.
La vieja gata bufó y se puso en pie con el lomo erizado.
—¡Aléjate de mí, desecho peludo! —siseó.
El pequeño vio a la enfurecida gata y salió corriendo. Se escondió detrás de una reina atigrada que, desde el otro lado del claro, miró furibunda a Fauces Amarillas.
El cachorro blanco y gris se quedó inmóvil donde estaba. Luego, pasito a pasito, retrocedió cautelosamente hacia la seguridad de la maternidad.
La reacción de Fauces Amarillas había asombrado a Zarpa de Fuego. Creía haber visto la cara más virulenta de la gata durante la pelea del día que se conocieron, pero ahora sus ojos ardían con una nueva rabia.
—Me parece que a los cachorros les cuesta estar encerrados en el campamento —maulló precavidamente—. Están muy inquietos.
—No me importa lo inquietos que estén — gruñó Fauces Amarillas—. ¡Tú mantenlos alejados de mí!
—¿No te gustan los gatitos? —preguntó Zarpa de Fuego, curioso a su pesar—. ¿No has tenido hijos?
—¿Es que no sabes que las curanderas no tienen hijos? —bufó la gata.
—Pero he oído que antes de eso fuiste guerrera…
—¡No tengo hijos! —espetó Fauces Amarillas.
Apartó la cola de Zarpa de Fuego y se incorporó —. De todos modos… —añadió, de repente con un tono casi triste— parece que los cachorros sufren accidentes cuando estoy cerca de ellos.

Sus ojos naranja se empañaron de emoción. Apoyó la barbilla en las patas delanteras y se quedó mirando al frente. Zarpa de Fuego vio cómo se le hundían los hombros al soltar un largo suspiro.

El aprendiz la miró con curiosidad. ¿A qué se refería la gata? ¿Estaría hablando en serio? Era difícil saberlo. Fauces Amarillas parecía pasar de un estado de ánimo a otro en un pispás. El joven se encogió de hombros y continuó con su tarea.

—Hay un par de garrapatas que no he podido quitarte —dijo al acabar.

—¡Ojalá no lo hubieras intentado siquiera, idiota! —le espetó Fauces Amarillas—. No quiero tener ninguna cabeza de garrapata incrustada en el trasero. Pídele a Jaspeada un poco de bilis de ratón para dar friegas. Una rociada de bilis en sus orificios respiratorios y se soltarán enseguida.

—Iré ahora mismo.

El gato se alegró de tener ocasión de alejarse un rato de aquella gruñona. Y desde luego no le suponía ningún sacrificio ver de nuevo a Jaspeada.

Se encaminó al túnel de helechos. Vio varios gatos cruzando el claro, con palos y ramitas entre los dientes. Mientras él se ocupaba de Fauces Amarillas, el campamento bullía de actividad. Sucedía a diario desde que Estrella Azul anunció la desaparición del Clan del Viento. Las reinas estaban entretejiendo ramitas y hojas para formar una espesa pared verde alrededor de la maternidad, asegurándose de que la estrecha entrada era el único modo de entrar y salir del zarzal. Había otros gatos trabajando en los límites del campamento, rellenando los huecos que hubiera en la densa maleza.

Incluso los veteranos estaban atareados haciendo un agujero en el suelo. Los guerreros pasaban sin cesar por allí, apilando junto a ellos piezas recién cazadas, listas para ser guardadas en el hoyo excavado. Había un ambiente de concentración silenciosa, de determinación de mantener al clan tan seguro y bien abastecido como fuera posible.

Si el Clan de la Sombra hacía un movimiento en sus territorios, el del Trueno se refugiaría en su campamento. No permitirían que los expulsaran de sus terrenos de caza tan fácilmente como al Clan del Viento.

Cebrado, Rabo Largo, Sauce y Polvoroso aguardaban en silencio en la entrada del campamento. Tenían los ojos clavados en el túnel de aulagas. Estaba regresando una patrulla, cubierta de polvo y con las patas doloridas. En cuanto los exploradores entraron en el claro, Cebrado y sus compañeros se acercaron a cruzar unas palabras con ellos. Luego salieron deprisa del campamento. Las fronteras del Clan del Trueno no debían quedar sin vigilancia ni un momento.

Zarpa de Fuego se encaminó al túnel de helechos que llevaba a la guarida de Jaspeada. Al llegar al pequeño claro, vio que la curandera estaba preparando unas hierbas de dulce aroma.

—¿Puedes darme un poco de bilis de ratón para las garrapatas de Fauces Amarillas? —pidió.

—Un momento —contestó Jaspeada, juntando dos montones de hierbas y revolviendo la fragante mezcla con una uña delicadamente extendida.

—¿Ocupada? —inquirió Zarpa de Fuego, sentándose en un trozo de tierra caldeada.

—Quiero estar preparada para cualquier incidencia —murmuró ella, lanzándole una mirada con sus ojos ámbar claro.

Él le sostuvo la mirada un momento, y luego apartó la vista, sintiendo un incómodo picor en la piel. La curandera devolvió su atención a las hierbas.

Zarpa de Fuego esperó, contento de poder contemplarla mientras trabajaba.

—Bien —maulló la gata al fin—. ¿Qué es lo que querías? ¿Bilis de ratón?

—Sí, por favor.

Zarpa de Fuego se levantó y estiró las patas traseras por turnos. El sol le había calentado el pelaje y lo había amodorrado.

Jaspeada saltó a su cueva y volvió a salir con algo sujeto en la boca cuidadosamente. Era una pequeña bola de musgo que colgaba al extremo de una fina tira de corteza. Se la pasó a Zarpa de Fuego. El aprendiz saboreó el cálido y dulce aliento de la curandera al tomar la tira de corteza entre los dientes.

—El musgo está empapado de bilis —explicó Jaspeada—. No lo toques con la boca o notarás un sabor horrible durante días. Presiónalo sobre las garrapatas y luego lávate bien… en un arroyo, no con la lengua.
Zarpa de Fuego asintió y regresó junto a Fauces Amarillas dando saltos; de repente, se sentía contento y rebosante de energía.
—¡Estate quieta! —le ordenó a la vieja gata.
Con cuidado, presionó el musgo contra las garrapatas usando las patas delanteras.
—¡Podrías retirar también mis excrementos, ahora que te apestan las patas! —maulló Fauces Amarillas cuando Zarpa de Fuego terminó—. Voy a echar una cabezada.
Bostezó, dejando a la vista sus dientes rotos y ennegrecidos. El cálido día también la estaba amodorrando.
—Después puedes ir a hacer lo que sea que hagáis los aprendices —murmuró a continuación.
Cuando Zarpa de Fuego acabó de retirar los excrementos de Fauces Amarillas, la dejó dormitando y se encaminó al túnel de aulagas.
Estaba deseando llegar al arroyo para lavarse las patas.
—¡Zarpa de Fuego! —lo llamó alguien desde un lado del claro.
El joven se volvió. Era Medio Rabo.
—¿Adónde vas? —preguntó el viejo gato—. Deberías estar colaborando en los preparativos.
—He estado poniendo bilis de ratón en las garrapatas de Fauces Amarillas.
El hocico de Medio Rabo se estremeció de risa.
—¡Y ahora vas corriendo al arroyo más cercano! Bueno, no regreses sin carne fresca.
Necesitamos toda la que se pueda cazar.
—De acuerdo.
Salió del campamento y subió por el barranco. Luego bajó al arroyo donde él y Zarpa Gris habían cazado el día que se encontró con Fauces

Amarillas. Sin dudarlo, saltó a la cristalina y fría agua. Le llegaba hasta las ancas y le mojó el pelo de la barriga. Dio un respingo de la impresión y se estremeció.
Un susurro entre los arbustos de encima hizo que alzara la vista, aunque el olor familiar que había captado le decía que no había que alarmarse.
—¿Qué haces ahí?
Zarpa Gris y Cuervo estaban mirándolo como si estuviese loco.
—Bilis de ratón —respondió Zarpa de Fuego con una mueca—. ¡Nada de preguntas! ¿Dónde están Corazón de León y Garra de Tigre?
—Han ido a reunirse con la siguiente patrulla. Nos han ordenado que pasemos el resto de la tarde cazando.
—Medio Rabo me ha ordenado lo mismo — maulló Zarpa de Fuego, y se estremeció cuando una fría corriente de agua pasó entre sus patas—. Todo el mundo está muy atareado en el campamento. Uno pensaría que están a punto de atacarnos. —Saltó a la orilla, chorreando.
—Y ¿quién dice que no es así? —respondió Cuervo, mirando nervioso a ambos lados, como si esperara que el enemigo fuera a saltar de entre los arbustos de un instante a otro.
Zarpa de Fuego reparó en el montón de presas que había junto a los dos aprendices.
—Parece que hoy lo habéis hecho muy bien.
—Sí —contestó Zarpa Gris, orgulloso—. Y todavía nos queda el resto de la tarde para cazar.
¿Quieres unirte a nosotros?
—¡Claro que sí!
Se sacudió de los pies a la cabeza y se internó en el sotobosque tras sus amigos.
Zarpa de Fuego percibió que los gatos del campamento se quedaban impresionados con la cantidad de presas que habían atrapado aquella tarde. Los recibieron con la cola muy alta y amistosas caricias con el hocico. Tuvieron que hacer cuatro viajes para trasladar la abundante captura hasta el hoyo de almacenaje que habían cavado los veteranos.

Corazón de León y Garra de Tigre acababan de volver con su patrulla cuando los tres aprendices llevaron la última carga al campamento.
—Bien hecho, trío —maulló Corazón de León —. He oído que habéis estado ocupados. El almacén está casi lleno. Podríais añadir ese último montón a la carne fresca para esta noche. Y llevaos algo a vuestra guarida. ¡Os merecéis un festín!
Los tres aprendices agitaron la cola, encantados.
—Espero que no hayas descuidado a Fauces Amarillas con tanta caza, Zarpa de Fuego —gruñó Garra de Tigre a modo de advertencia.
El joven negó con la cabeza, impaciente y ansioso por irse. Estaba famélico. Esa vez había seguido el código guerrero y no había comido ni un bocado mientras cazaba para el clan. Tampoco Zarpa Gris y Cuervo.
Se marcharon para depositar las últimas presas en el montón de carne fresca que ya se alzaba en el centro del claro. Luego, cada uno tomó una pieza y se dirigieron a su tocón de árbol. El dormitorio de los aprendices estaba vacío.
—¿Dónde están Polvoroso y Arenisca? — preguntó Cuervo.
—Supongo que de patrulla —dijo Zarpa de Fuego.
—Bien —maulló Zarpa Gris—. Paz y tranquilidad.
Se dieron un atracón y luego se tumbaron para lavarse. El fresco aire del atardecer fue bienvenido tras el calor del día.
—¡Eh! ¿A que no te lo imaginas? —exclamó Zarpa Gris de pronto—. Esta mañana Cuervo ha logrado arrancarle un cumplido a Garra de Tigre.
—¿En serio? —repuso Zarpa de Fuego—. Y ¿qué demonios has hecho para complacer a Garra de Tigre? ¿Volar?
—Bueno… —empezó Cuervo tímidamente, mirándose las patas—. He atrapado un grajo.
—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Zarpa de Fuego, impresionado.
—Era un grajo viejo —admitió Cuervo con modestia.
—Pero enorme —recalcó Zarpa Gris—. ¡Ni siquiera Garra de Tigre ha podido objetar nada! Está de un humor de perros desde que Estrella Azul te tomó como aprendiz. —Se lamió la pata, pensativo—. Bueno, en realidad está así desde que nombraron lugarteniente a Corazón de León.

—Sólo está preocupado por lo del Clan de la Sombra y las patrullas extra —se apresuró a decir Cuervo—. Deberías procurar no irritarlo.

La conversación se vio interrumpida por un fuerte maullido procedente del otro extremo del campamento.

—Oh, no —gimió Zarpa de Fuego poniéndose en pie—. ¡He olvidado llevarle su parte a Fauces Amarillas!

—Tú quédate aquí —dijo Zarpa Gris, levantándose de un salto—. Yo le llevaré algo.

—No; será mejor que vaya yo. Es mi castigo, no el tuyo.

—Nadie se dará cuenta. Están todos ocupados comiendo. Y tú ya me conoces: soy sigiloso como un ratón y rápido como un pez. Espera aquí.

Zarpa de Fuego volvió a sentarse, aliviado. Observó cómo su amigo iba desde el tocón hasta la pila de carne fresca.

Muy seguro de sí mismo, como si estuviera cumpliendo órdenes, Zarpa Gris escogió dos ratones con aspecto de sabrosos y se lanzó a cruzar el claro en dirección a Fauces Amarillas.

—¡Detente, Zarpa Gris! —Un fuerte gruñido resonó en la entrada de la guarida de los guerreros. Garra de Tigre salió y se acercó al aprendiz—. ¿Adónde llevas esos ratones?

Impotente, Zarpa de Fuego presenció la escena desde el tocón. Junto a él, Cuervo se quedó a medio masticar y se agachó sobre su comida con los ojos más dilatados que nunca.

—Bueno… —Zarpa Gris dejó los ratones en el suelo y se restregó las patas inquieto.

—No estarás ayudando a Zarpa de Fuego con la alimentación de esa traidora glotona, ¿verdad?

Zarpa de Fuego vio cómo su amigo se estudiaba las patas. Por fin respondió:

—Yo… bueno… sólo tenía un poco de hambre. Iba a comerme estos ratones. Si permito que esos dos le pongan los ojos encima… — añadió, echando un vistazo a sus amigos— no me dejarán más que huesos y pelo.

—¿En serio? —maulló Garra de Tigre—. Bueno, si tienes tanta hambre, podrías comértelos aquí y ahora.

—Pero… —Zarpa Gris miró alarmado al guerrero.
—¡Ahora!
El aprendiz bajó la cabeza y empezó a comerse los ratones. Devoró el primero con un par de mordiscos. El segundo le costó más. Zarpa de Fuego pensó que su amigo no lograría tragárselo, y se le retorció el estómago en solidaridad, pero por fin Zarpa Gris dio un último y dificultoso trago y el ratón desapareció.
—¿Mejor ahora? —inquirió Garra de Tigre con tono de falsa simpatía.
—Mucho mejor —contestó Zarpa Gris, reprimiendo un eructo.
—Bien. —El guerrero volvió a su guarida.
Zarpa Gris regresó cabizbajo junto a sus amigos.
Un nuevo aullido de Fauces Amarillas rasgó el aire. Zarpa de Fuego se levantó con un suspiro. Le llevaría lo suficiente para que aguantara toda la noche. Quería acostarse pronto; tenía el estómago lleno y las patas cansadas.
—¿Te encuentras bien, Zarpa Gris? —le preguntó a su amigo, mientras se disponía a marcharse.
—Mrrr-ou-ou —gimió él. Estaba encorvado y bizqueando de dolor—. ¡He comido demasiado!
—Ve a ver a Jaspeada. Seguro que ella encontrará algo que te ayude.
—Eso espero —respondió Zarpa Gris, poniéndose en marcha lentamente.
Zarpa de Fuego se quedó mirándolo, hasta que otro irritado maullido de Fauces Amarillas lo hizo salir disparado por el claro.

10

A la mañana siguiente, una fina llovizna empapaba los árboles y goteaba sobre el campamento.
Zarpa de Fuego despertó sintiéndose húmedo. Había pasado una noche incómoda. Se levantó y se sacudió vigorosamente, esponjando el pelo.

Luego salió del dormitorio de los aprendices y cruzó el claro hasta donde dormía Fauces Amarillas.
La gata acababa de despertar. Alzó la cabeza y miró de soslayo a Zarpa de Fuego.
—Esta mañana me duelen los huesos. ¿Ha estado lloviendo toda la noche?
—Justo desde que la luna estaba en lo alto — contestó el joven. Alargó una pata y palpó la musgosa cama—. Tienes el lecho empapado. ¿Por qué no te trasladas más cerca de la maternidad? Allí estarías más resguardada.
—¿Qué? ¿Y que me despierten toda la noche esos cachorros lloriqueantes? ¡Prefiero calarme! —gruñó Fauces Amarillas.
Zarpa de Fuego observó cómo la gata, entumecida, daba vueltas en su lecho.
—Pues entonces deja que por lo menos te traiga musgo seco —sugirió, ansioso por abandonar el tema de los cachorros, que tanto disgustaba a la vieja curandera.
—Gracias, Zarpa de Fuego —contestó ella quedamente, acomodándose de nuevo.
El joven se quedó atónito. Se preguntó si Fauces Amarillas se encontraría bien. Era la primera vez que le daba las gracias por algo, y la primera que no lo llamaba «minino».
—Bueno, no te quedes ahí como una ardilla pasmada. ¡Ve a buscar un poco de musgo! —le espetó la gata.
Los bigotes de Zarpa de Fuego temblaron de risa. Aquello era más propio de Fauces Amarillas.
Asintió y salió corriendo.
Estuvo a punto de chocar con Cola Pintada en medio del claro. Ésa era la reina que había presenciado el furioso estallido de Fauces Amarillas con el pequeño atigrado el día anterior.
—Perdona, Cola Pintada —se disculpó—. ¿Vas a ver a Fauces Amarillas?
—¿Por qué iba yo a querer ver a esa criatura antinatural? —refunfuñó la gata—. Te estaba buscando a ti. Estrella Azul desea verte.

Zarpa de Fuego se dirigió deprisa hacia la Peña Alta y la guarida de la líder.
Estrella Azul estaba sentada fuera, lamiéndose el pelaje gris del pecho. Se detuvo al reparar en Zarpa de Fuego.
—¿Cómo se encuentra hoy Fauces Amarillas? —preguntó.
—Tiene el lecho mojado, así que iba a buscarle musgo seco.
—Le pediré a una de las reinas que se ocupe de eso. —Estrella Azul se dio un último lametazo y luego miró al joven con cautela—. ¿Ya está lo bastante repuesta para cazar por sí sola?
—Creo que no, pero ya puede andar bastante bien.
—Ajá. —Pareció pensativa un momento—. Es hora de que retomes el entrenamiento, Zarpa de Fuego. Pero tendrás que trabajar duro para recuperar el tiempo perdido.
—¡Genial! Quiero decir, ¡gracias, Estrella Azul!
—Esta mañana saldrás con Garra de Tigre, Zarpa Gris y Cuervo. Le he pedido a Garra de Tigre que evalúe las habilidades guerreras de todos los aprendices. No te preocupes por Fauces Amarillas. Dispondré que alguien se encargue de ella mientras estás fuera.
Zarpa de Fuego asintió.
—Bien, ahora reúnete con tus compañeros.
Estarán esperándote.
—Gracias, Estrella Azul.
Se volvió sacudiendo la cola y corrió hacia la guarida de los aprendices.
Estrella Azul tenía razón: Zarpa Gris y Cuervo lo esperaban junto a su tocón de árbol preferido. Zarpa Gris parecía agarrotado e incómodo, con su largo pelo apelmazado por la humedad reinante. Cuervo se paseaba alrededor del tocón, perdido en sus pensamientos y agitando la punta blanca de su cola.
—¡Así que hoy vas a unirte a nosotros! — exclamó Zarpa Gris cuando vio a su amigo—. Menudo día, ¿eh? —Se sacudió bruscamente para librarse de la pegajosa humedad.

—Sí. Estrella Azul me ha dicho que Garra de Tigre va a evaluarnos. ¿Polvoroso y Arenisca vendrán también?
—Tormenta Blanca y Cebrado los han llevado a patrullar. Supongo que Garra de Tigre los examinará más tarde —contestó Zarpa Gris.
—¡Vamos! Deberíamos ponernos en marcha —
los apremió Cuervo. Había dejado de pasearse y se puso a revolotear ansioso alrededor de sus amigos.
—Por mí está bien —dijo Zarpa Gris—. Con un poco de suerte, algo de ejercicio me ayudará a entrar en calor.
Los tres aprendices recorrieron el sendero de aulagas para salir del campamento, y fueron deprisa a la hondonada arenosa. Garra de Tigre aún no había llegado, de modo que esperaron refugiados bajo un pino, con el pelo ahuecado para aislarse del frío.
—¿Estás preocupado por la evaluación? —le preguntó Zarpa de Fuego a Cuervo, que se paseaba arriba y abajo con pasos veloces y nerviosos—. No tienes por qué. Después de todo, tú eres el aprendiz de Garra de Tigre. Cuando informe a Estrella Azul, querrá contarle lo bueno que eres.
—Con Garra de Tigre nunca se sabe — respondió Cuervo sin detenerse.
—Por todos los dioses gatunos, siéntate — refunfuñó Zarpa Gris—. ¡A este ritmo estarás agotado antes de empezar!
Cuando Garra de Tigre apareció, el cielo había cambiado. Las nubes ya no parecían tanto un espeso pelaje gris, sino más bien las suaves bolas de plumón que las reinas usaban para rellenar la cama de los recién nacidos. El cielo azul no estaría muy lejos, pero la brisa que acompañaba a las nuevas nubes era fría.
Garra de Tigre los saludó secamente y fue directo a los detalles del ejercicio.
—Corazón de León y yo hemos pasado las últimas semanas intentando enseñaros cómo cazar.
Hoy tendréis la oportunidad de demostrarme cuánto habéis aprendido. Cada uno tomará un camino diferente y cazará tantas presas como pueda. Y todo lo que atrapéis se añadirá a las provisiones del campamento.

Los tres aprendices se miraron entre sí, nerviosos y entusiasmados. Zarpa de Fuego sintió que el corazón le latía más deprisa ante la perspectiva de un desafío.
—Cuervo, tú seguirás la senda que hay más allá del Gran Sicomoro hasta las Rocas de las Serpientes. Debería ser bastante fácil para tus penosas habilidades. Tú, Zarpa Gris, tomarás la ruta que va a lo largo del arroyo, hasta el Sendero Atronador.
—Genial —maulló Zarpa Gris—. ¡A mí me toca mojarme las patas!
Garra de Tigre lo silenció con una mirada.
—Y tú, Zarpa de Fuego. Qué pena que tu gran mentora no pueda estar hoy aquí para presenciar tu actuación. Tomarás el camino que cruza el pinar, pasa por el Cortatroncos y va hasta el bosque de más allá.
El aprendiz asintió, trazando la ruta en su cabeza nerviosamente.
—Y recordad —concluyó Garra de Tigre, clavando en los tres sus ojos claros—: os estaré vigilando.
Cuervo fue el primero en salir corriendo en dirección a las Rocas de las Serpientes. Garra de Tigre tomó un camino diferente para internarse en el bosque, dejando solos en la hondonada a Zarpa Gris y Zarpa de Fuego, que trataban de adivinar a quién seguiría primero el guerrero.
—¡No sé por qué Garra de Tigre cree que la de las Rocas de las Serpientes es una ruta fácil! — maulló Zarpa Gris—. Ese sitio está plagado de víboras. Los pájaros y ratones se mantienen lejos de allí porque hay muchísimas serpientes.
—Cuervo tendrá que pasarse el tiempo procurando que no lo muerdan —coincidió Zarpa de Fuego.
—Oh, estará bien. En estos momentos, ni siquiera una víbora sería lo bastante rápida para morder a Cuervo, con lo nervioso que está. Será mejor que me vaya. Nos veremos a la vuelta. ¡Buena suerte!
Zarpa Gris corrió hacia el arroyo. Zarpa de Fuego olfateó el aire, salió de la hondonada saltando y se encaminó al pinar.
Le resultaba extraño ir en aquella dirección, hacia la zona de Dos Patas en que se había criado. Atravesó con cautela el estrecho sendero que

llevaba al pinar. Miró a través de las rectas hileras de árboles, por encima del liso suelo forestal, alerta para captar una presa con la vista o el olfato. Un movimiento atrajo su atención. Era un ratón que escarbaba entre las agujas de pino. Recordando su primera lección, adoptó la posición de acecho, descansando el peso en las ancas y aligerando las patas sobre el suelo. La técnica funcionó a la perfección. El ratón no lo detectó hasta el salto final. Lo atrapó con una pata y lo mató en el acto. Luego lo enterró, para poder recogerlo en el camino de vuelta.

Se internó un poco más en el pinar. Allí el suelo estaba profundamente surcado por las rodadas del gigantesco monstruo de los Dos Patas que derribaba árboles. Respiró hondo con la boca abierta. Hacía tiempo que el ácido aliento del monstruo no tocaba el aire del pinar.

Siguió los profundos surcos saltando por encima. Estaban encharcados de agua, y eso le daba sed. Se sintió tentado de pararse a tomar unos sorbos, pero vaciló. Un lametazo al agua de aquella zanja fangosa, y notaría el sabor de las apestosas huellas del monstruo durante días.

Decidió esperar. Quizá hubiera un charco de agua de lluvia fuera del pinar. Avanzó deprisa entre los árboles y cruzó el camino de Dos Patas del extremo más lejano. Volvía a estar en medio de la densa maleza de un robledal. Siguió adelante hasta que dio con un charco y bebió unos sorbos de agua fresca. Empezó a sentir un hormigueo en la piel con una conciencia adicional. Reconoció sonidos y aromas familiares de su antiguo lugar de vigilancia en el poste de la valla, y al instante supo dónde se encontraba. Aquél era el bosque que bordeaba las viviendas de Dos Patas. Debía de estar muy cerca de su antiguo hogar.

Olió a Dos Patas y oyó sus voces, estridentes y roncas como cuervos. Eran un par de jóvenes Dos Patas que jugaban en el bosque. Zarpa de Fuego se agazapó y espió entre los helechos. Los sonidos estaban lo bastante lejos para ser seguros. El gato cambió de dirección, esquivando los sonidos, asegurándose de no ser visto.

Se mantuvo alerta y vigilante, pero no sólo por los Dos Patas; Garra de Tigre podía estar cerca. Creyó oír el chasquido de una ramita en los

arbustos que tenía detrás. Olfateó el aire, pero no percibió nada nuevo, y se preguntó si estarían espiándolo.

Con el rabillo del ojo captó un movimiento. Al principio pensó que era el pelaje marrón oscuro de Garra de Tigre, pero luego vio un destello blanco. Se detuvo, se agazapó y respiró hondo. El olor era desconocido; se trataba de un gato, pero no de un miembro del Clan del Trueno. Zarpa de Fuego sintió que se le erizaba el pelo con los instintos de un guerrero del bosque. ¡Tendría que echar al intruso del territorio del clan!

Observó cómo la criatura atravesaba el sotobosque. Vio claramente su silueta avanzando entre los helechos. Esperó a que estuviese más cerca. Se agachó todavía más, moviendo la cola a un lado y otro lentamente. Mientras el gato blanco y negro se aproximaba, Zarpa de Fuego balanceó las ancas, preparándose para saltar. Un segundo después, saltó.

El gato blanco y negro pegó un brinco, aterrorizado, y salió huyendo entre los árboles. Zarpa de Fuego fue tras él.

«¡Es una mascota! —pensó, mientras corría a través de la maleza, percibiendo su olor a miedo —. ¡En mi territorio!». Se acercó rápidamente al pobre animal. Éste había aminorado su precipitada huida, disponiéndose a trepar por el ancho tronco musgoso de un árbol caído. Con la sangre rugiéndole en los oídos, Zarpa de Fuego se abalanzó sobre su lomo.

Sintió que el intruso se retorcía debajo de él mientras lo aferraba con las uñas. Luego el extraño aulló de desesperación y pánico.

Zarpa de Fuego lo soltó y retrocedió. El gato blanco y negro se encogió al pie del árbol caído, temblando, y lo miró. Zarpa de Fuego levantó la nariz, disgustado por la fácil rendición del intruso. Aquel débil y rechoncho minino doméstico, con sus ojos redondos y su fina cara, era muy distinto de los gatos con los que vivía ahora, delgados y de cara ancha. Y aun así, aquel gato le resultaba familiar.

Zarpa de Fuego lo miró fijamente. Olfateó, captando la esencia del desconocido. «No lo reconozco», pensó, rebuscando en su memoria.

De pronto, cayó en la cuenta.

—¡Tiznado! —exclamó.

—¿C… có… cómo s… sa… sabes mi no… nom… nombre? —tartamudeó Tiznado, todavía encogido.
—¡Soy yo!
El gato doméstico pareció confuso.
—Nos criamos juntos. Yo vivía en el jardín de al lado —insistió Zarpa de Fuego.
—¿Colorado? —preguntó Tiznado con incredulidad—. ¿Eres tú? ¿Volviste a encontrar a los gatos salvajes? ¿O estás viviendo con otros amos? ¡Eso debe de ser, porque sigues vivo!
—Ahora me llamo Zarpa de Fuego. —Relajó los músculos y dejó que el pelo recuperara su tersura anaranjada.
Tiznado también se relajó. Plantó las orejas.
—¿Zarpa de Fuego? —repitió divertido—. Bueno, Zarpa de Fuego, pues parece que tus nuevos amos no te dan bastante comida. ¡Desde luego, no estabas tan flaco la última vez que nos vimos!
—No necesito que los Dos Patas me den de comer. Tengo todo un bosque para alimentarme.
—¿Dos Patas?
—Humanos. Así es como los llaman los clanes.
Tiznado pareció perplejo y su expresión cambió a pasmada.
—¿Quieres decir que de verdad estás viviendo con los gatos salvajes?
—¡Pues sí! —Hizo una pausa—. ¿Sabes? Hueles… distinto. A desconocido.
—¿Desconocido? —repitió Tiznado. Sorbió por la nariz—. Supongo que ahora estás acostumbrado al olor de esos gatos salvajes.
Zarpa de Fuego sacudió la cabeza como para aclararse las ideas.
—Pero tú y yo nos criamos juntos. Debería conocer tu olor como conocería el olor de mi madre. —De pronto recordó algo: Tiznado ya tenía más de seis lunas. No era extraño que estuviese tan flojo y gordo, y que oliese tan raro —. ¡Te han llevado al Rebanador! —exclamó con voz ahogada—. Quiero decir al veterinario.
Tiznado se encogió de hombros.
—¿Y? —replicó.

Zarpa de Fuego se quedó sin palabras. Estrella Azul tenía razón.

—¡Venga, cuenta! ¿Cómo es la vida salvaje? —quiso saber Tiznado—. ¿Es tan buena como esperabas?

Zarpa de Fuego se paró a pensar un momento: en la noche anterior, durmiendo en un refugio mojado; en la bilis de ratón, en retirar los excrementos de Fauces Amarillas, y en intentar complacer al mismo tiempo a Corazón de León y Garra de Tigre en el entrenamiento. Recordó las burlas recibidas por su sangre de gato doméstico.

Y también la emoción de su primera captura, de correr por el bosque persiguiendo a una ardilla, y de las cálidas veladas bajo las estrellas compartiendo lenguas con sus amigos.

—Ahora sé quién soy —respondió simplemente.

Tiznado ladeó la cabeza y se quedó mirándolo, confundido.

—Debería irme a casa —maulló al fin—. Es casi la hora de comer.

—Cuídate, Tiznado.

Zarpa de Fuego se inclinó y le dio un afectuoso lametón entre las orejas. Su viejo amigo lo acarició con el hocico.

—Y mantente alerta —añadió Zarpa de Fuego —. Puede que en la zona haya otro gato al que no le gustan nada las mascotas… quiero decir los gatos domésticos.

Tiznado movió las orejas nervioso. Miró alrededor cautelosamente y luego saltó al tronco del árbol caído.

—¡Adiós, Colorado! —se despidió—. ¡Le contaré a todo el mundo que estás bien!

—¡Adiós, Tiznado! ¡Disfruta de tu comida!

Vio cómo la punta blanca de la cola de su amigo desaparecía por el otro lado del árbol. En la distancia, oyó el repiqueteo de comida seca dentro de una caja y la voz de un Dos Patas llamando.

Zarpa de Fuego se volvió con la cola bien alta, en dirección hacia su propia casa, olfateando el aire al caminar. «Cazaré un pinzón o dos — decidió— . Y luego atraparé algo mientras cruzo el pinar». Se sentía rebosante de energía tras encontrarse con Tiznado y comprender lo afortunado que era por vivir en el clan.

Miró las ramas que pendían sobre él y empezó a avanzar sigilosamente por el bosque, con todos los sentidos alerta. Ahora sólo necesitaba impresionar a Estrella Azul y Garra de Tigre para que el día fuera perfecto.

11

Zarpa de Fuego regresó con un pinzón sujeto entre los dientes. Lo depositó delante de Garra de Tigre, que aguardaba en la hondonada.
—Eres el primero en volver —maulló el guerrero.
—Sí, pero tengo muchas presas que recoger — se apresuró a decir Zarpa de Fuego—. Las he enterrado…
—Sé exactamente lo que has hecho —gruñó Garra de Tigre—. He estado vigilándote.
Un crujido entre los arbustos anunció la llegada de Zarpa Gris. Llevaba una pequeña ardilla en la boca, que dejó junto al pinzón de Zarpa de Fuego.
—¡Puaj! —escupió—. Las ardillas son demasiado peludas. Me pasaré toda la tarde sacándome pelos de entre los dientes.
Garra de Tigre no prestó atención a los refunfuños del aprendiz.
—Cuervo se retrasa —observó—. Le daremos un poco más de tiempo y luego regresaremos al campamento.
—Pero ¿y si le ha picado una víbora? — protestó Zarpa de Fuego.
—Entonces será culpa suya —contestó fríamente el guerrero—. En el Clan del Trueno no hay sitio para los necios.
Esperaron en silencio. Zarpa de Fuego y Zarpa Gris intercambiaron una mirada, preocupados por Cuervo. Garra de Tigre permaneció inmóvil, aparentemente absorto en sus pensamientos.
Zarpa de Fuego fue el primero en oler la llegada de Cuervo. Se levantó de un salto cuando el aprendiz negro entró en el claro; parecía insólitamente contento consigo mismo. De la boca le colgaba el cuerpo largo de una víbora.
—¡Cuervo! ¿Estás bien? —preguntó Zarpa de Fuego.
—¡Eh! —maulló Zarpa Gris, corriendo a admirar la captura de su amigo—. ¿Te ha mordido?
—¡Yo era demasiado rápido para ella! —se ufanó Cuervo. Luego sus ojos se cruzaron con los de Garra de Tigre y guardó silencio.
El guerrero observó a los tres aprendices con mirada glacial.

—Vamos —dijo secamente—. Recojamos el resto de vuestras presas y volvamos al campamento.
Los aprendices entraron en el campamento detrás de Garra de Tigre. Llevaban en la boca su impresionante caza de aquel día, aunque Cuervo no paraba de tropezar con su serpiente. Al emerger de entre las aulagas al campamento, varios cachorros de la maternidad se asomaron para verlos pasar.
—¡Mirad! —exclamó uno de ellos—. ¡Son aprendices que vuelven de cazar!
Zarpa de Fuego reconoció al pequeño atigrado al que Fauces Amarillas había bufado el día anterior. Junto a él había un lanudo gatito gris, de no más de dos lunas de edad, además de un chiquitín negro y un pequeño pardo.
—¿Ése no es el minino casero, Zarpa de Fuego? —chilló el gatito gris.
—¡Sí! Fíjate en su pelaje rojizo —respondió el negro.
—Dicen que es un buen cazador —añadió el pardo—. Se parece un poco a Corazón de León. ¿Creéis que es tan bueno como él?
—Me muero por empezar el entrenamiento — maulló el atigrado—. ¡Voy a ser el mejor guerrero que el Clan del Trueno haya visto jamás!
Zarpa de Fuego levantó la cabeza, sintiéndose orgulloso por los admirados comentarios de los pequeños. Siguió a sus dos amigos hasta el centro del claro.
—¡Una víbora! —exclamó Zarpa Gris, mientras dejaban las presas para que las comieran los demás gatos.
—¿Qué haré con ella? —preguntó Cuervo, olfateando el largo cuerpo junto al montón de caza.
—¿Puedes comer víboras? —inquirió Zarpa Gris.
—¡Tú siempre pensando con el estómago! — bromeó Zarpa de Fuego, dándole un cabezazo.
—Bueno, yo no me la comería —murmuró Cuervo—. Después de cargar con ella, tengo un sabor asqueroso en la boca.

—Entonces vamos a ponerla sobre el tocón de árbol —sugirió Zarpa Gris—, para que Polvoroso y Arenisca puedan verla al volver.
Se llevaron una pieza de caza cada uno, y la víbora, a su guarida. Zarpa Gris colocó cuidadosamente la víbora sobre el tocón, de modo que pudiera verse a la perfección desde cualquier lado. Luego comieron. Al terminar, se sentaron juntos para lavarse unos a otros y charlar.
—Me pregunto a quién elegirá Estrella Azul para ir a la Asamblea —maulló Zarpa de Fuego—. Mañana será luna llena.
—Arenisca y Polvoroso ya han estado dos veces —repuso Zarpa Gris.
—Quizá esta vez Estrella Azul escoja a uno de nosotros. Después de todo, ya llevamos entrenando casi tres lunas.
—Pero Arenisca y Polvoroso siguen siendo los aprendices más mayores —señaló Cuervo.
Zarpa de Fuego asintió.
—Y esta Asamblea es muy importante. Será la primera vez que se reúnan los clanes desde la desaparición del Clan del Viento. Ningún gato sabe qué va a decir el Clan de la Sombra sobre eso.
Garra de Tigre los interrumpió:
—Tienes razón, joven. —El guerrero se les había acercado sin que lo advirtieran—. Por cierto, Zarpa de Fuego —añadió como si nada—, Estrella Azul quiere verte.
El aprendiz alzó la vista, sorprendido. ¿Por qué querría verlo la líder?
—Ahora —precisó Garra de Tigre.
Zarpa de Fuego se levantó de inmediato y cruzó el claro.
Estrella Azul estaba sentada fuera de su guarida, agitando intranquila la cola a un lado y otro. Al ver al joven, se puso en pie y lo miró fijamente.
—Garra de Tigre dice que hoy te ha visto hablando con un gato de las viviendas de Dos Patas —maulló en voz baja.
—Pero…
—Dice que has empezado luchando con ese gato, pero que al final has compartido lenguas con él.

—Es cierto —admitió el aprendiz, sintiendo que el lomo se le erizaba, a la defensiva—. Pero era un viejo amigo. Crecimos juntos. —Hizo una pausa para tragar saliva—. Cuando yo era un gato doméstico.
Estrella Azul lo miró ceñuda.
—¿Echas de menos tu antigua vida, Zarpa de Fuego? —preguntó—. Piénsalo detenidamente.
—Claro que no. —«¿Cómo puede pensar eso?». Le dio vueltas la cabeza. ¿Qué pretendía hacerle decir Estrella Azul?
—¿Deseas abandonar el clan?
—¡Por supuesto que no! —Se quedó helado por la pregunta.
No pareció que Estrella Azul hubiera percibido la vehemencia de su respuesta. La gata sacudió la cabeza; de pronto parecía vieja y cansada.
—No te juzgaré si nos dejas, Zarpa de Fuego. A lo mejor esperaba demasiado de ti. A lo mejor mi criterio estaba nublado por la necesidad que tenemos de nuevos guerreros.
El aprendiz fue presa del pánico ante la idea de abandonar el clan para siempre.
—Pero ¡mi lugar está aquí! —protestó—. Éste es mi hogar.
—Necesito más que eso, Zarpa de Fuego. Necesito poder confiar en tu lealtad, especialmente ahora que parece que el Clan de la Sombra está planeando un ataque. No tenemos sitio para nadie que no esté seguro de si su corazón pertenece al pasado o al presente.
Zarpa de Fuego respiró hondo y eligió sus palabras cuidadosamente.
—Cuando hoy me he encontrado con Tiznado
(ése es el gato doméstico con el que Garra de Tigre me ha visto hablar), he descubierto qué clase de vida habría tenido si me hubiese quedado con los Dos Patas. Me siento feliz de no haberme quedado. Me siento orgulloso de haberlos dejado. —Miró a Estrella Azul sin parpadear—. Al encontrar a Tiznado, he tenido la certeza de haber tomado la decisión correcta. Jamás habría podido estar satisfecho con la vida fácil de un minino casero.
Estrella Azul lo observó con los ojos entornados. Luego asintió.
—Muy bien —dijo—. Te creo.

Zarpa de Fuego bajó la cabeza respetuosamente, y soltó en silencio un suspiro de alivio.
—He estado hablando con Fauces Amarillas —maulló Estrella Azul en tono más ligero—. Tiene un buen concepto de ti. Es una vieja gata muy sabia, ya sabes. Y sospecho que no siempre tuvo tan mal genio. De hecho, creo que podría llegar a apreciarla.
Zarpa de Fuego sintió una inesperada alegría. Quizá, al cuidar de Fauces Amarillas, su admiración por ella se había transformado en afecto, pese al mal humor de la gata. Fuera cual fuese la razón, le alegraba que Estrella Azul también la apreciase.
—Pero hay algo en ella de lo que no me fío — continuó la líder—. Fauces Amarillas permanecerá con el Clan del Trueno de momento, pero seguirá siendo una prisionera. Las reinas se ocuparán de ella. Tú debes concentrarte en tu entrenamiento.
El aprendiz asintió y esperó a que lo despachara, pero Estrella Azul no había terminado.
—Zarpa de Fuego, aunque hoy has tenido un desacierto al hablar con ese gato, Garra de Tigre estaba impresionado por tus habilidades para la caza. En realidad, me ha dicho que todos lo habéis hecho muy bien. Estoy muy contenta con vuestros progresos. Vendréis a la Asamblea… los tres.
¡Miau! Zarpa de Fuego sintió un cosquilleo de emoción por todo el cuerpo. ¡La Asamblea!
—¿Y qué hay de Polvoroso y Arenisca?
—Ellos se quedarán a guardar el campamento —contestó Estrella Azul—. Ahora puedes irte.
La gata sacudió la cola para indicarle que se fuera y se puso a acicalarse.
Zarpa Gris y Cuervo se quedaron pasmados al ver que Zarpa de Fuego se les acercaba saltando alegremente. Lo habían esperado nerviosos junto al tocón. El aprendiz se sentó y miró a sus amigos.
—¿Y bien? —quiso saber Zarpa Gris—. ¿Qué te ha dicho Estrella Azul?
—Garra de Tigre ha contado que esta mañana has compartido lenguas con un minino casero — espetó Cuervo—. ¿Tienes problemas?

—No. Aunque Estrella Azul no estaba muy contenta. Pensaba que tal vez yo quería abandonar el Clan del Trueno.
—Pero no quieres, ¿verdad? —preguntó Cuervo.
—¡Por supuesto que no quiere! —exclamó Zarpa Gris.
Zarpa de Fuego le dio a su amigo una colleja afectuosa.
—Sí, a ti no te gustaría. ¡Me necesitas para que cace ratones por ti! ¡Estos días sólo cazas ardillas viejas y peludas!… —Los otros dos sonrieron—. Por cierto, ¡nunca adivinaríais qué más ha dicho Estrella Azul! —continuó Zarpa de Fuego, emocionado.
—¿Qué ha dicho?
—¡Que vamos a ir a la Asamblea!
Zarpa Gris soltó un maullido de entusiasmo y saltó a lo alto del tocón. Con una pata, lanzó la víbora por los aires. Ésta le dio a Cuervo en la cabeza.
Alarmado, Cuervo bufó y se volvió hacia Zarpa Gris.
—¡Ten cuidado! —resopló enfadado, y se sacudió de encima la víbora.
—¿Temes que intente picarte? —bromeó Zarpa de Fuego. Se agachó, siseando, y se acercó sigilosamente a Cuervo.
Éste frunció el hocico y replicó:
—¡Menuda víbora serías! —Y saltó sobre Zarpa de Fuego y lo tumbó de espaldas.
Zarpa Gris alargó una pata desde el tocón y tiró de la cola de Cuervo, que se volvió para darle un sopapo. Zarpa de Fuego se incorporó de un brinco y saltó sobre sus dos amigos. Los tres rodaron por el suelo peleando juguetonamente. Al final se separaron y se acomodaron, jadeantes, junto al tocón.
—¿Arenisca y Polvoroso irán también? — resolló Zarpa Gris.
—¡No! —contestó Zarpa de Fuego, incapaz de disimular la nota de triunfo en su voz—. Tienen que quedarse a vigilar el campamento.
—¡Oh, déjame que se lo diga yo! ¡Estoy deseando ver qué cara pondrán!
—¡Yo también! No puedo creer que vayamos a ir nosotros en lugar de ellos. ¡Sobre todo después de que Garra de Tigre me haya visto con

Tiznado! —Eso sólo ha sido mala suerte. Todos hemos cazado montones de presas para la evaluación. Habrá sido eso lo que ha contado.
—Me pregunto cómo será la Asamblea — maulló Cuervo.
—Será fantástica —respondió Zarpa Gris, confiado—. Seguro que todos los grandes
guerreros estarán allí. Cara Cortada, Pedrizo…
Zarpa de Fuego ya no estaba escuchando. Se encontró pensando en Garra de Tigre y Tiznado. Zarpa Gris tenía razón: había sido mala suerte que el gran guerrero estuviera vigilándolo cuando se encontró con su viejo amigo. ¿Por qué no podría haber estado vigilando a Zarpa Gris o Cuervo? De hecho, qué mala suerte que Garra de Tigre lo hubiese mandado a cazar tan cerca de las viviendas de Dos Patas.
De repente, lo asaltó un oscuro pensamiento: ¿por qué lo había enviado tan cerca de sus antiguos lugares preferidos? ¿Había pretendido ponerlo a prueba? ¿Sería posible que el gran guerrero no confiara en su lealtad al Clan del Trueno?

12

Zarpa de Fuego se asomó por la cima de una ladera cubierta de arbustos; Zarpa Gris y Cuervo estaban agazapados junto a él. Cerca de ellos, un grupo de veteranos, guerreros y reinas aguardaban en el sotobosque a que Estrella Azul les diera la señal.

Zarpa de Fuego no había estado en los Cuatro Árboles desde su primera expedición con Corazón de León y Garra de Tigre. El claro de laterales abruptos parecía diferente. El verde intenso del bosque se había decolorado por la fría luz de la luna llena, y el follaje de los árboles relucía plateado. Al fondo se hallaban los enormes robles que marcaban donde el territorio de un clan tocaba los otros tres.

El aire estaba cargado con las cálidas esencias de gatos de los diversos clanes. Zarpa de Fuego podía verlos bastante bien a la luz de la luna, moviéndose en el claro cubierto de hierba que se extendía entre los cuatro robles. En el centro del claro, una gran roca dentada se elevaba del suelo como un colmillo roto.

—¡Mirad a todos esos gatos ahí abajo! — susurró Cuervo.

—¡Ahí está Estrella Doblada! —musitó Zarpa Gris—. El líder del Clan del Río.

—¿Dónde? —maulló Zarpa de Fuego, dándole un empujoncito de impaciencia.

—Es el atigrado claro que está junto a la Gran Roca.

Zarpa de Fuego siguió la dirección que le indicaba su amigo y vio un enorme macho, más grande incluso que Corazón de León, sentado en el centro del claro. Su pelaje rayado brillaba pálidamente al claro de luna. Incluso en la distancia, su viejo rostro mostraba los signos de una vida dura, y su boca parecía torcida, como si se la hubiera roto y le hubiese sanado mal.

—¡Eh! —exclamó Zarpa Gris—. ¿Habéis visto el bufido de Arenisca cuando le he dicho que esperaba que tuviese una agradable velada en casa?

—¡Desde luego que sí! —ronroneó Zarpa de Fuego.

Cuervo los interrumpió con un gruñido sofocado.

—¡Mirad! Ahí está Estrella Rota, el líder del Clan de la Sombra —siseó.
Zarpa de Fuego miró al atigrado marrón oscuro. Tenía un pelaje insólitamente largo y una cara ancha y aplastada. En la forma en que permanecía sentado mirando alrededor había una extraña calma que puso nervioso a Zarpa de Fuego; el aprendiz notó un picor de inquietud.
—Parece bastante desagradable —masculló.
—Sí —coincidió Zarpa Gris—. Entre los demás clanes tiene fama de no soportar tonterías.
Y no es líder desde hace mucho tiempo… Hace sólo cuatro lunas, desde que murió su padre, Estrella Mellada.
—¿Qué aspecto tiene el líder del Clan del Río?
—¿Estrella Alta? Nunca lo he visto, pero sé que es blanco y negro y tiene una cola muy larga.
—¿Lo ves ahí abajo? —preguntó Cuervo.
Zarpa Gris miró hacia el claro, examinando la multitud de gatos.
—No.
—¿Captas el olor de algún gato del Clan del Río? —inquirió Zarpa de Fuego.
Zarpa Gris negó con la cabeza.
—Tampoco.
La voz de Corazón de León sonó quedamente junto a ellos:
—Quizá los del Clan del Río sólo se están retrasando.
—Pero ¿y si no aparecen? —maulló Zarpa Gris.
—¡Chist! Debemos ser pacientes. Éstos son tiempos difíciles. Ahora guardad silencio. Estrella Azul dará la señal de partir enseguida —respondió Corazón de León.
En ese momento se levantó Estrella Azul, irguió bien la cola y la sacudió. A Zarpa de Fuego le dio un vuelco el corazón cuando todos los gatos del Clan del Trueno se levantaron como uno solo y saltaron entre los arbustos en dirección al lugar de reunión. Corrió junto a ellos, sintiendo el viento en las orejas y un hormigueo de expectación en las patas.

Los del Clan del Trueno se detuvieron instintivamente en el lindero del claro, fuera de los límites de los robles. Estrella Azul olfateó el aire y asintió con la cabeza. La tropa se internó en el claro.

Zarpa de Fuego sintió un escalofrío. De cerca, los otros gatos parecían más impresionantes incluso, circulando alrededor de la Gran Roca. Un guerrero blanco pasó junto a los aprendices. Zarpa de Fuego y Cuervo lo miraron pasmados.

—¡Mirad sus patas! —murmuró Cuervo.

Zarpa de Fuego se dio cuenta de que las enormes patas de aquel magnífico macho eran negras como la tinta.

—Debe de ser Patas Negras —maulló Zarpa Gris—. El nuevo lugarteniente del Clan de la Sombra.

Patas Negras se dirigió a Estrella Rota y se sentó a su lado. El líder del Clan de la Sombra lo recibió agitando una oreja, pero no dijo nada.

—¿Cuándo empieza la reunión? —le preguntó Cuervo a Tormenta Blanca.

—Ten paciencia —respondió el guerrero—. Esta noche el cielo está despejado, así que tenemos tiempo de sobra.

Corazón de León se inclinó hacia ellos y añadió:

—A los guerreros nos gusta pasar un rato fanfarroneando sobre nuestras victorias, mientras los veteranos intercambian historias sobre los antiguos tiempos, antes de que los Dos Patas llegaran aquí.

Los tres aprendices lo miraron y vieron cómo Corazón de León retorcía los bigotes maliciosamente.

Cola Moteada, Tuerta y Orejitas fueron derechos a un grupo de gatos ancianos que se habían acomodado bajo uno de los robles. Tormenta Blanca y Corazón de León se dirigieron a otro par de guerreros que Zarpa de Fuego no conocía; olfateó el aire y reconoció la esencia del Clan del Río.

La voz de Estrella Azul sonó detrás de los aprendices:

—Esta noche no desperdiciéis el tiempo. Es una buena oportunidad de conocer a vuestros enemigos. Escuchadlos, memorizad qué aspecto

tienen y cómo se comportan. Hay muchísimo que aprender en estas reuniones.
—Y hablad poco —les advirtió Garra de Tigre—. No reveléis nada que pueda emplearse contra vosotros una vez que la luna haya menguado.
—No te preocupes, no lo haremos —se apresuró a prometer Zarpa de Fuego. La sensación de que el guerrero no confiaba en su lealtad aún no lo había abandonado.
Estrella Azul y Garra de Tigre asintieron y se alejaron, y los aprendices se quedaron solos. Se miraron entre sí.
—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Zarpa de Fuego.
—Lo que han dicho —respondió Cuervo—. Escuchar.
—Y no hablar demasiado —añadió Zarpa Gris.
Zarpa de Fuego asintió y dijo:
—Iré a ver adónde va Garra de Tigre.
—Bueno, pues yo voy a buscar a Corazón de León —dijo Zarpa Gris—. ¿Me acompañas, Cuervo?
—No, gracias. Voy a ver si encuentro a los otros aprendices.
—De acuerdo; nos veremos más tarde — respondió Zarpa de Fuego, y se fue en la dirección que había tomado Garra de Tigre.
Captó fácilmente su olor; lo encontró sentado en el centro de un grupo de guerreros enormes, detrás de la Gran Roca. Estaba hablando.
Relataba algo que Zarpa de Fuego había oído muchas veces en el campamento: su reciente batalla contra la partida de caza del Clan del Río.
—Peleé como un gato del Clan del León. Tres guerreros intentaron sujetarme, pero me los quité de encima. Luché contra ellos hasta que dos quedaron fuera de combate y el otro huyó corriendo al bosque, aullando como un gatito que llama a su madre.
En esta ocasión, Garra de Tigre no mencionó que había matado a Corazón de Roble en venganza por la muerte de Cola Roja. «A lo mejor es por no ofender a los del Clan del Río», se dijo Zarpa de Fuego.

El aprendiz escuchó educadamente hasta que acabó el relato, aunque un olor familiar lo estaba distrayendo. En cuanto Garra de Tigre terminó de hablar, Zarpa de Fuego se encaminó sigilosamente hacia el dulce aroma, que procedía de un grupo cercano.
Encontró a Zarpa Gris sentado entre aquellos gatos, pero no era el suyo el olor que lo había atraído. Enfrente de su amigo, entre dos machos del Clan del Río, estaba Jaspeada. Zarpa de Fuego le lanzó una mirada tímida y se sentó junto a su amigo.
—Ni rastro del Clan del Viento —le maulló a Zarpa Gris.
—La reunión no ha empezado todavía; aún pueden llegar. Mira: ahí está Nariz Inquieta. Por lo visto, es el nuevo curandero del Clan de la Sombra. —Señaló con la cabeza a un pequeño gato gris y blanco, situado en el centro del grupo.
—Ya veo por qué lo llaman Nariz Inquieta — respondió Zarpa de Fuego. El curandero tenía la nariz húmeda en la punta y agrietada en los bordes.
—Sí —dijo Zarpa Gris con un gruñido burlón —. ¡No entiendo cómo lo han nombrado curandero si ni siquiera puede curarse su propio resfriado!
Nariz Inquieta estaba hablando sobre una hierba que los curanderos empleaban en los tiempos antiguos para curar el catarro infantil.
—Desde que los Dos Patas llegaron y llenaron el lugar de tierra dura y flores extrañas —se lamentó—, esa hierba ha desaparecido y los cachorros mueren en el frío invierno.
Los gatos que lo rodeaban mostraron su desaprobación con maullidos.
—Eso nunca habría sucedido en la época de los clanes de los grandes felinos —gruñó una reina negra del Clan del Río.
—Desde luego —coincidió un atigrado plateado—. Los grandes felinos habrían matado a cualquier Dos Patas que se hubiera atrevido a entrar en su territorio. Si el Clan del Tigre siguiera rondando por estos bosques, los Dos Patas no habrían construido tan adentro de nuestra tierra.
Entonces Zarpa de Fuego oyó la dulce voz de Jaspeada:
—Si el Clan del Tigre siguiera rondando por estos bosques, nosotros tampoco habríamos podido crear aquí nuestro territorio.

—¿Qué es el Clan del Tigre? —preguntó una vocecilla junto a los amigos. Zarpa de Fuego reparó en un pequeño aprendiz atigrado, perteneciente a otro clan, sentado junto a él.

—Es uno de los clanes de los grandes felinos que antes vivían en el bosque —explicó Zarpa Gris—. Los del Clan del Tigre eran felinos de la noche, grandes como caballos, con rayas negras. Luego está el Clan del León. Ellos… —Vaciló, arrugando la frente para recordar.

—¡Oh! Yo he oído hablar de ellos —maulló el pequeño atigrado—. Eran tan grandes como los del Tigre, y tenían el pelaje amarillo y una melena dorada como los rayos del sol.

Zarpa Gris asintió.

—Y luego está el otro, el Clan Manchado o algo así…

—Te refieres al Clan del Leopardo, joven Zarpa Gris —dijo una voz a sus espaldas.

—¡Corazón de León! —Zarpa Gris recibió a su mentor con un afectuoso toque con el hocico.

Corazón de León sacudió la cabeza con fingida desesperación.

—¿Vosotros los jóvenes no conocéis nuestra historia? Los del Clan del Leopardo eran los felinos más veloces, grandes y dorados, salpicados de manchas negras en forma de huella. Debéis agradecerle al Clan del Leopardo la velocidad y la destreza cazadora que ahora poseéis.

—¿Agradecérselo? ¿Por qué? —preguntó el atigrado.

Corazón de León bajó la mirada hacia el pequeño aprendiz y respondió:

—Hay un vestigio de todos los grandes felinos en los gatos de hoy en día. No seríamos cazadores nocturnos sin nuestros antepasados del Clan del Tigre, y nuestro amor por el calor del sol procede del Clan del León. —Hizo una pausa—. Tú eres aprendiz del Clan de la Sombra, ¿verdad? ¿Cuántas lunas tienes?

El atigrado se quedó mirando al suelo, incómodo.

—S… seis lunas —tartamudeó, sin mirar al guerrero.

—Eres bastante pequeño para tener seis lunas —murmuró éste. Su tono sonaba amable, pero su mirada era penetrante y seria.

—Mi madre también era pequeña —respondió el atigrado, nervioso. Inclinó la cabeza y retrocedió, hasta desaparecer entre los gatos con una sacudida de su cola ocre.

Corazón de León se volvió hacia Zarpa de Fuego y Zarpa Gris.

—Bueno, quizá fuera pequeño, pero al menos sentía curiosidad. ¡Ojalá vosotros dos mostrarais el mismo interés por las historias que cuentan vuestros mayores!

—Lo siento, Corazón de León —maullaron al unísono los dos amigos, intercambiando miradas dubitativas.

El guerrero gruñó bonachón.

—¡Oh, marchaos! La próxima vez, espero que Estrella Azul decida traer aprendices que aprecien lo que oyen. —Y con un débil gruñido, los ahuyentó de allí.

—Vamos —maulló Zarpa Gris mientras se alejaban del grupo—. Veamos dónde se ha metido Cuervo.

Éste se hallaba en el centro de un grupo de aprendices que le pedían que contara la batalla contra el Clan del Río.

—¡Vamos, Cuervo, cuéntanos qué ocurrió! — exclamó una bonita gata blanca y negra.

Cohibido, el aprendiz movió las patas y negó con la cabeza.

—¡Vamos, Cuervo! —insistió otro.

Cuervo miró alrededor y vio a sus dos amigos en el borde de la multitud. Zarpa de Fuego le hizo un gesto de ánimo. Cuervo sacudió la cola a modo de respuesta y empezó su relato.

Al principio se atascó un poco, pero conforme avanzaba, el temblor de su voz desapareció y su audiencia se inclinó hacia delante, con los ojos cada vez más abiertos.

—Había pelo volando por todos lados. La sangre salpicaba las hojas de los zarzales: rojo brillante contra verde. Yo acababa de deshacerme de un enorme guerrero, que se perdió chillando entre los arbustos, cuando el suelo se estremeció, y entonces oí gritar a un guerrero. ¡Era Corazón de Roble! Cola Roja pasó corriendo ante mí, con sangre en la boca y la

piel desgarrada. «¡Corazón de Roble está muerto!», aulló. Luego se apresuró a ayudar a Garra de Tigre, que tenía a otro enemigo encima.

—¿Quién habría imaginado que Cuervo era tan buen narrador? —le preguntó Zarpa Gris a Zarpa de Fuego en un susurro, impresionado.

Pero Zarpa de Fuego estaba pensando en otra cosa. ¿Qué era lo que había dicho Cuervo? ¿Qué Cola Roja había matado a Corazón de Roble? Pero, según Garra de Tigre, Corazón de Roble había matado a Cola Roja, y él, Garra de Tigre, había matado a Corazón de Roble en venganza. —Si Cola Roja mató a Corazón de Roble, ¿quién mató a Cola Roja? —le susurró a Zarpa Gris.

—¿Qué quién hizo qué? —respondió su amigo, distraído. Sólo estaba escuchándolo a medias.

Zarpa de Fuego sacudió la cabeza para aclararse las ideas. «Cuervo debe de haberse equivocado —pensó—. Debía de referirse a Garra de Tigre».

Cuervo estaba llegando al final de su historia:

—Cola Roja agarró del rabo al gato que estaba sobre Garra de Tigre y, con toda la fuerza del Clan del Tigre, lo lanzó contra los arbustos.

Un movimiento en la sombra captó la atención de Zarpa de Fuego. Miró alrededor y vio a Garra de Tigre a poca distancia. El guerrero estaba observando a Cuervo con mirada dura. Ajeno a la presencia de su mentor, Cuervo continuó respondiendo una tras otra a las preguntas de su entusiasmada audiencia.

—¿Cuáles fueron las palabras de Corazón de Roble al morir?

—¿Es verdad que Corazón de Roble jamás había perdido una batalla hasta entonces?

Cuervo respondía con prontitud, con voz alta y clara y los ojos brillantes. Pero cuando Zarpa de Fuego se volvió de nuevo hacia Garra de Tigre, advirtió una expresión de horror y luego de furia en su cara. Era evidente que el guerrero no estaba disfrutando con el relato de Cuervo. Iba a comentárselo a Zarpa Gris cuando un estridente maullido pidió silencio a todos los gatos. Zarpa de Fuego no pudo evitar sentirse aliviado cuando Cuervo enmudeció por fin y Garra de Tigre se marchó.

La silueta de tres gatos se recortaba contra la luz de la luna en lo alto de la Gran Roca. Eran Estrella Azul, Estrella Rota y Estrella Doblada.
Los líderes de los clanes se disponían a dar comienzo a la reunión. Pero ¿dónde estaba el líder del Clan del Viento?
—No pensarán empezar sin Estrella Alta, ¿verdad? —preguntó Zarpa de Fuego en voz baja.
—No lo sé —respondió Zarpa Gris.
—¿No os habéis dado cuenta? Aquí no hay ni un solo gato del Clan del Viento —susurró un aprendiz del Clan del Río que estaba al lado de Zarpa de Fuego.
Éste supuso que a su alrededor estarían produciéndose conversaciones similares. Conforme los gatos se apiñaban debajo de la Gran Roca, un murmullo de inquietud brotó de sus gargantas.
—¡No podemos empezar todavía! —gritó una voz por encima del rumor—. ¿Dónde están los representantes del Clan del Viento? Debemos esperar hasta que todos los clanes estén presentes.
Desde lo alto de la roca, Estrella Azul dio unos pasos adelante. Su pelaje gris resultaba casi blanco a la luz de la luna.
—Gatos de todos los clanes, bienvenidos — maulló con voz clara—. Es cierto que el Clan del Viento no se halla presente, pero Estrella Rota desea hablar igualmente.
La aludida avanzó en silencio hasta colocarse junto a Estrella Azul. Inspeccionó a la multitud un momento; sus ojos naranja ardían. Luego respiró hondo y empezó:
—Amigos, esta noche vengo a hablaros de las necesidades del Clan de la Sombra…
Pero unos gritos impacientes lo interrumpieron.
—¿Dónde está Estrella Alta? —quiso saber uno.
—¿Y los guerreros del Clan del Viento? — aulló otro.
Estrella Rota se irguió cuan alto era y agitó la cola.
—Como líder del Clan de la Sombra, ¡tengo derecho a hablaros desde aquí! —gruñó con voz amenazadora.

La multitud guardó un silencio desasosegado. Alrededor, Zarpa de Fuego captó el sabor acre del miedo.
Estrella Rota volvió a tomar la palabra.
—Todos sabemos que la dura estación sin hojas y la tardía estación de la hoja nueva han dejado pocas presas en nuestras zonas de caza. Pero también sabemos que los clanes del Río, el Viento y el Trueno perdieron muchas crías por las heladas tardías de esta estación. El Clan de la Sombra no perdió crías. Estamos endurecidos por el frío viento del norte. Nuestros cachorros son más fuertes que los vuestros desde que nacen. De modo que nos hemos encontrado con muchas bocas que alimentar y pocas presas con que alimentarlas.
La multitud, todavía en silencio, escuchaba angustiada.
—Las necesidades del Clan de la Sombra son simples. Para sobrevivir, debemos aumentar nuestro territorio de caza. Por eso insisto en que permitáis que nuestros guerreros cacen en vuestras tierras.
Un gruñido conmocionado, pero contenido, recorrió la multitud.
—¿Compartir nuestra zona de caza? — exclamó escandalizado Garra de Tigre.
—¡Eso no tiene precedentes! —protestó una reina parda del Clan del Río—. ¡Los clanes jamás han compartido sus derechos de caza!
—¿Habría que castigar al Clan de la Sombra porque nuestros cachorros se desarrollan bien? — gritó Estrella Rota desde la Gran Roca—. ¿Queréis que veamos cómo nuestros pequeños mueren de hambre? Debéis compartir con nosotros lo que tenéis.
—¿Debemos? —resopló Orejitas furibundo, desde el fondo.
—Debéis —repitió Estrella Rota—. El Clan del Viento no lo comprendió. Al final, nos vimos obligados a echarlos de su propio territorio.
Brotaron gruñidos de indignación, pero el maullido de Estrella Rota sonó por encima de todos:
—Y si tengo que hacerlo, os echaré a todos de vuestra zona de caza para alimentar a nuestros pequeños hambrientos.

Hubo un silencio instantáneo. Desde el otro lado del claro, Zarpa de Fuego oyó que un aprendiz del Clan del Río empezaba a murmurar algo, pero uno de los veteranos lo hizo callar.

Satisfecho de haber conseguido la atención de todos, Estrella Rota continuó:

—Cada año, los Dos Patas destrozan algo más de nuestro territorio. Si todos los clanes han de sobrevivir, al menos uno debería mantenerse fuerte. El Clan de la Sombra prospera mientras los demás os debatís. Y puede que llegue el día en que necesitéis que os protejamos.

—¿Dudas de nuestra fuerza? —siseó Garra de Tigre. Sus ojos claros miraron amenazadores al líder que hablaba, y sus poderosos omóplatos se estremecieron a causa de la tensión.

—No pido que me deis vuestra respuesta ahora mismo. —Estrella Rota pasó por alto el desafío del guerrero atigrado—. Debéis marcharos y reflexionar sobre mis palabras. Pero tened esto en mente: ¿preferiríais compartir vuestra caza o ser expulsados y quedaros sin hogar y muertos de hambre?

Los guerreros, los veteranos y los aprendices se miraron con incredulidad. En la preocupada pausa que siguió, Estrella Doblada se adelantó para anunciar:

—Ya he decidido conceder al Clan de la Sombra algunos derechos de caza en el río que atraviesa nuestro territorio. —Miró a los miembros de su clan.

Las palabras de su líder provocaron una oleada de espanto y humillación entre los gatos del Clan del Río.

—¡No se nos ha consultado! —protestó un atigrado gris plata.

—Siento que esto es lo mejor para nuestro clan. Para todos los clanes —se justificó Estrella Doblada, con la voz cargada de resignación—. Hay muchos peces en el río. Es mejor compartir nuestra caza que derramar sangre por ella.

—Y ¿qué pasa con el Clan del Trueno? — graznó Orejitas—. ¿Estrella Azul? ¿Tú también has accedido a esta vergonzosa exigencia?

Estrella Azul le sostuvo la mirada con firmeza.

—Yo no he acordado nada con Estrella Rota, excepto que discutiré su propuesta con mi clan después de la Asamblea.

—Bueno, algo es algo —le susurró Zarpa Gris a Zarpa de Fuego—. Les enseñaremos que no somos tan flojos como esos cobardicas del Clan del Río.

Estrella Rota volvió a hablar. Su áspera voz sonó arrogante y potente tras la rendición de Estrella Doblada.

—También traigo una noticia importante para la seguridad de vuestras crías. Una gata del Clan de la Sombra ha desertado y ha rechazado el código guerrero. La expulsamos del campamento, pero no sabemos dónde está ahora. Parece una criatura vieja y sarnosa, pero muerde como si fuera del Clan del Tigre.

A Zarpa de Fuego se le erizó el pelo. ¿Era posible que Estrella Rota estuviese hablando de Fauces Amarillas? Estiró las orejas, curioso por oír más.

—Es peligrosa. Os lo advierto: no le deis asilo. —Estrella Rota hizo una pausa teatral—. Y… hasta que la hayamos atrapado y matado, os recomiendo que vigiléis de cerca a vuestros cachorros.

Por los gruñidos nerviosos que brotaron entre los gatos del Clan del Trueno, Zarpa de Fuego supo que los demás también estaban pensando en Fauces Amarillas. La temeraria gata no había hecho nada por granjearse las simpatías de sus reticentes anfitriones, y el aprendiz supuso que no costaría mucho fomentar el odio contra ella; bastarían incluso las palabras de un enemigo despreciable como Estrella Rota.

Los guerreros del Clan de la Sombra empezaron a abrirse paso entre la multitud. Estrella Rota saltó de la Gran Roca y, escoltado por sus guerreros, se marchó de los Cuatro Árboles en dirección al territorio del Clan de la Sombra. El resto de gatos del clan los siguieron enseguida, incluido el atigrado menudo con el que había hablado Corazón de León. Pero entre los demás aprendices del Clan de la Sombra, el atigrado ya no resultaba insólitamente pequeño: todos parecían diminutos y desnutridos, como si fueran cachorros de tres o cuatro lunas en vez de aprendices hechos y derechos.

—¿Qué pensáis de todo esto? —maulló Zarpa Gris en voz baja.
Cuervo empezó a dar saltos antes de que Zarpa de Fuego pudiese responder.
—¿Qué va a pasar ahora? —se lamentó, con el pelo erizado y los ojos dilatados.
Zarpa de Fuego no contestó. Los veteranos del Clan del Trueno se habían reunido cerca, y él estaba intentando oír lo que decían.
—Estrella Rota debía de estar hablando de Fauces Amarillas —gruñó Orejitas.
—Bueno, el otro día trató de morder al más chiquitín de Flor Dorada —murmuró Cola Pintada sombríamente. Era la reina más vieja de la maternidad, y ferozmente protectora con los cachorros.
—¡Y la hemos dejado allí, con el campamento prácticamente sin protección! —gimió Tuerta, que por una vez parecía no tener problemas para oírlo todo.
—Yo intenté deciros que era un peligro para todos nosotros —siseó Cebrado—. ¡Estrella Azul tiene que atender a razones y deshacerse de esa gata antes de que hiera a alguno de nuestros pequeños!
Garra de Tigre se acercó al grupo.
—¡Debemos regresar al campamento inmediatamente y encargarnos de esa desertora! — maulló.
Zarpa de Fuego no se quedó a oír más. La cabeza le daba vueltas. Aunque era leal a su clan, no podía creer que Fauces Amarillas supusiera un peligro para los cachorros. Temeroso por la vieja gata, bullendo de preguntas que sólo ella podía responder, se alejó de sus amigos sin pronunciar palabra.
Subió disparado la colina y corrió a toda velocidad por el bosque. ¿Se habría equivocado con Fauces Amarillas? Si la avisaba del peligro en que se hallaba, ¿estaría arriesgando su propia posición en el clan? Fuera cual fuese el problema en que iba a meterse, tenía que averiguar la verdad de boca de Fauces Amarillas antes de que los otros regresaran al campamento.

13

Zarpa de Fuego llegó al borde del barranco y miró hacia abajo, al campamento. Estaba sin resuello y tenía las patas resbaladizas por el rocío. Olfateó el aire. Aún tenía tiempo de hablar con Fauces Amarillas antes de que los otros volvieran de la Asamblea. Bajó la pendiente rocosa y se deslizó por el túnel de aulagas sigilosamente.

El campamento estaba tranquilo y en silencio, aparte de los leves resoplidos de los gatos que dormían. Zarpa de Fuego rodeó deprisa el lindero del claro hasta el nido de la gata. La vieja curandera estaba enroscada en su lecho de musgo.

—Fauces Amarillas —susurró el joven—.

¡Fauces Amarillas! Despierta. ¡Es importante!

Se abrieron dos ojos naranja que centellearon en la oscuridad.

—No estaba dormida —maulló con voz queda; parecía tranquila y alerta—. ¿Has venido derecho a mí desde la Asamblea? Eso debe de significar que ya te has enterado. —Parpadeó despacio y desvió la mirada—. De modo que Estrella Rota ha mantenido su promesa…

—¿Qué promesa? —Zarpa de Fuego se sintió muy confuso. Aquella gata parecía saber lo que estaba pasando mejor que él.

—El noble líder del Clan de la Sombra prometió expulsarme de todo el territorio de los clanes —respondió secamente—. ¿Qué ha dicho sobre mí?

—Nos ha advertido de que nuestros cachorros estaban en peligro mientras diéramos asilo a una desertora. No ha pronunciado tu nombre, pero el Clan del Trueno se ha imaginado que estaba hablando de ti. Debes marcharte antes de que regresen los demás. ¡Corres peligro!

—¿Quieres decir que han creído a Estrella Rota? —Fauces Amarillas agachó las orejas y agitó la cola, furiosa.

—¡Sí, así es! Cebrado dice que eres peligrosa. Los otros gatos temen lo que podrías hacer. Garra de Tigre está planeando venir y… No lo sé… ¡Creo que deberías irte antes de que lleguen!

Zarpa de Fuego oyó maullidos de gatos rabiosos en la distancia. La gata se puso en pie a duras penas. El aprendiz le dio un empujoncito para ayudarla.
—¿A qué se refería Estrella Rota cuando aconsejó que vigiláramos de cerca a nuestros cachorros? —no pudo evitar preguntar—. ¿De verdad harías algo así?
—¿Si haría qué?
—Herir a nuestros cachorros.
A Fauces Amarillas se le dilataron las fosas nasales. Miró fijamente a Zarpa de Fuego.
—¿Tú lo crees?
El joven le sostuvo la mirada.
—No. No creo que seas capaz de hacerles daño. Pero ¿por qué Estrella Rota ha dicho tal cosa?
Los gatos se iban acercando, así como los olores de agresión y rabia. Fauces Amarillas miró frenéticamente a un lado y otro.
—¡Vete! —la instó Zarpa de Fuego. La seguridad de la vieja gata era más importante que su propia curiosidad.
Pero ella se quedó donde estaba y lo miró. Sus grandes ojos reflejaron una calma repentina.
—Zarpa de Fuego, tú crees que soy inocente, y me siento agradecida por eso. Si me crees, los otros podrían llegar a creerme también. Y sé que Estrella Azul será justa y dejará que hable en mi defensa. No puedo pasarme la vida huyendo. Soy demasiado vieja. Me quedaré aquí y haré frente a lo que tu clan decida sobre mí. —Suspiró y se dejó caer sobre sus huesudas ancas.
—Pero ¿qué pasa con Garra de Tigre? ¿Y si él quiere…?
—Es impetuoso, y conoce el poder que tiene sobre los demás gatos… Todos sienten hacia él un temor reverencial. Pero incluso él obedecerá a Estrella Azul.
Unos crujidos en el sotobosque que rodeaba los límites del campamento indicaron que los gatos habían llegado casi a la entrada.

—Vete de aquí, Zarpa de Fuego —susurró Fauces Amarillas, enseñándole sus dientes ennegrecidos—. No te busques problemas dejando que te vean conmigo ahora. No hay nada que puedas hacer por mí. Ten fe en tu líder y deja que ella decida qué ocurrirá conmigo.
Zarpa de Fuego comprendió que Fauces Amarillas había tomado una decisión. Le tocó el pelaje parcheado con la nariz, y luego se internó sigilosamente en las sombras, a observar.
Los gatos llegaron a través del túnel de aulagas: primero Estrella Azul, acompañada de
Corazón de León, luego Escarcha y Sauce.
Escarcha se separó de la tropa y corrió hacia la maternidad, con la cola erizada de alarma. Garra de Tigre y Cebrado entraron en el claro hombro con hombro, con expresión ceñuda. Los seguían los demás, con Zarpa Gris y Cuervo en la retaguardia. En cuanto Zarpa de Fuego vio a sus amigos, salió de entre las sombras para reunirse con ellos.
—Has venido a avisar a Fauces Amarillas, ¿verdad? —le susurró Zarpa Gris cuando llegó a su lado.
—Sí. Pero ella no va a marcharse. Confía en que Estrella Azul la trate con justicia. ¿Alguien me ha echado de menos?
—Sólo nosotros —respondió Cuervo.
Por todo el campamento, los gatos que no habían acudido a la Asamblea empezaron a despertar. Debían de haber captado el olor de la agresión y percibido la tensión en las voces de los recién llegados, pues todos corrieron al claro, con la cola bien erguida.
—¿Qué ha sucedido? —preguntó un guerrero atigrado que se llamaba Viento Veloz.
—¡Estrella Rota ha exigido derechos de caza en nuestro territorio para el Clan de la Sombra! — contestó Rabo Largo, lo bastante alto para que todos lo oyeran.
—Y nos ha prevenido sobre una desertora que hará daño a nuestras crías —añadió Sauce—. ¡Debía de referirse a Fauces Amarillas!
Maullidos de furia y angustia se elevaron de la multitud.
—¡Silencio! —ordenó Estrella Azul, saltando a la Peña Alta.

Instintivamente, todos los gatos se colocaron delante de ella.

Un estridente chirrido hizo que giraran la cabeza hacia el árbol caído en que dormían los veteranos. Garra de Tigre y Cebrado habían arrancado brutalmente a Fauces Amarillas de su lecho y la llevaban a rastras. La gata chillaba furiosa, pero la arrastraron hasta el claro y la lanzaron delante de la Peña Alta. Zarpa de Fuego sintió que todos los músculos de su cuerpo se tensaban. Sin pensar, adoptó la posición de ataque, preparándose para saltar sobre los agresores de Fauces Amarillas.

—Espera, Zarpa de Fuego —le susurró Zarpa Gris—. Deja que Estrella Azul se encargue de esto.

—¿Qué ocurre? —exigió saber la líder, bajando de la Peña Alta de un salto para fulminar con la mirada a sus guerreros—. Yo no he dado orden de atacar a nuestra prisionera.

Garra de Tigre y Cebrado soltaron instantáneamente a Fauces Amarillas, que se agazapó sobre el polvo, siseando y bufando.

Escarcha salió de la maternidad y se abrió paso hasta llegar a Estrella Azul.

—¡Hemos regresado a tiempo! —anunció jadeando—. ¡Los cachorros están a salvo!

—¡Por supuesto que lo están! —le espetó Estrella Azul.

Escarcha pareció desconcertada.

—Vas a expulsarla, ¿verdad, Estrella Azul? — maulló la reina, abriendo mucho los ojos azules.

—¿Expulsarla? —resopló Cebrado, sacando las uñas—. ¡Deberíamos matarla ahora mismo!

Estrella Azul clavó sus penetrantes ojos azules en la iracunda cara de Cebrado.

—Y ¿qué es lo que ha hecho Fauces

Amarillas? —le preguntó con calma glacial.

—¡Tú estabas en la Asamblea, Estrella Azul! Estrella Rota ha dicho que ella… —empezó Cebrado.

—Estrella Rota sólo ha dicho que hay una desertora en algún lugar del bosque —maulló la líder con una voz peligrosamente tranquila—. No ha

mencionado el nombre de Fauces Amarillas. Los cachorros están sanos y salvos. Mientras Fauces Amarillas permanezca en mi clan, no sufrirá ningún daño.

Sus palabras fueron recibidas con silencio, y Zarpa de Fuego soltó un suspiro de alivio.

Fauces Amarillas levantó la vista hacia la líder y entrecerró los ojos respetuosamente.

—Si lo deseas, Estrella Azul, me marcharé ahora mismo —dijo.

—No es necesario. No has hecho nada malo. Aquí estarás segura. —Luego dirigió la mirada a los gatos que rodeaban a Fauces Amarillas y maulló—: Es hora de que hablemos de la verdadera amenaza para nuestro clan: Estrella Rota. Ya habíamos empezado a prepararnos para un ataque del Clan de la Sombra. Continuaremos con los preparativos, y patrullaremos las fronteras

más a menudo. El Clan del Viento ha desaparecido. El del Río ha concedido derechos de caza a los guerreros del de la Sombra. Así pues, nos encontramos solos contra Estrella Rota.

Un murmullo de desafío recorrió los gatos, y Zarpa de Fuego sintió un hormigueo de anticipación.

—Entonces, ¿no vamos a acceder a las exigencias de Estrella Rota? —preguntó Garra de Tigre.

—Los clanes jamás han compartido derechos de caza —contestó Estrella Azul—. Siempre se las han arreglado para hallar sustento en sus propios territorios. No hay ninguna razón para que eso deba cambiar.

Garra de Tigre asintió.

—Pero ¿podemos defendernos solos contra un ataque del Clan de la Sombra? —inquirió Orejitas con voz trémula—. ¡El Clan del Viento no lo ha logrado! ¡El Clan del Río ni siquiera va a intentarlo!

Estrella Azul miró fijamente al veterano.

—Pues nosotros sí tendremos que intentarlo.

No vamos a ceder nuestro territorio sin pelear.

Todos los gatos del claro coincidieron asintiendo con la cabeza.

—Mañana iré a la Piedra Lunar —anunció la líder—. Los guerreros del Clan Estelar me darán la fuerza que preciso para liderar el Clan del Trueno en estos momentos oscuros. Todos debéis descansar un poco. Tenemos mucho que hacer cuando llegue la luz del día. Ahora deseo hablar con Corazón de León.

Sin una palabra más, Estrella Azul se volvió y se dirigió a su guarida.

Zarpa de Fuego advirtió la admiración que reflejaron los ojos de algunos ante la mención de la Piedra Lunar. Los gatos se reunieron apresuradamente en grupos, murmurando con voces agitadas.

—¿Qué es la Piedra Lunar? —le preguntó a Zarpa Gris.

—Una roca situada bajo tierra, que reluce en la oscuridad —susurró su amigo con temor y respeto—. Todos los líderes de los clanes tienen que pasar una noche en la Piedra Lunar cuando son elegidos. Allí, los espíritus del Clan Estelar comparten con ellos.

—¿Qué comparten?

Zarpa Gris frunció el entrecejo.

—No lo sé —admitió—. Sólo sé que los nuevos líderes deben dormir cerca de la piedra, y mientras duermen tienen sueños especiales. Después se les concede el don de nueve vidas y adoptan un nombre compuesto con «Estrella».

Zarpa de Fuego observó cómo Fauces Amarillas se marchaba cojeando hacia su lecho. Parecía que el duro trato de Garra de Tigre había agravado su vieja herida. Mientras se encaminaba hacia la guarida de los aprendices, Zarpa de Fuego decidió que por la mañana le pediría más semillas de adormidera a Jaspeada.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —preguntó Polvoroso sacando la cabeza de su guarida. Con sus ansias de saberlo todo sobre la Asamblea, parecía haber olvidado su resentimiento por el nuevo aprendiz.

—Pues lo que ha contado Rabo Largo. Estrella Rota ha exigido derechos de caza… —empezó Zarpa Gris.

Polvoroso y Arenisca se sentaron a escuchar, pero Zarpa de Fuego estaba observando el campamento. Vio las siluetas de Estrella Azul y Corazón de

León, sentados muy juntos ante la guarida de la líder, hablando acaloradamente.
Luego reparó en la pequeña forma de Cuervo en la entrada del dormitorio de los guerreros. Garra de Tigre estaba con él. Zarpa de Fuego vio que su amigo agachaba las orejas y se encogía ante las feroces palabras de su mentor. El guerrero se alzaba sobre él, con el doble de su tamaño, y sus ojos y dientes relucían en la oscuridad. ¿Qué estaría diciéndole a Cuervo? Zarpa de Fuego estaba a punto de acercarse sigilosamente cuando Cuervo dio media vuelta y cruzó el claro corriendo.
Zarpa de Fuego lo saludó cuando llegó al dormitorio de los aprendices, pero su amigo no pareció reparar en él. En vez de eso, entró en la guarida sin pronunciar palabra. El joven aprendiz se disponía a seguirlo cuando vio que se acercaba Corazón de León.
—Bueno —maulló el lugarteniente del Clan del Trueno, dirigiéndose a los aprendices—. Parece que Zarpa de Fuego, Zarpa Gris y Cuervo están a punto de alcanzar una nueva etapa en su aprendizaje.
—¿De qué se trata? —preguntó Zarpa Gris, ilusionado.
—¡Estrella Azul desea que la acompañéis en su viaje a la Piedra Lunar! —A Corazón de León no se le escapó la decepción de Polvoroso y Arenisca, así que se apresuró a añadir—: No os preocupéis vosotros dos; haréis el viaje pronto.
De momento, el Clan del Trueno necesita vuestra fuerza y destreza en el campamento. Yo también me quedaré aquí.
Zarpa de Fuego miró más allá de Corazón de León, hacia su líder. Estrella Azul estaba yendo de un grupo de guerreros a otro, dando instrucciones a cada uno. El aprendiz se preguntó por qué lo habría elegido a él para aquel viaje.
—Estrella Azul quiere que ahora descanséis —continuó Corazón de León—. Pero primero id a ver a Jaspeada para recoger las hierbas que vais a necesitar en esta expedición. Es un largo camino. Necesitaréis algo que os dé vigor y calme vuestro apetito. Habrá poco tiempo para cazar.
Zarpa Gris asintió, y Zarpa de Fuego apartó sus ojos de Estrella Azul y asintió también.

—¿Dónde está Cuervo? —preguntó el guerrero.
—Ya está acostado —respondió Zarpa de Fuego.
—Bien. Dejadlo dormir. Podéis recoger sus hierbas por él. Descansad bien. Partiréis al amanecer.
Luego sacudió la cola y se encaminó de nuevo a la guarida de Estrella Azul.
—Bueno —maulló Arenisca—, entonces será mejor que vayáis a ver a Jaspeada.
Zarpa de Fuego esperaba notar amargura en su voz, pero no fue así. Aquél no era momento para envidias. Todos parecían estar unidos contra la amenaza del Clan de la Sombra.
Zarpa de Fuego y Zarpa Gris fueron deprisa a la guarida de Jaspeada. El túnel de helechos estaba oscuro. Ni siquiera la luz de la luna llena atravesaba aquélla densa cubierta.
Jaspeada parecía estar esperándolos cuando llegaron al claro iluminado.
—Habéis venido por unas hierbas para el viaje —maulló la curandera.
—Sí, por favor —respondió Zarpa de Fuego
—. Y creo que Fauces Amarillas necesita más semillas de adormidera. Me da la impresión de que estaba resintiéndose de sus heridas.
—Le llevaré un poco cuando os hayáis ido. Y vuestras hierbas están preparadas. —Jaspeada señaló unos paquetes cuidadosamente envueltos en hojas—. Aquí hay bastante para los tres. La hierba verde oscuro mitigará las punzadas de hambre durante el trayecto. La otra os proporcionará vigor. Coméoslas justo antes de partir. No están tan buenas como la carne fresca, pero el sabor no dura mucho.
—Gracias, Jaspeada —maulló Zarpa de Fuego.
Se inclinó para tomar uno de los paquetes. Al bajar la cabeza, Jaspeada le frotó suavemente la mejilla con la nariz. El aprendiz aspiró su dulce aroma y le dio las gracias ronroneando.
Zarpa Gris recogió los otros paquetes, y los dos amigos se volvieron para cruzar de nuevo el túnel.
—¡Buena suerte! —les deseó Jaspeada—. Y buen viaje.
Llegaron a la entrada de su guarida y soltaron los paquetes.

—Bueno, ¡sólo espero que estas hierbas no tengan un sabor demasiado asqueroso! —masculló Zarpa Gris.
—El camino a la Piedra Lunar debe de ser muy largo, pues es la primera vez que nos dan hierbas. ¿Sabes dónde está?
—Más allá del territorio de los clanes, en un lugar llamado Rocas Altas. Se encuentra bajo tierra, muy profundamente, en una cueva a la que llamamos Boca Materna.
—¿Has estado allí alguna vez? —Zarpa de Fuego estaba impresionado con que su amigo supiera tanto de aquel misterioso sitio.
—No, pero todos los aprendices deben viajar hasta allí antes de convertirse en guerreros.
La idea de convertirse en guerrero hizo que a Zarpa de Fuego le brillaran los ojos de emoción, y no pudo evitar erguirse un poco.
—No te hagas tantas ilusiones. Aún tenemos que finalizar el entrenamiento —le advirtió Zarpa Gris, como si le hubiera leído el pensamiento.
Zarpa de Fuego miró a través del dosel de hojas, hacia las estrellas que centelleaban en lo alto, en el cielo negro. La hora de la luna alta había pasado.
—Deberíamos dormir un poco —maulló.
Pero no creía que fuese capaz de dormir; la aventura de la mañana siguiente le daba vueltas en la cabeza. Había asistido a la Asamblea, iba a ir a la Piedra Lunar… ¡qué lejana le parecía ahora su vida de gato doméstico!

14

El aire frío le heló los huesos conforme iba envolviéndolo la oscuridad. Zarpa de Fuego no podía oír nada, y tenía la nariz llena del olor mohoso de la tierra mojada.

Salida de la nada, una brillante bola de luz llameó ante él. Zarpa de Fuego agachó la cabeza, entornando los ojos para protegerlos del fulgor. La luz resplandecía, deslumbrante y fría como una estrella; luego vaciló, y desapareció tan deprisa como había aparecido. Regresó la oscuridad, y Zarpa de Fuego se encontró en el monte. Se sintió reconfortado por los familiares aromas del bosque. Aspiró la esencia del verdor húmedo, y la calma fluyó por todo su cuerpo.

Sin previo aviso, un espantoso sonido surgió desde los árboles. A Zarpa de Fuego se le erizó el pelo. Eran aullidos de gatos aterrorizados, que salieron corriendo por los arbustos que había más adelante. Cuando pasaron disparados ante él, reconoció su pelaje: pertenecían al Clan del Trueno. Él se quedó clavado, incapaz de moverse. Luego aparecieron unos grandes gatos, enormes guerreros oscuros cuyos ojos resplandecían cruelmente. Se dirigieron hacia él, golpeando la tierra con sus descomunales patas y con las uñas desenvainadas. Entre las sombras, Zarpa de Fuego oyó un agudo grito de desesperación, cargado de pesadumbre y rabia. ¡Era Zarpa Gris!

Zarpa de Fuego despertó, horrorizado. Su sueño se desvaneció, dejándole un zumbido en los oídos y el pelo erizado. Al abrir los ojos, vio la cara de Garra de Tigre asomada a su guarida. El aprendiz se levantó de un salto, instantáneamente alerta.

—¿Algún problema, Zarpa de Fuego? — preguntó el guerrero.

—Sólo un sueño —musitó.

Garra de Tigre le lanzó una curiosa mirada y luego gruñó:

—Despierta a los demás. Salimos dentro de poco.

Fuera de la guarida, el cielo relucía con un nuevo amanecer y el rocío centelleaba sobre los helechos. Sería un día cálido cuando el sol estuviese en lo alto, pero la humedad de primera hora de la mañana le recordó a Zarpa de Fuego que la estación de la caída de la hoja ya no estaba lejos.

Los tres aprendices engulleron deprisa las hierbas que Jaspeada les había dado. Garra de Tigre y Estrella Azul los observaban, preparados para partir. El resto del campamento seguía durmiendo.
—¡Puaj! —se quejó Zarpa Gris—. Sabía que serían amargas. ¿Por qué, en vez de esto, no podemos zamparnos un ratón gordo y jugoso?
—Estas hierbas mantendrán el hambre a raya durante más tiempo —respondió Estrella Azul—. Y os harán más fuertes. Tenemos una larga jornada por delante.
—¿Tú ya has tomado las tuyas? —preguntó Zarpa de Fuego.
—No puedo comer si esta noche quiero compartir sueños con el Clan Estelar en la Piedra Lunar —respondió.
Zarpa de Fuego sintió un cosquilleo en las patas al oír esas palabras. Estaba deseando empezar el viaje. Con la luz de la aurora y las voces familiares, el horror de su pesadilla lo había abandonado. Lo único que quedaba era el recuerdo de la brillante luz, y las palabras de Estrella Azul hicieron que volviera a estremecerse de emoción.
Los cinco gatos cruzaron el túnel de aulagas y salieron del campamento. Corazón de León estaba regresando en ese momento con una patrulla.
—Que tengáis buen viaje —les deseó.
Estrella Azul asintió.
—Sé que puedo confiar en que mantengas a salvo el campamento —respondió.
Corazón de León miró a Zarpa Gris y bajó la cabeza.
—Recuerda que ya eres casi un guerrero — maulló—. No olvides lo que te he enseñado.
Zarpa Gris le devolvió la mirada con afecto.
—Siempre lo recordaré, Corazón de León — respondió, frotando la cabeza contra el ancho flanco dorado del lugarteniente.
Se dirigieron de nuevo hacia los Cuatro Árboles. Aquél era el camino más rápido para llegar al territorio del Clan del Viento. Las Rocas Altas se hallaban más allá.
Mientras recorría el lindero del claro en dirección a la Gran Roca, Zarpa de Fuego todavía pudo percibir los olores de la Asamblea de la noche

anterior. Siguió a los demás a través del herboso claro y por la cuesta del otro lado, para alcanzar el territorio del Clan del Viento. La pendiente llena de arbustos fue volviéndose más abrupta conforme ascendían, y más rocosa, hasta que tuvieron que ir saltando de peñasco en peñasco por el borde de un escarpado risco.

Zarpa de Fuego se detuvo cuando llegaron a lo alto. Ante ellos, el terreno era plano y se extendía en una amplia meseta. El viento soplaba en ráfagas regulares que rizaban la hierba y doblaban los árboles. El suelo era pedregoso, y afloramientos de piedra desnuda salpicaban el paisaje aquí y allí.

El aire seguía llevando los olores del Clan del Viento, pero eran rancios. Mucho más frescas, y mucho más alarmantes, eran las acres marcas dejadas por los guerreros del Clan de la Sombra.

—Todos los clanes tienen derecho a una ruta segura hasta la Piedra Lunar, pero parece que el Clan de la Sombra ha dejado de respetar el código guerrero, así que estad alerta —advirtió Estrella Azul—. Aun así, no debemos cazar fuera de nuestro territorio. Nosotros respetaremos el código guerrero, aunque el Clan de la Sombra no lo haga.

Empezaron a cruzar la llanura mientras el sol se elevaba en el cielo, siguiendo las sendas entre el brezo. Zarpa de Fuego se había acostumbrado a vivir bajo una cubierta de árboles. Sin su sombra, su pelaje color fuego le resultaba pesado y caliente, y tenía la impresión de que le ardía el lomo. Agradecía la incesante brisa que soplaba desde el bosque que habían dejado atrás.

De repente Garra de Tigre frenó en seco.

—¡Cuidado! —siseó—. Huelo una patrulla del Clan de la Sombra.

Zarpa de Fuego y los demás levantaron la nariz, y, en efecto, el aire llevaba el olor de guerreros.

—Tienen el viento de cara. No sabrán que estamos aquí si seguimos moviéndonos —maulló Estrella Azul—. Pero debemos apresurarnos. Si se desplazan, acabarán por detectarnos. Ya no
estamos muy lejos del límite del territorio del Clan del Viento.

Avanzaron deprisa, saltando sobre las rocas, abriéndose paso a través del aromático brezo. Cada pocos pasos, Zarpa de Fuego olfateaba el aire y miraba por encima del hombro, en busca de señales de la patrulla del Clan de la Sombra. Pero el olor fue volviéndose cada vez más débil. «Deben de haber dado la vuelta», pensó el aprendiz, aliviado.

Por fin alcanzaron el extremo de las tierras altas. El paisaje cambiaba drásticamente: los Dos Patas lo habían modelado y alterado hasta dejarlo irreconocible. Amplios caminos de tierra entrecruzaban prados verdes y dorados, pequeñas arboledas salpicaban el terreno, y los hogares de los Dos Patas estaban esparcidos aquí y allí entre los campos. En la distancia, Zarpa de Fuego vio un sendero familiar, ancho y gris, y notó un picor en los ojos y la garganta cuando la brisa le llevó su ácido olor.

—¿Aquello es el Sendero Atronador? —le preguntó a Zarpa Gris.

—Sí. Viene desde el territorio del Clan de la Sombra. ¿Puedes ver las Rocas Altas detrás de él?

Zarpa de Fuego miró al lejano horizonte. La tierra se alzaba abruptamente, desigual y yerma.

—Entonces, ¿tenemos que cruzar el Sendero Atronador?

—Sí —maulló Zarpa Gris. Su voz sonaba fuerte y llena de confianza, casi alegre, al enfrentarse a aquel complicado viaje.

—¡Vamos! —ordenó Estrella Azul y dio un salto adelante—. Podemos llegar allí a la salida de la luna siempre que mantengamos el mismo ritmo.

Zarpa de Fuego la siguió cuesta abajo junto con los demás, alejándose del desolado terreno de caza del Clan del Viento para internarse en el exuberante territorio de Dos Patas.

Los gatos avanzaron manteniéndose cerca de los setos. Una o dos veces, Zarpa de Fuego captó olor de presas entre los arbustos, pero las hierbas de Jaspeada habían conseguido quitarle el hambre. El sol seguía calentándole el lomo, incluso a la sombra de los setos.

Bordearon un hogar de Dos Patas. Se hallaba en una ancha extensión de dura piedra blanca, con casitas más pequeñas en los extremos. Sigilosos, los gatos pasaron ante la verja que rodeaba la piedra blanca. Los sorprendió un repentino aluvión de ladridos y gruñidos.

¡Perros! A Zarpa de Fuego se le paró el corazón. Arqueó el lomo, erizado de la cabeza a la cola.

Garra de Tigre atisbó a través de la verja.

—No hay problema. ¡Están atados! —informó.

Zarpa de Fuego miró a los dos perros que arañaban la piedra apenas a diez colas de distancia. No se parecían a los consentidos perros de compañía que vivían en los jardines de Dos Patas en que él había crecido. Estas criaturas lo miraban con ojos salvajes y asesinos. Tiraron de la cadena y se alzaron sobre las patas traseras. Gruñeron y ladraron, enseñando unos fieros colmillos, hasta que el grito de un Dos Patas invisible los hizo callar. Los gatos reemprendieron la marcha.

El sol estaba empezando a descender cuando alcanzaron el Sendero Atronador. Estrella Azul ordenó que aguardaran debajo de un seto. Con los ojos y la garganta irritados por los gases, Zarpa de Fuego contempló los grandes monstruos que pasaban como bólidos en una y otra dirección.

—Iremos de uno en uno —maulló Garra de Tigre—. Cuervo, tú primero.

—No, Garra de Tigre —lo interrumpió Estrella Azul—. Yo iré primero. No olvides que ésta es la primera vez que los aprendices cruzan. Deja que vean cómo se hace.

Zarpa de Fuego observó cómo su líder se encaminaba al borde del Sendero Atronador y miraba a ambos lados. Esperó tranquilamente mientras un monstruo tras otro pasaba ante ella, alborotándole el pelo. Cuando el ensordecedor ruido se detuvo un momento, la gata cruzó corriendo.

—Adelante, Cuervo. Ahora ya has visto cómo hay que hacerlo —dijo Garra de Tigre.

Zarpa de Fuego vio que a Cuervo se le dilataban los ojos de temor. El aprendiz sabía lo que sentía su amigo, pues él podía captar su propio olor a miedo. El gato negro avanzó sigilosamente hasta el borde de la carretera. Ésta estaba tranquila, pero Cuervo dudó.

—¡Vamos! —siseó Garra de Tigre desde el seto.

Zarpa de Fuego vio cómo su amigo tensaba los músculos, preparándose para correr. Entonces el suelo empezó a temblar. Un monstruo apareció en la distancia y pasó como un rayo. Cuervo se encogió un momento y luego salió pitando para reunirse con Estrella Azul. Un monstruo pasó en la otra dirección, arrojando polvo sobre el lugar en que se hallaba el aprendiz negro sólo un segundo antes. Zarpa de Fuego se estremeció y respiró hondo para calmarse.

Zarpa Gris tuvo suerte. Una larga tregua le permitió cruzar sin problemas. Entonces llegó el turno de Zarpa de Fuego.

—Vamos —le gruñó Garra de Tigre.

El aprendiz miró al guerrero y el Sendero Atronador, y luego salió de debajo del seto.

Aguardó en el borde, como había hecho Estrella Azul. Un monstruo corría hacia él. El gato lo contempló. «Después de éste», pensó, y esperó a que pasara. De pronto, le dio un vuelco el corazón: el monstruo se había desviado y avanzaba dando tumbos sobre la hierba. ¡Iba derecho hacia él! Un Dos Patas iba lanzando insultos por una abertura lateral. Zarpa de Fuego saltó hacia atrás, con las uñas fuera, sacudido por el viento huracanado del monstruo, que pasó rugiendo a sólo un bigote de distancia. Se agazapó en la arena, temblando, y vio cómo el monstruo viraba hasta incorporarse de nuevo al sendero y desaparecía. A pesar del zumbido de la sangre en los oídos, percibió que el Sendero Atronador volvía a estar en paz, y lo atravesó corriendo más deprisa de lo que había corrido en toda su vida.

—¡Pensaba que te habían hecho picadillo! — exclamó Zarpa Gris cuando su amigo llegó disparado y casi lo derribó.

—¡Yo también! —resolló Zarpa de Fuego, intentando dejar de temblar. Se volvió a tiempo de ver cómo Garra de Tigre se dirigía a ellos a todo correr.

—¡Malditos Dos Patas! —espetó el guerrero al llegar a su lado.

—¿Quieres descansar antes de que continuemos? —le preguntó Estrella Azul a Zarpa de Fuego.

El aprendiz levantó la vista. El sol estaba bastante bajo.
—No —respondió—. Me encuentro bien. — Aunque había saltado tan frenéticamente para apartarse de aquel monstruo enloquecido que tenía las patas doloridas e irritadas.
El grupo prosiguió, con Estrella Azul a la cabeza.
Al otro lado del Sendero Atronador, la tierra era más oscura y la hierba resultaba más áspera. Al acercarse al pie de las Rocas Altas, la hierba dio paso a un suelo pedregoso y yermo, salpicado de matas de brezo. La tierra empezó a ascender hacia el cielo. La pendiente estaba coronada por peñas escarpadas, que relucían de color naranja al sol.
Estrella Azul se detuvo una vez más. Escogió para sentarse una roca caldeada por el sol, plana y lo bastante ancha para que los cinco gatos descansaran juntos.
—Mirad —maulló, señalando con la nariz la oscura ladera que había ante ellos—. Boca Materna.
Zarpa de Fuego miró hacia arriba. El fulgor del sol poniente lo cegaba y la ladera estaba envuelta en sombras.
Los gatos esperaron en silencio. Poco a poco, conforme el sol se iba ocultando detrás de las Rocas Altas, Zarpa de Fuego comenzó a distinguir la entrada de la cueva: un agujero negro y cuadrado que se abría sombríamente debajo de una arcada de piedra.
—Aguardaremos aquí hasta que la luna esté más alta —anunció Estrella Azul—. Si tenéis hambre, deberíais cazar; y luego descansad un poco.
Zarpa de Fuego estaba encantado de tener la oportunidad de buscar comida. Ahora se moría de hambre. Era obvio que Zarpa Gris sentía lo mismo, pues se metió de un salto en una mata de brezo, siguiendo el olor a presas que embargaba el aire. Zarpa de Fuego y Cuervo lo imitaron. Garra de Tigre se alejó en dirección opuesta, pero Estrella Azul se quedó donde estaba. Se mantuvo inmóvil y callada, mirando Boca Materna sin pestañear.
Los tres aprendices consiguieron muchas presas. Junto con Garra de Tigre, se acomodaron en la cuesta rocosa para saborear aquel festín.

Pero a pesar de la caza fácil, ninguno habló mucho; el aire estaba cargado de tensión expectante.
Después de comer, los gatos permanecieron junto a su líder hasta que el calor abandonó la roca en que estaban tumbados y las oscuras y frías sombras alcanzaron todos los rincones. Sólo entonces dijo Estrella Azul:
—Vamos. Ha llegado la hora.

15

Estrella Azul se levantó y se dirigió hacia Boca Materna. Garra de Tigre caminaba a su lado, avanzando al mismo ritmo que ella.
—¡Vamos, Cuervo! —llamó Zarpa Gris.
Cuervo continuaba sentado en la roca, mirando fijamente las peñas. Al oír a su amigo, se puso en pie y empezó a seguirlos despacio. Zarpa de Fuego reparó en que Cuervo no había pronunciado apenas una palabra en toda la jornada. «¿Estará preocupado por el Clan de la Sombra, o hay algo más que lo reconcome?», se preguntó.
Sólo tardaron unos momentos en alcanzar Boca Materna. Zarpa de Fuego se detuvo en el umbral y miró al interior. La negrura que había más allá del arco de piedra era más oscura que la noche más nublada. Entornó los ojos, tratando de ver adónde llevaba el túnel, pero no logró distinguir nada.
Junto a él, Zarpa Gris y Cuervo doblaron el cuello nerviosamente junto a la entrada. Incluso Garra de Tigre parecía intranquilo por el negro agujero que se abría ante ellos.
—¿Cómo encontraremos el camino en semejante oscuridad? —preguntó el guerrero.
—Yo sabré el camino —respondió Estrella
Azul—. Sólo debéis seguir mi olor. Cuervo y Zarpa Gris, vosotros os quedaréis de guardia aquí fuera. Zarpa de Fuego, tú nos acompañarás a Garra de Tigre y a mí hasta la Piedra Lunar.
Zarpa de Fuego sintió un estremecimiento de emoción. ¡Qué honor! Miró de reojo a Garra de Tigre. El guerrero tenía la cabeza alzada con audacia, pero el aprendiz pudo detectar un leve olor a miedo procedente de él. Y el olor se volvió más intenso cuando Estrella Azul se internó en la oscuridad.
Garra de Tigre sacudió su poderosa cabeza y fue tras la líder. Zarpa de Fuego los siguió.
Dentro de la cueva, sus ojos no captaron nada. La completa oscuridad resultaba extraña, pero más lo sorprendió descubrir que no estaba

asustado. Su deseo de averiguar qué había más allá era mucho más fuerte.

El aire frío y húmedo le caló el pelaje y los huesos, agarrotándole los músculos. Ni siquiera las noches más gélidas tenían un ambiente tan helado como allí. «Este lugar no ha conocido jamás el calor del sol», pensó, sintiendo el suelo, liso como el hielo, bajo las patas. El aire glacial le llenaba los pulmones cada vez que respiraba, hasta que se sintió mareado.

Siguió a la gata y el guerrero a través de la oscuridad, guiándose tan sólo por el olor y el tacto. Estaban recorriendo un túnel que no dejaba de descender, retorciéndose a un lado y luego a otro. Sus bigotes rozaban las paredes de la caverna, diciéndole dónde avanzar y dónde girar. Su olfato le decía que Garra de Tigre y Estrella Azul iban a sólo un par de colas por delante de él.

Continuaron y continuaron. «¿Cuánto habremos recorrido?», se preguntó el aprendiz. Entonces notó un cosquilleo en los bigotes. El aire que aspiraba parecía más fresco. Olfateó de nuevo, aliviado al percibir el familiar mundo de fuera. Podía oler a turba, presas y el aroma del brezo. Debía de haber un agujero en el techo del túnel.

—¿Dónde estamos? —maulló en la oscuridad.

—Hemos entrado en la gruta de la Piedra Lunar —respondió Estrella Azul dulcemente—. Esperaremos aquí. La luna estará en lo más alto dentro de poco.

Zarpa de Fuego se sentó sobre las patas traseras en el frío suelo de piedra, y esperó. Oía la respiración regular de Estrella Azul, y los agitados jadeos con olor a miedo de Garra de Tigre.

De repente, con un destello más cegador que el sol poniente, la gruta se iluminó. Zarpa de Fuego tenía las pupilas dilatadas al máximo por la negrura del túnel, de modo que cerró los ojos para protegerlos de la fría y blanca luz. A continuación, abrió despacio unas pequeñas rendijas para mirar.

Vio una roca resplandeciente que relucía como hecha de incontables gotas de rocío. ¡La Piedra Lunar! Zarpa de Fuego miró alrededor. A la fría

luz reflejada por la roca logró vislumbrar los extremos en sombras de una gruta de techo alto. En el centro se alzaba la Piedra Lunar, que tenía tres colas de altura.
Estrella Azul estaba mirando hacia arriba, con el pelaje blanco destellando al resplandor de la Piedra Lunar. Incluso el pelaje oscuro de Garra de Tigre se veía de un plateado brillante. Zarpa de Fuego siguió la mirada de la gata líder. En lo alto del techo había una abertura que dejaba ver un estrecho triángulo de cielo nocturno. La luna proyectaba un rayo de luz a través del agujero hasta la Piedra Lunar, haciendo que centelleara como una estrella.
Zarpa de Fuego percibió que el olor a miedo de Garra de Tigre era cada vez más intenso, hasta que resultó abrumador. El aprendiz se sorprendió. ¿Acaso el guerrero podía ver algo allí, algo peligroso? Luego percibió un movimiento y un roce, y oyó las pisadas de Garra de Tigre, que regresaba corriendo a la entrada de la cueva.
—¿Zarpa de Fuego? —La voz de Estrella Azul sonó queda y tranquila.
—Sigo aquí —respondió nervioso. ¿Qué había asustado a Garra de Tigre?—. ¿Estrella Azul? — preguntó al ver que ella no hablaba. Tenía el corazón desbocado, y la sangre le rugía en los oídos.
—Va todo bien, joven guerrero; no temas — murmuró la gata. Su voz lo apaciguó un poco—. Creo que Garra de Tigre se ha visto sorprendido por el poder de la Piedra Lunar. En el mundo de fuera, Garra de Tigre es un guerrero intrépido y poderoso, pero aquí abajo, donde hablan los espíritus del Clan Estelar, un gato necesita un tipo de fuerza diferente. ¿Qué percibes, Zarpa de Fuego?
El aprendiz olfateó el aire y obligó a su cuerpo a relajarse.
—Sólo mi propia curiosidad —admitió.
—Eso está bien —respondió Estrella Azul.
Zarpa de Fuego volvió a mirar la Piedra Lunar. Sus ojos se habían acostumbrado a la luz y ya no estaba deslumbrado. En vez de eso, el resplandor lo sosegaba. Sacudió la cola al recordar su sueño. ¡Aquello era la brillante bola de luz que había visto!
Hechizado, Zarpa de Fuego observó cómo

Estrella Azul subía a la roca y se tumbaba. La gata alargó la cabeza y tocó la Piedra Lunar con la nariz. Sus ojos azules centellearon con su reflejo un momento antes de que los cerrara. Apoyó la cabeza sobre las patas, mientras sus párpados se agitaban y sus patas daban sacudidas ocasionales. «¿Está durmiendo?», se preguntó Zarpa de Fuego. Luego recordó las palabras de Zarpa Gris: «Los nuevos líderes deben dormir cerca de la piedra, y mientras duermen tienen sueños especiales».
El aprendiz esperó. El frío no era tan intenso allí, pero aun así empezó a temblar. No tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido, pero de pronto la roca dejó de brillar. La gruta se sumió de nuevo en la oscuridad. La luna había seguido su camino y estaba fuera de la vista. Lo único que quedaba eran estrellas diminutas que relucían en la negrura.
Zarpa de Fuego distinguía apenas la pálida silueta de su líder, tumbada sobre la Piedra Lunar. Quería llamarla, pero no se atrevía a romper el silencio.
Después de más instantes interminables, Estrella Azul habló:
—¿Zarpa de Fuego? ¿Todavía estás aquí? — Su voz sonaba lejana y agitada.
—Sí, Estrella Azul.
El aprendiz oyó las pisadas de la líder, que se acercaba.
—Deprisa —siseó la gata.
El joven notó cómo pasaba junto a él.
—Debemos regresar al campamento —añadió.
Zarpa de Fuego corrió tras ella, asombrado por la velocidad con que Estrella Azul atravesaba la oscuridad. Siguió su olor a ciegas, recorriendo el túnel hacia arriba, hasta que emergieron sanos y salvos al mundo exterior.
Cuando Estrella Azul y Zarpa de Fuego salieron de la cueva, Garra de Tigre estaba esperando junto a Zarpa Gris y Cuervo. La expresión del guerrero era fría y tenía el pelo algo erizado, pero permanecía inmóvil y digno.
—Garra de Tigre —lo saludó Estrella Azul, pero no mencionó su huida desde las profundidades de la caverna.
El guerrero se relajó un poco.

—¿Qué has averiguado? —preguntó.

—Debemos regresar al campamento de inmediato —respondió la líder.

Zarpa de Fuego vio una mirada de desesperación en los ojos de la gata. Volvió a recordar los horrores de su pesadilla: los gatos que huían; los enormes guerreros oscuros; el ensordecedor aullido de angustia… Procuró desprenderse del frío miedo que le agarrotó los músculos, y siguió a Estrella Azul cuando ésta empezó a bajar la ladera corriendo, junto con los otros, alejándose de Boca Materna. ¿Acaso la visión de su pesadilla estaba a punto de convertirse en realidad?

16

Deshicieron el camino que habían recorrido. La luna había desaparecido detrás de un banco de nubes. Estaba oscuro, pero al menos el Sendero Atronador estaba más tranquilo ahora. El único monstruo que oyeron se hallaba a mucha distancia. Los gatos cruzaron juntos, y se abrieron paso a través del seto del otro lado.

Conforme avanzaban, Zarpa de Fuego notaba los músculos cada vez más entumecidos de cansancio. Estrella Azul mantenía un ritmo rápido, con el morro al frente y la cola bien alta. Garra de Tigre avanzaba a su lado. Zarpa de Fuego los seguía a pocos pasos con Zarpa Gris, pero Cuervo estaba flaqueando.

—¡No te rezagues, Cuervo! —gruñó Garra de Tigre por encima del hombro.

Cuervo se estremeció y se apresuró hasta alcanzar a sus dos amigos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Zarpa de Fuego.

—Sí —respondió Cuervo jadeando, sin mirarlo a los ojos—. Sólo estoy un poco cansado.

Bajaron una profunda zanja y subieron por el otro lado.

—¿Qué ha dicho Garra de Tigre al salir de la cueva? —maulló Zarpa de Fuego, procurando no sonar demasiado curioso.

—Que quería asegurarse de que seguíamos de guardia en la entrada —respondió Zarpa Gris—.

¿Por qué?

Zarpa de Fuego vaciló.

—¿Habéis olido algo extraño en él?

—Sólo a cueva vieja y húmeda —respondió Zarpa Gris, sorprendido.

—Parecía un poco nervioso —aventuró Cuervo.

—¡No era el único! —exclamó Zarpa Gris, mirando a su amigo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cuervo.

—Pues que últimamente cada vez que ves a Garra de Tigre se te eriza el lomo —susurró—. Te has llevado un susto de muerte al verlo salir de la cueva.

—Me ha pillado por sorpresa; eso es todo — protestó Cuervo—. Boca Materna es un poco escalofriante, ¿no crees?

—Supongo que sí —admitió Zarpa Gris.

Los gatos se colaron por debajo de un seto a un maizal, que relucía de color plata a la luz de la luna, y siguieron la acequia que lo bordeaba.

—Bueno, ¿y cómo era por dentro, Zarpa de

Fuego? —quiso saber Zarpa Gris—. ¿Has visto la Piedra Lunar?

—Sí. ¡Es asombrosa! —Sintió un cosquilleo en la piel al recordarlo.

Zarpa Gris le dirigió una mirada de admiración.

—¡Así que es verdad! Es cierto que la roca brilla bajo la tierra.

Zarpa de Fuego no contestó. Cerró los ojos un momento, saboreando la imagen de la Piedra Lunar que lo había deslumbrado. Luego la escena de su pesadilla se le coló en la cabeza, y abrió los ojos de golpe. Estrella Azul tenía razón: debían regresar al campamento tan deprisa como pudieran.

Delante de ellos, Garra de Tigre y Estrella Azul habían salido del maizal atravesando una valla. Los aprendices los siguieron, pasando por debajo de la valla, hasta un camino de tierra. Era el sendero que pasaba por delante de la vivienda de Dos Patas y sus perros. Zarpa de Fuego levantó la vista y vio que Estrella Azul y Garra de Tigre continuaban incansablemente, recortados contra la línea del cielo, teñida de rojo. Pronto empezaría a salir el sol.

—¡Mirad! —les dijo a sus amigos.

Un gato desconocido había saltado ante los dos guerreros.

—¡Es un solitario! —susurró Zarpa Gris.

Los tres aprendices corrieron hacia delante.

El desconocido era un macho robusto de color blanco y negro, más bajo que los guerreros pero bien musculado.

—Éste es Centeno —explicó Estrella Azul a los aprendices cuando llegaron junto a ellos—. Vive cerca de este hogar de Dos Patas.

—¡Hola! —maulló el gato—. No había visto a ninguno de vuestro clan en varias lunas. ¿Cómo estás, Estrella Azul?

—Bien, gracias. ¿Y tú? ¿Cómo va la caza desde la última vez que pasamos por aquí?

—No demasiado mal —respondió Centeno con un brillo amigable en los ojos—. Una cosa buena de los Dos Patas es que siempre encontrarás muchas ratas cerca de ellos. Pareces tener más prisa de lo habitual. ¿Va todo bien?
Garra de Tigre lo miró. Un gruñido resonó desde lo más hondo de su pecho. Zarpa de Fuego percibió que el guerrero recelaba de la curiosidad del solitario.
—No me gusta estar lejos de mi clan demasiado tiempo —respondió la líder.
—Como siempre, estás unida a tu clan como una reina a sus cachorros —observó Centeno, no sin amabilidad.
—¿Qué quieres, Centeno? —le espetó Garra de Tigre.
El solitario le lanzó una mirada de reproche.
—Sólo quería avisaros de que ahora hay dos perros por aquí. Estaréis más seguros si atravesáis el maizal en vez de pasar por delante del patio.
—Ya sabemos lo de los perros. Los hemos visto antes… —respondió Garra de Tigre con impaciencia.
—Te agradecemos la advertencia — interrumpió Estrella Azul—. Gracias, Centeno.
Hasta la próxima…
Centeno sacudió la cola.
—Que tengáis un buen viaje —maulló, alejándose por el sendero.
—Vamos —ordenó Estrella Azul, saliendo del camino.
Cruzó la alta hierba que había entre el sendero y la valla que rodeaba el maizal. Los tres aprendices la siguieron, pero Garra de Tigre vaciló.
—¿Te fías de la palabra de un solitario?
La gata se volvió hacia él.
—¿Preferirías enfrentarte a los perros?
—Al pasar antes por aquí, estaban atados — señaló Garra de Tigre.
—Quizá ahora estén sueltos. Iremos por aquí —zanjó Estrella Azul.
Entró al campo por debajo de la valla. Zarpa de Fuego fue tras ella, seguido de Zarpa Gris y Cuervo y, finalmente, Garra de Tigre.

Para entonces, el sol ya asomaba por el horizonte. En los setos centelleaba el rocío, lo que prometía otro día cálido.
Los gatos avanzaron por el borde de la acequia. Zarpa de Fuego miró el profundo canal, de laterales escarpados y llenos de ortigas. Olía a presas. Había algo familiar en aquel olor amargo, algo que no había olido en mucho tiempo.
Un grito ensordecedor lo hizo volver. Cuervo estaba retorciéndose y arañando la tierra. Algo le había agarrado la pata y lo arrastraba a la acequia.
—¡Ratas! —bufó Garra de Tigre—. ¡Centeno nos ha metido en una trampa!
Antes de que pudieran reaccionar, los cinco gatos estaban rodeados. Enormes ratas surgían de la acequia lanzando chillidos estridentes. Zarpa de Fuego vio sus afilados dientes delanteros, reluciendo a la luz del amanecer.
De repente, una le saltó encima. Un dolor feroz le atravesó el bíceps cuando la rata hundió los dientes en su carne. Otra le atrapó una pata con sus poderosas mandíbulas.
Zarpa de Fuego se tiró al suelo y empezó a revolverse como un loco, tratando de liberarse. Sabía que las ratas no eran tan fuertes como él, pero había muchísimas. Al oír aullidos, siseos y bufidos, supo que los otros también estaban siendo atacados.
Zarpa de Fuego se defendió fieramente con las uñas, cortando a una rata que tenía aferrada a la pata. La bestia se soltó, pero otra le agarró la cola. Tan veloz como el relámpago, impulsado por el miedo y la rabia, el joven gato peleó y derribó a sus atacantes. Volviéndose, hundió los colmillos en la rata que le mordía el hombro. Notó cómo le partía el cuello y cómo su cuerpo quedaba inerte antes de lanzarla al canal.
Soltó un maullido de dolor cuando otra rata le saltó al lomo y le clavó los dientes. Con el rabillo del ojo, vio un destello de pelaje blanco. Se quedó confuso un momento; luego notó que le quitaban la rata de encima. Se volvió y vio a Centeno arrojando la rata a la acequia.

Sin dudar, Centeno miró alrededor y corrió hacia Estrella Azul. La gata estaba retorciéndose en el suelo, cubierta de ratas. En un segundo, Centeno había atrapado a una por el lomo con la facilidad de la práctica. La escupió al suelo y agarró a otra mientras Estrella Azul se debatía debajo de él.

Zarpa de Fuego corrió hacia Zarpa Gris, a quien estaban atacando por ambos lados dos pequeñas ratas. Zarpa de Fuego se abalanzó sobre la más cercana y le dio un mordisco que la mató. Zarpa Gris logró volverse y atravesar a la segunda con sus uñas. Luego la agarró con la boca y la lanzó a la acequia, tan lejos como pudo. No volvió a salir.

—¡Están huyendo! —bramó Garra de Tigre.

Cierto. Las ratas que quedaban estaban regresando a la seguridad de la acequia. Zarpa de Fuego oyó el sonido de sus patas al desaparecer entre las ortigas. Los mordiscos del bíceps y la pata trasera le dolían tremendamente. Se lamió con cuidado el pelo, mojado y salpicado de sangre, cuyo sabor acre se mezclaba con el hedor de las ratas.

Miró alrededor en busca de Cuervo. Zarpa Gris estaba al borde de las ortigas, maullando, mientras Cuervo salía penosamente de la acequia, embarrado y dolorido. De la cola todavía le colgaba una joven rata. Zarpa de Fuego dio un salto y acabó enseguida con ella, mientras Zarpa Gris ayudaba a Cuervo a llegar a lo alto del canal.

Entonces, Zarpa de Fuego buscó con la mirada a Estrella Azul. Vio primero a Centeno, plantado al borde de la acequia, examinando las profundidades en busca de más ratas. Estrella Azul estaba tumbada en el camino. Alarmado, el aprendiz corrió al lado de su líder. El denso pelo gris de su nuca estaba empapado de sangre.

—¿Estrella Azul? —maulló Zarpa de Fuego.

Estrella Azul no contestó.

Un furioso aullido hizo que el joven alzara la vista.

Garra de Tigre saltó sobre Centeno y lo inmovilizó contra el suelo.

—¡Nos has conducido a una trampa! —gruñó.

—¡Yo no sabía que aquí habría ratas! —se defendió Centeno, arañando la tierra con las zarpas al intentar ponerse en pie.

—¿Por qué nos has mandado por este camino?
—siseó Garra de Tigre.
—¡Por los perros!
—Al pasar antes por aquí, ¡los perros estaban atados!
—Los Dos Patas los sueltan por la noche para que guarden su hogar —jadeó Centeno, resollando bajo el peso de las patas del guerrero.
—¡Garra de Tigre! —llamó Zarpa de Fuego—. ¡Estrella Azul está herida!
El guerrero soltó por fin a Centeno. Éste se levantó y se sacudió el polvo de encima. Garra de Tigre corrió al lado de Estrella Azul y olfateó sus heridas.
—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Zarpa de Fuego.
—Ahora está en las manos del Clan Estelar — respondió Garra de Tigre solemnemente, dando un paso atrás.
A Zarpa de Fuego se le pusieron los ojos como platos de la impresión. ¿Acaso Garra de Tigre quería decir que la gata estaba muerta? Se le erizó el pelo al mirar a su líder. ¿Era aquello lo que los espíritus de la Piedra Lunar le habían advertido a Estrella Azul?
Zarpa Gris y Cuervo se les habían unido, y permanecieron junto a su líder, horrorizados. Centeno se quedó atrás, estirando el cuello para ver qué estaba ocurriendo.
Estrella Azul tenía los ojos abiertos pero vidriosos, y su cuerpo gris yacía inmóvil. Ni siquiera parecía respirar.
—¿Está muerta? —susurró Cuervo.
—No lo sé. Debemos esperar a ver —contestó Garra de Tigre.
Los cinco gatos aguardaron en silencio mientras el sol empezaba a ascender en el cielo. Zarpa de Fuego se encontró rezándole al Clan Estelar para que protegiera a su líder y la mandara de nuevo con ellos.
Al cabo la gata se movió. Sacudió la punta de la cola y levantó la cabeza.
—¿Estrella Azul? —maulló Zarpa de Fuego con voz temblorosa.
—Está todo bien —contestó con aspereza—. Sigo aquí. He perdido una vida, pero no era la novena.
A Zarpa de Fuego lo embargó la alegría. Miró a Garra de Tigre, esperando ver alivio en su cara, pero el guerrero se mostró inexpresivo.

—Bien —dijo con voz imperiosa—. Cuervo, recoge telarañas para las heridas de Estrella Azul.

Zarpa Gris, busca caléndula o cola de caballo.

Los dos aprendices salieron disparados.

—Centeno —continuó el guerrero—, creo que ahora deberías dejarnos.

Zarpa de Fuego miró al solitario que había luchado tan valerosamente para ayudarlos. Quería darle las gracias, pero no se atrevió a hacerlo bajo la feroz mirada de Garra de Tigre. En vez de hablar, le dedicó un leve gesto de la cabeza. Centeno pareció entenderlo, porque le devolvió el gesto y se marchó sin pronunciar palabra.

Estrella Azul seguía tumbada en el camino de tierra.

—¿Está todo el mundo bien? —quiso saber con voz ronca.

Garra de Tigre asintió.

Cuervo regresó a todo correr, con una pata delantera envuelta en una gruesa capa de telarañas. —Aquí están —maulló.

—¿Se las pongo en las heridas? —le preguntó

Zarpa de Fuego a Garra de Tigre—. Fauces Amarillas me enseñó a hacerlo.

—Muy bien —aceptó el guerrero. Se alejó para inspeccionar de nuevo la acequia, con las orejas plantadas en busca de ratas.

Zarpa de Fuego desenrolló un trozo de telaraña de la pata de Cuervo y la apretó con firmeza contra las heridas de Estrella Azul.

Ella hizo una mueca de dolor.

—De no haber sido por Garra de Tigre, esas ratas me habrían comido viva —murmuró la gata, con voz tensa por el dolor.

—No es Garra de Tigre quien te ha salvado, sino Centeno —susurró Zarpa de Fuego mientras tomaba más telarañas de Cuervo.

—¿Centeno? —se asombró—. ¿Está aquí?

—Garra de Tigre lo ha despachado — respondió el aprendiz quedamente—. Cree que Centeno nos había metido en una trampa.

—¿Y tú qué crees?

Zarpa de Fuego no levantó la vista, sino que se concentró en aplicar el último pedazo de telaraña en su lugar.

—Centeno es un solitario —maulló por fin—. ¿Qué ganaría mandándonos a una trampa para tener que rescatarnos después?
Estrella Azul bajó la cabeza y cerró los ojos.
Zarpa Gris regresó con cola de caballo. Zarpa de Fuego mascó las hojas y escupió el jugo sobre las heridas de Estrella Azul. Sabía que eso ayudaría a detener la infección, pero aun así deseó que Jaspeada estuviese con él, con todos sus conocimientos y su confianza en las curas.
—Deberíamos descansar mientras Estrella Azul se recupera —dijo Garra de Tigre, acercándose.
—Ni hablar —replicó la gata—. Debemos regresar al campamento. —Entornando los ojos de dolor, se levantó penosamente—. Pongámonos en marcha.
La líder del Clan del Trueno recorrió el linde del campo cojeando. Garra de Tigre iba a su lado, con la cara ensombrecida por pensamientos desconocidos. Los aprendices intercambiaron miradas de inquietud, y luego los siguieron.
—Ha pasado mucho tiempo desde que te vi perder una vida, Estrella Azul —susurró Garra de Tigre, pero Zarpa de Fuego logró oír sus palabras —. ¿Cuántas has perdido hasta ahora?
El joven no pudo evitar sorprenderse por la abierta curiosidad del guerrero.
—Ésta era la quinta —respondió Estrella Azul con calma.
Zarpa de Fuego aguzó el oído, pero Garra de Tigre no hizo ningún comentario más. Siguió andando, perdido en sus pensamientos.

17

El sol llegó a su cénit y luego empezó a descender mientras los gatos atravesaban los antiguos terrenos de caza del Clan del Viento. Su profundo silencio mostraba que aún se resentían de la pelea con las ratas. Zarpa de Fuego notaba arañazos y mordiscos por todas partes. Vio que Zarpa Gris cojeaba, y que de vez en cuando saltaba a tres patas para proteger la que tenía herida. Pero era Estrella Azul quien más lo preocupaba. Ahora el ritmo de la gata era incluso más lento, pero se negaba a parar y descansar. La ceñuda expresión de su cara, ensombrecida de dolor, le decía a Zarpa de Fuego cuánto deseaba llegar al campamento del Clan del Trueno.

—No te preocupes por los guerreros del Clan de la Sombra —maulló Estrella Azul con los dientes apretados cuando Garra de Tigre se detuvo a olfatear el aire—. Hoy no encontrarás ninguno aquí.

Zarpa de Fuego se preguntó cómo podía estar tan segura.

Bajaron cuidadosamente la escarpada pendiente rocosa que llevaba a los Cuatro Árboles, y alcanzaron el sendero familiar que conducía a casa. Empezaba a atardecer, y Zarpa de Fuego empezó a pensar con anhelo en su cama y una buena ración de carne fresca.

—Aún puedo percibir el hedor del Clan de la Sombra —le susurró Zarpa Gris mientras atravesaban los terrenos de caza del Clan del Trueno.

—Quizá lo traiga la brisa desde el territorio del Clan del Viento —sugirió Zarpa de Fuego. Él también lo captaba, y le temblaban los bigotes.

De repente, Cuervo se detuvo.

—¿Oís eso? —maulló en un susurro.

Zarpa de Fuego aguzó el oído. Al principio sólo captó los familiares sonidos del bosque: el susurro de las hojas, la llamada de una paloma… Pero luego se le heló la sangre. En la distancia oyó alaridos sedientos de batalla, y los estridentes chillidos de cachorros aterrorizados.

—¡Rápido! —gritó Estrella Azul—. Es lo que me advirtió el Clan Estelar. ¡Están atacando nuestro campamento!

Trató de dar un salto adelante, pero tropezó. Volvió a incorporarse y avanzó cojeando.

Garra de Tigre y Zarpa de Fuego salieron disparados hombro con hombro. Zarpa Gris y Cuervo los siguieron, con la cola erizada hasta el doble de su tamaño habitual. Zarpa de Fuego se olvidó del dolor mientras corría hacia el campamento. Su única preocupación era proteger al clan. Los sonidos de batalla se tornaron más y más fuertes conforme se acercaban a la entrada del campamento, y el hedor del Clan de la Sombra les saturó el olfato. Zarpa de Fuego iba justo detrás de Garra de Tigre cuando entraron al claro a través del túnel.

Fueron recibidos por una lucha febril. Los gatos del Clan del Trueno combatían furiosamente contra los guerreros del Clan de la Sombra. Los cachorros estaban fuera de la vista, y Zarpa de Fuego esperó que se encontraran a salvo, escondidos en la maternidad. Supuso que los veteranos más débiles se habrían refugiado dentro del tronco hueco de su árbol caído.

Todos los rincones del campamento parecían repletos de guerreros. Zarpa de Fuego vio a Escarcha y Flor Dorada, arañando y mordiendo a un enorme macho gris. Incluso la joven reina Pecas estaba peleando, aunque le faltaba poco para dar a luz. Cebrado estaba enzarzado en una fiera lucha con un guerrero negro. Tres de los veteranos, Orejitas, Centón y Tuerta, mordían valerosamente a una gata parda que peleaba con el doble de fuerza y ferocidad que ellos.

Los recién llegados se incorporaron al combate de inmediato. Zarpa de Fuego atrapó a una guerrera atigrada, más grande que él, y le hundió los colmillos en la pata. Ella gritó de dolor y se revolvió, arremetiendo con las afiladas uñas y abalanzándose sobre su cuello con la boca abierta. Zarpa de Fuego se retorció y agachó para evitar el mordisco. La gata no podía igualar su velocidad, de modo que él la agarró por detrás y la tiró al suelo. Le clavó las uñas de sus potentes patas traseras en el lomo, hasta que la gata chilló y consiguió zafarse, tras lo cual huyó hacia el denso sotobosque que rodeaba el campamento.

Zarpa de Fuego miró alrededor y vio que Estrella Azul había llegado. Pese a sus heridas, estaba luchando con un guerrero atigrado. Era la primera vez que el aprendiz la veía pelear; incluso estando herida, era una

oponente poderosa. Su contrincante trataba de escapar, pero ella lo aferraba con tal fuerza y le hundía las uñas con tal furia, que estaba claro que el atigrado luciría las cicatrices de aquella batalla durante muchas lunas.

Entonces vio a un gato del Clan de la Sombra, blanco y con enormes patas negras, sacando a rastras a una veterana de la maternidad. Zarpa de Fuego recordó aquellas insólitas patas de la Asamblea. ¡Patas Negras! El lugarteniente del Clan de la Sombra no se entretuvo mucho en matar a la veterana que había estado protegiendo a los cachorros, y se dispuso a entrar de nuevo en el nido del zarzal. Los gatitos chillaban, indefensos, ahora que sus madres se debatían con otros guerreros del Clan de la Sombra en el claro.

Zarpa de Fuego se preparó para correr hacia la maternidad, pero una garra le rajó dolorosamente el costado. Al volverse, vio que una escuálida gata parda saltaba sobre él. Mientras caía al suelo, intentó avisar a otros miembros de su clan de que los cachorros estaban en peligro. Luchando con todas sus fuerzas para escapar de las garras de la guerrera, giró la cabeza para ver el refugio del zarzal.

Patas Negras ya había sacado a dos crías de su lecho, y se disponía a sacar a una tercera.

Zarpa de Fuego no pudo ver más cuando la gata parda le arañó la barriga. El aprendiz logró volverse y se agachó, como vencido. Ese truco había funcionado en otras ocasiones, y también funcionó en aquélla. Cuando la gata lo agarró triunfalmente y estaba a punto de clavarle los colmillos en el cuello, él saltó hacia arriba con toda la potencia que pudo y se quitó de encima a la guerrera. Luego se abalanzó de inmediato sobre ella. Esa vez no mostró compasión al darle un profundo mordisco en el bíceps. Después de eso, la gata huyó aullando a la maleza.

Zarpa de Fuego se levantó y fue corriendo a la maternidad. Asomó la cabeza por la entrada. No se veía a Patas Negras por ningún lado. Dentro del refugio, inclinada sobre los aterrorizados cachorros, estaba Fauces Amarillas. Tenía el pelo manchado de sangre, y un ojo penosamente

hinchado. La gata alzó la vista con un furioso bufido, pero al descubrir que era Zarpa de Fuego, maulló:
—Los pequeños están bien. Yo los protegeré.
Zarpa de Fuego observó cómo la vieja gata tranquilizaba a los desamparados cachorros, y recordó la horrible advertencia de Estrella Rota sobre la desertora del Clan de la Sombra. No tenía tiempo de pensar en eso. Tendría que confiar en Fauces Amarillas. Asintió brevemente y volvió a salir entre las zarzas.
En el campamento ya sólo quedaban unos pocos guerreros del Clan de la Sombra. Cuervo y Zarpa Gris estaban peleando juntos, atacando a un macho negro hasta que se marchó aullando por los arbustos. Tormenta Blanca y Cebrado echaron a los dos últimos intrusos, con una ración extra de zarpazos y mordiscos.
Zarpa de Fuego se sentó, exhausto, y miró alrededor. El campamento estaba arrasado. El claro estaba salpicado de sangre, y mechones de pelo rodaban sobre la tierra. El muro de maleza que rodeaba el recinto estaba destrozado por donde habían irrumpido los invasores.
Uno por uno, los gatos del Clan del Trueno se reunieron bajo la Peña Alta. Zarpa Gris fue a sentarse junto a Zarpa de Fuego, resollando y sangrando por una oreja desgarrada. Cuervo se dejó caer y empezó a lamerse una herida de la cola. Las reinas corrieron a la maternidad para ver cómo estaban sus pequeños. Zarpa de Fuego esperó tenso a que salieran, pues otros gatos le tapaban la visión. Se relajó al oír gritos y ronroneos de alegría procedentes del refugio del zarzal.
Escarcha se abrió paso entre la multitud, seguida por Fauces Amarillas. La reina blanca se adelantó para dirigirse a los presentes:
—Nuestros cachorros están sanos y salvos gracias a Fauces Amarillas. Un guerrero del Clan de la Sombra ha matado a la valerosa Rosal y estaba intentando llevarse a los pequeños, pero Fauces Amarillas se ha enfrentado a él y lo ha ahuyentado.
—Además, no era un guerrero común y corriente del Clan de la Sombra —intervino Zarpa de Fuego, decidido a que su clan supiera cuánto le debían a Fauces Amarillas—. Yo lo he visto. Se trataba de Patas Negras.

—¡El lugarteniente del Clan de la Sombra! — exclamó Pecas, que había peleado tan agriamente para proteger a las crías que llevaba en su vientre.
Hubo un movimiento en el borde del grupo cuando Estrella Azul avanzó cojeando y se encaminó a los aprendices. Su expresión seria bastó para que Zarpa de Fuego supiera que algo iba mal.
—Jaspeada está con Corazón de León — murmuró la líder—. Lo han herido en la batalla. Tiene mal aspecto. —Señaló con la cabeza una sombra en el extremo más alejado de la Peña Alta, donde yacía el guerrero, un bulto inmóvil de pelaje dorado y lleno de polvo.
Un estridente alarido brotó de la garganta de Zarpa Gris mientras corría hacia Corazón de León. Jaspeada, que estaba inclinada sobre el lugarteniente del Clan del Trueno, retrocedió para que el joven aprendiz compartiera lenguas con su mentor por última vez. Mientras el aullido de dolor de Zarpa Gris resonaba por todo el claro, Zarpa de Fuego se estremeció y se le heló la sangre. ¡Era el grito que había oído en su sueño! La cabeza le dio vueltas un momento; luego se sacudió para recobrarse. Debía mantener la calma en atención a Zarpa Gris.
Miró a Estrella Azul, que le hizo un gesto de asentimiento, y entonces fue a reunirse con su amigo al lado de la Peña Alta. Se detuvo un instante junto a Jaspeada.
La curandera parecía exhausta, y tenía la mirada cegada de dolor.
—Ahora no puedo ayudar a Corazón de León —declaró quedamente—. Va de camino a unirse al Clan Estelar.
Pegó su cuerpo al de Zarpa de Fuego, quien se sintió reconfortado por el contacto de su cálida piel.
Los otros gatos observaron en silencio mientras el sol iba poniéndose poco a poco por detrás de los árboles. Al final, Zarpa Gris se incorporó y gritó:
—¡Se ha ido!
Volvió a echarse junto al cuerpo de Corazón de León y apoyó la cabeza en las patas delanteras. El resto del clan se acercó silenciosamente para cumplir con sus propios rituales de duelo por su amado lugarteniente.

Zarpa de Fuego se les unió. Lamió el cuello de Corazón de León y murmuró:
—Gracias por tu sabiduría. Me has enseñado muchísimo.
Luego se sentó junto a Zarpa Gris y empezó a lamerle las orejas con dulzura.
Estrella Azul esperó a que se hubiesen ido todos los gatos antes de aproximarse suavemente. Zarpa Gris no pareció reparar siquiera en la presencia de su líder. Zarpa de Fuego miró hacia otro lado mientras Estrella Azul le dirigía sus últimas palabras a su viejo amigo.
—Oh, ¿qué voy a hacer sin ti, Corazón de León? —susurró.
Después, regresó cojeando a su guarida y se tumbó en la entrada, con la mirada fija en la distancia, hundida por la tristeza. Ni siquiera intentó lavarse la sangre apelmazada de su piel. Era la primera vez que Zarpa de Fuego la veía completamente derrotada, y sintió que lo recorría un escalofrío.
Permaneció con Zarpa Gris y Corazón de León hasta que la luna estuvo bien alta. Cuervo se le unió, y juntos acompañaron a su afligido amigo. Garra de Tigre se acercó a compartir lenguas con Corazón de León brevemente. Zarpa de Fuego esperaba oír qué palabras iba a dedicarle a su amigo guerrero, pero Garra de Tigre guardó silencio mientras lamía el pelo enmarañado. Para extrañeza del aprendiz, los ojos del atigrado parecían fijarse más en Cuervo que en el difunto lugarteniente.
Jaspeada se dedicó a recorrer el campamento, ocupándose de las heridas y los nervios destrozados. Zarpa de Fuego vio que se acercaba dos veces a Estrella Azul, pero en ambas ocasiones la líder la mandó a encargarse de los demás. Sólo cuando Jaspeada hubo atendido a todos los heridos, Estrella Azul le permitió que curara sus mordiscos y zarpazos.
Al acabar, Jaspeada se dirigió a su guarida. Estrella Azul se puso en pie y se encaminó despacio a la Peña Alta. Los gatos del clan parecían estar esperándola. En cuanto ella se instaló en su lugar habitual, todos empezaron a reunirse en el claro de abajo, insólitamente callados y con rostro sombrío.

Zarpa de Fuego y Cuervo se levantaron a duras penas y se unieron a los demás, dejando a Zarpa Gris junto al cuerpo de Corazón de León. El aprendiz gris seguía tumbado con la nariz pegada al pelaje dorado de su mentor, que iba enfriándose. Zarpa de Fuego supuso que Estrella Azul disculparía a Zarpa Gris en la reunión del clan.
—La luna está casi en lo alto —maulló Estrella Azul mientras Zarpa de Fuego se situaba al lado de Cuervo—. Y una vez más es mi obligación… demasiado pronto… nombrar al nuevo lugarteniente del Clan del Trueno. —Tenía la voz cansada y quebrada por la tristeza.
Zarpa de Fuego fue mirando a todos los guerreros. Todos observaban expectantes a Garra de Tigre. Incluso Tormenta Blanca se había vuelto a mirar al atigrado oscuro. Por la audaz expresión de su rostro y el modo en que movía los bigotes de ilusión, Garra de Tigre parecía estar de acuerdo con ellos.
Estrella Azul respiró hondo y continuó:
—Pronuncio estas palabras delante del cuerpo de Corazón de León, para que su espíritu pueda oír y aprobar mi decisión. —Vaciló—. No he olvidado al gato que vengó la muerte de Cola Roja y nos trajo su cuerpo. Ahora el Clan del Trueno necesita su intrépida lealtad incluso más. —Estrella Azul hizo otra pausa, y luego maulló el nombre, alto y claro—: Garra de Tigre será el nuevo lugarteniente del Clan del Trueno.
Hubo un aullido de aprobación; las voces más altas pertenecían a Cebrado y Rabo Largo.
Tormenta Blanca permaneció tranquilo, con los ojos cerrados y la cola enroscada alrededor de las patas. Asintió despacio de manera aprobatoria.
Garra de Tigre alzó la barbilla orgullosamente, escuchando los gritos del clan con los ojos entornados. Luego se abrió paso entre la multitud, aceptando elogios con breves gestos de la cabeza, y saltó a la Peña Alta junto a Estrella Azul.
—¡Clan del Trueno! —aulló—. Es un gran honor aceptar el puesto de lugarteniente del clan. Nunca había esperado obtener tan alto rango, pero, por el espíritu de Corazón de León, juro serviros lo mejor que

pueda. —Bajó la cabeza solemnemente, observando a la multitud con sus enormes ojos amarillos, y luego bajó de un salto de la Peña Alta.

A su lado, Zarpa de Fuego oyó que Cuervo murmuraba con voz ahogada:

—¡Oh, no!

Se volvió para mirar a su amigo con curiosidad.

Cuervo estaba cabizbajo.

—¡Estrella Azul no debería haberlo elegido! —dijo entre dientes.

—¿Estás hablando de Garra de Tigre? — susurró Zarpa de Fuego.

—Él ha querido ser lugarteniente desde que se ocupó de Cola Roja… —Cuervo se detuvo bruscamente.

—¿Se ocupó de Cola Roja? —repitió Zarpa de Fuego.

De repente, pasaron muchas preguntas por su mente. ¿Qué sabía Cuervo? En la Asamblea, ¿su relato de la batalla con el Clan del Río había sido reflejo de la realidad? ¿Era Garra de Tigre responsable de la muerte de Cola Roja?

18

—¿Estás contándole a Zarpa de Fuego cómo protegí a Cola Roja?

Zarpa de Fuego sintió que un escalofrío le erizaba la nuca.

Cuervo se volvió de golpe, con los ojos dilatados de miedo. Garra de Tigre se erguía sobre ellos, mostrando los dientes con un gruñido amenazador. Zarpa de Fuego dio un salto y se encaró al nuevo lugarteniente.

—¡Cuervo sólo estaba diciendo que ojalá hubieses cuidado también de Corazón de León; eso es todo! —exclamó, pensando con rapidez.

Garra de Tigre paseó la mirada de uno a otro, y luego se alejó en silencio. Los ojos verdes de Cuervo se ensombrecieron de terror y empezó a temblar.

—¿Cuervo? —maulló Zarpa de Fuego alarmado.

Pero Cuervo ni siquiera lo miró. Con la cabeza gacha, se escabulló hasta donde estaba Zarpa Gris y se tumbó junto a su amigo, pegando su delgado cuerpo al denso pelaje de Zarpa Gris, como si de repente tuviese frío.

Zarpa de Fuego miró con impotencia a sus dos amigos, apretujados junto al cadáver de Corazón de León. Sin saber qué más hacer, se acercó y se instaló junto a ellos, preparado para pasar la noche a la intemperie.

Conforme la luna se desplazaba sobre sus cabezas, otros gatos se unieron a su vigilia. Estrella Azul fue la última en llegar, una vez que el campamento estuvo tranquilo y silencioso. La líder no dijo nada, pero se sentó un poco retirada, contemplando a su lugarteniente muerto con una expresión de pesar tan insoportable que Zarpa de Fuego tuvo que apartar la vista.

Al amanecer, un grupo de veteranos llegó para llevarse el cuerpo de Corazón de León al lugar de los enterramientos. Zarpa Gris los siguió para ayudar a cavar el agujero donde descansaría el gran guerrero.

Zarpa de Fuego bostezó y se desperezó. Sintió que estaba helado hasta los huesos. La estación de la caída de la hoja no quedaba lejos, y el bosque estaba cubierto de niebla, pero por encima de las hojas más altas, el joven gato vio un rosado cielo matinal. Observó cómo Zarpa Gris

desaparecía por el sotobosque empapado de rocío junto con los veteranos.
Cuervo se puso en pie de un salto y corrió al dormitorio de los aprendices. Zarpa de Fuego lo siguió despacio. Para cuando llegó, Cuervo estaba enroscado, con la nariz debajo de la cola, como si durmiera.
Zarpa de Fuego estaba demasiado agotado para hablar. Dio unas vueltas sobre su lecho de musgo y se acomodó para un largo sueño.
—¡Despertad!
Zarpa de Fuego oyó que la voz de Polvoroso los llamaba desde la entrada de la guarida. Abrió los ojos. Cuervo ya estaba despierto, sentado muy derecho y con las orejas erguidas. Zarpa Gris se removió junto a él. A Zarpa de Fuego lo sorprendió ver la familiar figura gris. Ni siquiera lo había oído regresar tras el entierro de Corazón de León.
—Estrella Azul ha convocado otra reunión — les anunció Polvoroso, y se marchó entre los helechos.
Los tres aprendices abandonaron la calidez del dormitorio. El sol ya había pasado lo más alto y el aire parecía más frío que antes. Zarpa de Fuego se estremeció, y oyó que le rugía el estómago. No recordaba cuál era la última vez que había comido, y se preguntó si ese día tendría ocasión de cazar.
Los tres amigos se apresuraron a unirse a los demás junto a la Peña Alta. Garra de Tigre estaba hablando desde su puesto junto a Estrella Azul.
—Durante la batalla, nuestra líder perdió otra vida. Ahora sólo le quedan cuatro de sus nueve vidas, de modo que voy a nombrar una guardia personal que permanezca a su lado constantemente. Ningún gato podrá acercarse a Estrella Azul a menos que los guardias estén presentes. —Sus ojos ámbar miraron a Cuervo, y luego al resto de los reunidos—. Cebrado y Rabo Largo —continuó, dirigiendo la mirada a los dos guerreros—: vosotros seréis los guardias de Estrella Azul.
Cebrado y Rabo Largo asintieron de manera rimbombante, y alzaron más la cabeza.
Entonces habló Estrella Azul. Su voz sonó dulce y tranquilizadora tras el aullido autoritario de su lugarteniente.

—Gracias, Garra de Tigre, por tu lealtad. Pero
el clan debe saber que puede seguir contando conmigo. Ningún gato debería dudar en acercarse a mí, y me complace hablar con cualquiera, con o sin mis guardias. —Lanzó una breve mirada en dirección a Garra de Tigre—. Como dice el código guerrero, la seguridad del clan es más importante que la seguridad de uno solo de sus miembros. —Hizo una pausa, y sus ojos azul cielo se posaron brevemente sobre Zarpa de Fuego—. Y ahora, deseo invitar a Fauces Amarillas a unirse al Clan del Trueno.

Algunos de los guerreros lanzaron maullidos de asombro. Estrella Azul miró a Escarcha, la cual asintió para mostrar su conformidad. Las otras reinas guardaron silencio.

—Sus actos de anoche demostraron que es valiente y leal —continuó Estrella Azul—. Si así lo desea, será bienvenida como miembro de pleno derecho de este clan.

Desde donde estaba, al borde de la multitud, Fauces Amarillas miró a la líder del clan y murmuró:

—Me siento muy honrada, Estrella Azul, y acepto tu oferta.

—Bien —respondió Estrella Azul con voz firme, como si el asunto quedara zanjado.

Zarpa de Fuego ronroneó de contento y se restregó contra Zarpa Gris. Lo sorprendió cuánto significaba para él que Estrella Azul hubiera hecho una demostración pública de confianza en Fauces Amarillas.

La líder empezó a hablar de nuevo:

—Anoche logramos defendernos contra el Clan de la Sombra, pero seguimos estando bajo una gran amenaza. Los trabajos de reparación que hemos iniciado esta mañana continuarán. Nuestras fronteras serán patrulladas constantemente. No debemos dar por hecho que la guerra ha terminado.

Garra de Tigre se levantó, con la cola bien erguida, y miró ceñudo a los gatos reunidos.

—El Clan de la Sombra nos atacó mientras estábamos lejos del campamento —gruñó—. Escogieron bien el momento. ¿Cómo sabían

que el campamento estaba tan desprotegido? ¿Acaso tienen ojos dentro de nuestro clan?
Zarpa de Fuego se quedó helado de espanto cuando Garra de Tigre clavó sus fríos ojos en Cuervo. Algunos gatos siguieron la mirada del nuevo lugarteniente y observaron perplejos al aprendiz negro. Cuervo bajó la vista al suelo y movió las patas nerviosamente.
—Aún tenemos tiempo hasta la puesta de sol —prosiguió Garra de Tigre—. Debemos concentrarnos en reconstruir el campamento. Mientras tanto, si sospecháis algo, o de alguien, decídmelo. Os garantizo que todo lo que digáis contará con la máxima discreción.
Hizo un gesto con la cabeza para dar la reunión por concluida, y luego se volvió y empezó a murmurarle algo a Estrella Azul.
Los gatos se separaron y empezaron a moverse por el campamento, para valorar los daños y formar grupos de trabajo.
—¡Cuervo! —lo llamó Zarpa de Fuego, todavía conmocionado por la oscura insinuación de Garra de Tigre de que el aprendiz negro había traicionado al clan.
Pero Cuervo ya se había alejado. Zarpa de
Fuego vio que se ofrecía a ayudar a Medio Rabo y Tormenta Blanca, antes de salir corriendo a recoger ramitas para remendar los agujeros del muro defensivo. Era evidente que Cuervo no quería hablar.
—Vayamos a ayudarlo —sugirió Zarpa Gris. Tenía la voz débil y cansada, y los ojos apagados.
—Ve tú. Yo iré dentro de un momento — respondió Zarpa de Fuego—. Primero quiero hablar con Fauces Amarillas, para ver cómo se encuentra tras su pelea con Patas Negras.
Buscó a la vieja curandera en su lecho junto al árbol caído. Estaba acostada en las sombras, con la mirada pensativa.
—Zarpa de Fuego —ronroneó al verlo—. Me alegro de que hayas venido.
—Quería asegurarme de que estabas bien.
—Las antiguas costumbres perviven más que los antiguos olores, ¿eh? —maulló Fauces
Amarillas, con un destello de su viejo espíritu.

—Supongo —respondió Zarpa de Fuego—.
¿Cómo te sientes?
—Esta vieja herida me está dando la lata de nuevo, pero estaré bien.
—¿Cómo te las arreglaste para echar a Patas Negras? —preguntó el joven, incapaz de ocultar la admiración en su voz.
—Patas Negras es fuerte, pero no es un luchador inteligente. Pelear contigo supuso un desafío mayor.
Zarpa de Fuego buscó un brillo de ironía en los ojos de la vieja gata, pero no lo encontró. —Conozco a Patas Negras desde que era un cachorro — prosiguió Fauces Amarillas—. No ha cambiado: es un matón, pero no tiene cerebro.
Zarpa de Fuego se sentó a su lado.
—No me sorprende que Estrella Azul te haya invitado a unirte a nuestro clan —ronroneó—. Lo cierto es que anoche demostraste tu lealtad.
Fauces Amarillas sacudió la cola.
—Quizá un gato verdaderamente leal habría luchado al lado del clan en que se crió.
—Pero ¡entonces yo estaría luchando por mis Dos Patas! —señaló Zarpa de Fuego.
Fauces Amarillas le lanzó una mirada de admiración.
—Bien dicho, jovencito. Pero, claro, tú siempre has usado la cabeza.
Zarpa de Fuego sintió que la pena le atravesaba el corazón, pues recordó que ésas eran también las palabras de Corazón de León.
—¿Echas de menos al Clan de la Sombra? —
le preguntó a Fauces Amarillas.
La gata parpadeó despacio.
—Echo de menos el antiguo Clan de la Sombra —maulló por fin—. Como era antes.
—¿Antes de que Estrella Rota se convirtiera en líder? —Zarpa de Fuego sentía curiosidad.
—Sí —admitió Fauces Amarillas quedamente —. Él cambió el clan. — Soltó una carcajada asmática—. Sabía dar un buen discurso. Si se empeñaba, podía hacer que creyeras que un ratón era un conejo. Quizá

por eso estaba tan ciega ante sus errores. —La vieja gata se quedó mirando ante sí, perdida en sus recuerdos.
—¿A que no adivinas quién es el nuevo curandero del Clan de la Sombra? —preguntó Zarpa de Fuego, acordándose de pronto de lo que había sabido en la Asamblea. Ahora se le antojaba que hacía lunas de eso.
Sus palabras parecieron devolver al presente a Fauces Amarillas.
—¿No será Nariz Inquieta? —maulló.
—¡Sí!
La gata sacudió la cabeza.
—Pero ¡si ni siquiera es capaz de curar su resfriado crónico!
—¡Eso es lo que dijo Zarpa Gris!
Ronronearon juntos un momento, divertidos.
Luego Zarpa de Fuego se puso en pie.
—Ahora te dejaré descansar. Llámame si necesitas algo.
Fauces Amarillas levantó la cabeza.
—Antes de irte, Zarpa de Fuego, he oído que tuviste una pelea con ratas. ¿Te hicieron sangre?
—Sí, pero está todo bien. Jaspeada me trató las heridas con caléndula.
—En ocasiones, la caléndula no es lo bastante fuerte para los mordiscos de rata. Ve a buscar una mata de ajo silvestre y revuélcate en ella. Creo que hay una no muy lejos de la entrada del campamento. Te sacará todo el veneno que las ratas puedan haber dejado. Aunque —añadió burlona— quizá tus compañeros de cuarto no me agradezcan el consejo.
—Bien, lo haré. ¡Gracias, Fauces Amarillas! —ronroneó Zarpa de Fuego.
—Ve con cuidado, joven. —La gata le sostuvo la mirada un momento, y luego apoyó la cabeza en las patas delanteras y cerró los ojos.
Zarpa de Fuego se deslizó bajo las ramas que rodeaban el nido de Fauces Amarillas y se encaminó al túnel de aulagas, en busca del ajo silvestre. El sol estaba empezando a ponerse, y oyó cómo las reinas acomodaban a los cachorros para la noche.
—¿Adónde crees que vas? —gruñó una voz desde las sombras. Era Cebrado.
—Fauces Amarillas me ha dicho que saliera

a…
—¡Tú no vas a aceptar órdenes de esa desertora! —siseó el guerrero—. Ve a ayudar con las reparaciones. ¡Ningún gato abandonará el campamento esta noche! —Sacudió la cola de un lado a otro.
—Sí, Cebrado —maulló Zarpa de Fuego, bajando la cabeza sumisamente. Luego se volvió y mascculló para sí—: ¡Atontado!
Se encaminó al perímetro del campamento, donde encontró a Zarpa Gris y Cuervo, atareados rellenando un gran agujero en el muro vegetal.
—¿Cómo está Fauces Amarillas? —le preguntó Zarpa Gris al verlo llegar.
—Está bien. Me ha dicho que el ajo silvestre sería bueno para las mordeduras de rata. Iba de camino a buscarlo, pero Cebrado me ha ordenado que me quedase en el campamento.
—¿Ajo silvestre? —maulló Zarpa Gris—. A mí no me importaría probarlo. Todavía me duele la pierna.
—Podría escabullirme y traer un poco —se ofreció Zarpa de Fuego. Estaba resentido por el brusco trato de Cebrado, y apreció la oportunidad de burlarlo—. Nadie se daría cuenta si salgo por este agujero de aquí. No me costará ni dos saltos de conejo.
Cuervo arrugó el entrecejo, pero Zarpa Gris asintió.
—Nosotros te cubriremos —susurró.
Zarpa de Fuego le frotó el hocico en agradecimiento y saltó por el hueco abierto en el muro defensivo.
Una vez fuera del campamento, se encaminó a la mata de ajo silvestre; su intenso olor le dijo enseguida dónde encontrarlo. La luna iba alzándose en el cielo violeta mientras el sol se hundía en el horizonte. Una brisa fría alborotó el pelo de Zarpa de Fuego. De pronto, captó en el viento una esencia a gato. Olfateó cuidadosamente. ¿El Clan de la Sombra? No; sólo Garra de Tigre y otros dos gatos. Volvió a olisquear el aire. ¡Cebrado y Rabo Largo! ¿Qué estaban haciendo allí?
Lleno de curiosidad, el aprendiz se agazapó. Avanzó sigilosamente a través de la maleza, paso a paso, manteniéndose con el viento de cara para que no lo descubriesen. Los guerreros se hallaban a la sombra de

una mata de helechos, con las cabezas muy juntas. Zarpa de Fuego no tardó en estar lo bastante cerca para oír lo que decían.

—El Clan Estelar sabe que mi aprendiz no era demasiado prometedor desde el principio, pero ¡nunca habría esperado que se convirtiera en un traidor! —gruñó Garra de Tigre.

A Zarpa de Fuego se le dilataron los ojos y sintió un hormigueo de asombro. ¡Parecía que Garra de Tigre pretendía hacer algo más que insinuar que Cuervo había traicionado al clan!

—¿Cuánto dices que Cuervo estuvo desaparecido en vuestro viaje a la Piedra Lunar? —preguntó Cebrado.

—Lo suficiente para haber ido al campamento del Clan de la Sombra y regresar luego —fue la amenazadora respuesta del lugarteniente.

A Zarpa de Fuego se le erizó el pelo de la cola de rabia. «¡Eso es imposible! —pensó—. ¡Cuervo estuvo con nosotros todo el tiempo!».

Entonces sonó la voz de Rabo Largo, aguda y vehemente:

—Debió de contarles que la líder del Clan del Trueno y su guerrero más fuerte habían abandonado el campamento. ¿Por qué si no atacaron cuando lo hicieron?

—Somos el último clan que le planta cara al Clan de la Sombra. Debemos permanecer fuertes —ronroneó Garra de Tigre. Su tono se había vuelto aterciopelado. Aguardó una respuesta en silencio.

Fue Cebrado quien la dio, ansioso, como si aún fuera aprendiz de Garra de Tigre, dando la respuesta correcta a una pregunta sobre técnicas de caza. Sus palabras dejaron a Zarpa de Fuego sin aliento y horrorizado.

—Y el clan estaría mejor sin un traidor como Cuervo.

—Tengo que decir que estoy de acuerdo contigo, Cebrado —murmuró Garra de Tigre, con la voz embargada de emoción—. Incluso aunque se trate de mi propio aprendiz… —No terminó la frase, como si estuviera demasiado pesaroso para seguir.

Zarpa de Fuego ya había oído bastante. Olvidándose del ajo silvestre, dio media vuelta y regresó al campamento tan sigilosamente y deprisa como pudo.

Decidió no contarle a Cuervo lo que había oído, porque se quedaría aterrorizado. Pensó con rapidez. ¿Qué podía hacer? Garra de Tigre era el lugarteniente del clan, un gran guerrero, y muy popular entre los demás gatos. Nadie iba a prestar atención a las acusaciones de un aprendiz. Pero Cuervo se hallaba en un terrible peligro. Zarpa de Fuego trató de recuperarse para pensar con claridad. Sólo había una cosa que hacer: debía contarle a Estrella Azul lo que había oído, ¡y convencerla de algún modo de que estaba diciendo la verdad!

19

Zarpa Gris y Cuervo seguían remendando el agujero cuando Zarpa de Fuego regresó. Sus amigos le habían dejado un hueco lo bastante ancho para que pudiera colarse de nuevo en el campamento.

—No ha habido suerte con el ajo —jadeó al entrar—. Cebrado está merodeando por ahí fuera.

—No importa —replicó Zarpa Gris—.

Podemos conseguirlo mañana.

—Yo iré a pedirle a Jaspeada algo de adormidera para ti —se ofreció Zarpa de Fuego. Le preocupaba la mirada opaca de su amigo y que sus músculos parecieran agarrotados de dolor.

—No, no te molestes —maulló Zarpa Gris—. Estaré bien.

—No es ninguna molestia —insistió, y antes de que su amigo pudiera discutírselo, se encaminó a la guarida de la curandera.

Jaspeada estaba dando vueltas por su claro, con los ojos empañados de desdicha.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Zarpa de Fuego.

—Los espíritus del Clan Estelar están inquietos. Creo que intentan decirme algo — respondió, sacudiendo la cola con desasosiego—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Creo que a Zarpa Gris lo ayudaría tomar semillas de adormidera para su pata —explicó el aprendiz—. Los mordiscos de rata siguen doliéndole.

—La pena por haber perdido a Corazón de León hará que sus heridas lo incomoden más. Pero mejorará con el tiempo; no te preocupes. Mientras tanto, tienes razón, las semillas de adormidera lo ayudarán.

Jaspeada entró en su guarida y sacó una flor seca de adormidera. La depositó cuidadosamente en el suelo.

—Sólo tienes que sacudirla para que caigan una o dos semillas, y dáselas a tu amigo —indicó.

—Gracias —maulló Zarpa de Fuego—.

¿Seguro que te encuentras bien?

—Ve a ver a tu amigo —respondió ella, evitando su mirada.

Zarpa de Fuego recogió la flor seca entre los dientes y se encaminó a la salida.

—Espera —susurró Jaspeada de repente.

El aprendiz se volvió, expectante, y se encontró con la mirada ámbar de la curandera. Ella lo miró con ojos ardientes.

—Zarpa de Fuego —musitó—. El Clan Estelar me habló hace muchas lunas, antes de que tú te unieras al clan. Tengo la sensación de que ahora ellos quieren que te cuente esto. Dijeron que sólo el fuego puede salvar a nuestro clan.

El joven la miró desconcertado. El extraño ardor se desvaneció de los ojos de la curandera.

—Ten cuidado, Zarpa de Fuego —maulló

Jaspeada con su voz normal, y le dio la espalda.

—Hasta luego —contestó él vacilante.

Volvió a atravesar el túnel de helechos. Las extrañas palabras de Jaspeada resonaron en su mente, pero no les veía ningún sentido. ¿Por qué se lo habría contado? El fuego era indudablemente enemigo de todo lo que vivía en el bosque. Sacudió la cabeza, frustrado, y se encaminó al dormitorio de los aprendices.

—¡Zarpa Gris! —susurró al oído de su amigo dormido.

Les habían permitido descansar toda la mañana, después de haber trabajado en las reparaciones la mayor parte de la noche. Garra de Tigre les había ordenado que estuviesen listos para empezar el entrenamiento cuando el sol estuviese en lo más alto. La intensa luz amarilla que se filtraba hasta el dormitorio le dijo a Zarpa de Fuego que ya casi era la hora.

Había pasado una noche intranquila. Cada vez que caía dormido, se le mezclaban sueños en la mente, confusos y vagos, pero llenos de oscuridad y amenaza.

—¡Zarpa Gris! —repitió.

Pero su amigo no se movió. Se había tomado dos semillas de adormidera antes de acostarse, y ahora estaba sumido en un profundo sueño.

—¿Estás despierto, Zarpa de Fuego? — preguntó Cuervo desde su sitio.

Zarpa de Fuego maldijo para sus adentros, pues tenía previsto hablar con Zarpa Gris antes de que Cuervo se despertara.
—¡Sí! —contestó.
Cuervo se incorporó en su lecho de musgo y brezo y empezó a lavarse con rápidos lengüetazos.
—¿Vas a despertarlo? —preguntó, señalando a Zarpa Gris.
—¡Eso espero! —gruñó una voz profunda desde fuera del dormitorio—. El entrenamiento está a punto de empezar.
Zarpa de Fuego y Cuervo dieron un salto.
—¡Zarpa Gris, despierta! —Zarpa de Fuego pinchó a su amigo con una uña—. ¡Garra de Tigre está esperando!
Zarpa Gris levantó la cabeza. Seguía teniendo los ojos pesados de sueño.
—¿Ya estáis preparados? —inquirió Garra de Tigre.
Zarpa de Fuego y Cuervo salieron de la guarida, bizqueando a la luz del sol.
El lugarteniente estaba sentado junto al tocón de árbol.
—¿El otro va a venir? —preguntó.
—Sí —contestó Zarpa de Fuego, a la defensiva por su amigo—. Es sólo que acaba de despertarse.
—El entrenamiento le hará bien —gruñó Garra de Tigre—. Ya ha pasado demasiado tiempo de duelo.
Zarpa de Fuego sostuvo aquella amenazante mirada ámbar unos momentos. Durante un segundo, guerrero y aprendiz se miraron encarnizadamente, como enemigos.
Zarpa Gris salió con paso vacilante y soñoliento.
—Estrella Azul estará contigo dentro de un instante, Zarpa de Fuego —anunció Garra de Tigre.
Esas palabras diluyeron la rabia del joven aprendiz. ¡Su primer entrenamiento con Estrella Azul! Lo recorrió una oleada de emoción. Había supuesto que su mentora seguiría de reposo.
—Zarpa Gris —continuó Garra de Tigre—, tú puedes unirte a mi sesión de entrenamiento. ¿Y tú crees que estás recuperado, Cuervo? —Fulminó a su aprendiz con la mirada—. Después de todo, sufriste unas horribles

picaduras de ortiga mientras los demás estábamos luchando con esas ratas.
Cuervo miró al suelo.
—Estoy bien —maulló.
Cuervo y Zarpa Gris siguieron al lugarteniente fuera del campamento. Cuervo iba cabizbajo al desaparecer por el túnel de aulagas.
Zarpa de Fuego se sentó a esperar a Estrella Azul. La líder no tardó mucho. Salió de su guarida y cruzó el claro. Todavía tenía el pelo apelmazado en las zonas con heridas recientes, pero sus zancadas seguras no revelaban ningún dolor.
—Vamos —lo llamó Estrella Azul.
Zarpa de Fuego advirtió sorprendido que iba sola. Cebrado y Rabo Largo no se veían por ningún lado. Se le ocurrió algo, y de pronto su emoción se vio teñida de impaciencia: ahí tenía la oportunidad de contarle a Estrella Azul lo que había oído la noche anterior.
La alcanzó cuando se dirigía al túnel de aulagas, y continuó tras ella.
—¿Tus guardias se reunirán con nosotros? — preguntó dudoso.
Estrella Azul respondió sin volver la vista atrás:
—He ordenado a Cebrado y Rabo Largo que ayuden en las reparaciones del campamento. Asegurar la base del Clan del Trueno es nuestra prioridad fundamental.
A Zarpa de Fuego se le aceleró el corazón. Le contaría lo de Cuervo en cuanto estuvieran lejos del campamento.
Los dos siguieron la senda de la hondonada arenosa. El camino estaba sembrado de hojas doradas recién caídas que crujían bajo sus patas. La mente de Zarpa de Fuego trabajaba deprisa, buscando las palabras apropiadas. ¿Qué debía contarle a su líder? ¿Qu Garra de Tigre estaba tramando deshacerse de su aprendiz? Y ¿qué diría cuando ella le preguntase por qué? ¿Sería capaz de decir en voz alta que sospechaba que Garra de Tigre había matado a Cola Roja? ¿Incluso aunque no tenía pruebas, aparte del relato de Cuervo en la Asamblea?
Para cuando llegaron a la hondonada arenosa, Zarpa de Fuego aún no había abierto la boca. El lugar estaba vacío.

—Le he pedido a Garra de Tigre que hoy hiciese su sesión de entrenamiento en otra parte del bosque —explicó Estrella Azul, situándose en el centro de la hondonada—. Quiero concentrarme en tus habilidades de lucha, y quiero que tú también te concentres en ellas… lo cual significa nada de distracciones.

«Debo contárselo ahora —pensó Zarpa de Fuego—. Estrella Azul tiene que saber el peligro en que se halla Cuervo. —Sintió un hormigueo de ansiedad en las patas—. No tendré otra oportunidad como ésta…».

Captó un movimiento repentino con el rabillo del ojo. Algo gris pasó silbando velozmente ante su nariz, y Zarpa de Fuego cayó hacia delante cuando sus cuatro patas se separaron del suelo. Recuperó el equilibrio tambaleándose, y al volverse vio a Estrella Azul sentada tranquilamente a su lado.

—¿Ya cuento con tu atención? —gruñó la gata.

—Sí, Estrella Azul. ¡Lo siento! —se apresuró a responder, mirando sus ojos azules.

—Eso está mejor. Zarpa de Fuego, ahora ya llevas muchas lunas con nosotros. Te he observado luchar. Con las ratas fuiste rápido; con los guerreros del Clan de la Sombra fuiste feroz. Fuiste más listo que Zarpa Gris el día en que nos conocimos, y también venciste a Fauces Amarillas usando tu ingenio. —Hizo una pausa, y luego bajó la voz hasta convertirla en un intenso siseo—. Pero algún día te encontrarás con un oponente que también sea todas esas cosas: rápido, feroz y listo. Mi obligación es prepararte para ese momento.

Zarpa de Fuego asintió, completamente atrapado en sus palabras. Sus sentidos estaban alerta. Todos los pensamientos sobre Cuervo y Garra de Tigre habían desaparecido, y los olores húmedos y los leves sonidos del bosque lo envolvieron.

—Veamos cómo peleas —empezó Estrella Azul—. Atácame.

Zarpa de Fuego la miró, midiéndola con los ojos, sopesando la mejor manera de comenzar. Estrella Azul se hallaba a menos de tres conejos de distancia. Lo doblaba en tamaño, así que empezar con los habituales golpes de pata y de lucha sería malgastar energía. Pero si podía saltar

justo sobre su lomo con la potencia suficiente, quizá la desequilibrara. La gata no había despegado sus penetrantes ojos azules de él ni un instante. Zarpa de Fuego le sostuvo la mirada y saltó.

Pretendía aterrizar directamente en sus omóplatos, pero Estrella Azul estaba preparada para el movimiento, y se agachó deprisa. Cuando el aprendiz iba hacia la gata, ésta se tumbó de espaldas. En vez de caer sobre los omóplatos de la líder, Zarpa de Fuego se encontró cayendo sobre su vientre. Estrella Azul lo atrapó con las cuatro patas y se lo quitó de encima con facilidad. El joven sintió que se habían deshecho de él como si fuera un cachorro molesto. Cayó duramente sobre el suelo polvoriento, y se quedó sin aire un momento antes de levantarse a trompicones.

—Interesante estrategia, pero tus ojos han traicionado hacia dónde apuntabas —gruñó

Estrella Azul, poniéndose en pie y sacudiéndose el polvo a su vez—. Ahora prueba de nuevo.

Entonces, Zarpa de Fuego le miró los omóplatos pero apuntó hacia sus patas. Cuando Estrella Azul se agachara, chocaría contra ella. Mientras saltaba, Zarpa de Fuego sintió una oleada de satisfacción, que se transformó en confusión cuando Estrella Azul saltó en el aire inesperadamente y dejó que él se estrellara contra el suelo, justo donde ella estaba un segundo antes. La gata lo había calculado a la perfección: cuando el aprendiz aterrizó, ella cayó sobre él como un trueno, dejándolo sin respiración.

—Ahora prueba algo que no me espere —le susurró al oído, antes de separarse de él y alejarse con un brillo desafiante en los ojos.

Zarpa de Fuego se levantó a duras penas, jadeando, y se sacudió el polvo enfadado. Ni siquiera Fauces Amarillas le había resultado tan difícil. Siseó y volvió a saltar. Esa vez estiró al máximo las patas delanteras mientras se abalanzaba sobre Estrella Azul. Ella se plantó sobre las patas traseras y lo desvió con las delanteras. Al perder pie, Zarpa de Fuego escarbó el suelo con las patas traseras, pero era demasiado tarde: se desplomó pesadamente de lado.

—Zarpa de Fuego —maulló la líder tranquilamente, mientras él intentaba ponerse en pie una vez más—. Eres fuerte y rápido, pero debes aprender a mantener el control de tu velocidad y el peso de tu cuerpo para que no sea tan sencillo desequilibrarte. Prueba de nuevo.

El aprendiz retrocedió, acalorado, polvoriento y sin resuello. Se sentía frustradísimo. Estaba decidido a obtener lo mejor de su mentora en esa ocasión. Se agazapó lentamente y empezó a acercarse a Estrella Azul. Ella imitó su postura y le bufó en la cara mientras se acercaba. Zarpa de Fuego lanzó una pata hacia la oreja izquierda de la gata, que se agachó para esquivar el golpe y luego se plantó sobre las patas traseras, irguiéndose sobre él. El gato se tiró al suelo de espaldas, se deslizó bajo el cuerpo de Estrella Azul y, con un rápido movimiento, le golpeó la barriga con las patas traseras. La gata salió despedida hacia atrás y cayó sobre la arena con un fuerte gruñido.

Zarpa de Fuego rodó sobre sí mismo y se levantó de un brinco. Se sintió lleno de júbilo. Entonces vio a Estrella Azul tirada sobre el polvo, y por primera vez se acordó de sus heridas. ¿Se le habrían reabierto? Corrió a su lado y la observó con atención. Para su alivio, la gata lo miró con un brillo de orgullo en los ojos.

—Eso ha estado mucho mejor —resopló.

Luego se puso en pie y se sacudió de arriba abajo —. Ahora es mi turno.

Saltó sobre él y lo derribó, y después retrocedió, dejando que se recuperara antes de saltar de nuevo. Zarpa de Fuego se preparó, pero la gata lo tumbó otra vez con facilidad.

—¡Fíjate en mi tamaño, Zarpa de Fuego! No intentes hacer frente a mi ataque. Utiliza la cabeza. Si eres lo bastante rápido para evitarme, entonces, ¡evítame!

El gato volvió a levantarse a trompicones, preparándose para el ataque de la líder. Esa vez no hundió las uñas en la blanda tierra, sino que pisó el suelo con ligereza, apoyando el peso en los dedos. Cuando Estrella Azul voló de nuevo en su dirección, él se apartó de su camino con un salto limpio, y luego se plantó sobre las patas traseras y empujó a la gata con las delanteras, desviándola de su trayectoria.

Estrella Azul aterrizó elegantemente sobre las cuatro patas y se volvió.
—¡Excelente! ¡Aprendes con rapidez! — ronroneó—. Pero ése era un movimiento fácil. A ver cómo te las arreglas con este otro. Entrenaron hasta la puesta de sol. Zarpa de
Fuego soltó un suspiro de alivio cuando Estrella Azul maulló:
—Ya basta por hoy.
La gata parecía un poco cansada y agarrotada, pero aun así salió de un salto de la hondonada arenosa.
El aprendiz la siguió a duras penas. Le dolían los músculos, y la cabeza le daba vueltas con todo lo que había aprendido. Mientras avanzaban juntos entre los árboles, el gato se moría de ganas de contarles a Zarpa Gris y Cuervo la sesión de entrenamiento. Y hasta que alcanzaron los muros del campamento, Zarpa de Fuego no se dio cuenta de que había olvidado contarle a Estrella Azul lo de Cuervo.

20

Cuando Zarpa de Fuego regresó, el campamento ya tenía mejor aspecto. Los grupos de gatos habían estado arreglando y reparando sin cesar durante todo el día. Escarcha y Flor Dorada seguían atareadas fortificando las paredes de la maternidad, pero el muro exterior parecía sólido y seguro una vez más.

El aprendiz cruzó el claro para ver si había algo de carne fresca. Pasó junto a Arenisca y Polvoroso, que estaban preparándose para salir con la próxima patrulla.

—Lo siento —maulló Arenisca mientras Zarpa de Fuego olfateaba por la zona de comida—. Nos hemos zampado los dos últimos ratones.

Zarpa de Fuego se encogió de hombros. Cazaría algo él mismo más tarde. Se dirigió a la guarida de los aprendices, donde encontró a Zarpa Gris apoyado en el tocón de árbol, lamiéndose una pata delantera.

—¿Dónde está Cuervo? —le preguntó mientras se sentaba.

—Aún no ha vuelto de su misión. ¡Mira esto! —Zarpa Gris alargó la pata para que su amigo la examinara. La almohadilla estaba desgarrada y sangraba—. Garra de Tigre me ha mandado pescar, y he resbalado sobre una piedra afilada del arroyo.

—Ese corte parece bastante profundo. Deberías ir a que Jaspeada le echara un vistazo. Por cierto, ¿adónde ha mandado Garra de Tigre a Cuervo?

—Ni idea. Yo estaba metido hasta la barriga en agua fría —masculló Zarpa Gris. Luego se puso en pie y se marchó cojeando al refugio de Jaspeada.

Zarpa de Fuego se puso cómodo, con los ojos fijos en la entrada del campamento, y esperó a Cuervo. Después de haber oído la conversación de los guerreros la noche anterior, no podía librarse de la sensación de que algo espantoso iba a sucederle a su amigo. Le dio un vuelco el corazón cuando vio que Garra de Tigre entraba en el campamento solo.

Esperó más. La luna ya estaba alta en el cielo. Desde luego, Cuervo ya debería estar de vuelta a esas alturas. Zarpa de Fuego deseó haber hablado con Estrella Azul cuando tuvo la ocasión. Cebrado y Rabo Largo

estaban custodiando la guarida de la líder, y desde luego no quería que ellos oyeran sus inquietudes.
Garra de Tigre había llegado con presas recién cazadas, que estaba compartiendo con Tormenta Blanca delante del refugio de los guerreros. Zarpa de Fuego tenía mucha hambre. Quizá debía ir a cazar algo, y puede que se encontrase con Cuervo fuera del campamento. Mientras se preguntaba qué hacer, vio que Cuervo aparecía por el túnel de aulagas. Lo recorrió un estremecimiento de alivio, y no sólo porque su amigo traía carne fresca en la boca.
El aprendiz negro fue derecho hacia Zarpa de Fuego y dejó la comida en el suelo.
—¡Aquí hay bastante para los tres! —maulló Cuervo con orgullo—. Y debería saber especialmente bien: procede del territorio del Clan de la Sombra. Zarpa de Fuego soltó un maullido ahogado.
—¿Has cazado en el territorio del Clan de la Sombra?
—Ésa era mi misión —explicó Cuervo.
—¿Garra de Tigre te ha mandado a cazar en terreno enemigo? —Apenas podía creerlo—.
Debemos contárselo a Estrella Azul. ¡Eso ha sido demasiado peligroso!
Cuervo negó con la cabeza. Sus ojos parecieron atormentados y oscurecidos por el miedo.
—Oye, mejor no digas nada, ¿vale? —siseó—. He sobrevivido. Incluso he cazado algunas presas. Eso es todo.
—¡Has sobrevivido esta vez! —resopló Zarpa de Fuego.
—¡Chist! Garra de Tigre está mirando. ¡Cómete tu parte y cierra el pico! —espetó Cuervo.
Zarpa de Fuego se encogió de hombros y tomó una pieza de carne. Cuervo comió deprisa, evitando la mirada de su amigo. Al cabo de un rato, preguntó:
—¿Guardamos algo para Zarpa Gris?
—Ha ido a ver a Jaspeada —respondió Zarpa de Fuego—. Se ha hecho un corte en la pata. No sé cuándo regresará.

—Bueno, pues guárdale lo que quieras — respondió Cuervo, exhausto de repente—. Yo estoy cansado; necesito dormir.

Se levantó y entró en la guarida.

Zarpa de Fuego se quedó fuera, observando cómo el resto del campamento se preparaba para pasar la noche. Iba a tener que contarle a Cuervo lo que había oído en el bosque la noche anterior. Su amigo debía saber en qué peligro se hallaba.

Garra de Tigre estaba tumbado junto a Tormenta Blanca, compartiendo lenguas con él, pero con un ojo clavado en el dormitorio de los aprendices. Zarpa de Fuego bostezó para mostrarle al lugarteniente lo agotado que estaba. Luego se puso en pie y siguió a Cuervo al interior.

Cuervo ya se había dormido, pero Zarpa de Fuego notó que estaba soñando por la manera en que agitaba las patas y los bigotes. Supo que no se trataba de un sueño agradable por los leves maullidos y quejidos que emitía. El aprendiz negro se levantó de golpe, con los ojos como platos de terror. Tenía el pelo erizado y el lomo arqueado.

—¡Cuervo! —exclamó Zarpa de Fuego alarmado—. Tranquilízate. Estás en nuestra guarida. ¡Sólo estoy yo aquí!

Cuervo miró alrededor frenéticamente.

—Sólo estoy yo —repitió Zarpa de Fuego.

Cuervo parpadeó y pareció reconocer a su amigo. Se derrumbó en su lecho.

—Cuervo —maulló Zarpa de Fuego muy serio —. Hay algo que debes saber. Algo que oí anoche cuando estaba buscando ajo silvestre.

Su amigo apartó la mirada, todavía temblando por la pesadilla, pero Zarpa de Fuego insistió:

—Oí que Garra de Tigre le contaba a Cebrado y Rabo Largo que tú habías traicionado al Clan del Trueno. Les dijo que te escabulliste durante el viaje a la Piedra Lunar y le contaste al Clan de la Sombra que el campamento estaba desprotegido.

Cuervo dio media vuelta para encararse con él. —Pero ¡no lo hice! —exclamó.

—Por supuesto que no. Pero Cebrado y Rabo Largo creen que sí, y Garra de Tigre los convenció de que debían librarse de ti.

Cuervo se había quedado atónito y respiraba entre jadeos.

—¿Por qué Garra de Tigre querría librarse de ti? —preguntó Zarpa de Fuego dulcemente—. Él es uno de los guerreros más fuertes del clan. ¿Qué amenaza supones para él?

Zarpa de Fuego ya sospechaba cuál era la respuesta, pero deseaba oírla de boca de su propio amigo. Esperó mientras Cuervo titubeaba, buscando las palabras.

Por fin, el aprendiz negro se acercó sigilosamente y le susurró al oído con voz ronca:

—Porque el lugarteniente del Clan del Río no mató a Cola Roja. Fue Garra de Tigre.

Zarpa de Fuego asintió en silencio y Cuervo continuó, con la voz quebrada por la tensión:

—Cola Roja mató al lugarteniente del Clan del
Río…

—De modo que no fue Garra de Tigre quien acabó con Corazón de Roble —dijo Zarpa de Fuego sin poder evitarlo.

Cuervo negó con la cabeza.

—¡No, no fue él! Después de que Cola Roja matara a Corazón de Roble, Garra de Tigre me ordenó regresar al campamento. Yo quería quedarme, pero él me gritó que me fuera, así que corrí entre los árboles. Debería haber seguido corriendo, pero no podía marcharme mientras ellos continuaban luchando. Di la vuelta y volví para ver si Garra de Tigre necesitaba ayuda. Para cuando llegué, todos los guerreros del Clan del Río habían huido y sólo quedaban Cola Roja y Garra de Tigre. Cola Roja estaba observando cómo desaparecía el último guerrero enemigo, y Garra de Tigre… —Hizo una pausa y tragó saliva —. Garra de Tigre s… saltó sobre él. Le hundió los colmillos en la nuca, y Cola Roja cayó al suelo, muerto. Entonces sí que corrí. No sé si Garra de Tigre me vio. No dejé de correr hasta llegar al campamento.

—¿Por qué no se lo contaste a Estrella Azul?

—¿Me habría creído? —Cuervo puso los ojos en blanco, nervioso—. ¿Tú me crees?

—Por supuesto que sí.

Y lamió a Cuervo entre las orejas en un intento de calmarlo y reconfortarlo. Tendría que encontrar la ocasión de contarle a Estrella Azul la traición de Garra de Tigre.

—No te preocupes, Cuervo. Buscaré una solución —prometió—. Mientras tanto, procura no separarte de mí o de Zarpa Gris.

—¿Zarpa Gris lo sabe? ¿Lo de que ellos quieren librarse de mí?

—Todavía no. Pero tendré que contárselo.

Cuervo se sentó en silencio sobre las cuatro patas y se quedó mirando al frente.

—No pasa nada, Cuervo —ronroneó Zarpa de Fuego, tocando el delgado cuerpo negro con el hocico—. Te ayudaré a salir de ésta.

Zarpa Gris entró en la guarida al amanecer.

Arenisca y Polvoroso habían regresado de patrullar hacía un rato, y dormían en sus sitios.

—¡Hola! —maulló Zarpa Gris, más alegre de lo que lo había estado en los últimos días.

Zarpa de Fuego se despertó de inmediato.

—Parece que estás mucho mejor —ronroneó.

Zarpa Gris le lamió una oreja.

—Jaspeada me puso un potingue en el corte y me ordenó tumbarme y quedarme quieto durante unas horas. Debo de haberme dormido. Por cierto, espero que ese pinzón de ahí fuera fuese para mí; ¡estaba muerto de hambre!

—Era para ti. Cuervo lo cazó ayer. Garra de Tigre lo mandó a…

—¡Callaos los dos! —gruñó Arenisca—.

Algunos estamos intentando dormir.

Zarpa Gris puso los ojos en blanco.

—Venga, Zarpa de Fuego —maulló—. Pecas ha dado a luz. Vayamos a visitar a los pequeños.

Zarpa de Fuego ronroneó complacido. Por fin, algo que el Clan del Trueno podía celebrar. Miró a Cuervo, que seguía dormido, y salió de la guarida. Cruzaron el claro en dirección a la maternidad. El sol matinal hizo que su pelaje reluciera cálidamente, y Zarpa de Fuego se estiró agradecido, deleitándose con la flexibilidad de su espinazo y la fuerza de sus patas.

—¡Para ya de fanfarronear! —exclamó Zarpa Gris por encima del hombro.

El otro dejó de estirarse y saltó tras su amigo.

Tormenta Blanca estaba sentado delante de la maternidad, guardando la entrada.

—¿Venís a ver a los nuevos cachorros? — preguntó cuando los aprendices se acercaron.

Zarpa de Fuego asintió con la cabeza.

—Sólo de uno en uno, y tendréis que esperar. Estrella Azul está con ellos ahora —explicó Tormenta Blanca.

—Bueno, pasa tú primero —propuso Zarpa de Fuego—. Yo iré a ver a Fauces Amarillas mientras me toca el turno.

Bajó la cabeza respetuosamente ante Tormenta Blanca y se encaminó al nido de la vieja gata.

La encontró lavándose detrás de las orejas, con los ojos entornados de concentración.

—¡No me digas que esperas lluvia! —bromeó Zarpa de Fuego.

Fauces Amarillas levantó la vista.

—Has oído demasiados cuentos de viejas — replicó—. ¿Qué sentido tiene que un gato se lave las orejas si van a mojársele con la lluvia?

El aprendiz retorció los bigotes, divertido.

—¿Vas a ver la nueva camada de Pecas? — preguntó.

La gata se puso tensa y negó con la cabeza.

—Creo que no sería bien recibida —gruñó.

—Pero saben que tú salvaste…

—Las gatas son muy protectoras con sus recién nacidos. Especialmente cuando se trata de su primera camada. Creo que me mantendré al margen —respondió en un tono que no invitaba a discutir.
—Como quieras, pero yo sí voy a verlos. Debe de ser una buena señal tener nuevos gatitos en el campamento.
Fauces Amarillas se encogió de hombros.
—A veces —masculló sombríamente.
Zarpa de Fuego se dirigió de nuevo hacia la maternidad. Las nubes habían tapado el sol y el aire se había vuelto más fresco. Una potente brisa le alborotaba el pelo y agitaba las hojas por el claro.
Estrella Azul estaba sentada delante de la maternidad. Tras ella, la cola de Zarpa Gris desapareció por la estrecha entrada.
—Hola, Zarpa de Fuego —saludó la líder—. ¿Has venido a ver a los nuevos guerreros del Clan del Trueno? —Sonaba cansada y triste.
El aprendiz se sorprendió. ¿Acaso los cachorros no eran una buena noticia para el clan? —Sí —contestó.
—Bien, cuando hayas terminado, acude a mi guarida.
—Muy bien —asintió mientras ella se alejaba despacio.
Zarpa de Fuego sintió un hormigueo. Ahí tenía otra oportunidad de hablar con Estrella Azul a solas. Quizá, después de todo, el Clan Estelar estaba de su lado.
Zarpa Gris salió de la maternidad.
—Son preciosos —maulló—. Pero ahora estoy muerto de hambre. Voy por carne fresca. ¡Te guardaré un poco si encuentro algo! —Le guiñó un ojo y se marchó saltando.
Zarpa de Fuego le dijo adiós ronroneando y miró a Tormenta Blanca, quien asintió, dándole permiso para entrar en la maternidad. Se deslizó por la diminuta entrada.
Cuatro minúsculos gatitos se apelotonaban en busca de calor en el lecho de Pecas, profusamente acolchado. Su pelaje era gris claro con manchas más oscuras, igual que el de su madre, excepto un pequeño macho gris oscuro. Maullaban y se retorcían junto al vientre de Pecas, con los ojos firmemente cerrados.

—¿Cómo te encuentras? —le susurró Zarpa de Fuego a la gata.
—Un poco cansada —respondió, mirando orgullosa a su camada—. Pero todos los pequeños están sanos y fuertes.
—El Clan del Trueno es afortunado de tenerlos. Ahora mismo estaba hablando de eso con Fauces Amarillas.
Pecas no respondió, pero al aprendiz no se le escapó el destello de inquietud que cruzó los ojos de la gata mientras atraía hacia sí a un cachorro que se había separado un poco.
Zarpa de Fuego sintió una súbita ansiedad.
Puede que Estrella Azul hubiese aceptado a
Fauces Amarillas en el Clan del Trueno, pero daba la impresión de que la vieja curandera todavía no contaba con la confianza de todos sus miembros. El joven tocó afectuosamente el flanco de Pecas con la nariz y luego salió de nuevo al claro.
La líder del clan lo esperaba en la entrada de su guarida. Rabo Largo estaba sentado junto a ella. El atigrado claro le puso mala cara a Zarpa de Fuego cuando lo vio acercarse, pero éste no le hizo caso y miró expectante a Estrella Azul.
—Vamos dentro —maulló la gata, volviéndose para abrir la marcha.
El gato fue tras ella, y Rabo Largo se levantó dispuesto a seguirlos.
Estrella Azul miró por encima del hombro y dijo:
—Creo que estaré bastante segura con el joven Zarpa de Fuego.
Rabo Largo titubeó un momento, pero luego volvió a sentarse delante de la entrada.
Zarpa de Fuego nunca había entrado en la guarida de Estrella Azul. La siguió a través del liquen que colgaba como una cortina sobre la entrada.
—Los cachorros de Pecas son adorables — ronroneó.
La líder se puso seria.
—Puede que sean adorables, pero significan más bocas que alimentar, y la estación sin hojas llegará pronto. —Echó una mirada a Zarpa de Fuego, que fue incapaz de ocultar su sorpresa ante el tono melancólico de la gata—. Oh, no me hagas caso —maulló sacudiendo la cabeza con

impaciencia—. El primer viento frío siempre me preocupa. Venga, ponte cómodo. —Señaló el suelo seco y arenoso.

El gato se sentó sobre la barriga y estiró las patas delanteras.

Estrella Azul dio unas vueltas lentamente en su lecho de musgo.

—Sigo teniendo dolores por nuestro entrenamiento de ayer —admitió, cuando estuvo por fin aposentada y enroscó la cola alrededor de las patas—. Peleaste bien, joven.

Por una vez, Zarpa de Fuego no se detuvo a regodearse en sus elogios. El corazón le latía con fuerza. Aquél era el momento perfecto para contarle a la líder sus temores sobre Garra de Tigre. Alzó la barbilla, dispuesto a hablar.

Pero Estrella Azul se le adelantó, mirando al extremo más alejado de la guarida.

—Aún percibo el hedor rancio del Clan de la Sombra en el campamento —murmuró—. Espero no ver el día en que nuestro enemigo entre por la fuerza en el corazón del Clan del Trueno.

Zarpa de Fuego asintió en silencio, intuyendo que Estrella Azul iba a decir algo más.

—Y tantas muertes… —Soltó un suspiro—. Primero Cola Roja, después Corazón de León. Agradezco al Clan Estelar que los guerreros que nos quedan sean tan fuertes y leales como lo eran ellos. Por lo menos, con Garra de Tigre como lugarteniente, nuestro clan podrá defenderse.

Al aprendiz se le cayó el alma a los pies y sintió un escalofrío, mientras Estrella Azul proseguía:

—Hubo un tiempo, cuando Garra de Tigre era un joven guerrero, en que temí el ímpetu de su pasión. Tal energía puede necesitar una canalización cuidadosa. Pero ahora me siento orgullosa al ver cuánto lo respeta el clan. Sé que es ambicioso, pero su ambición lo convierte en uno de los gatos más valientes junto con los que he tenido el honor de luchar.

Zarpa de Fuego supo de inmediato que no podría contarle sus sospechas sobre Garra de Tigre. No cuando ella confiaba en su lugarteniente para proteger a todo el clan. Tendría que salvar a Cuervo él solo. Respiró

hondo y parpadeó despacio, para que cuando Estrella Azul lo mirara a los ojos no quedara en ellos ni rastro de conmoción o decepción.

Las siguientes palabras de la líder reflejaron inquietud.

—Sabes que Estrella Rota regresará —dijo con voz queda—. En la Asamblea dejó bien claro que quiere derechos de caza en todos los territorios.

—Lo repelimos una vez. Podemos hacerlo de nuevo —declaró Zarpa de Fuego.

—Eso es cierto —admitió la gata con una mueca—. El Clan Estelar te honrará por tu coraje, joven Zarpa de Fuego. —Hizo una pausa y se lamió una herida casi curada del costado—. Creo que deberías saber que, en la batalla con las ratas, la vida que perdí no fue la quinta, sino la séptima.

El aprendiz se incorporó, impactado.

La líder prosiguió:

—He dejado que el clan crea que era la quinta porque no quiero que teman por mi seguridad. Pero dos vidas más, y tendré que abandonaros para reunirme al Clan Estelar.

A Zarpa de Fuego le dio vueltas la cabeza. ¿Por qué la líder le contaba aquello?

—Gracias por contármelo, Estrella Azul — ronroneó respetuosamente.

Ella asintió.

—Ahora estoy cansada —dijo con voz ronca —. Márchate. Y espero que no le repitas esta conversación a nadie.

—Por supuesto —contestó él, encaminándose a la cortina de liquen.

Rabo Largo seguía junto a la entrada. Zarpa de Fuego pasó ante él y se dirigió a la guarida de los aprendices. No sabía qué parte de la conversación con Estrella Azul había sido más desconcertante.

Se detuvo en seco al oír un maullido de terror procedente de la maternidad. Escarcha salió disparada al claro, con la cola erizada y los ojos dilatados de espanto.

—¡Mis cachorros! ¡Alguien se ha llevado a mis cachorros!

Garra de Tigre se le acercó de un salto. Llamó al clan:

—¡Deprisa, registrad el campamento! ¡Tormenta Blanca, quédate donde estás! ¡Guerreros, examinad los límites del campamento! ¡Aprendices, buscad en todas las guaridas!
Zarpa de Fuego corrió a la guarida más cercana, la de los guerreros, y entró resueltamente. Estaba vacía. Hurgó en los lechos, pero no vio ni olió a los pequeños de Escarcha.
Salió disparado y fue hacia su guarida. Cuervo y Zarpa Gris ya estaban dentro, apartando las camas y olfateando todos los rincones. Polvoroso y Arenisca se hallaban en la guarida de los veteranos. Zarpa de Fuego los dejó y fue de una mata de hierba a otra, hundiendo el hocico en todas sin importarle las ortigas que le picaban la nariz. No había ni rastro de los gatitos por ningún lado. Miró los límites del campamento. Los guerreros estaban recorriéndolos, olfateando el aire con urgencia.
De repente, Zarpa de Fuego vio a Fauces Amarillas en la distancia. Estaba colándose por una parte desprotegida del muro de helechos. «Debe de haber captado un olor», pensó Zarpa de Fuego y corrió hacia ella mientras su cola desaparecía entre la vegetación. Para cuando llegó a la pared de helechos, la gata se había ido. Olfateó el aire. Ni rastro de los cachorros: sólo el amargo olor del miedo de Fauces Amarillas. ¿De qué tenía miedo la vieja curandera?
De los arbustos que había tras la maternidad brotó un maullido de Garra de Tigre. Todos los gatos corrieron hacia él, encabezados por Escarcha. Se apiñaron tanto como pudieron, empujándose para ver a través de la densa maleza. Zarpa de Fuego se abrió paso entre la multitud, y vio a Garra de Tigre junto a un bulto inmóvil de pelaje moteado.
¡Jaspeada!
Zarpa de Fuego se quedó mirando con incredulidad su cuerpo sin vida. Lo invadió una oleada de furia como una nube negra, y sintió que la sangre le rugía en los oídos. ¿Quién había hecho aquello?
Estrella Azul llegó a través de la multitud y se inclinó sobre la curandera.
—La ha matado el ataque de un guerrero — maulló despacio.

Zarpa de Fuego estiró el cuello y vio una única herida en la nuca de Jaspeada. La cabeza le dio vueltas, y de repente fue incapaz de ver con claridad.
A través de su dolor, oyó un murmullo en el fondo de la multitud que fue creciendo hasta convertirse en un solo y estridente maullido:
—¡¡Fauces Amarillas se ha ido!!

21

—¡Fauces Amarillas ha matado a Jaspeada y se ha llevado mis cachorros! —chilló Escarcha.

Las otras reinas corrieron a su lado e intentaron calmarla con lametones y caricias, pero Escarcha las rechazó y aulló su dolor al cielo, que estaba cada vez más oscuro. Como en respuesta, el cielo rugió amenazadoramente y un viento frío alborotó el pelo de los gatos.

—¡Fauces Amarillas! —siseó Garra de Tigre —. Siempre he sabido que era una traidora. Ahora ya sabemos cómo consiguió vencer al lugarteniente del Clan de la Sombra. ¡Era todo una artimaña tramada para engañarnos e introducirse fraudulentamente en nuestro clan!

Un relámpago estalló en lo alto, acentuando las palabras de Garra de Tigre con un destello blanco y cegador, y el rugido de un trueno resonó por todo el bosque.

Zarpa de Fuego no podía creer lo que estaba oyendo. Aturdido de congoja, le daba vueltas la cabeza. ¿Fauces Amarillas podía haber matado de verdad a Jaspeada?

Por encima de los murmullos conmocionados, Cebrado maulló bien alto:

—¡Estrella Azul! ¿Tú qué dices?

Todos los gatos se volvieron en silencio hacia su líder.

La mirada de Estrella Azul recorrió la multitud y acabó deteniéndose en el cuerpo de Jaspeada. Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, centelleando como rocío sobre el lustroso pelaje de la curandera.

Estrella Azul parpadeó lentamente. Tenía el rostro ensombrecido de aflicción, y durante un momento Zarpa de Fuego temió que aquella nueva muerte sobrepasara a su líder. Pero cuando la gata volvió a abrir los ojos, éstos brillaban con una fiereza que mostraba su determinación de vengarse de aquel cruel ataque. Estrella Azul alzó la cabeza.

—Si Fauces Amarillas ha matado a Jaspeada y se ha llevado a los cachorros de Escarcha, la buscaremos y atraparemos sin compasión — declaró, y la multitud maulló con aprobación—. Pero debemos esperar

—continuó—. Se avecina una tormenta, y no estoy preparada para arriesgar más vidas. Si el Clan de la Sombra tiene a nuestros pequeños, éstos no sufrirán ningún daño de momento. Sospecho que Estrella Rota los quiere como reclutas para su propio clan, o como rehenes… para obligarnos a dejarlos cazar en nuestro territorio. En cuanto la tormenta haya pasado, una patrulla seguirá a Fauces Amarillas y traerá de vuelta a nuestros cachorros.

—No podemos perder tiempo, ¡o el rastro se perderá con la lluvia! —protestó Garra de Tigre.

Estrella Azul agitó la cola con impaciencia.

—Si mandamos una partida de caza ahora, nuestros esfuerzos se desperdiciarán igualmente. Con este temporal, el rastro se habrá perdido para cuando estemos listos. Si esperamos hasta después de la tormenta, tendremos más posibilidades de éxito.

Hubo murmullos de conformidad entre los miembros del clan. Incluso aunque el sol estaba en lo más alto, el cielo se veía cada vez más negro. Los gatos se sentían inquietos con los relámpagos y truenos, y parecían inclinados a escuchar los consejos de su líder.

Estrella Azul miró a su lugarteniente.

—Me gustaría discutir contigo nuestros planes, Garra de Tigre.

El guerrero asintió y se encaminó a la guarida de la líder, pero ésta vaciló. Lanzó una mirada a Zarpa de Fuego, señalándole con un movimiento de la cola y el hocico que quería hablar con él a solas.

Los otros gatos se congregaron alrededor de Jaspeada y empezaron a compartir lenguas con ella; sus aullidos de pena sonaron por encima de los truenos. Estrella Azul se abrió paso entre ellos y se dirigió al túnel de helechos que conducía a la guarida de la curandera.

Zarpa de Fuego rodeó a los apenados gatos en silencio y siguió a Estrella Azul. Debajo de los helechos estaba muy oscuro. La tormenta había tapado el sol matinal, de modo que parecía como si hubiese caído la noche. Ahora llovía con más fuerza, rociando ruidosamente las hojas, pero al menos el claro de Jaspeada estaba resguardado.

—Zarpa de Fuego —maulló la líder con urgencia cuando él llegó a su lado—. ¿Dónde está Fauces Amarillas? ¿Lo sabes?

El joven apenas la oía. No pudo evitar acordarse de la última vez que había entrado en aquel claro. Lo asaltó una ardiente imagen de Jaspeada saliendo de su refugio con su pelaje resplandeciendo a la luz del sol, y cerró los ojos para conservarla.

—Zarpa de Fuego —le espetó la gata—, debes guardar tu aflicción para más tarde.

El aprendiz se sacudió.

—Yo… he visto cómo Fauces Amarillas

atravesaba los límites del campamento después de que desaparecieran los cachorros. ¿En serio crees que ella ha matado a Jaspeada y se ha llevado a los pequeños?

Estrella Azul lo miró fijamente.

—No lo sé —admitió—. Quiero que la encuentres y la traigas de vuelta… viva. Necesito saber la verdad.

—¿No vas a mandar a Garra de Tigre?

—Garra de Tigre es un gran guerrero, pero en este caso su lealtad al clan puede nublar su entendimiento —explicó Estrella Azul—. Él quiere darle al clan la venganza que éste desea. Ningún gato puede culparlo por eso. El clan cree que Fauces Amarillas nos ha traicionado, y si Garra de Tigre piensa que puede tranquilizar al clan entregándole el cadáver de Fauces Amarillas, eso es lo que hará.

Zarpa de Fuego asintió. La líder tenía razón: Garra de Tigre mataría a Fauces Amarillas sin vacilar.

Estrella Azul se mostró severa un momento:

—Si descubro que Fauces Amarillas es una traidora, entonces yo misma la mataré. Pero si no lo es… —Sus ojos azules miraron al aprendiz con ardor—. No permitiré que un gato inocente muera.

—Pero ¿y si Fauces Amarillas no regresa? — maulló Zarpa de Fuego.

—Regresará si tú se lo pides.

El aprendiz se quedó asombrado por la confianza que la líder depositaba en él. La enormidad de lo que le estaba pidiendo lo abrumó, y se preguntó si tendría el coraje suficiente para llevarlo a cabo.
—¡Vete ya! —ordenó la gata—. Pero ten cuidado: estarás solo, y quizá haya patrullas enemigas ahí fuera. Esta tormenta mantendrá a nuestros guerreros en el campamento un rato.
Un trueno resonó en lo alto mientras Zarpa de Fuego salía corriendo al claro. La lluvia caía con fuerza, golpeándolo como piedras diminutas. Un rayo iluminó las caras de Cebrado y Rabo Largo, que lo observaron cruzar el claro.
Zarpa de Fuego pasó junto a la maternidad. No podía marcharse sin compartir lenguas con Jaspeada. Los demás gatos habían corrido en busca de refugio, abandonando el cuerpo de la curandera bajo el aguacero; se apretujaban bajo los helechos goteantes, maullando atemorizados su pérdida.
Zarpa de Fuego hundió la nariz en el pelaje mojado de Jaspeada, aspirando su aroma por última vez.
—Adiós, mi dulce Jaspeada —murmuró.
Alzó las orejas al oír las voces de Escarcha y Cola Pintada, que estaban hablando cerca. Se quedó inmóvil, esforzándose por captar lo que decían.
—Fauces Amarillas ha debido de tener ayuda —gruñó Cola Pintada.
—¿Te refieres a alguien del Clan del Trueno? —inquirió Escarcha con voz ansiosa.
—Ya habrás oído lo que Garra de Tigre ha dicho sobre Cuervo. Quizá el joven aprendiz haya tenido algo que ver con esto. Yo nunca me he sentido muy a gusto con él.
A Zarpa de Fuego se le erizó el lomo. Si Garra de Tigre había propagado sus maliciosos rumores incluso hasta en la maternidad, Cuervo ya no estaría seguro en ningún lugar del campamento. Así pues, tendría que actuar con rapidez. Primero encontraría a Fauces Amarillas, luego se ocuparía de Cuervo. Corrió hacia el punto en que había visto a Fauces Amarillas por última vez. Conocía el olor de la gata tan bien que podía

captarlo incluso a través de las hojas empapadas de lluvia. Empezó a internarse entre las matas, con la boca abierta para detectar adónde llevaba su rastro.
—¡Zarpa de Fuego!
El joven pegó un brinco, pero se relajó al darse cuenta de que era la voz de Zarpa Gris.
—¡Te estaba buscando! —maulló su amigo, corriendo hacia él.
Zarpa de Fuego volvió a salir de entre los helechos ágilmente.
Zarpa Gris bizqueó cuando la lluvia le goteó por el largo pelaje y le entró en los ojos.
—¿Adónde ibas? —maulló.
—A buscar a Fauces Amarillas.
—¿Tú solo? —El ancho rostro de Zarpa Gris mostró inquietud.
Zarpa de Fuego pensó un momento y decidió contarle a su amigo la verdad.
—Estrella Azul me ha pedido que la traiga de vuelta —explicó.
—¿Qué? —exclamó Zarpa Gris desconcertado —. ¿Por qué tú?
—Quizá crea que la conozco mejor y que la encontraré más fácilmente.
—¿No tendría más posibilidades un grupo de guerreros? Garra de Tigre es el mejor rastreador del clan, y si alguien puede traer de vuelta a Fauces Amarillas, ése es él.
—A lo mejor él no la traería de vuelta — murmuró Zarpa de Fuego.
—¿Qué quieres decir?
—Garra de Tigre busca venganza. Él se limitaría a matarla.
—Pero si Fauces Amarillas ha matado a
Jaspeada y se ha llevado a los cachorros…
—¿De verdad lo crees? —preguntó Zarpa de Fuego.
Zarpa Gris miró a su amigo y sacudió la cabeza confuso.
—¿Piensas que Fauces Amarillas es inocente? —maulló.
—No lo sé. Y Estrella Azul tampoco lo sabe. Ella quiere averiguar la verdad. Por eso me ha mandado a mí en vez de a Garra de Tigre.
—Pero si Estrella Azul le ordenase a Garra de Tigre que trajera viva a Fauces Amarillas… —Las palabras de Zarpa Gris quedaron ahogadas por

el ensordecedor estallido de un trueno, y un relámpago iluminó los árboles que los rodeaban.
Bajo la deslumbrante luz, Zarpa de Fuego vio cómo Escarcha echaba a Cuervo de la maternidad. El rostro de la reina blanca estaba crispado de furia; bufó al joven gato negro y se abalanzó sobre él para darle un mordisco de advertencia en la pata trasera.
Zarpa Gris se volvió hacia su amigo.
—¿De qué va todo esto? —maulló.
Zarpa de Fuego le devolvió la mirada, mientras su mente cambiaba de idea. Parecía que a
Cuervo se le había acabado el tiempo, y él necesitaba la ayuda de Zarpa Gris. Pero ¿su amigo lo creería? El viento había empezado a rugir entre los árboles y Zarpa de Fuego tuvo que levantar la voz:
—¡Cuervo se halla en un grave peligro!
—¿Qué?
—Tengo que alejarlo del Clan del Trueno.
Ahora mismo, antes de que le suceda algo.
Zarpa Gris pareció desconcertado.
—¿Por qué? ¿Y qué hay de Fauces Amarillas?
—No hay tiempo para explicaciones —maulló Zarpa de Fuego con urgencia—. Tendrás que confiar en mí. Debe de haber un modo de alejar a Cuervo. Estrella Azul mantendrá a los guerreros en el campamento hasta que pase la tormenta, pero eso no nos deja demasiado tiempo. —Trató de recordar los rincones ocultos del bosque, más allá del territorio del Clan del Trueno—. Tendremos que llevar a Cuervo a algún sitio en que Garra de Tigre no lo encuentre, algún sitio donde pueda sobrevivir sin el clan.
Zarpa Gris lo miró fijamente un momento.
—¿Qué te parece con Centeno?
—¡Centeno! —repitió Zarpa de Fuego—.
¿Quieres decir que llevemos a Cuervo a la zona de Dos Patas? —Agitó las orejas de la emoción—. Sí, ésa podría ser la mejor idea.
—¡Pues entonces, andando! —maulló Zarpa Gris—. Vamos.

Zarpa de Fuego sintió un enorme alivio. Debería haber sabido que su viejo amigo lo ayudaría. Se sacudió la lluvia de la cabeza y luego tocó el pelo de Zarpa Gris con el hocico.

—Gracias —ronroneó—. Vayamos por Cuervo.

Encontraron a su amigo ovillado tristemente en la guarida de los aprendices. Arenisca y Polvoroso también estaban en su lecho, con aspecto tenso y asustado mientras la tormenta restallaba sobre sus cabezas.

—Cuervo —siseó Zarpa de Fuego asomándose.

Cuervo levantó la mirada. Zarpa de Fuego movió las orejas y el aprendiz negro lo siguió bajo la tormenta.

—Vamos a llevarte con Centeno —susurró Zarpa de Fuego.

—¿Centeno? —maulló Cuervo asombrado, entornando los ojos para protegérselos de la lluvia —. ¿Por qué?

—Porque allí estarás a salvo —respondió, mirándolo a los ojos.

—¿Has visto lo que me ha hecho Escarcha? — preguntó Cuervo con voz temblorosa—. Yo sólo pretendía comprobar si los pequeños estaban... — Vamos —lo interrumpió Zarpa de Fuego—.

¡Debemos darnos prisa!

Cuervo lo miró.

—Gracias —murmuró. Luego se volvió hacia el viento y cruzó el claro a grandes saltos.

Los tres aprendices se abalanzaron hacia la entrada del campamento, con el pelo aplastado por el viento aullador. Cuando iban a entrar en el túnel de aulagas, una voz los llamó:

—¡Vosotros tres! ¿Adónde vais?

Era Garra de Tigre.

Zarpa de Fuego se volvió de golpe, sintiendo que se le caía el alma a los pies. Se preguntó desesperadamente qué podría decir, pero entonces vio que Estrella Azul se dirigía hacia ellos. La gata arrugó el entrecejo un momento, pero luego su cara se relajó.

—Bien hecho, Zarpa de Fuego —maulló—. Veo que has convencido a tus amigos para que te acompañen. El Clan del Trueno tiene aprendices

valientes, Garra de Tigre, si están dispuestos a realizar una tarea con un tiempo como éste.

—Pues éste no es momento para tareas, ¿no te parece? —objetó Garra de Tigre.

—Una de las crías de Pecas se ha acatarrado. —Estrella Azul habló con una voz glacialmente tranquila—. Zarpa de Fuego se ha ofrecido a ir a recoger un poco de fárfara para ella.

—¿Es necesario que sus amigos vayan también con él? —inquirió el guerrero.

—Con esta tormenta, creo que es afortunado de tener compañía —respondió la líder. Miró intensamente a Zarpa de Fuego, quien fue consciente de pronto de la confianza que estaba depositando en él—. Marchaos los tres —ordenó.

Zarpa de Fuego le devolvió la mirada agradecido.

—Gracias —ronroneó, inclinando la cabeza.

Con una breve mirada a sus compañeros, abrió la marcha a través de los conocidos senderos que llevaban a los Cuatro Árboles. El viento rugía a través de las ramas y los árboles se balanceaban; los troncos gemían y crujían como si fueran a caer en cualquier momento. La lluvia se colaba a través de las hojas, empapando a los gatos hasta el pellejo.

Alcanzaron el arroyo, pero las piedras sobre las que solían saltar para cruzarlo habían desaparecido debajo del agua. Los gatos se detuvieron en la orilla y miraron abatidos el ancho río, revuelto y de color marrón.

—Por aquí —maulló Zarpa de Fuego—. Hay un árbol caído. Podemos utilizarlo para cruzar.

Guió a Zarpa Gris y Cuervo arroyo arriba, hasta un tronco que descansaba a sólo un pasito de la corriente de agua.

—Tened cuidado, ¡estará resbaladizo! —les advirtió Zarpa de Fuego, saltando precavidamente sobre él.

El tronco había perdido toda la corteza, y sólo quedaba una madera lisa y mojada por la que avanzar haciendo equilibrios. Los tres gatos lo recorrieron cuidadosamente. Zarpa de Fuego llegó al otro lado y observó a sus amigos hasta que todos estuvieron en tierra y a salvo.

En aquel lado los árboles eran más grandes, lo que les proporcionaba mayor refugio de la tormenta mientras corrían, uno al lado de otro.
—¿Vais a contarme exactamente por qué tenemos que alejar a Cuervo del campamento? — pidió Zarpa Gris.
—Porque él sabe que Garra de Tigre mató a Cola Roja —respondió Zarpa de Fuego.
—¡Garra de Tigre mató a Cola Roja! —repitió Zarpa Gris con incredulidad, frenando en seco y mirando primero a Zarpa de Fuego y después a Cuervo.
—En la batalla contra el Clan del Río — resopló Cuervo—. Yo lo vi.
—Pero ¿por qué haría eso Garra de Tigre? — protestó Zarpa Gris, reemprendiendo la marcha. Empezaron a bajar la pendiente que llevaba al claro de los Cuatro Árboles.
—No lo sabemos. A lo mejor pensaba que
Estrella Azul iba a nombrarlo lugarteniente — sugirió Zarpa de Fuego, alzando la voz contra el viento.
Zarpa Gris no respondió, pero su rostro se ensombreció.
Luego, los aprendices comenzaron a ascender la cuesta que conducía al territorio del Clan del Viento. Mientras subía saltando de roca en roca, Zarpa de Fuego siguió hablando con Zarpa Gris, que iba detrás de él. Quería que su amigo supiera lo peligroso que era para Cuervo quedarse en el campamento del Clan del Trueno.
—La noche que Corazón de León murió, oí hablar a Garra de Tigre con Cebrado y Rabo Largo —dijo—. Quiere deshacerse de Cuervo.
—¿Deshacerse de Cuervo? ¿Te refieres a matarlo? —Zarpa Gris se sentó pesadamente sobre una piedra.
Zarpa de Fuego también se detuvo. Contempló a sus amigos. Cuervo se había parado a cierta distancia, en la cuesta, y estaba resollando para recuperar el aliento. Parecía más pequeño que nunca con el pelo empapado y adherido a su flaco cuerpo.
—¿Has visto cómo Escarcha trataba hoy a
Cuervo? —le preguntó Zarpa de Fuego a Zarpa Gris—. Garra de Tigre ha estado insinuando a todo el mundo que Cuervo es un traidor. Pero

Cuervo estará a salvo con Centeno. Ahora sigamos, ¡debemos darnos prisa!

Era imposible hablar en la extensa amplitud del territorio del Clan del Viento. El viento aullaba alrededor mientras truenos y relámpagos estallaban retumbantes sobre ellos. Los tres gatos bajaron la cabeza y se internaron en el corazón de la tormenta.

Por fin alcanzaron el extremo de la meseta que marcaba el límite del territorio del Clan del Viento.

—No podemos llevarte más lejos, Cuervo — maulló Zarpa de Fuego a través del vendaval—.

Tenemos que regresar y encontrar a Fauces Amarillas antes de que la tormenta remita.

Cuervo miró a través de la fuerte lluvia, alarmado. Luego asintió.

—¿Podrás encontrar a Centeno tú solo? — chilló Zarpa de Fuego.

—Sí, recuerdo el camino.

—Ten cuidado con los perros —le advirtió Zarpa Gris.

Cuervo asintió.

—¡Lo tendré! —De pronto, arrugó el entrecejo —. ¿Cómo podéis estar seguros de que Centeno me recibirá bien?

—¡Tú cuéntale que una vez atrapaste una víbora! —respondió Zarpa de Fuego, frotándole con afecto el lomo empapado de lluvia—. Anda, vete —lo apremió, consciente de que quedaba poco tiempo. Lamió el delgado pecho de Cuervo —. Y no te preocupes: me encargaré de que todos sepan que no has traicionado al Clan del Trueno. —¿Y si Garra de Tigre viene a buscarme? — La voz de Cuervo sonaba muy débil contra la estruendosa tormenta.

Zarpa de Fuego lo miró fijamente a los ojos.

—Garra de Tigre no irá a buscarte —dijo—. Le contaré que has muerto.

22

Zarpa de Fuego y Zarpa Gris volvieron sobre sus pasos hasta el territorio del Clan del Trueno. Ambos estaban calados hasta los huesos y agotados, pero Zarpa de Fuego no bajó el ritmo. La tormenta estaba empezando a desplazarse. Pronto saldría una patrulla del Clan del Trueno tras la pista de Fauces Amarillas. Ellos tenían que encontrarla primero.

El cielo seguía oscuro, incluso aunque las negras nubes de tormenta empezaban a alejarse hacia el horizonte. Zarpa de Fuego supuso que estarían cerca de la puesta de sol.

—¿Por qué no vamos directamente al territorio del Clan de la Sombra? —propuso Zarpa Gris mientras bajaban corriendo la escarpada ladera que llevaba a los Cuatro Árboles.

—Primero debemos encontrar el rastro de Fauces Amarillas —explicó Zarpa de Fuego—. Y espero que no nos conduzca al campamento del Clan de la Sombra.

Zarpa Gris miró a su amigo de reojo, pero no dijo nada.

Se dirigieron de nuevo hacia el arroyo, para entrar en el territorio del Clan del Trueno. No hubo señales de Fauces Amarillas hasta que cruzaron por el robledal que había cerca del campamento.

Ahora que la tormenta se había debilitado por fin, volvieron a sentirse rodeados de aromas. Zarpa de Fuego tenía la esperanza de que la lluvia no hubiese barrido por completo el rastro de la vieja gata. Se detuvo y rozó un helecho con la punta de la nariz; reconoció una esencia familiar. El olor a miedo de Fauces Amarillas le picó en las fosas nasales.

—¡Ha pasado por aquí! —exclamó.

Se internó en el mojado sotobosque, y Zarpa Gris lo siguió. La lluvia había disminuido, y los truenos se apagaban en la distancia. El tiempo se estaba acabando. Zarpa de Fuego continuó adelante más deprisa. Para su consternación, reparó en que el olor de Fauces Amarillas los conducía derechos al territorio del Clan de la Sombra. Se sintió descorazonado. ¿Significaba aquello que las acusaciones de Garra de Tigre eran ciertas? Empezó a desear que cada nueva pista los llevase en otra dirección, pero el rastro era decidido.

Llegaron al Sendero Atronador y se detuvieron. Varios monstruos pasaron rugiendo y levantando cascadas de agua sucia. Los dos amigos permanecieron al borde del ancho camino gris hasta que hubo un hueco. Entonces cruzaron a la carrera hasta el territorio del Clan de la Sombra.

Ante las marcas olorosas que bordeaban la frontera, Zarpa de Fuego sintió un hormigueo en las patas.

Zarpa Gris paró y miró alrededor, nervioso.

—Siempre había pensado que cuando por fin entrara en el territorio del Clan de la Sombra, vendrían algunos guerreros más conmigo — confesó.

—No tendrás miedo, ¿verdad? —murmuró Zarpa de Fuego.

—¿Acaso tú no lo tienes? Mi madre me advirtió muchas veces sobre el hedor del Clan de la Sombra.

—Mi madre nunca me enseñó tales cosas — replicó su amigo, pero por primera vez se sintió aliviado por tener el pelaje mojado y pegado al cuerpo: así Zarpa Gris no notaría cómo se le había erizado el lomo de miedo.

Siguieron adelante, alertas a cualquier visión u olor. Zarpa Gris estaba atento a las patrullas del Clan de la Sombra, y Zarpa de Fuego, al pelotón del Clan del Trueno que llegaría pronto.

El rastro oloroso de Fauces Amarillas los condujo al corazón de los terrenos de caza del Clan de la Sombra. Allí el bosque resultaba tenebroso, y el sotobosque estaba lleno de ortigas y zarzas.

—No puedo oler a Fauces Amarillas —se quejó Zarpa Gris—. Está demasiado mojado.

—El rastro está ahí —le aseguró Zarpa de Fuego.

—En cambio eso sí que puedo olerlo —bufó de pronto.

—¿El qué? —siseó Zarpa de Fuego y se detuvo, alarmado.

—Olor de cachorros. ¡Aquí hay sangre de cachorro!

Zarpa de Fuego olfateó de nuevo, buscando la esencia de los retoños del Clan del Trueno.

—Yo también lo detecto —declaró—. ¡Y algo más!

Bajó la cola de golpe, indicándole a Zarpa Gris que no hiciese ruido. Luego, en silencio, señaló con el hocico un fresno ennegrecido que había más adelante.
Zarpa Gris torció las orejas interrogativamente, y su amigo movió apenas la cabeza. Fauces Amarillas estaba refugiada debajo del ancho tronco hendido.
Los dos gatos se separaron instintivamente, moviéndose en dirección al árbol, cada uno por un lado. Avanzaron sobre el mullido suelo forestal usando todos los trucos del entrenamiento básico, pisando con suavidad y manteniendo el cuerpo agachado.
Luego saltaron.
Fauces Amarillas aulló de sorpresa cuando aterrizaron junto a ella y la inmovilizaron contra el suelo. Luchó para liberarse, bufando, y retrocedió hasta un hueco situado en la base del tronco. Ambos gatos se acercaron, bloqueándole la salida.
—¡Sabía que el Clan del Trueno me consideraría culpable! —siseó la gata; en sus ojos centelleaba toda su antigua hostilidad.
—¿Dónde están los pequeños? —exigió saber Zarpa de Fuego.
—¡Hemos olido su sangre! —bufó Zarpa Gris —. ¿Les has hecho daño?
—Yo no los tengo —gruñó Fauces Amarillas
—. He venido a localizarlos para devolvéroslos. Me he parado porque también he captado el olor a sangre. Pero los cachorros no están aquí.
Los dos amigos se miraron.
—¡Yo no los tengo! —insistió Fauces Amarillas.
—Entonces, ¿por qué has huido del campamento? ¿Por qué has matado a Jaspeada? — Zarpa Gris hizo las preguntas que Zarpa de Fuego no tenía ánimo de plantear en voz alta.
—¡¿Jaspeada está muerta?! —inquirió Fauces Amarillas, con voz conmocionada.
Zarpa de Fuego sintió un gran alivio.
—¿No lo sabías? —preguntó con voz ronca.
—¿Cómo iba a saberlo? He abandonado el campamento en cuanto he oído que los cachorros habían desaparecido.

Zarpa Gris parecía receloso, pero el otro percibió la verdad en la voz de la vieja curandera.
—Sé quién se los ha llevado —continuó Fauces Amarillas—. He captado su olor cerca de la maternidad.
—¿Quién es? —preguntó Zarpa de Fuego.
—Cara Cortada… uno de los guerreros de
Estrella Rota. Y mientras los cachorros estén en el Clan de la Sombra, se hallarán en peligro.
—Pero ¡ni siquiera el Clan de la Sombra haría daño a unos cachorros! —objetó Zarpa Gris.
—No estés tan seguro —espetó Fauces Amarillas—. Estrella Rota pretende utilizarlos como guerreros.
—Pero ¡si sólo tienen tres lunas de edad! — exclamó Zarpa de Fuego con voz ahogada.
—Eso no lo ha detenido con anterioridad. Desde que se convirtió en líder, ha estado entrenando a cachorros de apenas tres lunas. Al cumplir cinco lunas, ¡los manda a servir como guerreros!
—Pero ¡serán demasiado pequeños para luchar! —protestó Zarpa de Fuego. Aunque luego recordó a los aprendices del Clan de la Sombra que había visto en la Asamblea, de un tamaño inferior al normal. No sólo eran pequeños: ¡eran cachorros!
Fauces Amarillas resopló desdeñosa.
—Eso no le preocupa a Estrella Rota. Tiene cachorros de sobra, y si se le agotan, ¡siempre puede robar los de otros clanes! —Su voz rezumaba ira—. Después de todo, ¡estamos hablando de un gato que mató a cachorros de su propio clan!
Ambos aprendices se quedaron atónitos.
—Si mató a crías del Clan de la Sombra, ¿por
qué no fue castigado? —preguntó Zarpa de Fuego al cabo.
—Porque mintió —gruñó Fauces Amarillas. La amargura le endurecía la voz—. Él me acusó de su muerte, ¡y el Clan de la Sombra lo creyó!
Zarpa de Fuego lo comprendió todo de repente.

—¿Por eso te expulsaron del Clan de la Sombra? —preguntó—. Tienes que regresar con nosotros y contarle esto a Estrella Azul.

—¡No antes de haber rescatado a vuestros cachorros! —replicó la gata.

Zarpa de Fuego levantó la cabeza y olfateó el aire. La lluvia había cesado y el viento estaba amainando. La patrulla del Clan del Trueno estaría ya de camino. Allí no estaban a salvo.

Zarpa Gris seguía conmocionado por la acusación de Fauces Amarillas.

—¿Cómo puede un líder matar a cachorros de su propio clan? —quiso saber.

—Estrella Rota insistía en someterlos a un entrenamiento demasiado duro cuando eran demasiado pequeños. Un día se llevó a dos para hacer prácticas de combate. —Fauces Amarillas respiró hondo, resollando—. Sólo tenían cuatro lunas de edad. Cuando Estrella Rota me los llevó, ya estaban muertos. Tenían zarpazos y mordiscos de un guerrero hecho y derecho, no de aprendices.

Estrella Rota debía de haber peleado personalmente con ellos. Yo no pude hacer nada por su vida. Cuando la madre de los pequeños vino a verlos, Estrella Rota estaba conmigo. Dijo que me había encontrado sobre los cadáveres. —A la gata se le quebró la voz, y desvió la mirada.

—¿Por qué no le contaste a la madre que había sido Estrella Rota? —preguntó Zarpa de Fuego con incredulidad.

Fauces Amarillas negó con la cabeza.

—No podía. —¿Por qué?

La vieja gata dudó. Cuando al fin habló, su voz irradiaba pesadumbre:

—Estrella Rota es el líder del Clan de la Sombra. El noble Estrella Mellada era su padre. Su palabra es ley.

Zarpa de Fuego miró hacia otro lado. Los tres gatos permanecieron un rato en silencio. Al final, Zarpa de Fuego maulló:

—Esta noche rescataremos a los cachorros. Pero no podemos quedarnos aquí. Huelo que se acerca la patrulla del Clan del Trueno. —Hizo una pausa—. Si Garra de Tigre está con ellos, Fauces Amarillas no tendrá

ninguna posibilidad. La matará antes de que podamos darle una explicación.
La gata lo miró, alerta y resuelta de nuevo.
—Por este lado hay turba; estará mojada después de la lluvia —dijo—. Nuestro olor quedará camuflado ahí.
Saltó a una mata de helechos y los dos amigos
la siguieron. Oyeron el susurro de la maleza en la distancia. Ya no era el viento que movía los arbustos, sino una patrulla que se aproximaba, sin duda sedienta de venganza y enardecida por las mentiras de Garra de Tigre.
Una quietud turbadora se instaló en el bosque, y una fina neblina empezó a formarse alrededor de los árboles. Zarpa de Fuego se sacudió las gotas de lluvia del pelo y se quitó con impaciencia un abrojo del pecho.
Fauces Amarillas los guió. El suelo estaba cada vez más esponjoso, y sus patas empezaron a hundirse en la blanda turba. El olor a moho saturó el olfato de Zarpa de Fuego, pero al menos eso enmascararía su propio rastro. Tras ellos, el sonido de gatos era cada vez más intenso.
—Rápido, aquí debajo —los urgió Fauces Amarillas, agachándose bajo un arbusto de hojas anchas.
Los tres gatos se agazaparon allí, cuidándose bien de esconder la cola. Zarpa de Fuego se quedó tan inmóvil como pudo, procurando pasar por alto la maloliente humedad del suelo que le empapaba la barriga, y escuchando a la patrulla del Clan del Trueno, que iba acercándose más y más.

23

Zarpa de Fuego advirtió que la patrulla estaba compuesta por varios gatos que se desplazaban deprisa. No logró reconocer el olor individual de cada uno entre los aromas terrosos de la ciénaga, pero supo que eran del Clan del Trueno. Contuvo la respiración mientras las pisadas pasaban rápidamente ante ellos y se alejaban.

—¿De verdad vamos a intentar rescatar a los cachorros de las garras del Clan de la Sombra nosotros solos? —susurró Zarpa Gris.

Fauces Amarillas fue la primera en responder:

—Yo podría encontrar algo de ayuda en el propio Clan de la Sombra. No todos los gatos apoyan a Estrella Rota.

Zarpa de Fuego alzó las orejas y Zarpa Gris sacudió la cola, sorprendidos ambos.

—Cuando se convirtió en líder —explicó la gata—, Estrella Rota obligó a los veteranos a abandonar la seguridad del campamento. Tuvieron que irse a vivir al lindero y cazar por sí mismos. Se trata de gatos que se han educado según el código guerrero. Algunos de ellos podrían ayudarnos.

Zarpa de Fuego la miró a los ojos, pensando deprisa.

—Y quizá yo logre convencer a la partida de caza del Clan del Trueno para que también nos ayude —maulló—. Si puedo hablar con ellos antes de que te vean, quizá consiga que crean en tu historia. Zarpa Gris, tú espera en el fresno muerto, donde huele a sangre de cachorros, hasta que uno de los dos regrese.

Zarpa Gris parecía preocupado.

—Pero ¿de verdad confías en que Fauces Amarillas vuelva con ayuda? —le susurró.

—Debes confiar en mí —gruñó la gata—. Volveré.

Zarpa Gris miró a su amigo, quien asintió.

Sin una palabra más, Fauces Amarillas echó a correr y desapareció entre los arbustos.

—¿Hemos hecho lo correcto? —preguntó Zarpa Gris.

—No lo sé —admitió el otro—. Si lo hemos hecho, somos héroes y los cachorros están a salvo. Si nos equivocamos, entonces ya podemos darnos por muertos.

Zarpa de Fuego salió corriendo detrás de la patrulla, rodeando zarzales, esquivando aulagas y atravesando ortigas. Era muy fácil seguir el rastro. Los furiosos gatos del Clan del Trueno no trataban de disimular su presencia en el territorio del Clan de la Sombra.

En lo alto, la densa capa de nubes se había alejado por fin. Por encima de la copa de los árboles, el Manto de Plata resplandecía en el cielo nocturno. La luna acababa de salir, pero su fría luz no podía atravesar la niebla adherida al oscuro sotobosque.

Zarpa de Fuego se concentró en los olores de delante. Captó la esencia de Tormenta Blanca. Olfateó de nuevo. Garra de Tigre no estaba entre ellos. Se apresuró para alcanzarlos y frenó con un patinazo detrás del grupo de gatos.

Los guerreros se volvieron con ojos llameantes, el pelo erizado y las orejas bajas agresivamente. Cebrado estaba allí, y la joven Musaraña, además del atigrado Viento Veloz. Musaraña no era la única hembra de la patrulla: también estaba Sauce.

—¡Zarpa de Fuego! —gruñó Tormenta Blanca —. ¿Qué haces aquí?

El aprendiz tomó aire jadeando.

—¡Me envía Estrella Azul! —exclamó sin resuello—. Quería que localizase a Fauces

Amarillas antes…

—¡Ah! —lo interrumpió Tormenta Blanca—.

Estrella Azul dijo que a lo mejor encontraba un amigo aquí. Ahora entiendo a qué se refería — añadió, mirándolo pensativo.

—¿Garra de Tigre está por aquí? —preguntó el aprendiz, sintiendo un cosquilleo de orgullo por la mirada que intercambió con el guerrero blanco.

—Estrella Azul insistió en que lo necesitaba en el campamento para proteger al resto de los cachorros —respondió Tormenta Blanca observándolo con curiosidad.

Zarpa de Fuego asintió aliviado, y maulló con urgencia:
—Tormenta Blanca, necesito vuestra ayuda. Puedo conduciros hasta los cachorros. Zarpa Gris me está esperando. Planeamos rescatarlos esta noche. ¿Vendréis?
—¡Por supuesto!
Los guerreros sacudieron la cola de emoción.
—Supondrá hacer una incursión en el campamento del Clan de la Sombra —les advirtió Zarpa de Fuego.
—¿Puedes llevarnos hasta allí? —preguntó Viento Veloz, ansioso.
—No, pero Fauces Amarillas sí puede. Y ha prometido traernos ayuda de sus antiguos aliados en el campamento.
Musaraña le lanzó una mirada feroz y agitó la cola con furia.
—¿Has encontrado a Fauces Amarillas? — siseó.
—No lo entiendo —maulló Tormenta Blanca, confuso—. ¿La traidora va a ayudarnos a rescatar a los cachorros que raptó?
Zarpa de Fuego respiró hondo para tranquilizarse y luego miró a Tormenta Blanca con firmeza.
—Fauces Amarillas no se los llevó —declaró —. Ni mató a Jaspeada. Quiere ayudarnos a recuperar a nuestros pequeños.
Tormenta Blanca le sostuvo la mirada y luego parpadeó lentamente.
—Indícanos el camino, Zarpa de Fuego — pidió.
Zarpa Gris estaba esperando junto al fresno, paseándose sin descanso alrededor del tronco podrido. Se detuvo en cuanto vio que la patrulla surgía entre la niebla y movió los bigotes a modo de saludo.
—¿Alguna noticia de Fauces Amarillas? — preguntó Zarpa de Fuego.
—Todavía no —respondió Zarpa Gris.
—No sabemos a qué distancia está el campamento del Clan de la Sombra —apuntó Zarpa de Fuego al sentir que Tormenta Blanca, a su lado, se ponía tenso—. Ahora mismo puede estar de camino hacia aquí.
—O puede que esté compartiendo lenguas alegremente con sus camaradas del Clan de la Sombra, mientras nosotros estamos aquí parados como idiotas, esperando a que nos tiendan una emboscada — respondió Zarpa Gris.

Tormenta Blanca observó a los dos aprendices y agitó las orejas con inquietud.
—¿Zarpa de Fuego? —inquirió.
—Fauces Amarillas volverá —aseguró él.
—Bien dicho, Zarpa de Fuego. —Fauces
Amarillas salió de detrás del fresno y se sentó ante ellos—. Tú no eres el único que puede aparecer de repente —le dijo al aprendiz—. ¿Recuerdas el día que nos conocimos? Aquella vez también estabas mirando en la dirección equivocada.
Otros tres gatos aparecieron por detrás del árbol y se acomodaron tranquilamente a los lados de Fauces Amarillas. A los del Clan del Trueno se les erizó el pelo, alertas y recelosos.
Ambos clanes se miraron en silencio, sin pestañear. Zarpa de Fuego estaba nervioso e incómodo, pues no sabía qué hacer. Finalmente, habló uno del Clan de la Sombra, un macho gris. Era de cuerpo largo y flaco y tenía el pelo deslustrado.
—Hemos venido a ayudaros, no a haceros daño —maulló—. Habéis venido por vuestros cachorros; nosotros os ayudaremos a rescatarlos.
—¿Y a vosotros qué os va en esto? —preguntó Tormenta Blanca con cautela.
—Queremos vuestra ayuda para librarnos de Estrella Rota. Ha quebrantado el código guerrero, y el Clan de la Sombra está sufriendo por ello.
—Así de simple, ¿eh? —gruñó Viento Veloz —. Nos dejamos caer en vuestro campamento, recuperamos a los pequeños, matamos a vuestro líder y nos marchamos a casa.
—No encontraréis tanta resistencia como pensáis —murmuró el gato gris.
Fauces Amarillas se puso en pie.
—Dejad que os presente a mis amigos — maulló, moviéndose entre los gatos del Clan de la Sombra. Pasó junto al macho gris—. Éste es
Cenizo, uno de los veteranos del clan. Y éste es Nocturno, un experimentado guerrero antes de que mataran a Estrella Mellada.

Rodeó a un magullado gato negro, que saludó con la cabeza.
—Y ésta es una de nuestras reinas de más edad, Nube del Alba. Dos de sus hijos murieron durante la expulsión del Clan del Viento.
Nube del Alba, una pequeña gata atigrada, saludó con un maullido.
—No deseo perder más hijos —dijo.
Tormenta Blanca se dio un rápido lametón al pecho para alisarse el pelo.
—Sois guerreros muy hábiles, pues habéis logrado acercaros hasta nosotros con total sigilo. Pero ¿sois suficientes? Necesitamos saber a qué vamos a enfrentarnos cuando irrumpamos en el campamento del Clan de la Sombra.
—Los viejos y los enfermos están muriendo de hambre lentamente —maulló Cenizo—. Las bajas entre nuestros cachorros son más de las que podemos soportar.
—Pero si el Clan de la Sombra es un desastre tal —espetó Cebrado—, ¿cómo es que últimamente ha dado muestras de tanta fuerza? Y ¿por qué Estrella Rota sigue siendo vuestro líder?
—Estrella Rota está rodeado por un pequeño grupo de guerreros de élite —respondió Cenizo—. Ellos son los temibles, porque morirían por él sin cuestionárselo. Los otros guerreros obedecen sus órdenes sólo porque tienen miedo. Lucharán al lado de Estrella Rota mientras crean que va a vencer. Pero si pensaran que su líder va a perder…
—¡Entonces lucharían contra él, no por él! — acabó Cebrado, asqueado—. ¿Qué clase de lealtad es ésa?
A los gatos del Clan de la Sombra se les empezó a erizar el pelo.
—Nuestro clan no ha sido siempre así — intervino Fauces Amarillas—. Cuando Estrella Mellada dirigía el Clan de la Sombra, éramos temidos por nuestra fuerza. Pero, en aquellos días, nuestra fuerza procedía del código guerrero y la lealtad al clan, no del miedo y la sed de sangre. — La vieja curandera suspiró—. Ojalá Estrella Mellada hubiese vivido más tiempo.
—¿Cómo murió Estrella Mellada? —inquirió Tormenta Blanca—. Ha habido muchos rumores en las Asambleas, pero nadie parece saber la verdad.
Los ojos de Fauces Amarillas se empañaron de pesadumbre.

—Una patrulla de otro clan le tendió una emboscada.
Tormenta Blanca asintió pensativo.
—Sí, eso es lo que la mayoría de los gatos parecen creer. Pero éstos son muy malos tiempos si los líderes son aniquilados en la oscuridad, en vez de en una batalla justa y honorable.
Zarpa de Fuego frunció el entrecejo, urdiendo diferentes planes de combate.
—¿Hay algún modo de llevarse a los cachorros sin alertar a todo el clan? —preguntó.
—Están muy vigilados —respondió Nube del Alba—. Estrella Rota espera que el Clan del Trueno intente recuperarlos. No podréis llevároslos en secreto. Vuestra única esperanza es un ataque directo.
—Entonces debemos concentrarnos en el ataque a Estrella Rota y su guardia personal — maulló Tormenta Blanca.
Fauces Amarillas tenía una propuesta:
—Los guerreros del Clan de la Sombra deberían conducirme al campamento. Podrían decir que me han capturado. Tenemos que asegurarnos de que Estrella Rota y sus guerreros estén fuera de sus guaridas. La noticia de mi captura atraerá a todos al claro. Una vez que todos hayan salido, os daré la señal de atacar.
Tormenta Blanca guardó silencio un momento. Luego asintió con cara seria, pues iba a enviar a sus guerreros a la batalla.
—Muy bien, Fauces Amarillas —maulló—. Por favor, guíanos hasta el campamento del Clan de la Sombra.

24

Fauces Amarillas se volvió y se abrió paso entre los helechos. Tormenta Blanca y los demás la siguieron.

Zarpa de Fuego sintió un cosquilleo de emoción. Ya no notaba la humedad fría del aire, y hacía mucho que había olvidado su cansancio.

La vieja gata los guió hasta una pequeña hondonada rodeada de maleza espesa, y señaló la entrada al campamento del Clan de la Sombra. La enmarañada masa de zarzas tenía un aspecto muy diferente del impecable túnel de aulagas que conducía al campamento del Clan del Trueno. Los límites del campamento estaban llenos de agujeros y huecos, y el hedor a carne podrida flotó hasta los gatos.

—¿Coméis carroña? —susurró Zarpa de Fuego, frunciendo la boca.

—Nuestros guerreros están acostumbrados a atacar, no a cazar —contestó Cenizo—. Comemos todo lo que encontramos.

—Clan del Trueno, ocultaos en esa mata de helechos de ahí —susurró Fauces Amarillas—. Ese sitio está lleno de setas venenosas que camuflarán vuestro olor. Esperad aquí hasta que oigáis mi llamada.

Luego retrocedió para dejar que otros gatos del Clan de la Sombra abrieran la marcha, y ella se colocó en el centro del grupo, como si fuera su prisionera. Así se encaminaron en silencio al campamento.

Los del Clan del Trueno se instalaron entre las setas, tensos y alerta. Zarpa de Fuego sintió que se le erizaba el pelo. Miró a Zarpa Gris, que estaba a su lado. Su amigo tenía erizado el espeso pelaje del pescuezo, y respiraba entrecortadamente con emoción contenida.

De repente, sonaron aullidos en el campamento. Sin dudar, los gatos del Clan del Trueno salieron disparados de su escondrijo y franquearon la entrada.

Fauces Amarillas, Cenizo, Nube del Alba y Nocturno se hallaban en un claro trillado y fangoso, luchando con seis guerreros de aspecto cruel. Entre ellos, Zarpa de Fuego reconoció a Estrella Rota y a su lugarteniente Patas Negras. Los guerreros parecían hambrientos y estaban llenos de cicatrices de otras batallas, pero Zarpa de Fuego vio sus poderosos músculos latiendo bajo su pelaje desigual.

Alrededor del claro, grupos de gatos escuálidos presenciaron el tumulto con incertidumbre. Sus flacos cuerpos parecían retroceder ante la violencia, mientras sus ojos apagados observaban conmocionados y confusos. Con el rabillo del ojo, Zarpa de Fuego vio que Nariz Inquieta se retiraba para esconderse bajo un arbusto.

Cuando Tormenta Blanca dio la señal con un movimiento de la cabeza, los del Clan del Trueno se unieron al combate.

Zarpa de Fuego agarró a un atigrado gris, pero éste consiguió zafarse. El aprendiz trastabilló, y el guerrero del Clan de la Sombra se volvió hacia él y lo aferró con unas uñas tan puntiagudas como las espinas del endrino. Zarpa de Fuego logró retorcerse y hundió los dientes en su contrincante. El aullido del guerrero le dijo que había encontrado un lugar sensible, de modo que mordió con más fuerza. El guerrero chilló de nuevo, se liberó al fin y huyó hacia los arbustos.

Zarpa de Fuego se puso en pie. Un joven aprendiz del Clan de la Sombra saltó sobre él desde el borde del claro, con su suave pelaje de cachorro erizado de miedo.

Zarpa de Fuego escondió las uñas y lo despachó fácilmente de un golpe.

—Ésta no es tu guerra —resopló.

Tormenta Blanca ya tenía inmovilizado a Patas Negras contra el suelo. Le dio un tremendo mordisco y el lugarteniente herido corrió hacia la entrada del campamento y se perdió en la seguridad del bosque.

—¡Zarpa de Fuego! —gritó Nube del Alba—.

¡Cuidado! Cara Cortada está…

Zarpa de Fuego no oyó el resto. Un corpulento gato marrón se abalanzó sobre él. ¡Cara Cortada! El aprendiz hundió las garras en el suelo y se volvió para pelear. ¡El guerrero que había matado a Jaspeada! Sintió que lo invadía la furia y embistió al gato marrón.

Lo lanzó al suelo y le aplastó la cabeza contra la tierra. Cegado por la ira, se preparó para clavar los colmillos en el cuello de Cara Cortada. Pero antes de que pudiera asestar el golpe mortal, Tormenta Blanca lo apartó de un empujón y agarró al guerrero del Clan de la Sombra.

—Los guerreros del Clan del Trueno no matan

a menos que sea necesario —gruñó al oído de Zarpa de Fuego—. ¡Sólo tenemos que dejarles claro que no vuelvan a asomarse por aquí!
Tormenta Blanca le dio a Cara Cortada un feroz mordisco que lo mandó aullando fuera del campamento.
Todavía rabioso, Zarpa de Fuego miró alrededor como un loco. Los guerreros de Estrella Rota se habían marchado.
Detrás de Zarpa Gris sonó un chillido iracundo. Zarpa Gris se apartó de un salto, y Zarpa de Fuego vio a Fauces Amarillas, que tenía agarrado a Estrella Rota con las patas llenas de barro y sangre. El cuerpo del líder sangraba por varias heridas. Tenía las orejas agachadas, y mostraba los dientes desde el suelo, aplastado bajo las poderosas garras de Fauces Amarillas.
—Nunca pensé que fueras más difícil de matar que mi padre —gruñó Estrella Rota.
Fauces Amarillas retrocedió como si la hubiese picado una abeja, con la cara crispada de conmoción y pesar. Aflojó la presión sobre Estrella Rota, quien enseguida la echó a un lado con un movimiento de su potente cuerpo.
—¿Tú mataste a Estrella Mellada? —aulló Fauces Amarillas, con los ojos dilatados de incredulidad.
Estrella Rota la observó con frialdad.
—Tú misma encontraste su cuerpo. ¿No reconociste mi pelo entre sus garras?
Fauces Amarillas lo miró horrorizada.
—Mi padre era un líder blando e insensato. Merecía morir —añadió el guerrero.
—¡No! —siseó la gata, bajando la cabeza. Luego recobró la compostura. Alzó la mirada hacia Estrella Rota, arqueando el lomo—. ¿Y los cachorros de Flor Radiante? ¿Ellos también merecían morir? —inquirió con voz ronca.
Estrella Rota gruñó y se lanzó sobre la gata, obligándola a echarse al suelo. Ella ni siquiera intentó resistirse a aquellas garras afiladas como

espinas. Zarpa de Fuego vio, alarmado, que los ojos de la vieja curandera estaban vidriosos de tristeza.
—Esos cachorros eran débiles —bufó Estrella Rota, inclinándose hacia el oído de Fauces Amarillas—. No le habrían servido de nada al Clan de la Sombra. Si no los hubiese matado yo, lo habría hecho otro guerrero.
Un aullido de aflicción brotó de una reina blanca y negra. Estrella Rota no le hizo caso.
—Y debería haberte matado a ti cuando tuve la ocasión —le espetó a Fauces Amarillas—. Parece que tengo algo de la blandura de mi padre. ¡Fui un insensato al permitir que abandonaras el Clan viva!
Se abalanzó hacia ella con la boca abierta, listo para clavarle los colmillos en el cuello.
Zarpa de Fuego fue más rápido. Saltó al lomo de Estrella Rota antes de que éste pudiese cerrar las mandíbulas. El aprendiz hundió las garras en el pelaje apelmazado del atigrado, y lo separó de la exhausta curandera lanzándolo al borde del claro.
Estrella Rota giró en el aire para aterrizar de pie, y miró a Zarpa de Fuego bufando cruelmente.
—¡No malgastes tu tiempo, aprendiz! He compartido sueños con el Clan Estelar. Tendrás que matarme nueve veces antes de que me reúna con ellos. ¿De verdad crees que eres lo bastante fuerte para eso? —Sus ojos relucían confiados y desafiantes.
Zarpa de Fuego le devolvió la mirada. Se le encogió el estómago. ¡Estrella Rota era el líder de un clan! ¿Cómo podía esperar vencerlo? Pero los gatos del Clan de la Sombra que presenciaban la escena habían empezado a acercarse a su líder derrotado, gruñendo y bufando de odio. Estaban magullados y medio muertos de hambre, pero superaban en número a Estrella Rota, quien pareció advertirlo agitando la cola nerviosamente.
Se agachó y retrocedió hacia los arbustos. Sus ojos brillaban amenazadores desde las sombras, y encontraron a Zarpa de Fuego entre la multitud.

—Esto no ha terminado, aprendiz —siseó antes de dar media vuelta y desaparecer en el bosque, tras sus guerreros vencidos.

Zarpa de Fuego miró a Tormenta Blanca.

—¿Deberíamos ir tras ellos? —maulló.

El guerrero negó con la cabeza.

—Creo que han captado el mensaje de que no son bien recibidos aquí.

Nocturno, el guerrero del Clan de la Sombra, estuvo de acuerdo.

—Déjalos. Si algún día se atreven a volver por aquí, nuestro clan ya será lo bastante fuerte para enfrentarse a ellos.

El resto de los miembros del Clan de la Sombra estaban apiñados en las ruinas de su campamento, como paralizados por la idea de que su líder se había ido. «Llevará su tiempo reconstruir este clan», pensó Zarpa de Fuego.

—¡Los cachorros!

Zarpa de Fuego oyó el grito de Zarpa Gris; procedía de un rincón lejano del claro. Corrió hacia allí, con Musaraña y Tormenta Blanca a la zaga. Conforme se acercaban, oyeron los quejosos maullidos de los pequeños, que salían de entre un montón de hojas y ramitas. Zarpa Gris y Musaraña escarbaron deprisa entre el follaje, hasta descubrir a los desaparecidos cachorros del Clan del Trueno en el fondo de un pequeño hoyo.

—¿Se encuentran bien? —quiso saber Tormenta Blanca, moviendo la cola con ansiedad.

—Están bien —contestó Zarpa Gris—. La mayoría sólo tienen rasguños. Pero ese pequeño atigrado tiene una herida bastante fea en la oreja. ¿Puedes echarle una mirada, Fauces Amarillas?

La vieja gata estaba lamiéndose sus propias heridas, pero al oír la llamada de Zarpa Gris, corrió al borde del hoyo, donde el aprendiz había depositado cuidadosamente al cachorro atigrado.

Zarpa de Fuego ayudó a su amigo a sacar al resto de los pequeños. La última fue una gatita gris, como los rescoldos de una vieja hoguera. Maulló y se retorció mientras Zarpa de Fuego la dejaba en el suelo. Musaraña los reunió a todos junto a sí y los reconfortó con lametones y caricias.

Fauces Amarillas examinó la oreja desgarrada. —Tenemos que detener la hemorragia —dijo.
Nariz Inquieta surgió entre las sombras. Tenía la pata delantera envuelta en una capa de telaraña, que le tendió a Fauces Amarillas en silencio. Ella asintió para darle las gracias y empezó a tratar la herida del cachorro.
Nocturno se acercó al grupo del Clan del Trueno.
—Habéis ayudado al Clan de la Sombra a deshacerse de un líder brutal y peligroso, y os estamos agradecidos. Pero ha llegado el momento de que abandonéis nuestro campamento y regreséis al vuestro. Prometo que vuestros terrenos de caza estarán libres de guerreros del Clan de la Sombra mientras encontremos suficiente alimento en nuestro propio territorio.
Tormenta Blanca asintió.
—Cazad en paz durante una luna, Nocturno. El Clan del Trueno sabe que necesitáis tiempo para reconstruir vuestro Clan. —Luego se volvió hacia Fauces Amarillas y le preguntó—: ¿Y tú, Fauces Amarillas? ¿Deseas regresar con nosotros o quedarte aquí con tus viejos camaradas?
La gata lo miró.
—Haré el viaje de regreso con vosotros. — Observó un profundo corte en la pata trasera de Tormenta Blanca—. Necesitaréis una curandera, para vosotros y para los cachorros.
—Gracias —ronroneó Tormenta Blanca.
Sacudió la cola para dar la señal a los gatos del Clan del Trueno y los guió fuera del campamento. Musaraña y Sauce ayudaron a los cachorros, que avanzaban a trompicones, exhaustos y aturdidos. Fauces Amarillas caminó cerca del atigrado herido, levantándolo por el pescuezo cada vez que resbalaba. Zarpa de Fuego y Zarpa Gris los siguieron a través de los zarzales, atravesaron la línea de olor que marcaba el campamento y salieron al bosque.
La luna seguía elevándose en el tranquilo cielo cuando la patrulla del Clan del Trueno inició la larga y penosa caminata que los llevaría a casa mientras, a su alrededor, una lluvia de hojas marrones caían revoloteando al suelo del bosque.

25

Alentados por el alivio de estar de nuevo en casa, Zarpa de Fuego y Zarpa Gris adelantaron a la patrulla para llegar al campamento del Clan del Trueno. Escarcha estaba echada en medio del claro, con la cabeza apoyada tristemente en las patas. Cuando los dos aprendices entraron, ella alzó la nariz y olfateó el aire.

—¡Mis pequeños! —chilló.

Se levantó de un salto y pasó ante los dos amigos para recibir al resto de la patrulla, que ya llegaba por el túnel.

Los cachorros se abalanzaron sobre Escarcha y se apretujaron contra su costado. Ella los rodeó con su suave cuerpo y los lamió por turnos, ronroneando sonoramente.

Fauces Amarillas se quedó en la entrada del campamento, y contempló la escena en silencio.

Estrella Azul se acercó a la patrulla que acababa de regresar. Miró con ternura a Escarcha y sus pequeños, y luego se volvió hacia Tormenta Blanca.

—¿Están todos bien? —preguntó.

—Están bien —respondió el guerrero.

—Bien hecho, Tormenta Blanca. El Clan del Trueno te honra.

El guerrero inclinó la cabeza para aceptar sus elogios y respondió:

—Pero los encontramos gracias a este aprendiz.

Zarpa de Fuego levantó la cabeza y la cola con orgullo, disponiéndose a hablar, pero un gruñido acusador de Garra de Tigre sonó por todo el claro:

—¿Por qué habéis traído de vuelta a la traidora?

El lugarteniente se aproximó a la patrulla y se detuvo junto a Estrella Azul.

—Fauces Amarillas no es una traidora — replicó Zarpa de Fuego.

Miró alrededor. El resto de los gatos se habían reunido rápidamente en el claro para ver a los cachorros y felicitar a la patrulla de rescate. Algunos habían reparado en Fauces Amarillas y la miraban con verdadero odio.

—Ella mató a Jaspeada —espetó Rabo Largo.

—Mirad entre las uñas de Jaspeada —sugirió Zarpa Gris—. ¡Encontraréis pelo marrón de Cara Cortada, no pelo gris de Fauces Amarillas!

Estrella Azul le hizo una señal a Musaraña, que salió corriendo a donde yacía el cuerpo de Jaspeada a la espera de su enterramiento. El Clan aguardó en tenso silencio hasta su regreso.

—Zarpa Gris tiene razón —dijo Musaraña sin resuello al volver al claro—. Jaspeada no fue atacada por un gato gris.

Un murmullo de sorpresa recorrió la multitud.

—Pero ¡eso no significa que Fauces Amarillas no se llevara a los cachorros! —siseó Garra de Tigre.

—Sin Fauces Amarillas, ¡nunca los habríamos recuperado! —estalló Zarpa de Fuego, impaciente de agotamiento—. Ella sabía que los había raptado un guerrero del Clan de la Sombra. Iba en su busca cuando la encontramos. Ha arriesgado su vida al regresar al campamento del Clan de la Sombra. ¡Ha sido ella quien ha ideado el plan que nos ha introducido en el campamento enemigo y nos ha dado la oportunidad de vencer a Estrella Rota!

Los gatos escucharon atónitos las palabras de Zarpa de Fuego.

—Es cierto —maulló Tormenta Blanca—. Fauces Amarillas es una amiga.

—Me alegra oírlo —murmuró Estrella Azul, intercambiando una mirada con Zarpa de Fuego.

Escarcha maulló ansiosa entre la multitud:

—¿Estrella Rota está muerto?

—No; ha escapado —respondió Tormenta Blanca—. Pero nunca volverá a dirigir el Clan de la Sombra.

Escarcha suspiró de alivio y siguió acariciando a sus cachorros.

Tormenta Blanca miró a Estrella Azul.

—He prometido al Clan de la Sombra que los dejaríamos en paz hasta la próxima luna llena — explicó—. El liderato de Estrella Rota ha dejado al Clan sumido en el caos.

Estrella Azul asintió.

—Ésa ha sido una oferta inteligente y generosa —maulló con aprobación.

Luego, la líder del Clan del Trueno pasó ante Tormenta Blanca y el resto de la patrulla y se aproximó a Fauces Amarillas. Ésta bajó los ojos mientras Estrella Azul le tocaba el áspero pelaje gris con el hocico.

—Fauces Amarillas, deseo que sustituyas a Jaspeada como curandera del Clan del Trueno — maulló—. Estoy segura de que encontrarás todos sus suministros tal como los dejó.

Los demás gatos empezaron a murmurar entre sí, agitando la cola de nerviosismo. Fauces Amarillas miró alrededor, inquieta, y no dijo nada.

Escarcha miró a las otras reinas antes de mirar a Fauces Amarillas y asentir lentamente para dar su conformidad.

La vieja gata inclinó la cabeza respetuosamente ante la reina blanca antes de dirigirse a su nueva líder:

—Gracias, Estrella Azul. El Clan de la Sombra ya no es el clan que conocía. Ahora mi clan es el Clan del Trueno.

Zarpa de Fuego sintió que lo recorría una oleada de satisfacción porque la vieja gata a la que había llegado a querer se convirtiese en la curandera de su clan. Luego dejó caer la cola, pues se dio cuenta de que nunca más volvería a encontrar a Jaspeada en su claro, con la luz del sol reluciendo en su suave pelaje y sus ojos brillando para darle la bienvenida.

—¿Dónde está Cuervo? —inquirió Estrella Azul de pronto, y Zarpa de Fuego se olvidó de sus recuerdos agridulces con un sobresalto.

—Sí —intervino Garra de Tigre—. ¿Dónde está mi aprendiz? Qué extraño que haya desaparecido al mismo tiempo que Estrella Rota. —Lanzó una mirada cargada de intención a los gatos reunidos.

—Si crees que Cuervo ha estado ayudando a
Estrella Rota, ¡te equivocas! —exclamó Zarpa de Fuego con audacia.

Garra de Tigre se puso tenso, con un fulgor amenazante en sus ojos amarillos.

—Cuervo está muerto —continuó Zarpa de Fuego bajando la cabeza, como abrumado por el dolor—. Encontramos su cuerpo en el territorio del Clan de la Sombra. Por los olores que lo rodeaban, debió de matarlo una patrulla del Clan de la Sombra. —Miró a Estrella Azul—. Te lo contaré todo más tarde —prometió.

Fauces Amarillas le dirigió una mirada interrogativa. Él le devolvió la mirada suplicándole silenciosamente que no dijera nada. La gata movió apenas las orejas para indicar que lo entendía y desvió la vista.

—Yo nunca he dicho que Cuervo fuera un traidor —siseó Garra de Tigre. Hizo una pausa, y dejó que una expresión de congoja le empañara los ojos antes de dirigirse al resto del clan—: Cuervo podría haber sido un buen guerrero. Su muerte ha llegado demasiado pronto, y muchos de nosotros sentiremos su pérdida durante mucho tiempo.

«¡Palabras huecas!», pensó Zarpa de Fuego con amargura. ¿Qué diría Garra de Tigre si supiera que Cuervo estaba a salvo, más allá del bosque, cazando ratas con Centeno?

Estrella Azul rompió el silencio:

—Echaremos de menos a Cuervo, pero lloraremos por él mañana. Primero hay que llevar a cabo otro ritual… un ritual, lo sé, que habría complacido mucho a Cuervo. —Se volvió hacia Zarpa de Fuego y Zarpa Gris—. Habéis demostrado un gran valor esta noche. ¿Han luchado bien, Tormenta Blanca? —preguntó.

—Como guerreros —respondió Tormenta Blanca con solemnidad.

Estrella Azul miró los ojos amarillos del guerrero y asintió levemente. Luego alzó la cabeza y clavó la vista en la franja de estrellas del Manto de Plata. Su voz sonó alta, clara y mesurada en el silencioso bosque.

—Yo, Estrella Azul, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a estos dos aprendices. Han entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble código, y os los encomiendo a su vez como guerreros. — Miró a los dos jóvenes entornando los ojos—. Zarpa de Fuego, Zarpa Gris, ¿prometéis respetar el código guerrero y proteger y defender a este clan, incluso a costa de vuestra vida?

Zarpa de Fuego sintió que algo se agitaba en su interior, una hoguera que le ardía en el estómago y le zumbaba en los oídos. De repente, tuvo la sensación de que todo lo que había hecho por el clan —las presas que había cazado, los enemigos con los que había luchado— había sido por ese único momento.

—Lo prometo —contestó resueltamente.
—Lo prometo —repitió Zarpa Gris, con el pelo erizado de emoción.
—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, os doy vuestros nombres guerreros: Zarpa Gris, a partir de este momento serás conocido como Látigo Gris. El Clan Estelar honra tu valor y tu fuerza, y te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan del Trueno.
Estrella Azul se adelantó y posó el hocico en lo alto de la cabeza inclinada de Látigo Gris. Él le dio un lametón respetuoso en el omóplato, y luego se incorporó y fue a unirse a los otros guerreros.
Estrella Azul se irguió y examinó a Zarpa de Fuego un largo instante antes de hablar.
—Zarpa de Fuego —dijo al fin—, a partir de este momento serás conocido como Corazón de Fuego. El Clan Estelar honra tu valor y tu fuerza, y te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan del Trueno. —Le tocó la cabeza con el hocico y susurró—: Corazón de Fuego, estoy orgullosa de tenerte como uno de mis guerreros. Sirve bien a tu clan, joven.
A Corazón de Fuego le temblaban tanto los músculos que logró lamer el omóplato de Estrella Azul a duras penas. Ronroneó roncamente para darle las gracias, y luego fue a colocarse junto a Látigo Gris.
Entre la multitud sonaron maullidos elogiosos, y las voces del clan se elevaron en el inmóvil aire de la noche para corear el nombre de los nuevos guerreros:
—¡Corazón de Fuego! ¡Látigo Gris! ¡Corazón
de Fuego! ¡Látigo Gris!
Corazón de Fuego miró a los presentes, viendo rostros que se habían vuelto familiares en las últimas lunas. Los escuchó mientras aclamaban su nuevo nombre, y se sintió abrumado por el afecto y respeto que vio brillar en sus ojos.
—La luna ya está casi en lo alto —maulló Estrella Azul—. Según la tradición de nuestros antepasados, Corazón de Fuego y Látigo Gris deben velar en silencio hasta el alba, y guardar solos el campamento mientras los demás dormimos.

Corazón de Fuego y Látigo Gris asintieron solemnemente.
Mientras el resto de los gatos empezaba a desaparecer en sus guaridas, Garra de Tigre pasó ante Corazón de Fuego. El lugarteniente del Clan del Trueno aflojó el paso y le susurró quedamente al oído:
—No creas que puedes burlarme, minino de compañía. Ten cuidado con lo que le cuentas a Estrella Azul.
Un escalofrío recorrió el espinazo de Corazón de Fuego. ¡Estrella Azul debía conocer la traición de Garra de Tigre!
Mientras el lugarteniente se encaminaba a la guarida de los guerreros, Corazón de Fuego dejó a Látigo Gris solo en el claro y fue tras la líder. La alcanzó delante de su guarida.
—Estrella Azul, ya sé que estoy quebrantando el voto de silencio, pero debo hablar contigo antes de empezar la vigilia.
Ella lo miró negando con la cabeza.
—Éste es un ritual muy importante, Corazón de Fuego. Puedes hablar conmigo por la mañana.
Él lo aceptó bajando la cabeza. Garra de Tigre no era un problema que pudiera resolverse de la noche a la mañana. Regresó junto a Látigo Gris, en el centro del claro. Los dos amigos intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada.
Corazón de Fuego miró la luna por encima de su cabeza. Su pelaje rojizo parecía plateado bajo la fría luz. Alrededor, los arbustos y árboles estaban envueltos en una niebla húmeda que se le adhería al pelo. El joven cerró los ojos y recordó los sueños de su infancia. Ahora, los fríos olores del bosque que captaba eran reales, y la vida de guerrero se extendía ante él. Sintió un intenso júbilo que le subió por las patas y le inundó todo el cuerpo. Luego abrió los ojos sobresaltado. Otro par de ojos relucientes lo observaba desde la guarida de los guerreros.
¡Garra de Tigre!
Corazón de Fuego le sostuvo la mirada sin parpadear. Ahora ya era un guerrero. Tenía un enemigo en el lugarteniente del clan, y éste tenía un enemigo en él. Corazón de Fuego ya no era el joven inocente que se había unido al clan hacía varias lunas. Era más grande, más fuerte, más rápido

y más sabio. Si estaba destinado a oponerse a Garra de Tigre, que así fuera. Estaba listo para el desafío.